

Francisco Martínez Viera



Anales del Teatro en Tenerife



Francisco Martínez Viera, autor de *El Antiguo Santa Cruz. Crónicas de la Capital de Canarias*, que constituyó un rotundo éxito para su autor y para el Instituto de Estudios Canarios, que lo editó, no necesita presentación.

A lo largo y a lo ancho de la ciudad y de la isla de sus amores, su nombre es bien conocido y apreciado.

En honor a la verdad, hemos de decir que su fama y popularidad se acrecentó en forma impresionante, a raíz de la publicación de dicho volumen, cuya primera edición se agotó en quince días.

Esta obra que ahora aparece a la luz pública, ANALES DEL TEATRO EN TENE-

(Sigue en la pág. 3.º de la cubierta)

ANALES DEL TEATRO EN TENERIFE

FRANCISCO MARTINEZ VIERA

**ANALES DEL TEATRO
EN TENERIFE**

**Prólogo
Domingo Pérez Minik**

**TENERIFE
1968**

DEPOSITO LEGAL: TF. 222 - 1968

Imprenta Editora Católica, S. L.--Alvarez de Lugo, 60.--Santa Cruz de Tenerife

A mi hijo

FRANCISCO MARTINEZ VIERA LEVANTA EL TELON DE NUESTRO TEATRO

Apenas hace un año que Francisco Martínez Viera publicó El antiguo Santa Cruz. Crónicas de la Capital de Canarias, que en nuestros días alcanza su segunda edición, cuando ya tiene terminado otro libro, estos ANALES DEL TEATRO EN TENERIFE, que hemos de comprender enseguida como la continuación de ese primer libro, donde la ciudad se nos aparecía con su vida general, variada, panorámica, en el quehacer cotidiano de sus habitantes, los políticos, los comerciantes, los escritores, los artesanos, los periodistas, toda aquella gente que dió forma a una obra cívica importante, acelerada, de indiscutible modernidad para aquella época, que de modo indiscutible nos confirmó un cierto rango histórico, válido no solo por su realidad inmediata de voluntad política sino porque fue capaz de erigir una personalidad de mayor o menor tamaño, pero vigente, activa, indiscutible. Francisco Martínez Viera, ya en la muy digna madurez de su existencia, intenta ampliar esta visión panorámica, hasta detenerse en otros aspectos particulares de la Capital. Una manera de ampliar la historia por una parte, y, por otra, reducirla, concentrando la atención en otros centros de nuestra actividad pretérita. Ahora le ha tocado la suerte al arte del teatro, del mismo modo que nos pudo haber presentado una biografía de nuestra Prensa, las condiciones culturales de las clases medias o la pequeña o gran crónica de nuestras calles.

Francisco Martínez Viera con el mismo espíritu que escribió El antiguo Santa Cruz se apodera hoy de otro aspecto

de la vida pasada de nuestra ciudad, el del teatro, nos levanta su telón y coloca su escenario ante nuestra atención. A lo largo de estos ANALES el lector va conociendo toda esta vida escénica, de dentro a fuera, de abajo a arriba, la actividad de los grupos de aficionados, las compañías visitantes, el balance de las representaciones, y ese ámbito en que se movía esta pequeña Capital en el campo de este arte privilegiado. A través de todas estas páginas, que se inician en los tiempos más lejanos y que abarcan las actividades más importantes en toda la isla, nos damos cuenta de que nuestro cronista no observa todo este pasado desde hoy, sino como si se sintiera colocado en el propio ayer. Así lo percibimos cuando nos trae desde lejos el fruto de su cosecha, como si él regresara desde el pasado a este Santa Cruz actual, con un cierto ánimo transeunte que no sabe esconder del todo un pequeño dolor. De aquí que en Francisco Martínez Viera encontremos siempre un aire de melancolía, la del historiador dividido en sus sentimientos acaso por el amor de su ciudad tan venida a menos, pero al mismo tiempo sabemos apreciar al escritor ditirámico que con toda razón puede afirmar la superioridad del ayer frente al hoy.

Todo esto queda bien repartido en la literatura de Francisco Martínez Viera, que nunca deja de mostrar su sentido político de la Capital, su sentimiento liberal del mundo y su acendrada voluntad de cronista. La historia que nos cuenta llega hasta los primeros años de la República y empieza en la época de las representaciones de los autos sacramentales con motivo de las fiestas religiosas y así vamos conociendo diversos tiempos de crecimiento, de conservación y de apogeo. Pero en todo momento observamos con mucha claridad la gran vocación teatral que preside la vida de Santa Cruz, con sus primeras viejas mansiones nelsonianas preparadas al efecto en las calles de la Marina y del Tigre, las manifestaciones de los equipos de aficionados de tantas sociedades culturales y recreativas, hasta la fundación del Teatro Municipal, construido sobre un viejo convento, el actual Teatro Guimerá, con su muy distinguida pinta burguesa, el héroe más sobresaliente de esta vida tan pugnaz, competitiva y arriesgada, por la que se interesan todas las clases sociales, cada una en su sitio, pero de cierta manera muy unidas por unas preocupaciones superiores de cultura, con sus muy vivos canales de acercamiento, simpatía y amistad.

La creemos porque nos lo dice un cronista tan veraz como Francisco Martínez Viera, que nos trae la aportación de su personal conocimiento a lo largo de mucho más de medio siglo, aparte de lo recogido por la tradición oral, más lo aportado por la Prensa, documentos o informaciones escritos de la vida de nuestras sociedades tan abundantes en aquel Santa Cruz de Tenerife. Lo que hemos de creer es que una ciudad de tan escasa población, —que sólo cubría ese espacio que iba desde el Castillo de San Cristóbal a la Plaza de Weyler o desde el Barrio del Toscal al Barranco Santos, con su media, baja y alta burguesía, ésta no muy alta pues apenas llegaba hasta el comerciante o el abogado, su artesanado copioso y su correspondiente núcleo obrero—, pudiera ofrecer una representación teatral de tanta importancia por su calidad, número y regularidad. Claro está que nos estamos refiriendo a los mediados del siglo diecinueve y primeras décadas del veinte. Excepcional actividad no sólo por las compañías que nos visitaban, siete o nueve todos los años, de ópera, comedia o drama, sino también por el quehacer de los grupos de aficionados y por la tan increíble continuidad. De donde salía este público para mantener cincuenta representaciones o más en el Teatro Guimerá de una misma compañía, o sostener la presencia de tres compañías al mismo tiempo, en 1914, José Tallaví en el Salón Novedades, una de comedia en el Teatro Municipal y otra de zarzuela en el Parque Recreativo—, o como se podía organizar una orquesta de cien músicos con motivo del centenario de Calderón de la Barca, una festividad que duró una semana. Hay que leerlo para creerlo.

Pero no le vamos a contar la interesante historia que nos cuenta con tan buen ánimo, expresiva prosa y completa información Francisco Martínez Viera. Queremos afirmar que de tan sugestiva crónica nos han sorprendido dos hechos que con la mayor amplitud nos han llenado de asombro. Hubo una época en que la crítica teatral de nuestros periódicos estaba hecha por Mario Arozena, Benito Pérez Armas, Luis Rodríguez Figueroa, sin olvidar más tarde a Juan Franchy, Ildelfonso Maffiotte y tantos otros, los mejores escritores del momento. Ya sabemos que los escritores de hoy viven generalmente encerrados en sus ascéticas especialidades. Otro acontecimiento que nos ha sorprendido es la representación frecuente de nuestros autores locales, de Diego Crosa a Domingo Cabrera y Leoncio Rodríguez y cuantos más, por importantes compañías que nos

visitaban. Todos estos sucesos vistos desde hoy nos llenan de sorpresa, admiración y simpatía. El mismo año que se representaron en Madrid La de San Quintín, Mar y Cielo y Juan Jose fueron dadas a conocer a nuestro público. Ante esta vida teatral tan intensa para ciudad tan pequeña, lo que le da una ciesta categoría ejemplar, nos explicamos muy bien que Francisco Martínez Viera nos haya querido presentar una crónica tan denodada, digna y aleccionadora, que se termina en los años de la segunda República y que no ha habido manera de volverla a empezar. La oportunidad de estos ANALES DEL TEATRO EN TENERIFE nos parece muy acertada y nos puede servir de mucho. Hace treinta años que intentamos poner un orden en el escenario de Tenerife y no hubo manera de continuar esa historia muy ilustre que tan bien nos ha sabido narrar Francisco Martínez Viera con su inspirado sentido de la noticia periodística, con su demostrado talento para recopilar las crónicas, con su vivo ánimo literario, entre melancólico y diti-rámbico, para recordarnos la historia teatral de esta pequeña Capital, que hasta ahora sólo fue grande, sin exagerar la medida, cuando tuvo un sentido real del valor de la libertad.

DOMINGO PÉREZ MINIK

CAPITULO I

ALBORES DEL TEATRO EN CANARIAS

EL TEATRO EN LAS IGLESIAS Y EN LAS PLAZAS PÚBLICAS

De la época anterior a la construcción del Teatro de esta ciudad y a los orígenes del teatro en nuestras islas, son curiosísimos los datos que nos suministra un historiador isleño de la primera mitad del pasado siglo (don José Plácido Sansón?, don José Desiré Dugour?), desde las columnas del periódico *La Aurora*; datos los más interesantes y valiosos que hemos encontrado relacionados con esa época primitiva del teatro insular, y con la posterior, cuando ya ennoblecido e interpretado por inteligentes aficionados irrumpía en las ciudades y se adueñaba de las casas linajudas. La personalidad de este historiador se escudaba tras las iniciales de B. R., y con esas mismas iniciales aparece firmado el editorial del primer número del citado semanario de Literatura y Artes, publicado en esta capital en 5 de septiembre de 1847.

Estos interesantísimos artículos de B. R. nos dicen que al promediar el siglo XVIII era una realidad el arte del teatro en nuestras islas, y en particular en nuestra ciudad, donde al comenzar la pasada centuria recibió gran impulso, menudeando los cuadros de aficionados, que representaban las más famosas obras con tal perfección y refinamiento que eran gala de la sociedad santacrucera y colocaban a la capital en lugar destacado. El Teatro en nuestro país se hallaba, pues, según el citado historiador, «en brillante estado, más brillante que

en muchas localidades europeas, donde no existe un solo teatro ni se han visto jamás representaciones de comedias, cuando en el día las Canarias poseen ocho de estos edificios, la mayor parte de los cuales han sido visitados por las compañías que los habitantes de Santa Cruz, en varias épocas, han traído de España». Añadiendo:

«Los actores de estas representaciones no sólo rivalizaban en celo y habilidades en el desempeño de sus papeles, sino también en lujo y gala en el vestir: así se veía a Edipo con los cabellos ensortijados y empolvados a la manera de los cortesanos de Carlos III; a Agamenón, el rey de los reyes, cubiertos los hombros con rico manto de raso blanco, y a la triste Electra, engalanada con perlas y diamantes. Estas mismas impropiedades se notaban entonces en todos los actores de profesión de Europa, sin exceptuar a los de París, aunque ocupaban el primer rango en la escena dramática».

Don Manuel de Ossuna y Vande-Heede, el distinguido historiador tinereño, también nos cuenta a este respecto, que M. Le Dru, en su obra *Voyage aux iles de Teneriffe*, refiere haber asistido a una representación teatral la noche del martes de carnaval de 1796, en la casa del ex-cónsul inglés Sir Faveno, donde se puso en escena, ante numerosa concurrencia y con gran aparato, *Los dioses del Olimpo*. Ante el selecto auditorio desfilaron, entre otras divinidades, Mercurio, con los atributos del Comercio; Ceres, ciñendo su frente con una guirnalda de espigas y llevando una hoz en la mano; Apolo, con su lira, y Marte, que se daba a conocer por su escudo de acero y armas brillantes.

En varias casas instalábanse teatros portátiles con telón, bastidores y decoraciones que representaban bosques y hermosas perspectivas.

Don Juan Primo de la Guerra y del Hoyo, vizconde de Buen Paso (sigue contándonos el señor Ossuna), en su *Diario* (1810), habla de dos representaciones que presencié en Santa Cruz, en las que el asunto de una fue la «sentencia de París y el rapto de Elena», y el de la otra «el robo del fuego sagrado que hizo Prometeo y la venida de Pandora», admirablemente ejecutadas —dice— por las familias Creagh y Murphy. «La música, las danzas del intermedio de los actos y la calidad de cuanto practicaban, todo manifestaba que el buen gusto y las facultades concurrieron a la composición del espectáculo». «Los vestidos eran ricos, brillaban las armas y las telas de oro y plata».

Estos datos de don Manuel de Ossuna corroboran en to-

do los que nos brinda B. R. desde las columnas de *La Aurora*, precisando casos y citando familias de las más prestigiosas de la sociedad santacrucera, en cuyas moradas se rendía culto al arte teatral de manera tan inusitada. Sabido es que por esa época (comienzos del siglo XIX), una función teatral de aficionados, celebrada en la mansión del teniente de rey don Carlos O'Donnell y Anethan, en la que hacía principal papel la esposa de éste, motivó algún reproche o censura del Comandante General, marqués de Casa - Cagigal, agriándose las relaciones entre ellos y provocando un grave rompimiento que repercutió en la vida social de Santa Cruz.

B. R. nos dice que ya en la mitad del siglo XVIII, el arte dramático comenzó a ennoblecerse en nuestras islas, «pues pasó del campo a las ciudades, cuyos moradores, con el fin de amenizar el noble ocio de que gozaban a la sazón, formaron compañías de aficionados para representar las piezas que aparecían nuevamente en España y varias que compusieron al intento algunos poetas isleños». Si bien, «este notable adelanto no llegó al pueblo, porque estuvo reservado a la alta clase de la sociedad y a espectadores escogidos, en número suficiente para llenar los salones en donde se ejecutaban aquellas funciones». Cosa que no es de extrañar porque era época de privilegios y en esto había de haberlos también.

Como consecuencia de tan inusitada afición vino el deseo de superación y mejoramiento, siempre deseosos de no estancarse, como fue norma característica de nuestra tierra, y se constituyeron sociedades con fines artísticos y recreativos, planteándose luego la necesidad de construir edificios especiales para alojar, con el debido prestigio y decoro, el arte escénico, idea que aquí plasmó y se llevó a cabo de la manera más feliz, reemplazando a los modestos teatros improvisados, alojados en deficientes locales.

En cuanto al primitivo teatro, a los orígenes del teatro en estas islas, el escritor de referencia nos pone en posesión de un curioso documento que nos da la clave de cosas interesantes y de costumbres sencillas, como la vida de aquellos tiempos, pero antes nos dice:

«Más de dos siglos hace que preludiaron los habitantes de las Canarias en el arte dramático con débiles ensayos y grotescas representaciones, esquivadas en tablados en el centro de las iglesias, en las plazas públicas y en encrucijadas o recorriendo las aldeas en carretas, recordando así la infancia de la comedia entre los griegos antiguos».

«HAVIENDO DE HAVER COMEDIAS EN LA FIESTA DE CORPUS»...

Veamos el curioso escrito, de valor inapreciable para estos datos históricos. Es un capítulo de las *Constituciones y nuevas adiciones sinodales del Obispado de las Canarias*, hechas por el Ilmo. señor don Pedro Manuel Dávila y Cárdenas, a las que hizo en 1629 el ilustrísimo señor don Cristóbal de la Cámara y Murga». Capítulo último. Dice así:

«DE LAS COMEDIAS Y REPRESENTACIONES EN LAS FIESTAS DE CORPUS»

Haviendo de haver comedias en la fiesta de Corpus, mandamos so pena de excomunión mayor, y de diez ducados, no se representen, sin que sean vistas y examinadas por Nos, o nuestro Provisor y Vicarios, sometiendo su examen a personas doctas, y de buen parecer, las cuales firmen, no solamente que no tienen error, ni cosa contra la fe, pero que son de buen ejemplo para las costumbres de los fieles, y no tengan deshonestidad, o sean ocasión de algún pecado.

Y después de examinadas, y aprobadas las dichas comedias, por ningún caso queremos que se representen en las Iglesias, ni por la mañana, ni por la tarde; porque aunque en sí sean buenas, suelen traer muchos inconvenientes representadas en las Iglesias, y causan mucha irreverencia, con ruidos, bebidas, posturas de cuerpo, pláticas, y palabras deshonestas de mucha gente moza; todo lo cual se cumpla en todo nuestro Obispado, así en la Catedral, como en todas las Parroquias, so pena de excomunión mayor «latoe sententice» y de veinte ducados para la fábrica de las Iglesias; y damos comisión a los beneficiados y curas, para que lo estorven. Sin embargo de lo qual, siendo las comedias tales, y con las licencias sobredichas se pueden representar fuera de las Iglesias pero, no por la mañana, porque aquella es justo se ocupe toda, y todos en sola la asistencia de la procesión, la qual faltaría mucho, y se disminuiría, por quedar cansados de la comedia: lo otro, porque las tierras de este nuestro Obispado son calorosas, y es justo se acabe la procesión a buen tiempo.

Pero bien permitimos que los Autos, y las comedias, se puedan hacer alrededor de las Iglesias: de manera que guardando la decencia a tan grata fiesta, puedan sin ofensa regocijarla».

Como consecuencia de este escrito, revelador de tan curiosas cosas, nos dice el historiador que nos lo transcribe, que bien podía asegurarse que desde el año de 1629, hubo autos y comedias representadas en las iglesias, plazas públicas y en los campos «que había de haberlas en la festividad del Corpus» y otras principales del año, conformándose los autores y comediantes con lo prevenido en las nuevas Constituciones que hizo en 1733, el obispo Dávila, reformando las que había promulgado en 1629, el prelado Cámara y Murga, demostrándolo también así Viera en su *Historia de Canarias*, al hacer mención de las fiestas celebradas en La Laguna, en 1630, con motivo del nacimiento del príncipe de Asturias, y en las que figuraron «tres comedias».

Por lo que respecta al «mérito» y contenido de esas comedias, justamente prohibidas por el obispo Dávila, el historiador Millares Torres dice que algunas de esas composiciones tenían la forma de pasillos jocosos, siendo cantadas y representadas a la puerta de las iglesias el día del Santo bajo cuya advocación estaba la parroquia, y que muchas de ellas eran impúdicas, satíricas y groseras. Pésimas loas y de mal gusto, acogidas con entusiasmo por el público que llenaba las iglesias.

Prohibidas las representaciones teatrales en las iglesias, siguieron aquéllas celebrándose al aire libre, en las plazas públicas de nuestros pueblos de campo, el día de la fiesta del patrono, subidos los improvisados comediantes en tablados adecuados o en carros o carretas, subsistiendo esa costumbre durante dos siglos largos. El propio año de 1847, en que fueron publicados esos artículos sobre historia del teatro en Canarias, el autor de los mismos hace observar que en la fiesta de San Pedro, en Güímar, había habido «comedia» a la vieja usanza, en la plaza pública. Y en el siguiente, 1848, se hizo en la plaza de San Pedro, de la misma villa, nada menos que la tragedia de Sófocles, *Electra*, que había arreglado a la escena española don Vicente García de la Huerta, con el título de *Agamenón vengado*.

Esa costumbre siguió durante muchos años, particularmente en Güímar. *El Guanche*, en 1868, publicaba una correspondencia de Cuba, que empezaba así:

«¡Día de San Pedro! ¿Cómo no recordar con este motivo la poética fiesta de Güímar, con sus sabrosas quesadillas, sus vistosos fuegos artificiales y su tradicional «tragedia al aire libre, en medio de la concurrida plaza, como si dijéramos en un atrio de la populosa Atenas?...»

LOS PRIMEROS TEATROS

Por lo que respecta a los Teatros de esta isla, también encontramos en los artículos de B. R., datos de grandísimo interés, que debemos recoger en estos ANALES. Helos aquí:

«Entretanto, se construía en el Puerto de la Orotava, en el curso del año 1823 a 1824, el primer teatro algo regular que ha habido en las islas Canarias, a expensas de los principales vecinos del pueblo reunidos desde algunos años antes en sociedad privada: su construcción es sencilla, y de poca capacidad; pero, el escenario está adornado con lindas decoraciones pintadas por los mismos aficionados.»

Interesante es este dato del primer Teatro público levantado en estas islas, correspondiendo ese honor al Puerto de la Cruz, cuna de los Iriarte, y cuyos aficionados, leemos, representaban las más importantes obras, con la máxima habilidad.

«... y lo que es digno de recordar es que la primera ópera oída en las islas, es la que se ejecutó en el Puerto el año 1832.»

También es de interés este otro dato de la primera ópera cantada en Canarias, correspondiendo asimismo ese honor a la progresiva ciudad del norte de nuestra isla. Lo que no nos dice B. R., es el título de la obra ni por quiénes fue cantada, aunque descartado queda que lo fue por aficionados.

«Los habitantes de Icod y villa de la Orotava, (nos sigue contando), imitaron poco después, el ejemplo dado en el Puerto, fabricando en sus respectivos pueblos un teatro, y dando anualmente representaciones públicas durante la estación del invierno, cuyos productos se destinaban a obras útiles. Entre las piezas ejecutadas por los aficionados de Icod, se cuenta la tragedia de don Antonio Saviñón, titulada *Roma libre*, imitación del *Junio Bruto*, de Voltaire, y del *Bruto primo*, de Alfieri.

En el año de 1833, habiendo sido llamada la compañía cómica bajo la dirección del actor Pazo por los habitantes de Santa Cruz, la Junta de Beneficencia de esta capital construyó provisionalmente el actual teatro, hasta que circunstancias más favorables permitieron a estos vecinos levantar otro edificio de mayor capacidad y digno de su bien notoria afición al arte dramático: constaba al principio de cuatro palcos de platea; un orden de palcos por encima con galerías en el antepecho; el patio y un rango de gradas por detrás; pero, con motivo del establecimiento del Liceo artístico-literario en el año de 1842, el local recibió la forma en que se halla hoy día con el fin de darle más cabida y proporcionar a estos habitantes bailes

de máscaras durante el carnaval, espectáculos antes desconocidos en la provincia, y los que vemos reproducirse cada año con igual magnificencia y numeroso concurso.

Finalmente, por los años 1838 o 39, habiendo subido a La Laguna la compañía cómica de Navarro, se fabricó un teatro en uno de los salones del convento de Santo Domingo, en el que dieron varias representaciones. Pero con motivo de haberse cedido este edificio a los señores curas del Sagrario de la Catedral, se halla en el día convertido en almacén para acopio de granos, medida previsor y prudentísima para los casos de hambre.»

Del Teatro Principal, de Santa Cruz, hoy denominado «Teatro Guimerá», en homenaje al autor de *Tierra Baja*, hijo ilustre de esta ciudad; de su construcción e inauguración, como de su larga y honrosa historia, ya diremos más adelante cuanto es necesario, en atención a su importancia y a lo que ha representado y representa en la vida cultural de nuestro pueblo.

CAPITULO II

COMIENZAN LAS COMPAÑÍAS DE PROFESIONALES

El autor de los interesantes artículos de *La Aurora*, refiriéndose al comienzo de las actuaciones teatrales en esta capital, de compañías de profesionales, nos dice que fueron «establecidas» en 1832 y que «pasaban momentáneamente a la ciudad de Las Palmas», regresando a la nuestra. La primera compañía de que tenemos noticias que viniera de la península, es la de Pazo o Paso, si bien no aparece claro que lo hiciera en el citado año, pues el mismo B. R. nos dice que fue en 1833, cuando los habitantes de Santa Cruz «llamaron» a dicho actor, y además es completa la carencia de datos en cuanto a actuaciones de compañías en 1832. Por ello nos inclinamos a creer que fue a partir de 1833, cuando comenzaron a venir compañías teatrales a nuestras islas, pues es indudable que estos artistas dieron sus primeras representaciones en el último de los citados años, continuándolas en el siguiente, de 1834.

«ÉSA MALDITA CALLE DEL CASTILLO,
PARA NOSOTROS LOS CEGATOS»...

Al anunciar el regreso de Las Palmas, de la citada compañía, «cuyos actores conoce ya este público», decía el *Boletín Oficial de Canarias* (único periódico que aquí se publicaba), que actuaría en un almacén situado al final de la calle del Castillo (que solo llegaba a la de San Roque, hoy Suárez Guerra), y un colaborador del *Boletín* hacía constar su disconformidad en estos términos: «¿No le gustaría a V. Sor. Editor cuando fuese a

la comedia hallar alumbrada esa maldita calle del Castillo, para nosotros los cegatos, que en cada escaloncito hallamos un tropézón? ¡Qué bueno sería, particularmente en esas noches de invierno y de lluvias en que se forma un barranco en ella!, por que amigo, no todos tenemos criados y «farola» para ir deslumbrando a los demás»...

EL TEATRO DE LA CALLE DEL TIGRE

La «ambulante compañía del Sr. Pazo», como la denominaba otro colaborador del *Botetín*, llegó de Canaria en octubre de 1834. Era, por lo que vemos en el mencionado periódico, un resto de lo que había actuado aquí anteriormente. No dió funciones en el «almacén» de la calle del Castillo, ni tampoco actuó en el Teatro de la calle de La Marina, que en ese tiempo no se nombraba para nada, a pesar de que B. R. nos dice que se construyó en 1833, y los datos fidedignos que hemos adquirido nos demuestran que se construyó e inauguró, como verán los lectores, en 1835. Este resto de compañía en su nueva visita a Santa Cruz, se «instaló» en un local bajo de la casa número 5, de la calle del Tigre (casa solariega de la familia Hardisson), un almacén estrecho y del que decía el *Boletín*:

«El edificio, que no nos atrevemos a llamar teatro, donde deben dar sus representaciones se halla ya preparado». Luego hacía unos comentarios sobre la pobreza y deficiencia del local y la falta total de condiciones, por lo que el público había de estar incómodo y no podrían hacerse obras que llevasen consigo demasiado aparato escénico, y aconsejaba además, al director, que desterrara «los indecentes y chocarreros sainetes, que si en ningún tiempo han debido ofrecerse en espectáculo, en el día no puede tolerar la ilustración pública». Y también aconsejaba el *Boletín*, para hacer más llevadera la incomodidad del local, que los cómicos estudiaran mejor sus papeles, que no representaran obras mal ensayadas, ni que los actores salieran con trajes impropios e indecorosos... Así podía la compañía prometerse que el público toleraría las incomodidades y asistiría a las representaciones.

¿No exigiría demasiado el *Boletín*?

Por esta época (era alcalde de la villa, don José Crosa), hubo el propósito, a nuestro juicio acertadísimo, de construir un Teatro en la Plaza de la Constitución (según creemos saber, en la esquina que hoy ocupa el Hotel Orotava), y ya se habían puesto los cimientos, pero no pasó el proyecto de ahí, dando

esto motivo para que cuatro años después, el revistero de *El Atlante*, al congratularse del brillante resultado de la temporada cómica de aquel año (1838), se lamentara de las condiciones del Teatro de la calle de La Marina, censurando la apatía con que se miraba «la empresa del teatro de la Plaza de la Constitución», de la que decía que pocas obras serían tan útiles al pueblo como la prosecución de las comenzadas con tanto entusiasmo en la referida plaza.

A fines de octubre empezó la modesta compañía su nueva temporada en el no menos modesto teatrillo de la calle del Tigre. Lo que ya no era tan modesto es el repertorio a que había echado mano. El desempeño de las obras no era de lo mejor, y en cuanto al mérito de los artistas... se conservaba el recuerdo de su anterior actuación. Es decir, ¡que no se sabían los papeles!

Estos pobres artistas, verdaderos cómicos de la legua, los primeros que cruzaron el mar y se aventuraron a venir a nuestras islas fueron, sin embargo, los precursores de tanta buena compañía y de tanto comediante ilustre como luego nos visitaron...

Como dato curioso queremos consignar aquí el resultado económico de algunas de estas funciones, citando de paso las obras representadas:

La Raquel, produjo una entrada de 505 rs. vn.; *El viejo y la niña*, 357; *El hijo reconocido*, 386; *Coquetismo y presunción*, 608; *Contigo pan y cebolla*, 520; *El sordo en la posada*, 737 (domingo); *Oreste*, 522; *Todo o nada o el veleta*, 407; *La familia de la India*, 502 (domingo); *Las herrerías de Marenna*, 1440 (día de la reina). Este día, 19 de noviembre, la función fue extraordinaria, adornándose el local, y asistiendo el gobernador civil. Los artistas cantaron himnos patrióticos alusivos a la festividad que se celebraba.

Completaban el flamante repertorio de Pazo y de sus maltrechas huestes, *Raquel*, de don Vicente García de la Huerta, obra famosa en aquel tiempo, de las predilectas de Maiquez; *La comedia nueva o el café*, *El viejo y la niña* y *El sí de las niñas*, de Moratín; *Orestes*, tragedia de Alfieri, traducida por don Dionisio Solís (cuyo verdadero nombre era Dionisio Villanueva y Ochoa, «aquel erudito apuntador de Maiquez», según nos dice Diego San José; *Los invisibles o el tribunal secreto de los jueces francos*; *Numancia libre*, tragedia en tres actos de don Ignacio López de Ayala, arreglada por el ilustre poeta tinerfeño, don Antonio Saviñón, y también de la predilección de Maiquez; *Coquetismo y presunción*, comedia de don Fran-

cisco Flores Arenas; *Contigo pan y cebolla*, *El sordo de la posada*; *Armida y Reinaldo*; *Marta la piadosa*, obra admirable del maestro Tirso de Molina, refundida por don Dionisio Solís; y otras, con los correspondientes bailes, que fueron elemento indispensable de las compañías cómicas, durante largos años, y los sainetes o piezas finales, más o menos «indecentes y chocarreros», como decía el *Boletín*.

La temporada duró escasamente un mes, fraccionándose aún más la reducida compañía, y continuando el pequeño grupo su dura e ingrata tarea. Los que aquí se quedaron, dirigidos por el actor Ramón Domínguez, siguieron actuando en espera de nuevos artistas, marchando después al interior de la isla. De este grupo gustaba y se destacaba, la actriz Tomasa López.

A principios de 1835, publicó el *Boletín Oficial* esta grata noticia:

INAUGURACIÓN DEL TEATRO DE LA CALLE LA MARINA

«Podemos anunciar que está para aprobarse un proyecto presentado por una comisión que se nombró al efecto, para la construcción de un teatro provisional, cuyos productos serán invertidos en beneficio del hospital de caridad de esta villa. El edificio que elegido para ello, se halla contratado con el dueño, tiene 50 varas de fondo y 13 de ancho, capacidad suficiente para colocar en él un pequeño teatro, con las localidades proporcionadas a esta población. La obra deberá hallarse concluída para el próximo mes de octubre, que empezarán las representaciones, según el ajuste hecho con el autor (director), de la compañía cómica que se halla en Canaria». Que era la misma que había actuado el año anterior, en el deficiente local de la calle del Tigre.

El edificio (hoy reconstruído), donde se iba a instalar el nuevo Teatro, situado en la calle de La Marina, entre las de San Felipe Neri, (denominada hoy Emilio Calzadilla) y el callejón de Boza, era propiedad de don Juan de Matos y Azofra, alcalde que fue de esta villa en 1839, y al dejar de ser teatro solicitó el gobernador civil que se le autorizara para convertirlo en albergue nocturno para los pobres, sin cobrar alquiler alguno e interín se realizara la obra proyectada para Hospicio.

La inauguración de este Teatro, el primero que con relativas condiciones funcionara en esta capital, se llevó a cabo la noche del 25 de diciembre del citado año de 1835. Tenía

cabida para 432 personas, distribuídas en palcos (éstos eran 18), lunetas, galerías, gradas y «cazuela». Alumbraba la sala tres hermosas arañas, con 26 velas de esperma cada una. Para la construcción, el gobernador o jefe político, facilitó los fondos necesarios para lo más importante, en concepto de reintegro, ejecutándose lo demás con el producto de una suscripción.

El telón de boca fue obra de don Cirilo Truilhé, que lo dibujó y lo pintó, ayudado por don Vicente Cambreleng. El asunto, nos dice el *Boletín*, fue tomado del poema *La Música*, que en 1779 compusiera don Tomás de Iriarte, nuestro gran fabulista, figurando en él un paisaje, y en el centro, un grupo que representaba la unión de la Música y la Poesía, a cuyo pie iban inscritos estos dos versos del poema citado:

Música y Poesía
en una misma lira tocaremos.

Todos cooperaron para que el nuevo Teatro tuviera el mayor decoro posible: los jóvenes ayudando a pintar; el Ayuntamiento costeando los gastos del palco de la presidencia; el alcalde, don Bernardo Forstall, prestando las arañas de que hemos hecho mención; el comandante de Marina, costeando los atriles de la orquesta, y por último, la Sociedad Filarmónica, que había fundado y dirigía el reputado maestro don Carlos Guigou, ofreciéndose para dar mayores amenidades a aquellas veladas que congregaron durante algunos años, a lo más destacado de la sociedad santacruzera, y desde cuyo escenario se proyectó sobre la villa de entonces, lo primero que de teatro serio y solvente a nuestras islas llegó.

Hemos dicho que el Teatro de la calle de La Marina, el «coliseo-bodega», que dijera el ilustre don Luis Maffiotte, o el «callejón largo y estrecho» de que nos hablara en una regocijante crónica, don Andrés de Antequera («Juan de Anaga»), también de grata memoria, se inauguró la noche del 25 de diciembre de 1835. La compañía cómica «ajustada» para hacer esta temporada, venía dirigida por la señora Rendón, actriz de excelentes condiciones, y la obra elegida para el debut e inauguración del Teatro, fue la comedia en cinco actos, *No más mostrador*, primera que escribiera «Fígaro», anunciada como de don «Ramón de Arriala», anagrama de Mariano de Larra. Los artistas cantaron el himno de Isabel II y el de Riego, que fueron acogidos con vítores y aclamaciones. El lleno fue completo. La orquesta, dirigida por el maestro Guigou, contribuyó a la mayor brillantez de la función inaugural. De esta obra de Larra nos cuenta Carmen de Burgos, que fue estrenada a ins-

tancias de Grimaldi, la noche del 29 de abril de 1831. «Fígaro» la dió como original, pero estaba inspirada en *Les adieux au comptar*, en un acto, de Scribe y Legouvé, y por esto se creyó que era traducida. La señora Rendón, al estrenarla aquí la anunció como basada en una obra francesa.

La compañía siguió actuando durante los meses de enero y febrero del siguiente año. El repertorio parece que no era muy extenso. Entre las obras representadas en esa temporada, figuraban: *Valeria, la ciegucecita de Olbruk*, de Scribe, traducida por Bretón de los Herreros, melodrama que, como otros muchos, estuvo muy en boga en aquel tiempo y que había sido escrito para la célebre actriz francesa Ana Mars; *El sí de las niñas*, *La esposa del delincuente*, *Enamorados y celosos todos son locos* y *María o la niña abandonada*.

En los lamentables repertorios de aquellos días, figuraban siempre, dignificándolos, las obras de Moratín y de Bretón, entre otras de mérito indiscutible.

La dirección de la compañía anunció que tenía en su poder tres piezas de autores del país, pero sin citar títulos ni nombres. Desde luego, en esa primera etapa de la temporada cómica de 1836, no se estrenó ninguna. En la siguiente, representóse la tragedia de Alfieri, *Bruto primo*, traducida y arreglada a nuestra escena por el poeta tinerfeño Saviñón, con el título *Roma libre*.

CAPITULO III

EL ACTOR GALINDO, EL TEATRO Y LA POLÍTICA

Una feliz circunstancia, fortuita, dió a la compañía de la señora Rendón, un gran aliciente, recibiendo un refuerzo inesperado y dando a Santa Cruz la ocasión de conocer a uno de los más notables actores españoles de aquella época. Por aquellos días llegó a esta capital, deportado, don José Galindo, de gran cartel en Madrid, donde actuaba con su esposa, la señora Pinto, también notabilísima actriz.

El actor Galindo procedía del Teatro de la Cruz, y era de la escuela del gran Isidoro Maiquez, habiendo recibido las enseñanzas de otro famoso actor, Prieto, discípulo y compañero de aquel eminente trágico. Durante quince o veinte años había sido galán joven, pero cuando fue conocido por el público de esta capital se hallaba ya en la madurez, aunque a juzgar por lo que decía el *Boletín*, con inusitado entusiasmo, conservaba todas las magníficas cualidades que le habían consagrado como actor de primera categoría.

Este destacado artista se incorporó a la compañía cómica que se hallaba actuando aquí y le prestó su apoyo y su prestigio, dirigiéndola, ensayando obras de máxima importancia y de difícil ejecución y cuyos protagonistas, como es de suponer, corrían a su cargo. Así conoció el público de Santa Cruz las tragedias *Pelayo*, del gran Quintana, y *Oscar, hijo de Os-sián*, de Arnault, traducida del francés por don Juan Nicasio Gallego; *El delincuente honrado*, de don Gaspar Melchor de

Jovellanos; *El preguntón y el cadete*, de Kotzebue, y otras de elevado rango literario.

El actor Galindo hizo su presentación con la tragedia *Pelayo*, la noche del 9 de febrero de 1836. El éxito acompañó al distinguidísimo actor, que hizo una creación del extraordinario personaje, llevado a la escena por uno de los más insig- nificantes poetas nacionales del pasado siglo.

Terminada la temporada, se anunció otra para la primavera, con los mismos artistas, a excepción de dos actrices: Tomasa López y Vicente Huertas, que fueron sustituidas. Se abrió un nuevo abono por doce funciones (que eran las que se daban al mes, al «precio último conforme a lo dispuesto por la autoridad», que era, a lo que se ve, la que regulaba los precios de los espectáculos teatrales. Se anunció, con el nuevo abono, que el actor Galindo trabajaría también, aunque se le «alzara» el destierro. Y así fue.

Comenzó la nueva temporada en 3 de abril, con la tragedia de Víctor Alfieri, *Bruto primo*, traducida a nuestro idioma por don Antonio Saviñón y Yáñez, con el título *Roma libre*, obteniendo Galindo un nuevo y resonante triunfo que compartieron modestamente los estudiosos actores Navarro y Morary.

Don Antonio Saviñón y Yáñez, autor de la adaptación a nuestra escena, de la tragedia de Alfieri, *Bruto primo*, nacido en La Laguna en 4 de agosto de 1768, hizo diversas traducciones y arreglos de obras famosas que interpretaba Máiquez; entre otras, *La muerte de Abel*, de Gabriel María Juan Bautista Legouvé, padre del también celebrado dramaturgo Ernesto Legouvé, con la que obtuvo el inmenso trágico un triunfo inenarrable. Joaquín Belda, en su biografía del gran actor, refiriéndose a la tragedia de Alfieri, dice que su traducción estaba muy bien hecha por Saviñón. Y el P. Blanco, en su obra *La Literatura española en el siglo XIX*, dice, refiriéndose a la misma tragedia de Alfieri, que Saviñón «modificó su estructura y ennobleció su lenguaje». Otra obra traducida por Saviñón y que proporcionaba grandes triunfos a Isidoro Máiquez, era la tragedia *Los hijos de Edipo*, también de Alfieri, y cuyo título original es *Polinice*.

Saviñón, el eminente poeta y traductor, paisano nuestro, diputado y abogado de los Reales Consejos, falleció en Madrid, en 1814.

En esta temporada que reseñamos, debutó como primera dama la «graciosa» de la compañía, Manuela Ramos, esposa del actor Fernando Navarro, obteniendo en *La huérfana*

de Bruselus un franco éxito. Esta artista, de la que contaba don Luis Maffiotte que hacía furor cuando se presentaba vistiendo de hombre en *Pablo y Virginia*, «oyéndose los aplausos en la Cruz de Piedra», adquirió grandes simpatías en nuestra ciudad, donde actuó en varias temporadas seguidas, marchando luego a Madrid, donde hizo rápidos progresos, llegando a ser primera dama del Teatro del Instituto, denominado después Teatro de la Comedia. El *Diario Mercantil de Canarias*, que se publicaba aquí, contaba en 1839 que Manuela Ramos se enfadaba porque la nombraban «los papeles públicos»... ¡Y eso que los «papeles públicos» no hacían más que elogiarla!

En junio anunció el *Boletín* que los artistas que quedaban de la compañía que había dirigido el señor Domínguez y que éste había desorganizado —decía—, «con miras y medios nada honrosos para él», se proponían reanudar las funciones bajo la dirección de don José Galindo, «mientras tanto los asuntos políticos en que se halla envuelto le obliguen a permanecer en esta villa». Pero, no fue así, para desdicha de los infortunados artistas «cuya desgraciada suerte les hace acreedores a la benevolencia y protección» (decía el *Boletín*), y por suerte para el notable actor, que había compartido con aquellos sus trabajos, por una circunstancia fortuita e inesperada: don José Galindo y los demás deportados que con él vinieron, recobraron la libertad. En sentida alocución dirigida a los habitantes de las islas Canarias, lo manifestaban, y con el mayor afecto y gratitud se despedían, diciendo que las pruebas de cariño recibidas hacían que fueran estas islas de constante recordación para ellos. Entre los deportados de ese grupo figuraba el célebre militar y conspirador, don Eugenio de Avirana, complicado, como sus compañeros, en los graves sucesos políticos de Barcelona de 1835.

Esta fue, lectores, la magnífica actuación en esta capital, del actor Galindo, debida a la casualidad; actuación de la que teníamos noticias, pero ignorando en qué condiciones y por qué había venido a estas islas, en una época en que actores de su categoría no venían a ellas, que además no daban ni dinero ni gloria.

Al siguiente año, 1837, reaparecieron aquí, procedentes de La Palma, varios artistas de los que habían hecho la temporada anterior. Eran un nuevo resto de la compañía que había actuado bajo la dirección de Galindo. Confiaban en la bondad e indulgencia del público y anunciaban una pequeña temporada de siete representaciones, «previo el competente

permiso de la autoridad». Estos espectáculos teatrales se hallaban tan controlados por la autoridad, que no sólo eran presididos por los alcaldes (sin cuya presencia no podían empezar), sino que sin la autorización de éstos no se podía ni aplaudir. Para poder repetir los artistas algún número de canto o de baile, se necesitaba la venia de la presidencia. Y si el artista no quería repetirlo y el público lo pedía, el alcalde ordenaba, bien la repetición o la prohibición de tales peticiones, y lo mismo fijaba el precio de las localidades, que la hora de empezar el espectáculo. La presidencia de los espectáculos públicos correspondió hasta 1834, a los alcaldes de casa y corte. Luego la desempeñaron los representantes municipales.

Las funciones teatrales se prohibían durante le Cuaresma (en que sólo se podía trabajar los jueves, y eso con el correspondiente permiso de la autoridad), y en la octava de Corpus y Festividad de Todos los Santos; en tiempos de calamidades públicas, guerras, rogativas y último mes de embarazo de la Reina. En caso de muerte del Soberano o consorte, no se permitía durante los primeros meses de luto palatino. En los comienzos del reinado de Isabel II, se abolió la censura de los teatros y se permitieron las representaciones durante la Cuaresma, con la sola excepción de los viernes y toda la Semana Santa.

Empezó la pequeña temporada. El precio fijado no podemos decir que fuera excesivo: dos fijas cada localidad (60 céntimos), a excepción de los palcos. Los «aficionados filarmónicos», siempre desinteresados y entusiastas, prestaron su concurso a los modestos artistas, entre los que aun figuraban la Rendón, Manuela Ramos y Navarro.

DEGÜELLO DE DRAMAS Y COMEDIAS

A esta actuación se refería don Luis Maffiotte, cuando dijo que en 1837, los cómicos en el teatro de la calle de La Marina, «degollaban dramas y comedias una vez por semana»...

De la temporada siguiente, la de 1838, encontramos interesantes datos en *El Atlante*, el periódico fundado el año anterior, por don Pedro Mariano Ramírez, a quien tanto deben la imprenta y el periodismo canarios. Dirigía la compañía el actor Fernando Navarro, ya conocido, y figuraban en ella casi los mismos elementos que habían constituido la anterior, e

incluso alguno como el primer galán Auli, que había venido con Pazo, y ahora desempeñaba un puesto secundario. Como primera actriz venía Manuela Ramos.

Procedían de Canaria (estos cómicos se «aclimataban» de tal forma en las islas que se pasaban los años recorriéndolas, sin salir de ellas), y debutaron con una obra de alta prosapia literaria, *Un desafío*, anunciada como de don «Ramón de Arriala», anagrama, como ya hemos dicho, de Mariano de Larra («Figaro»), con el que firmó varias de sus producciones o arreglos, el insigne ascritor costumbrista, malgrado en plena juventud.

Esta temporada que comenzó en 21 de enero, fue bastante buena, la mejor de todas, a excepción de la casual de Galindo. El repertorio era escogido, contando con obras de verdadero mérito y con los consabidos dramas tenebrosos, inverosímiles y absurdos, que tanto privaban en aquellos tiempos.

El Atlante terminaba así una de sus reseñas teatrales:

«Desearíamos todos los aficionados al teatro que la compañía no se descuidase en hacer todas las piezas dramáticas de los modernos ingenios españoles. Nada es capaz de sostener al teatro como la representación de buenas piezas, y así no debería la compañía echar en olvido nuestras advertencias. Este público ha hecho ver su gusto y su civilización; nos congratulamos de ello porque somos muy patriotas, y porque habíamos oído decir a algunos zánganos de ultramar que los cómicos venían a Santa Cruz a morir de hambre». ¡Ejem!...

La temporada de 1838 agradó sobremanera y el Teatro se vió todas las noches asistido de numerosa concurrencia.

El crítico de *El Atlante* se congratulaba del éxito y decía que la temporada «se abrió con una pieza del malogrado Larra y se cerró con una tragedia del inmortal Martínez de la Rosa, la honra y prez de los liberales, la honra y prez de la patria de los Cervantes y Jovellanos».

Ya hemos dicho que el cuerpo de baile era elemento indispensable en las compañías cómico-dramáticas. Las parejas de boleros no podían faltar, efectuándose estos bailes (con preferencia los nacionales), al finalizar el drama y antes del sainete con que terminaba el espectáculo. Cosa explicable después de conocer estos tremebundos repertorios y el trágico arguimento de la mayoría de las obras.

Fernando Navarro y sus compañeros siguieron actuando en 1839 y los hemos encontrado nuevamente, en nuestro recorrido de los años de 1840, 41, 42 y 43, adueñados del teatro

de la calle de La Marina, que dejaban a intervalos para visitar las islas, regresando de nuevo a «su cuartel», para seguir solazando al público de esta capital, sencillo y complacido.

* * *

En la temporada de 1839, el 27 de enero, la compañía de Navarro estrenó el drama en tres actos y en verso, *Elvira*, del poeta tinerfeño don José Plácido Sansón, que fue muy del agrado del público y de la crítica, recibiendo el autor muchas felicitaciones. Se trata, si nuestras indagaciones no son erróneas, de la primera obra original, de autor tinerfeño, estrenada en esta capital, salvo, desde luego, aquellas piezas que ya en el siglo XVIII y para los cuadros de aficionados, «compusieron al intento algunos poetas isleños», como decía el articulista de *La Aurora*. Dato éste de interés para la historia de nuestro teatro insular.

¡LOS ARTISTAS DE «VERSO» CANTAN ÓPERA!

Un detalle curioso y pintoresco de la temporada de 1841: estos artistas, que habían regresado en muy mala situación de su excursión a Canaria, ensayaron y... ¡cantaron una ópera, ellos, modestos cómicos de «verso», que no conocían una sola nota musical!...

Pues así y todo echaron sobre sus débiles hombros la pesada carga de una ópera seria, en tres actos, *Constantino*, y la cantaron en el teatro de la calle de La Marina, en el mes de marzo de aquel año, debiéndose el milagro al reputado maestro don Carlos Guigou, autor de la indicada ópera.

Para este acontecimiento, decía un periódico que no se escatimaron gastos, siendo presentada la ópera con todo el aparato y lujo que exigía. Y para darle mayor interés y lucimiento, se anunció que en el premir acto aparecería en escena un carro triunfal... Fueron los héroes de esta jornada lírica, la primera en nuestra ciudad, las señoras Ramos y Navarro, y los señores Navarro, Corona, Benot y otros.

No fue sólo *Constantino* la obra escrita por el maestro Guigou. Escribió primeramente las tituladas *Ópera cómica* y *El Templario*, culminando su meritoria labor en *Constantino*. La letra de ambas, la escribió don José Plácido Sansón, habiéndose puesto todas en escena, cantadas con más o menos fortuna por los modestos artistas de la compañía cómica.

CAPITULO IV

EL PÚBLICO SE RETRAE Y LAS FUNCIONES LANGUIDECEN

La temporada cómica del 41 al 42, resultó bastante floja. *Revista Isleña* se quejaba del «estado a menos», a que había llegado el teatro en esta capital: «Desiertos los palcos, desiertas las lunetas. La empresa, que en el pasado año había comprometido su capital, iba a terminar sin haber cubierto gastos». El público era escaso. Las causas de este retraimiento eran, según el citado periódico, ¡que no cobraban sus sueldos los empleados públicos!, y eran éstos la mayor parte de los concurrentes.

En 1842, con motivo de instalarse en el teatro de la calle de La Marina, el nuevo Liceo Artístico y Literario, se le dió al local mayor cabida, con el propósito de celebrar bailes de máscaras en el Carnaval, espectáculo, decían, aún desconocido en estas islas. Esta nueva entidad, la primera que de esta índole aquí se formaba, agrupó a todos los elementos artísticos y literarios con que contaba Santa Cruz, muchos de ellos destacados luego en sus respectivas disciplinas.

Después de la larga actuación de la compañía de Navarro, actor que vino por primera vez formando parte de la de Pazo, vino la de Argente, de la que tenemos escasos datos, pero que parece actuó por los años 1843 o 44, y a la que, sabemos, se incorporó la actriz Manuela Ramos, suponiendo que los demás artistas fueran también conocidos. Lo que sí hemos comprobado es que este actor dejó grato recuerdo por sus

magníficas condiciones de comediante, que superaban a las de sus predecesores, y por haber dado a conocer a este público, con singular acierto, el célebre drama de García Gutiérrez, *El Trovador*, estrenado en el Teatro Príncipe, de Madrid, la noche del 1.º de marzo de 1836, con tan extraordinario éxito que constituyó uno de los más grandes acontecimientos que registrara la historia del teatro español.

En 1847 aparece la primera compañía de verdadera importancia de cuantas habían actuado aquí hasta ese año. Esta compañía, de la que era empresario y actor don José Sarramián, la dirigía el primer actor don Domingo Mendoza, figurando en ella, entre otros excelentes artistas, la primera dama doña Juana Bastío; la segunda, señora Castillo, esposa del director; el «barba» o actor de «carácter anciano», señor Ríos, y el «gracioso», señor Lorenzo.

Hacia tiempo, desde la temporada de Argente, que no venían compañías y había grandes deseos por parte del público, de disfrutar de nuevas y atrayentes veladas teatrales. La señora Bastío era artista entudiosa y distinguida, y el señor Mendoza todo un notable actor, de la mejor escuela, de finos modales, de elegante figura, culto y enamorado de su profesión.

LAS BOLERAS, LA MORAL... Y LA «ACALORADA JUVENTUD»

La temporada empezó en 4 de julio y fue brillantísima. El debut se hizo con *Guzmán el Bueno*, el famoso drama histórico, en verso, de don Antonio Gil y Zárate, otro de los resonantes éxitos del teatro nacional en el pasado siglo.

Si la compañía era buena, el cuerpo de baile era excelente. Las boleras, además de notables artistas, eran guapas y hermosas, gustando extraordinariamente a los concurrentes, que las aplaudían y jaleaban con frenético entusiasmo, tanto que don José Plácido Sansón, que hacía las revistas teatrales de *La Aurora*, se lamentaba de ello en estas líneas que reproducimos:

«La moral se resiente, es cierto, del modo cómo se significa ese entusiasmo; la moral reprueba que se aplauda con más ahinco el levantar de una bien torneada pierna, que un gracioso y lindamente ejecutado paso; la moral reprueba todo eso, porque el teatro debiera ser el punto de reunión de la escogida sociedad de un país, y entre esa escogida sociedad

existe todavía, por fortuna, honestidad, decoro, pero... ¿qué importan estas consideraciones a la acalorada juventud?».

En otra reseña, el propio señor Sansón, más benévolo, decía:

«Otra mujer, cuya hechicera gracia se lleva tras sí los multiplicados aplausos de los espectadores, la señora Castejón, en el *Jarabe americano*, dama de flexibles, mórbidos y seductores movimientos, entusiasmó hasta tal grado al público, que varios jóvenes se dirigieron al palco de la Presidencia pidiendo el «Olé» bailado por ella el pasado domingo, a lo que se accedió inmediatamente. Palmadas estrepitosas la obligaron a salir de nuevo y repitió una copla de su baile encantador, retirándose coronada de «bravos» y de aplausos».

El cuerpo de baile en las compañías de aquel tiempo, era elemento indispensable. Las parejas de boleros no podían faltar, efectuándose los bailes (con preferencia los nacionales), al finalizar el drama y antes del sainete con que terminaba el espectáculo. Cosa lógica después de conocer aquellos tremebundos repertorios y el trágico argumento de la mayoría de las obras.

EL EMPRESARIO MELA

La compañía marchó luego a Las Palmas y regresó en diciembre, comenzando una nueva temporada, que duró bastante tiempo. Ahora venía de empresario don Francisco Mela, gran conocedor de los asuntos teatrales, verdadero impulsor del negocio teatral, a quien las islas habían de deber el conocer cuanto de la vida escénica existió durante muchos años. Hombre activísimo, actor a ratos, con sus familiares artistas todos (su hijo Ricardo, gran actor, fue profesor de la Escuela de Declamación de Madrid), fue empresario por excelencia, de los teatros de Canarias durante casi medio siglo.

En esta segunda temporada de Mendoza y primera de Mela, el repertorio se había completado con *La Jura de Santa Gadea* y *Doña Mencía o la boda en la Inquisición*, ambas de Hartzenbusch; *Las Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro; *Don Alvaro y la fuerza del sino*, del duque de Rivas; *Edipo*, de Martínez de la Rosa; *Guillermo Tell*, de Gil y Zárate; *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega, y *Un hombre de bien*, de Asquerino. También se puso en esta temporada *El terremoto de la Martinica*... ¡y se estrenó *Don Juan Tenorio!*

SE ESTRENA «DON JUAN TENORIO»

Correspondió a esta compañía dar a conocer a los públicos de Canarias, a la que había de ser famosa obra de don José Zorrilla, y de las más célebres del teatro español del pasado siglo; la única de cuantas produjo el período romántico que ha resistido y resiste aiosamente la embestida del tiempo, desafiando arrogantes los cambios, las tendencias, modalidades y gustos de cada época, y que se oye siempre con sin igual entusiasmo y deleite, llenándose los teatros como si cada representación fuera un estreno y fuera siempre obra de hoy... Llena los carteles por el «mes de los muertos», y el público, como respondiendo a su deber, a una consigna, acude en forma compacta y jubilosa, a oír los maravillosos y arbitrarios versos y a contemplar la legendaria figura, tan familiar a los españoles.

Don Juan Tenorio, la obra que dió más gloria a Zorrilla que todo lo demás de su inmensa producción, se hizo aquí por primera vez, en el Teatro de la calle de La Marina, por la compañía de Mendoza, la noche del 8 febrero de 1848, repitiéndose dos veces más en la temporada. Cuatro años antes, la noche del 28 de marzo de 1844, se había estrenado en el Teatro de la Cruz, de Madrid, por artistas tan eminentes como Bárbara Lamadrid, Carlos Latorre y Antonio Guzmán, el mejor actor cómico de su tiempo.

Es curioso lo que los periódicos locales dijeron de su estreno en esta capital. Leámoslos:

Eco de la Juventud: «Solo hallamos de malo en esta producción el absoluto olvido del respeto que merece la religión de nuestros padres y las creencias de un pueblo que se apellida católico, pues hasta su desenlace ataca gravemente este sagrado objeto; ante esta razón, nos parece pequeña la no indiferente de inmoralidad con que viene envuelta; se pintan con tales colores a Tenorio y Mejía, se ponen en su boca tales hazañías de infamia que lastimando tanto más cuanto se hace con tan vivos colores, ofenden la moral pública y escarnecen todo lo que las sociedades conocen de más sagrado. No podemos menos de lamentar que la sublime inspiración que hizo nacer tan completa obra, no hubiese tenido por objeto un pensamiento menos resbaladizo; así como igualmente lamentamos que los señores censores no les permitiesen sus ocupaciones el ver esta pieza, pues de otro modo no concebimos su objeto, ni cómo se puso íntegra en escena».

La Aurora: «Prescindiendo del principio altamente inmoral sobre que está basada la pieza, la consideramos como quizás la mejor de cuantas ha creado la fantasía ardiente y singularmente poética de su autor. Enlazándose con el argumento la intervención de seres sobrenaturales y fantásticos, la mente de Zorrilla, del cantor de la sangre y de las nieblas, ha podido tender su raudo y atrevido vuelo, y elevándose a las altas regiones de lo ideal, producir ese conjunto singular, brillante a la par que terrible; a pesar de su grande extensión no llega a fastidiar a los espectadores».

También en nuestros días se han emitido juicios parecidos, pues Salvador Canals calificó de «curso abreviado de anarquía», la representación del *Tenorio*. Oigámosle: «La musa romántica es de suyo demoledora, y en *Don Juan Tenorio*, servida por la imaginación febril, por la inspiración centelleante de Zorrilla, arremete contra todos los fundadores de la moral».

Hemos dicho que *Don Juan Tenorio* fue la obra que más gloria dio a su ilustre autor. Solo gloria, pues los rendimientos económicos fueron muy escasos. De ahí la enemiga que hasta su muerte sintió el poeta hacia su obra. De haber podido la hubiera destruido sin ningún remordimiento. Sabido es que Zorrilla, en una época en que no existía ley alguna de propiedad literaria que le hubiere amparado, vendió a su editor el famoso drama en 600 duros, según confesión del propio autor. Y no solo vendió el *Tenorio*, sino que al mismo tiempo enagenaba también, la propiedad de *El Zapatero y el Rey*, de *Traidor, inconfeso y mártir*, de *El puñal del godo*, de *La mejor razón la espada*, y de otras en número de ocho o diez.

Cuenta don José Francos Rodríguez, que el insigne poeta y dramaturgo quiso suplantar el *Tenorio* con otro transformado en zarzuela. «El glorioso poeta (escribía aquel maestro de periodistas), no solo profanó su propia obra, consintiendo que, poniéndole la música, se sustituyera a algunas escenas con varias romanzas, dúos, concertantes y coros, sino que además rectificó varios pasajes de su propia creación inmortal. ¡Quiso quitar su auténtico y primitivo brío a don Juan Tenorio, suavizar ciertas temeridades del legendario aventurero, tachar frases cuyas que flotan y flotarán siempre en el lenguaje español! ¡Enpeño temerario el de don José Zorrilla! Su zarzuela sucumbió, y *Don Juan Tenorio*, el drama en siete actos, venció a la rectificación del propio padre del drama,

justamente lastimado de que las ganancias que él producía enriquecieran al editor».

En el mismo mes de febrero del 48, la compañía de Mendoza puso en escena una comedia del joven don Francisco Belmonte Vilches, que aquí residía, titulada *Un diputado a Cortes* y cuyo estreno suscitó una violenta polémica entre los periódicos *Eco de la Juventud* y *La Aurora*, o mejor, entre el autor, que redactaba aquel, y don José Plácido Sansón, que pertenecía a la redacción del segundo.

De éste, distinguido periodista y poeta, figura destacada de nuestras letras regionales del pasado siglo, la compañía de Mendoza quiso estrenar ese mismo año, un drama en tres actos y en verso, de asunto histórico insular, titulado *Hernán Peraza*, escrito en 1842, por encargo de la Sociedad dramática o compañía que actuaba aquí por ese tiempo, y cuya aparición mereció grandes elogios, pero fue prohibido su estreno por las autoridades que, influenciadas por la censura (cuenta el mismo autor), calificaron la obra de subversiva. En cambio, en el mes de noviembre del citado año, se llevó a cabo el estreno del drama en tres actos y en verso de Ignacio de Negrín *Gonzalo de Córdoba*. Esta obra, primera del notabilísimo poeta, tuvo la más cordial acogida y su autor, muy joven aún y que empezaba su brillante carrera literaria con bríos y entusiasmos, fue llamado a escena y aplaudido.

Gonzalo de Córdoba se imprimió en esta capital en 1848, y fue dedicado a su colega don José Plácido Sansón, a quien profesaba Negrín un entrañable afecto.

Esto es, lectores, conforme a los datos adquiridos, cuanto hubo de teatro en nuestra ciudad en los años que precedieron a la construcción e inauguración del Teatro Principal, y lo que hemos logrado saber de lo que era el arte de la escena en pasadas épocas, cuando era distracción de gentes acomodadas, gala de las casas linajudas y motivo de gratas y cultas reuniones, y tablón, cuando en sus balbucesos, en tablados improvisados

«...embobó en las plazas de humildes lugares a los simples villanos...».

CAPITULO V

UNA INVITACIÓN DEL JEFE SUPERIOR POLÍTICO

El Ayuntamiento de esta villa (hasta 1859 no le fue concedido a Santa Cruz el título de ciudad), a invitación del jefe superior político de la provincia, don Bartolomé Velázquez Gaztelú, nombró en noviembre de 1847, una comisión de su seno para llevar a cabo la construcción de un Teatro, que fuera digno del rango que ya tenía esta capital y cuya necesidad era por días sentida.

Pueblo de una cultura muy superior a muchos de su categoría, con una gran afición al arte escénico, que dentro de sus reducidos medios y con escasos elementos mantenía, bien asistiendo y prestando ayuda a cuanta compañía o «sociedad dramática» visitaba estas islas; bien organizando y sosteniendo excelentes cuadros de aficionados que eran, como ya hemos dicho, gala de la sociedad santacruzera; con un plantel de escritores y poetas cuyas producciones teatrales se llevaban a la escena, compartiendo los éxitos intérpretes y autores, era lógico que anhelara tener un coliseo adecuado, decente, suntuoso, como el que luego, alentados por la patriótica propuesta del jefe político, con una actividad asombrosa y un entusiasmo sin límites, construyeron, dotando a esta capital de un Teatro, que hoy, a pesar de los años transcurridos, con una población diez veces superior a aquella de mitad del pasado siglo, sigue siendo el «único» Teatro de Santa Cruz...

Con la construcción del Teatro municipal se enaltecíó el

arte de la escena en esta ciudad. Fue un gigantesco paso en el camino de su engrandecimiento. Santa Cruz, a partir de esa fecha luminosa, irradió categoría de verdadera capital sobre los demás pueblos de la provincia. Elevóse en lo espiritual, como en lo material se estaba gestando la hermosa ciudad que había de ser.

Al mérito del Teatro correspondió el de las compañías. A las modestas y mediocres del teatrillo de la calle de La Marina, sucedieron las mejores que por aquellos tiempos actuaban en provincias. Después, a lo largo de tantos años, el desfile incesante por su escenario de artistas de categoría, muchos de fama universal; de agrupaciones artísticas, de tal mérito y calidad que sus actuaciones fueron timbres de honor para nosotros. Actrices eminentes, ilustres actores, grandes cantantes, concertistas famosos, exquisitas danzarinas, de recuerdo imperecedero, que prestigiaron a la ciudad y forjaron la limpia y brillante historia de nuestro Teatro municipal.

La propuesta del jefe superior político, señor Velázquez Gaztelú, dirigida al Ayuntamiento con fecha 6 de noviembre de 1847, y que insertaba el semanario *La Aurora*, en suplemento de 30 de enero de 1848, con motivo de comenzar en este día el derribo del viejo convento, decía así:

«Cuando el Gobierno de S. M. acaba de dar por su decreto de 30 de agosto anterior una organización legal al Teatro nacional, elevándolo a la altura que exige el buen gusto y los adelantos de la época, no sería ya excusable por más tiempo que la culta capital del archipiélago canario, punto de escala y comunicación con las naciones más aventajadas del globo, no tenga para sus espectáculos escénicos un local digno de su objeto, y en armonía con la civilización y cultura de sus habitantes. El atender a esta necesidad no es prodigar un vano recreo, es llenar un deber moral y político, cuya satisfacción no es ajena a las atribuciones del cuerpo municipal.

Así pues, espero del ilustrado celo que distingue a esa corporación que tomando con decidido interés este asunto, me proponga a la mayor brevedad, los medios más propios para llevar a cabo la creación de un teatro que reúna al ornato y elegancia del arte, la cómoda capacidad de los espectadores. No desconozco las dificultades que se presentarán, los obstáculos con que habrá que luchar, pero todo cederá ante la voluntad decidida de esa corporación y a la acción simultánea de mi autoridad, contando con la cooperación de un público siempre entusiasta de los adelantos y grandeza de su afortunado país».

EL AYUNTAMIENTO ACUERDA CONSCRUIR UN TEATRO

El Ayuntamiento, anheloso del engrandecimiento de la población, acogió con sin igual interés esta patriótica sugerencia de la digna autoridad y designó seguidamente una comisión integrada por los patricios don Pedro Mariano Ramírez, don Juan Cumella Monner, don Juan Manuel de Foronda, don Bartolomé Cifra, don Agustín Guimerá, don Francisco Roca, don Esteban Mandillo y don José Luis de Miranda, «quienes obrando con la mayor armonía, celo y eficacia con aquella autoridad, y secundados por la del Excmo. Sr. Capitán General don Francisco Javier Ezpeleta, y del señor Intendente de Rentas, en la parte que a sus respectivas atribuciones cupo» (decía *La Aurora*), comenzaron sus trabajos con el mayor entusiasmo.

CESIÓN AL MUNICIPIO DEL
EXCONVENTO DE SANTO DOMINGO

Los primeros pasos de la comisión, cuya presidencia fue conferida al señor Ramírez, se encaminaron a gestionar la cesión del viejo y ruinoso edificio del exconvento de Santo Domingo, que en 1847 había sido cedido al Ayuntamiento para cárcel pública, para edificar en el solar resultante de su derribo, el Teatro municipal. Este antiguo convento, fundado en 1610, ocupaba no sólo lo que hoy es Teatro, sino también el solar, en que, al mismo tiempo que el coliseo, se construía la plaza de Abastos.

A los pocos meses el éxito había coronado los trabajos de la comisión, y en 5 de marzo de 1849 se firmaba la R. O. autorizando la venta del edificio exconvento de Santo Domingo por la cantidad de 60.707 reales vellón, 32 maravedises, legalizando el Ayuntamiento su propiedad mediante escritura pública celebrada ante el escribano don Manuel del Castillo. La cesión se hizo por el Estado con la obligación de satisfacer el Ayuntamiento un canon anual de tres por ciento sobre el valor de tasación. Fueron nombrados peritos para llevarla a efecto, por carpintería don Domingo Fariñas, y por mampostería don Rafael García. El encargado de cumplimentar la R. O. de venta del edificio, fue el Intendente don Juan de los Santos y Méndez.

COMIENZAN LAS OBRAS

Las obras comenzaron inmediatamente bajo la dirección del arquitecto titular de la villa, don Manuel Oráa y Alcorcha, autor de los planos del nuevo edificio, y a cargo del contratista Julián Robayna y Marshall, dando cima a las mismas y poniendo el Teatro en condiciones de que pudiera, sin terminarse totalmente, abrir sus puertas la noche del 26 de febrero de 1851, constituyendo su inauguración una efemérides destacada en la vida de Santa Cruz y de cuya solemnidad hemos de hablar también. Tenía el nuevo coliseo cabida para 764 espectadores y su costo fue, aproximadamente, de 40.000 duros. La parte principal del edificio (escenario, sala o patio, palcos, «cazuela» o paraíso, galerías, etc.) quedó terminada en 1852. Las demás obras fueron realizándose en los años sucesivos y con arreglo a los medios económicos de que se podía disponer, tardando algún tiempo para la terminación total y definitiva.

El general don Eusebio de Calonge y Fenollet, que sustituyó al general Ezpeleta en el mando militar superior de estas islas, en 1852, hizo grandes elogios del edificio y de los planos del señor Oráa y expuso sus deseos de que fuese terminado, lo mismo que la plaza de Abastos, para lo que convocó diversas reuniones, excitando en ese sentido el celo de los interesados.

En 1858, el entonces alcalde de esta capital, benemérito ciudadano don Bernabé Rodríguez Pastrana, de esclarecida memoria, se propuso terminar las obras y, secundado por el Ayuntamiento y por el pueblo todo, organizó funciones de aficionados y bailes en el mismo Teatro, a beneficio de aquellas, a las que dió gran impulso. *El Fenix de Canarias* decía:

«Ya era tiempo que los buenos elementos artísticos dieran señales de vida. El alcalde, apoyado por el digno Ayuntamiento que preside, ha concebido el proyecto de concluir el Teatro que hace honor a esta población y que más de una capital respetable quisiera poseer». Y decía también que la Sociedad Dramática, que tan grandes recuerdos había dejado en las diversas temporadas llevadas a cabo en el Teatro, excitada por el celo del digno gobernador, contribuiría para recaudar medios para la pronta terminación de las obras, esperando que también cooperaría a fin tan patriótico, la Sociedad Filarmónica.

En 1860 se hicieron diversas reformas en el edificio, que

la experiencia había exigido que se realizaran. El escenario se transformó por completo y conforme a las necesidades que la práctica había impuesto; al proscenio se le hizo también una radical reforma que, al decir de un periódico, había de llamar la atención del público. El escudo de armas de la villa, que había de rematar la altura del frontis del edificio había sido encargado a Génova, aunque luego hemos visto que fue obra de don Gumersindo Robayna, y bajo el cual fue colocada la lápida que dice: «Reinando Isabel II se construyó este edificio, año 1849»; y por último se anunciaba que el nuevo telón de boca representaría una de las más bonitas vistas de Tenerife. Efectivamente, el telón de boca, aquel telón que conocieron varias generaciones y que, al recordarlo parece que evocamos algo que fue consustancial con nuestra edad primera y con nuestra juventud, reproducía un bello panorama de nuestra isla y fue debido al pincel de un distinguido hijo de Santa Cruz de Tenerife y meritísimo pintor: don Nicolás Alfaro y Brieva.

Eco del Comercio explicaba así la obra pictórica de nuestro distinguido paisano:

«El señor Alfaro, director de la Academia de Bellas Artes, pintó un nuevo telón de mucho mérito y de un trabajo ímprobo, que representaba muchos días de asidua tarea; habiendo sabido elegir para trasladar al lienzo una de las más hermosas vistas de Tenerife. Dos magníficas cortinas de terciopelo carmesí galoneadas de oro y prendidas a cada lado, dejan ver una gran parte del risueño panorama que se descubre desde el Sauzal. En segundo término se destacan algunas casas de este pueblo y algunas personas y árboles, entre los cuales descuella acá y allá la elegante palmera. Más lejos se descubre el pueblo de la Matanza; más allá aún, hacia la derecha, los Realejos, el Puerto de la Cruz, y las rocas que sirven a éste de baluarte y contra las cuales se ven estrellar las espumosas olas del Océano. Y por último, descúbrense en el fondo el magestuoso Teide que asoma su elevada frente por encima de las blancas nubes, y que completa una de las bonitas vistas que el pincel puede robar a la naturaleza».

¡Muchos años nuestros ojos contemplaron el viejo telón, llenos de impaciencia por verle subir; ansiosos del espectáculo, bueno, regular o malo, que detrás de él nos iba a brindar unas horas de deleite!

Este telón de boca que con tanto amor pintara en su juventud, don Nicolás Alfaro, se estrenó la noche del domingo 14 de octubre de 1860. Las importantes reformas que ese

mismo año se hicieron en el escenario, fueron debidas al celo e inteligencia de otro joven entusiasta, don Francisco de Aguilar, y por consecuencia de ellas quedaban las decoraciones colocadas con estricta sujeción a las reglas de perspectiva; de suerte que se hallaban salvados todos los inconvenientes que tenía el escenario.

Tanto el señor Alfaro, como el señor Aguilar, merecieron grandes elogios del público, tan interesados en su Teatro.

El Guanche decía lo siguiente:

«La celosa comisión encargada de mejorar nuestro Teatro, responde dignamente a las esperanzas del público. Hemos visto nuevos bastidores de selva, cuya ejecución se ha confiado al aventajado artista que pintó el telón de boca; tenemos entendido que también pintará un telón que cierre aquella decoración. Se está reformando la lucerna, o sea procurando darle la verdadera forma que debe tener; y en este caso desaparecerán los antepechos de los palcos, los quinqués que allí se han colocado».

También se llevaron a cabo este año otras mejoras, pues había interés en que el Teatro estuviera completamente terminado para que pudiera actuar la nueva compañía que anunciaba el empresario señor Mela. Una de esas mejoras fue la colocación de los balcones de hierro, recibidos del extranjero, y el empapelado y pintura del edificio.

En 1862, se colocó la escalera que había de conducir directamente a la «cazuela», sin tener que hacerlo desde las localidades bajas. También este mismo año se hicieron los trabajos preparatorios para construir la plaza y el muro de contención del costado norte, y que muchos años después, en 1898, con un sentido completamente opuesto al de aquellos tiempos, desapareció para dejar el amplio espacio que es hoy verdadera plaza del Teatro. Las reformas efectuadas el citado año de 1862 en el edificio, fueron tales que casi quedó terminado, como en el siguiente quedaron terminadas las de la plaza, que prensa y público pedían con unánime interés.

En enero de 1866, el gobernador aprobó la construcción de nuevos palcos, comenzando las obras en el verano del citado año. Estos palcos (palcos-plateas), se construyeron debajo de los ya construidos, y según manifestaba un periódico, «eran tan cómodos como éstos y daban al Teatro muchísimo mejor aspecto». Dirigió las obras don Vicente Armiño, asistiendo a las pruebas de seguridad de estas nuevas localidades, el gobernador civil, que lo era don Alonso del Hoyo y Román, el ingeniero jefe accidental de Obras públicas,

don José de Paz Peraza, y el alcalde, don Juan García Alvarez.

Por esta época, don Nicolás Alfaro, en unión de don Francisco de Aguilar y de otros entusiastas aficionados, pintó una nueva decoración de selva para el Teatro, que representaba un paisaje de Agua García, el precioso monte Tacorontero; decoración ésta que también conocimos, pues subsistió durante muchos años.

Todas estas reformas del Teatro en la época a que venimos haciendo referencia, se llevaron a cabo gracias al entusiasmo y patriotismo del alcalde ya citado, don Juan García Alvarez, pues no se contaba con recursos suficientes para afrontar los gastos, habiendo anticipado dicha autoridad cantidades de consideración para lograr la total terminación del coliseo.

En septiembre de 1895, fue objeto el Teatro de nuevas reformas. Ya entonces existía el propósito de darle mayor amplitud, adaptándolo a las exigencias de la época y a una mayor población. Se pensó en reformar completamente el patio y el escenario, bajando ambos y dando inclinación al patio, etc.; las mismas reformas que se hicieron años después, pero fueron diferidas, limitándose a colocar el pavimento de mármol blanco en el vestíbulo y galería baja, convertir las ventanas de los extremos de la fachada en puertas, para dar entrada directa desde la calle al paraíso y para despacho de localidades.

En 1869 se dotó al Teatro de una importante mejora: el alumbrado eléctrico, que se colocó provisionalmente para que pudiera actuar la compañía dramática de Sánchez de León. De más está que digamos que el nuevo alumbrado del coliseo constituyó un grande, extraordinario acontecimiento. Casi al medio siglo de abrir sus puertas al público, se desterraban para siempre los viejos sistemas de alumbrado, malolientes y peligrosos.

Y por último, en los años de 1911 a 1913, siendo alcalde, de los más prestigiosos y entusiastas, don Juan Martí y Dehesa, realizó el Ayuntamiento reformas en el Teatro que casi fue hecho de nuevo. Reformas de tanta trascendencia que modificaron por completo la sala de espectáculos y acrecentaron el número de localidades. El antiguo escenario, que se hallaba ruinoso, fue demolido, bajándose el piso del mismo, desmontóse el piso de la sala y el de las galerías, haciéndose grandes excavaciones en el foso. Se construyó un nuevo paraíso, es decir, se amplió el antiguo. Se tapizaron las barandas de palcos y plateas. Se hizo una nueva instalación de luz. Se adquirió en el extranjero una magnífica y elegante cortina de ter-

ciopelo, para sustituir al simpático telón que pintara en su juventud don Nicolás Alfaro, deteriorado y vencido por los años.

El decorado de la sala de fiestas resultó suntuoso; el ornamentado, artístico, lujoso, elegante. Don Francisco Granados hizo el decorado del techo de la sala y de los antepechos de los palcos. Angel Romero Mateos, el exquisito artista, pintó los bellísimos plafones, y Benjamín Sosa encargóse del dorado de la ornamentación.

La nueva instalación de luz eléctrica fue espléndida: en el hueco central del techo se colocó un hermoso globo de cristal de 3.000 bujías, y en los cuatro restantes, uno en cada uno, de 600. Después, 12 globos más, con igual número de bujías.

Se construyeron elegantes palcos-proscenio, y el salón de descanso se decoró con todo lujo.

Un Teatro, en fin, bonito, elegante, confortable, con todos los detalles. ¡La «bombonera» de que hablara con mimoso afecto, la bella y gentil María Palou!

Estas obras fueron proyectadas y dirigidas por el arquitecto municipal, don Antonio Pintor. A ellas quedó unido también, el nombre de don Angel Crosa, entusiasta concejal inspector del Teatro y gran propulsor de la reforma.

¡Lástima del impremeditado corte que luego se asestó al amplio y elegante proscenio!

El Teatro permaneció cerrado desde que, en 1911, terminó su temporada la compañía dramática Palma-Reig, hasta abril de 1913, en que, a pesar de las obras que se realizaban, se habilitó la sala para los grandes conciertos de la Sinfónica, de Madrid; volviéndose a abrir a fines de dicho año, sin terminar las reformas (lo mismo que cuando se inauguró en 1851), para dar paso a la notabilísima compañía de opereta, italiana, de Amadeo Granieri.

En esta etapa de las grandes reformas, en esos dos años en que permaneció cerrado el coliseo, actuaron en esta capital, en teatros de «varietés», compañías de máxima categoría, artistas eminentes que, de no ser por esos inadecuados locales, no hubiéramos podido conocer y aplaudir. Citemos algunos nombres: Italia Vitaliani, Matilde Moreno, Margarita Xirgu, Carlos Duse. Citemos también a Emilio Thuillier, que por segunda vez nos visitaba, y a Leovigildo Ruiz Tatay, que nos ofrecía por tercera vez su arte excepcional. Brillantes actuaciones éstas, de las más brillantes de nuestra historia teatral, hemos de destacarlas como merecen en estos ANALES. Modestos

los escenarios, desde ellos nos subyugaron con su arte de titanes, nos deslumbraron con geniales creaciones y nos dieron a conocer obras cumbres que dejaron huella perdurable en nosotros.

CAPITULO VI

SE INAUGURA EL TEATRO EN ESTA CAPITAL

A fines de 1850, los periódicos locales anunciaban la buena nueva de la próxima terminación de las obras del Teatro, gracias al incansable afán de la comisión, llegando pocos días después a su feliz término.

El empresario señor Mela, esperaba. Había ya contratado el nuevo Teatro, para inaugurarlo con la compañía que había formado en los días de la Pascua de Navidad. Se había recibido de Barcelona y colocado, la lucerna que había de brillar en el patio de butacas. Las obras tocaban a su fin. *El Avisador de Canarias* decía que, en justicia, había que dar un voto de gracias al señor Robayna, contratista de la obra-teatro, por la actividad desplegada para acelerar su conclusión: «... la comisión que con fé y voluntad firme ha marchado adelante desde el principio, y el contratista que nada le arredra, están resueltos a que nuestras bellas no carezcan por mucho tiempo de este punto de reunión, tan necesario en una isla, digna por su cultura e ilustración de no ocupar un lugar secundario entre las demás de su clase».

Se aproximaba pues, el momento en que iba a tener realidad un anhelo fervoroso de los vecinos. El hermoso edificio, casi terminado, iba a abrir sus puertas. La primera compañía (¡tantas han actuado después!), iba a comenzar sus tareas... Plasmaba el hecho vibrante y apoteósico, el patriótico proyecto de aquel Santa Cruz de mitad de siglo que con los mayores

entusiasmos había construido su Teatro, y era cuestión de días, de horas, la inauguración. Y, orgulloso, se aprestaba a invadirlo, a llenar todas sus localidades, a dar al acontecimiento toda la solemnidad que merecía.

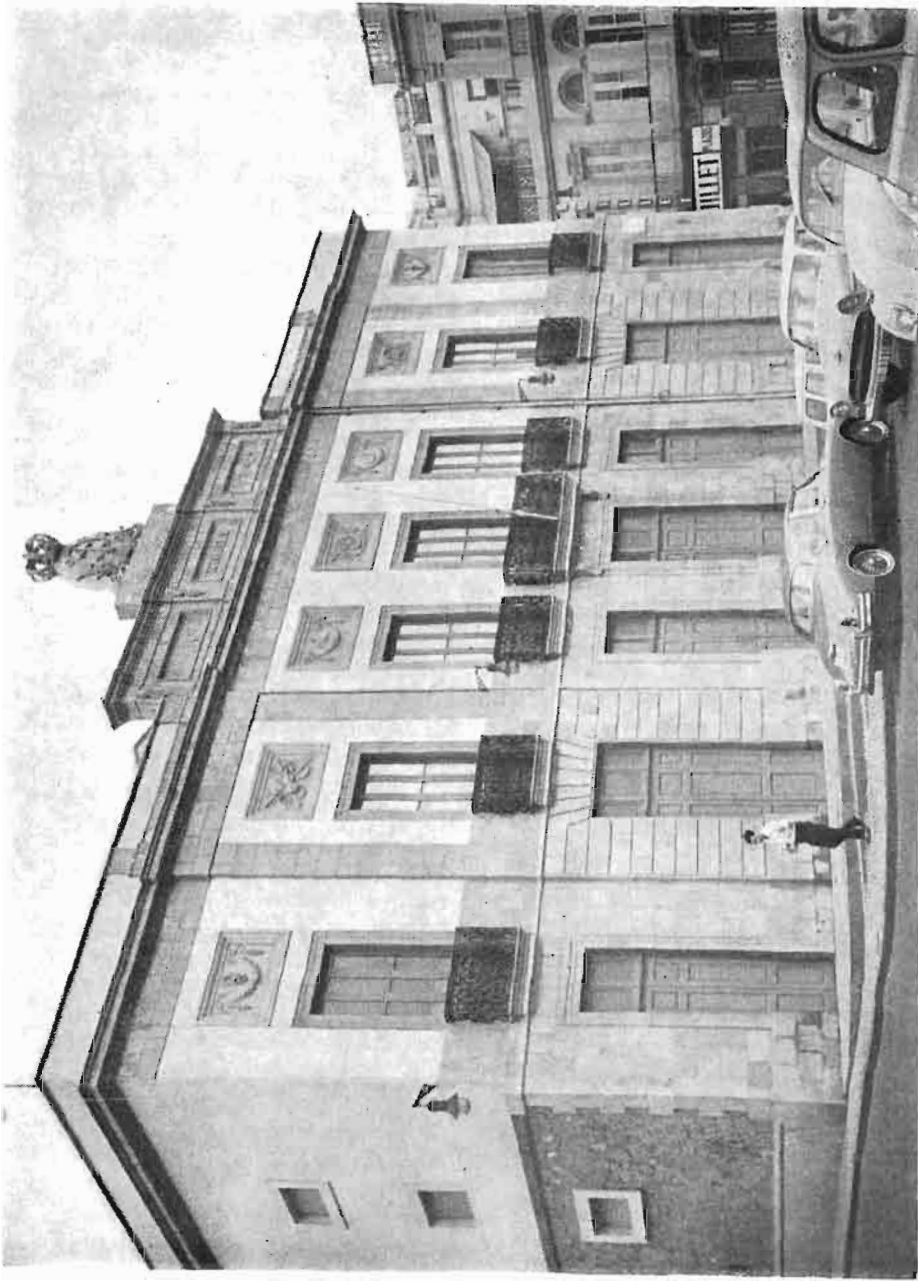
Llegó la noche del domingo 26 de enero de 1851, señalada para la inauguración. El hermoso Teatro, timbre de honor para la villa y para aquellos beneméritos patricios que llevaron a cabo la feliz empresa, abrió sus puertas y marcó una efemérides de luz en la historia de nuestro pueblo.

TIMBRE DE HONOR PARA LA VILLA

La concurrencia, dicen las crónicas de aquellos venturosos días, fue enorme, como correspondía al fausto suceso. Quizá no apreciara el público en aquel momento, quizá no se dieran cuenta los concurrentes, curiosos y ávidos de conocer el edificio, la obra material, arquitectónica, de paso gigantesco que daba nuestra ciudad (nuestra villa diremos con más propiedad), en el camino de su desenvolvimiento espiritual, de su cultura y engrandecimiento. Salto de tal magnitud que la colocaba de pronto entre las poblaciones de elevado rango intelectual. La discreta y plausible labor artística que desarrollaban las sociedades locales, tenía ahora marco adecuado en el hermoso Teatro que se acababa de construir. Bajo su égida alcanzarían su máximo esplendor.

A las diez de la mañana ya no se podía disponer de una sola localidad. En el palco de la presidencia se hallaban las primeras autoridades y los señores que componían la comisión municipal que con tanto celo y altruismo diera cima a la magna obra. «Nuestras bellas (decía un periódico), lucían sus gracias y elegantes trajes y adornos, lo mismo en localidades de palcos que en sillones, lunetas y asientos, despidiendo sus centelleantes miradas en medio de la sociedad más escogida, y creyéndose transportadas a una capital de primer orden».

Amenizó la fiesta la orquesta de «aficionados» (así se denominaban sus componentes), dirigida por el reputado profesor don Carlos Esteban Guigou, cuya reorganización había solicitado el gobernador civil don Manuel Rafael de Vargas, a pretexto de la inauguración del Teatro. Esta prestigiosa agrupación, que gustó mucho y fue con entusiasmo aplaudida, llevaba más de veinte años de constituida, continuando su patriótica labor durante muchos años y dejando profunda huella en la historia musical del país. La integraban significadas personas,



El Teatro Guimerá, inaugurado en la noche del 26 de enero de 1851, «con su muy distinguida pinta burguesa, el héroe más sobresaliente de esta vida tan pugnaz, competitiva y arriesgada», según frase de Pérez Minik

algunas de gran relieve en nuestra vida insular, pudiendo citar los nombres de don José Plácido Sansón, don Cirilo Truilhe, don Nicolas Alfaro, don Francisco, don Carlos y don Matías Guigou del Castillo (hijos del director); don Bartolomé Power (padre de Teobaldo), don Virgilio Ghirlanda, don Abel Aguilar, don Federico Ucar, don Bernardo Murphy, don Nicolás Power, don Cirilo Romero, don José Lorenzo Bello, don Felipe Ravina, don Rafael Montesoro, don Andrés Roselló, don Rafael Ruz, don Narciso Sansón, don Juan Lentini, don Nicolás Fuentes, don Diego Ara, don Juan Fernández del Castillo, don Bartolomé Saurín, don Francisco Aguilar y don Ignacio Villalba.

Terminada la «sinfonía», compuesta para esa noche por el señor Martí, y que mereció el elogio de los inteligentes, fueron arrojados desde la tronera de la lucerna, infinidad de composiciones poéticas alusivas a la inauguración y en loor al gobernador, a la capital y a sus moradores, y a la comisión del Ayuntamiento. También fueron lanzadas desde la lucerna numerosas palomas.

La lucerna y cuatro arañas más iluminaban la sala de espectáculos, haciendo destacar las magníficas decoraciones debidas a los jóvenes aficionados. Todo contribuyó al éxito. La excelente compañía dirigida por el primer actor don Romualdo de Lafuente, en la que figuraban notables artistas como la señora Vigones y el actor de carácter don Lutgardo Fernández Gómez, hizo un esmerado trabajo interpretando a la perfección, el escogido programa, compuesto del drama en cuatro actos y en verso, *Guzmán el Bueno*, de don Antonio Gil y Zárate; de la pieza cómica en un acto *Embajador y Hechicero*, de don Mariano Pina, y del correspondiente baile intermedio.

Con *Guzmán el Bueno*, pues dieron comienzo en nuestro coliseo, las representaciones teatrales. Cupo ese honor a un drama español, de los que más se «cotizaban» en aquel tiempo y de los más celebrados de aquel ilustre poeta y dramaturgo. Ha transcurrido más de un siglo. En tan larga jornada ¡cuántas obras puestas en la escena del viejo coliseo! ¡Qué evolución en los gustos y en las escuelas y tendencias literarias! ¡Qué transformación en las costumbres y en la vida de los pueblos!

La compañía de Lafuente siguió actuando con la más cordial acogida del público, interpretando las más destacadas obras de aquella época. Para dos de ellas, *Isabel la Católica*, de Rodríguez Rubí, y *Embajador y Hechicero*, de Pina, pintaron los aficionados de esta capital, dos preciosas decoraciones que merecieron los más cálidos elogios.

La noche del 22 de mayo del citado año de 1851, se puso en escena por esta compañía la primera obra teatral de autor isleño que se hacía en el nuevo Teatro; un drama histórico, en dos actos y en verso, «sin pretensiones, pues su autor se propuso contribuir al engrandecimiento del mismo» (así decían los programas), debido a la pluma del inspirado poeta don Ignacio de Negrín, y titulado *Conde de Villamediana*. Este distinguido hijo de esta capital que llegó a adquirir justo renombre y fue también en otras disciplinas saliente personalidad, dedicó su obra al M. I. Ayuntamiento. Decía un periódico, al dar la noticia del estreno, que la obra había gustado «por su fácil y florida versificación», obteniendo su autor grandes aplausos. También los obtuvo la señora Vigones, pues hemos leído que la obra de Negrín constituyó un gran triunfo para la notable actriz. Esa misma noche se dió a conocer al público de Santa Cruz, la pieza en un acto, *La coqueta y el soldado*, original del director de la compañía, señor Lafuente, también excelente poeta, en cuyo beneficio se verificaba la función.

En esta temporada hubo dos actuaciones filarmónicas de gran mérito en el teatro: la del notable concertista de violín, señor Robbio, discípulo del célebre Paganini, que visitó en diversas ocasiones nuestra isla, siendo siempre muy considerado y aplaudido, y la orquesta de instrumentos de viento, organizada pocos años antes por el entusiasta músico don Rafael Bethencourt y Mendoza, y cuya presentación ante el público de esta capital mereció los más lisonjeros plácemes.

La afición a la música estaba ya en esa época tan extendida en esta capital que además de las dos agrupaciones que acabamos de citar, había aún una tercera, creada y dirigida por don Manuel Rodríguez, también competente músico, y cuyo debut lo hizo en la tarde del 28 de mayo de 1848, en la plaza de San Francisco.

Después del desarme de la Milicia Nacional (1845), existían en esta isla seis «músicas militares», llamadas así las bandas de instrumentos de viento. El público, todo el Santa Cruz distinguido, que asistía al coliseo, llenando las localidades, supo corresponder a la gran obra realizada y al mérito de los artistas y a los esfuerzos del empresario. Aquellos artistas, decían los periódicos, eran de lo mejor de que se podía disponer en la Península, algunos ya conocidos aquí, en el antiguo Teatro de la calle de La Marina. No era cosa de pensar en Matilde Díez, ni en Bárbara o Teodora Lamadrid, ni en Valero, Arjona o Romea. Las Canarias no valían la pena de que estos colosos cruzaran el mar, sólo por venir a ellas.

¡Los tiempos habían de ser otros, y otros los artistas eminentes que habían de visitarlas!...

LO QUE PENSABA «JUAN EL CHASNERO»

«Juan el Chasnero», que en 1836 hacía las reseñas teatrales del *Boletín Oficial de Canarias*, enfocaba así la idea de construir un Teatro en esta capital:

«... el pretender edificar un teatro capaz de rivalizar en magnitud y lujo con los de Europa es seguir el impulso de una afición poco común por el arte dramático; mas bien que el de la sana razón; y el que haya creído pudiera algún día verificarse tan peregrino proyecto, bien se le puede calificar de «lunático» que cree existen «hombres murciélagos» y «carneros unicornios»...

No pensaba lo mismo «P. C.», que en 1838, en un artículo-resumen de la temporada teatral de aquel año, publicado en *El Atlante*, aludía al proyectado Teatro de la Plaza de la Constitución, cuyas obras, como hemos indicado, comenzaron, pero la apatía malogró, y excitaba el celo de todos para que se llevara a cabo el patriótico proyecto, pues «únicamente de ese modo —decía— podría sostenerse una compañía, porque el Teatro que tenemos es mezquino, ni siquiera proporcionado a la población de la capital, y así sucede que en ciertos días señalados en que todo el mundo quiere ir a divertirse al teatro, hay jaranas para conseguir boletines, y muchos se quedan en blanco».

No hemos podido «localizar» a estos dos antiguos periodistas tenerfeños, que de tan distinta manera apreciaban el problema de la construcción de un Teatro en Santa Cruz, escudados, el uno en un simpático seudónimo auténticamente isleño, y el otro en unas iniciales que sin duda no correspondían a su nombre.

¿Asistirían los dos a la inauguración en 1851, del suntuoso Teatro? ¿Qué pensaba «Juan el Chasnero» de aquellos «lunáticos» que unos años antes soñaron con tan «peregrino proyecto»?

CAPITULO VII

EL NUEVO ESPECTÁCULO DE LAS ZARZUELAS

La segunda compañía, lírico-dramática, que vino al Teatro municipal, la dirigía también don Romualdo de Lafuente y dió comienzo a sus representaciones en 3 de octubre de 1852. Este actor, y ahora empresario, que había inaugurado el coliseo, consiguió un magnífico abono que garantizaba una concurrencia superior a la de la anterior temporada. Los precios eran bien módicos: las treinta funciones, 450 rs. vn. los palcos principales y de platea; 90 los sillones y delanteros de platea, y 60 las lunetas.

La compañía llegó de Cádiz la víspera del debut. La constituían notables artistas, los más ya conocidos de este público. Era propósito del señor Lafuente traer algo mejor de lo que trajo el señor Mela para la inauguración del Teatro, superándole en el mérito de los artistas y en el repertorio. Y reunió un magnífico conjunto en el que destacaban el primer actor don Domingo Mendoza y su esposa, la excelente actriz doña Silveria del Castillo, que había actuado años antes en el Teatro de la calle de La Marina; el actor de «carácter anciano» don Lutgardo Fernández Gómez, notabilísimo artista que supo dejar grato recuerdo de sus diversas actuaciones en esta capital; la aplaudida primera actriz doña Dolores León, que procedía de los teatros del Circo y Balón, de Cádiz, que a lo que parece daban categoría y eran centros de donde, por lo general, se nutrían los teatros de Canarias. De galán joven venía otro buen

artista que aquí residió largas temporadas, Manuel Villena. Como actor cómico figuraba José López Patiño, también de mérito excepcional, y como dama joven y «graciosa», Enriqueta Sánchez Castilla, que poco después de marchar de aquí, según noticia que dió un periódico local, fue asesinada en Sevilla por el apuntador de la Compañía de que formaba parte. Cinco actrices y siete actores más completaban el ya bien nutrido elenco.

COMPAÑÍAS DE «DECLAMACIÓN, ZARZUELA Y BAILE»

Se denominaba esta compañía «Sociedad de Declamación, Zarzuela y Baile, formada para las Canarias». El personal era mucho más numeroso que el de las compañías modernas, pues además de los artistas de «verso», citados, venían otros tantos de zarzuela y el correspondiente cuerpo coreográfico. Traían incluso, algunos músicos, dirigidos por el «maestro de zarzuelas» don Santiago Ramos, contando también con la orquesta formada aquí y dirigida por el músico mayor del batallón de Africa, que guarnecía esta plaza, don Bernardo Rosell.

La compañía anunciaba el «nuevo espectáculo de las zarzuelas», que tanta aceptación (afirmaban), tenía en todas partes, y su presentación fue acogida con entera complacencia, y, como la que inauguró el Teatro, hizo su debut con *Guzmán el Bueno*.

Un periódico explicaba así el motivo que tenían las compañías para esta predilección: «Este drama reúne a la circunstancia de ser una de las joyas más preciosas de nuestro teatro, la de proporcionar que todos los actores principales de la compañía, puedan tomar parte en él, presentándose al público».

Años antes era así mismo costumbre hacer su presentación las compañías dramáticas con la comedia de Moreto, *El desdén con el desdén*, obra de prueba para la dama, el galán joven y el «gracioso».

Con el mismo propósito de hacer la presentación de todo el cuerpo coreográfico, se bailó en el debut por las tres parejas, una «introducción de bailes nacionales», terminando la primera pareja con la polka, que era obligada en todas las representaciones. El espectáculo finalizó con la pieza *El secreto en el espejo*. El público, que era numeroso, salió satisfecho. Era, sin duda, la mejor compañía de cuantas habían actuado en esta capital.

La segunda función se hizo con el popularísimo drama en

verso, de Camprodón, *Flor de un día*, que el gran Valero había estrenado ese mismo año en Madrid, y que, como ¡*Espinas de una flor!*, entusiasmó a varias generaciones. «Oh, ingenuos y sencillos tiempos en que conmovían *Flor de un día* y *La trenza de sus cabellos*», dijo en una ocasión Pedro de Répide...

El 9 de octubre, con motivo de los festejos organizados para solemnizar la apertura (que había de tener lugar al día siguiente), de los puertos francos concedidos a estas islas por R. D. de febrero de aquel año de 1852, dispuso la empresa «para este día una de las más bellas producciones modernas, quizás la más aplaudida en todos los teatros de la Península, nueva en esta capital» en tres actos, en verso, original de los señores don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Luis Valladares Garriga y don Cayetano Rosell, titulada *Jugar por tabla*. A continuación se anunciaba el correspondiente baile, y como fin de fiesta, la pieza en un acto *A un cobarde, otro mayor*.

La noche del 31 de octubre se efectuó el estreno de la «pieza nunca representada en ningún teatro, original del apreciado escritor, vecino de esta capital, don José Desiré Dugour, titulada *El hombre propone y Dios dispone*. Esta fue la segunda obra de autor local (de autor «tinerfeño» diríamos mejor, porque lo era de corazón), estrenada en nuestro coliseo, y la tercera también correspondió al inolvidable historiador y poeta, tan vinculado a nuestro país, en el que tales huellas dejó que tenemos el deber de considerarlo como nuestro. Pero este segundo estreno de don José Desiré Dugour, revistió honores de acontecimiento y fue un homenaje del esclarecido escritor a la tierra que consideró como suya. A beneficio del primer actor y director don Domingo Mendoza, el viernes 19 de noviembre de 1852, día de la Reina, se estrenó (previa autorización de la Junta de Censura de Madrid), el drama en cinco actos y en verso, titulado *Tenerife en 1492* el cual fue, según anunciaban los programas, «exornado con todo el aparato que requiere su interesante argumento». El Teatro «estaba sumamente concurrido, y el público demostró al autor la complacencia con que recibió la obra que le dedicaba, llamándolo a escena». Así se expresaba *El Noticioso de Canarias*.

«TENERIFE EN 1492», DE DON JOSÉ DESIRÉ DUGOUR

Y aún hubo en esta fructífera temporada teatral un nuevo estreno de don José Desiré Dugour. En 26 del mismo mes de noviembre, y también con carácter de extraordinaria la fun-

ción, que se celebraba a beneficio del notable actor don Luitgardo Fernández Gómez, se puso en escena con unánime aplauso del público, el drama en cuatro actos y un prólogo, titulado *La reina Faína*, completando el programa el juguete en un acto, del propio señor Dugour, *Agencia matrimonial*.

Tenerife en 1492, el drama de don José Desiré Dugour, está basado en la conquista de esta isla y es obra bien versificada y su complicado argumento está planeado y desarrollado con gran maestría, evidenciando las excelentes condiciones y el conocimiento que de la técnica teatral poseía el venerado escritor que fue figura representativa de una de las más interesantes generaciones de escritores tinerfeños. Los personajes más importantes del gran episodio de nuestra conquista están admirablemente trazados en la obra, que es un canto a la raza vencida y a los que trajeron, con la civilización, la bandera de España. Tan excelente drama fue recibido con general aplauso y el autor aclamado cuantas veces se puso en escena.

El día del estreno (19 de noviembre de 1852), el señor Dugour repartió entre los concurrentes al Teatro, las siguientes efusivas líneas:

«A los habitantes de Santa Cruz de Tenerife: Pobre naufrago arribé a vuestras playas, y me tendisteis una mano bienhechora... Nunca, nunca lo olvidaré!

La riqueza y el brillo de vuestro idioma, su admirable estructura, su libre y variada sintaxis, hirieron desde luego mi impresionable corazón: más adelante, fueron mis delicias mis únicas delicias.

Leí con avidez las admirables páginas de vuestra historia, devoré con ansia las obras maestras de vuestros inmortales poetas, y... quise también a ejemplo de los antiguos mejicanos, colocar mi piedra en el sacro monumento que levantaban en medio de la patria; nadie le daba su nombre, pero todos habían contribuido a edificarlo.

Este pensamiento dió vida al drama que estáis llamados a juzgar, *Tenerife en 1492*, Tenerife aún en estado de naturaleza, pero ya pronto a despegar sus alas.

Mucho tiempo ha que veía desarrollarse en mi imaginación el grandioso cuadro de la conquista de esta isla; identificábame con el carácter franco, al par que majestuoso, de Bencomo; contemplaba la noble y varonil figura de Tinguaro; veía en las encantadoras páginas de Viana, a la hermosa Dácil, flor inculta nacida entre verdes pensiles de la risueña Orotava. Con-

templaba en fin, con entusiasmo, a todos estos hombres, hijos de la naturaleza, pero toscos como los bosques de su país, que tan solo esperaban un soplo de civilización para hacerse grandes como el Echeide que domina su isla.

No tardó en presentarse la ocasión.

Castilla y Aragón se habían unido. Isabel y Fernando al estrecharse las manos, fundaron un estado que pronto había de avasallar al mundo. Los heroicos sucesos de aquellos inmortales tiempos, dando libre campo al valor y mérito personal, hicieron brotar en rededor de Granada un sin número de héroes que ardían por plantar la Cruz sobre las arruinadas torres del Islamismo. Cayó Boadil, y la Media Luna, vencida para siempre, fue a refugiarse a los ardientes desiertos de donde había salido.

¡Noble Lugo, honrado Lope, ilustre Gonzalo, invicto Pedro Benítez! Allí hicisteis vuestro aprendizaje; y con el ardor aventurero que distinguía vuestra época, quisisteis propagar doquier las sacrosantas ciencias del Cristianismo. Volvisteis los ojos a la Reina del Atlante y en ella plantasteis la Cruz. ¿Con qué constancias llevasteis a cabo tan ardua empresa? ¿Cómo inclinásteis al indómito guanche a regenerarse en las Santas aguas del Bautismo? La historia nos lo refiere; vosotros todos habéis pertenecido al ejército español que supo conquistar mundos por su valor, y más adelante salvar su patria por su constancia.

A tales padres, tales hijos.

Estas son las colosales figuras que me he atrevido a bosquejar en la obra que os ofrezco. Humilde y pobre tributo que mi reconocimiento os dedica.

Toda la compañía dramática de esta capital se ha brindado con amabilidad a interpretar mi obra; el simpático señor Mendoza la ha elegido para su beneficio, haciéndome más honor que el que seguramente merezco; así, pues, si tenéis en cuenta las dificultades que puede presentar semejante argumento al trasladarle a la escena, enlazando en una acción dramática las pastoriles costumbres de los guanches con las sin igual proezas de los caudillos castellanos; si esta producción puede siquiera ofrecernos algunos momentos de solaz, quedarán suficientemente recompensados los afanes de

José Desiré Dugour

Santa Cruz de Tenerife, 19 de noviembre de 1852».

La noche del 24 de diciembre (Nochebuena), hubo función extraordinaria a beneficio de los actores y con exclusión completa del bello sexo «según costumbre este día en todos los teatros del reino», es decir, que los hombres hicieron de mujer,

representando la comedia *El hombre más feo de Francia*, arreglo de Ventura de la Vega, con números de bailes y de canto y rifándose entre los concurrentes un ramillete de dulce...

La compañía de Lafuente siguió actuando en 1853. El público le prestó su apoyo y llenaba el Teatro todas las noches. El 8 de enero se puso por primera vez en nuestro coliseo *Don Juan Tenorio*, a beneficio del segundo galán, don Francisco Torres. La famosa obra de Zorrilla fue presentada con toda propiedad, pintando las decoraciones el beneficiado, que fue muy aplaudido en su doble condición de actor y escenógrafo.

En febrero, en el beneficio del profesor de música don Santiago Ramos, se cantaron varias zarzuelas, cuyos protagonistas desempeñó el beneficiado, anunciándose como fin de fiesta un cuadro de costumbres del país, titulado *La fiesta del Pilar en Santa Cruz de Tenerife*, que el público recibió con frialdad, pues no fué otra cosa que un intermedio a telón alzado.

El domingo de Carnaval se puso en escena la bella comedia de Bretón de los Herreros, *Marcela o ¿Cuál de los tres?*, pero... desempeñada solo por las actrices, haciendo el papel de Marcela el galán joven Villena. Las damas, como los caballeros en Nochebuena los de las mujeres, hicieron los papeles de los hombres. Broma carnavalesca. Se bailó el *Jaleo de Jerez*, célebre baile que hizo furor durante muchos años, compuesto por el músico polaco Juan De Sckozdopole, que residió largo tiempo en España, y la jota aragonesa. Una verdadera juerga de Carnaval.

La compañía abrió un nuevo abono, con excelente resultado, dando a conocer nuevas obras, entre las que figuraban *Sancho Ortiz de las Roelas*, refundición de *La estrella de Sevilla*, de Lope, y *La hija de las flores*, de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, obra que la crítica consideró como la mejor de la ilustre poetisa y de la que un periódico local dijo que era «la idealidad del poeta». El inenarrable triunfo obtenido años después con su obra maestra *Baltasar*, borró el logrado por la insigne escritora en los comienzos de su gloriosa carrera.

A esta compañía de Lafuente debió nuestro público el conocer las primeras zarzuelas, que fueron: *El tío Caniyitas o el mundo nuevo de Cádiz*, letra de don José Sanz Pérez, poeta gaditano y música del maestro Soriano Fuertes; *La venta del puerto*, primera obra del maestro Oudrid; *Tramoya*, de José Olona y Barbieri y *Buenas noches, señor don Simón*, de Luis Olona y Oudrid.

La temporada se prolongó hasta el 6 de abril entre dra-

mas y dramones y alguna que otra obra genial; despidiéndose la compañía esa noche con el drama de Eguilaz, *Alarcón*, inspirado en la vida del célebre poeta y dramaturgo de nuestro Siglo de Oro, y después de haber interpretado entre otras obras, la comedia de don Eugenio Rubí, *Un hidalgo aragonés*; el drama sentimental, traducido por don Juan Lombía, *El pilluelo de París*, que gustó extraordinariamente; el «tremebundo» (así lo calificaba el *Eco*), drama francés, *Nunca el crimen queda oculto a la justicia de Dios*; *La boda de Quevedo*, comedia de Narciso Serra, puesta en un segundo beneficio del director de la compañía, tomando parte en su desempeño nuestro paisano Lentini, que demostró nuevamente sus grandes condiciones para la escena, y el drama en cuatro actos *María, la hija de un jornalero*, cuyo argumento es el de la popularísima novela de don Wenceslao Ayguals de Izco, que se puso en otro beneficio de la primera actriz, desempeñando los principales papeles, a instancia de la beneficiada, los notables aficionados José B. Lentini y José Curbelo Ayala.

En aquellos tiempos era tal la profusión de beneficios que, desde el primer actor y la primera actriz, hasta el apuntador, pasando por los artistas de segunda categoría y por los músicos de la orquesta, todos tenían derecho a su función de beneficio. Y si bien esto podría en parte justificarse como compensación por la mezquindad de los sueldos y lo dudoso del negocio, se exageraba la nota en este sentido, dando lugar a que los periódicos lo censuraran y a que los abonados impusieran condiciones en cuanto al número de beneficios y de «beneficiados».

En octubre de 1853 marchó a la Península el notable actor Lutgardo Fernández Gómez, que había pertenecido a la compañía de Lafuente, con propósitos de contratar a la que había de hacer la temporada de invierno de aquel año. El señor Fernández Gómez contrató a varios artistas y completó el elenco con otros que aún se hallaban aquí y que pertenecieron, como él, a la anterior compañía. También fue contratada la señora Vigones, que había inaugurado el Teatro en 1851.

Esta compañía hizo su debut la noche del 3 de diciembre del citado año de 1853, con la comedia *Verdades amargas*, que, al decir de la crítica de aquel tiempo, colocó a su autor, don Luis Martínez de Eguilaz, en primera fila como dramaturgo, y siguió actuando hasta el mes de abril del siguiente año de 1854.

A esta temporada prestó poco apoyo el público, y los periódicos se lamentaban de ello, pero sin duda el repertorio, compuesto en su mayor parte de obras tremebundas e intermina-

bles, cuyos títulos bastaban para hacer su apología, era causa más que suficiente para ahuyentar del coliseo a las personas de buen gusto.

A fines de febrero los sargentos del batallón ligero de Africa, de guarnición aquí, organizaron una función a beneficio de la compañía, poniendo en escena el drama de don Eusebio Asquerino, *Sancho el Bravo*, desempeñado por aquellos y por las actrices. *Eco del Comercio* decía que fue tan grande la entrada que ni aún en los días de la apertura del Teatro se había visto afán mayor por adquirir localidades. Otra función de beneficio, pero ésta para los Asilos benéficos de esta capital, celebraron los citados sargentos en el mes de marzo, poniendo en escena el drama *El principio de un reinado* y la comedia *Cenar a tambor batiente*, constituyendo otro éxito de interpretación y de público.

También en marzo varios aficionados pusieron en escena, en el Teatro municipal, el drama en tres actos y un prólogo, *García de Paredes*, haciendo el protagonista (admirablemente decían los periódicos), el poeta José B. Lentini, perfectamente secundados por los jóvenes Curbelo, Savole y Benítez, y actuando con ellos las actrices de la compañía.

CAPITULO VIII

UNA FAMOSA «SOCIEDAD DRAMÁTICA» DEL PAÍS

La Sociedad de aficionados al arte de la Declamación, que se había constituido en esta capital, comenzó a desarrollar su intensa, seria y ordenada labor artística y patriótica, en el otoño de 1854, celebrando notables espectáculos teatrales, a beneficio de obras caritativas y de mejoramiento de la población. La primera representación tuvo lugar la noche del 22 de octubre, con el drama de Zorrilla *El zapatero y el rey* y la comedia *Dos y ninguno*, entregándose su producto a la Beneficencia pública. Tomaron parte en el desempeño de ambas obras, las distinguidas poetisas doña Angela Mazzini y su hija, la señorita Victorina Bridoux, que demostraron magníficas condiciones para el arte de la escena, y los jóvenes Chamorro, Cambreleng, Lentini (José y Juan), Sarmiento (Claudio v Severiano), Savoie, Lecuona y otros. Esta primera función fue un timbre de honor para la nueva entidad, que obtuvo un triunfo rotundo, produciendo la cantidad de 2696 rs. vn.

La segunda, celebrada la noche del 15 de noviembre siguiente, fue a beneficio de la isla portuguesa de San Antonio, del grupo de las de Cabo Verde, que sufría los rigores de una terrible sequía.

El 19 del mismo mes, día de la reina y de su hija, dió la Sociedad de aficionados una función a beneficio de la Milicia Nacional, representándose el drama de Camprodón, *¡Flor de un día!*, y la pieza cómica, traducida del francés, *El aguador*

y el misántropo. La concurrencia fue numerosa, llenándose el Teatro. Tanto la señora Mazzini, como los señores don Claudio Sarmiento, don Eugenio Cambreleng y don José B. Lentini, fueron aplaudidísimos. Don José Suárez Guerra actuó por primera vez esa noche y decían los periódicos que estuvo admirable, siendo ovacionado. En esa representación tomaron parte, siendo también muy elogiados y aplaudidos, las señoritas Dolores Suárez Guerra y Emilia Dugour y Ruz y los señores Savoie, Bonnet (Vicente), Lentini (Juan), Lecuona, Sarmiento (Severiano), Dugour (José Desiré), Ruz y Chamorro. Fue un nuevo y resonante triunfo de la «Sociedad de aficionados al arte de la Declamación».

El 7 de diciembre, a beneficio también de la Milicia Nacional, se puso en escena la comedia de Rodríguez Rubi, *República conyugal*, y el juguete de Bretón de los Herreros, *El hombre pacífico*, siendo aclamados la señorita Suárez Guerra y su hermano don José.

El 23 interpretaron los aficionados, el drama *Los renegados*; el 25, el drama de Zorrilla, *Sancho García*, y la comedia de Bretón, *Los parientes de mi mujer*, y la noche del 31 despidieron el año de 1854, que tan destacado lugar había de ocupar en el historial de la importante sociedad, con el drama *Flor de un día* y la comedia *Dos y ninguno*.

LOS AFICIONADOS REALIZAN UNA GRAN LABOR ARTÍSTICA

Continuaron los entusiastas aficionados su fructífera labor a lo largo de 1855, pero no hemos de seguir adelante sin antes decir algo de los elementos que integraron esta notable y benemérita Sociedad de Declamación, a cuyo cargo corrieron numerosos espectáculos teatrales celebrados en nuestro Teatro, haciendo temporadas enteras, supliendo con mérito extraordinario a las compañías cuando éstas no venían, representando las más difíciles obras, de las que salían victoriosos, como verdaderos artistas profesionales, y cuya actuación elogiaban de tal modo los periódicos de aquella época que de su lectura hemos sacado el firme convencimiento de que aquello era algo más que un cuadro de aficionados, y que fue, sin duda, lo mejor de cuanto hubo en ese aspecto en muchos años en nuestra ciudad. Y cuenta que fueron tiempos de gran afición, de desmedida afición al teatro y que cundían las sociedades teatrales, merecedoras todas de ser evocadas, como recuerdo y homenaje a aquellos entusiastas y laboriosos jóvenes que así contribuían al engrandecimiento de Santa Cruz.

DON JOSÉ SUÁREZ GUERRA, GRAN ACTOR AFICIONADO.
ANGELA MAZZINI, VICTORINA BRIDOUX Y JOSÉ B. LENTINI,
ARTISTAS DE GRAN CATEGORÍA

Este notable conjunto artístico denominado con la modestia, que era característica de la época, Sociedad de aficionados al arte de la Declamación, lo dirigió largo tiempo el entonces joven don José Suárez Guerra, que había de lograr destacado lugar en la vida ciudadana del país y que, al absorberlo la política, quizá le fuera restado al arte de la escena un positivo valor. Integraban la Sociedad las señoras Mazzini y Bridoux de Domínguez, las señoritas Dolores Suárez Guerra, Emilia Dugour, María Domínguez y Eloisa Pérez, y los señores Lentini (José y Juan), Sarmiento (Claudio y Severiano), Savoie, Cambreleng (Eugenio), Lecuona, Calzadilla y Quevedo, Dugour (José Desiré), Bonnet (Vicente), Ruz, Chamorro y Olmos (José) y Miranda (Miguel). Era presidente de la Sociedad don José Desiré Dugour.

Hemos dicho que los jóvenes aficionados continuaron su entusiasta labor en 1855, que fue también honroso para ellos. Lo comenzaron con *El Trovador*, al que siguieron *Una broma de Quevedo*, de Eguilaz; *Fernán González*, de Calvo Asencio; *La ceniza en la frente y Detrás de la Cruz, el diablo*, de Rodríguez Rubí; *En palacio y en la calle*, de Luis Mariano de Larra, y otras obras de no menos difícil ejecución.

Con la interpretación del drama *Alarcón* culminó la labor de la Sociedad de Declamación. Su desempeño fue magistral. Don José Suárez Guerra hizo el protagonista, interpretando de tan extraordinaria manera su papel y demostrando tan excepcionales condiciones, que el entusiasmo del público se desbordó, aclamándolo con verdadero delirio.

La noche del 19 de noviembre, con motivo del santo de la reina, pusieron en escena otra obra de altos vuelos: *Don Francisco de Quevedo*, de Eulogio Florentino Sanz, obteniendo nueva victoria los artistas tinerfeños.

Siguieron en los meses sucesivos interpretando las más difíciles obras del repertorio de aquellos años, como *Dios, mi brazo y mi derecho*, *La hija de las flores*, *La estrella de las montañas*, *El ramo de rosas*, *Adriana Lecouvreur* y ¡*Espinas de una flor!*

En abril y junio del 56 celebraron dos extraordinarias funciones a beneficio de la compañía de bomberos, que organizaba en esta capital el prestigioso arquitecto don Manuel Orúa

y Alcorcha, teniendo ambas el éxito apetecido: que siempre supo Santa Cruz responder a toda obra patriótica y a toda saludable iniciativa.

Conjuntamente con la actuación de la Sociedad de aficionados al arte de la Declamación, dio en ese año de 1856, un nuevo concierto, el celebrado violinista don Agustín Robbio, que tuvo la acogida cariñosa que siempre le dispensó nuestro público.

De verdadero acontecimiento calificaron los periódicos la representación hecha por los aficionados el 4 de enero de 1857, de la comedia en tres actos, en «verso anticuado» (decían), de don Luis de Eguilaz, «nuestro predilecto poeta», titulada *La Vaquera de la Finojosa*, escrita para el eminente actor Fernando Ossorio, muerto en plena juventud. Numerosa y selecta, cuentan las crónicas que fue la concurrencia, ocupando todas las localidades del teatro, y asistiendo todas las autoridades y la oficialidad de diversos buques de guerra surtos en el puerto.

Eco del Comercio decía que la ejecución no dejó nada que desear. Los jóvenes intérpretes cumplieron a las mil maravillas su cometido y el público premió tan concienzuda labor llamándolos a escena y colmándolos de aplausos y de aclamaciones. Los principales papeles corrieron a cargo de doña Victorina Bridoux, doña Angela Mazzini, don José Suárez Guerra, don Eugenio Cambreleng y don Manuel Savoie; tomando también parte en esta obra, en papeles secundarios, la señorita María Domínguez y el joven don José Calzadilla y Quevedo, que fueron muy aplaudidos.

En el mes de marzo siguiente, embarcó para la Península, a cursar sus estudios de Farmacia, don José Suárez Guerra, dejando su gran vacío en la Sociedad de Declamación, de la que era alma y que, con tanto entusiasmo y competencia, dirigía. Con este motivo se celebró una cariñosa reunión de homenaje y despedida, testimoniándole sus compañeros y admiradores el sentimiento que su ausencia les producía.

Por los años a que hemos venido haciendo referencia, funcionaban en esta capital diversas sociedades dramáticas, además de la que dirigía don José Suárez Guerra, y que tuvieron también importantísima actuación. Y si bien siempre fueron frecuentes en nuestra ciudad los cuadros de aficionados de mérito relevante, hubo época como ésta que destacamos, que fue de grandísima afición al arte escénico, organizándose diversas agrupaciones de esta índole, y además, los distintos centros recreativos, establecidos de años, solazaban

a sus socios y familias con interesantes representaciones teatrales, en las que tomaban parte elementos valiosos y se montaban obras de indiscutible importancia. Por los años a que nos referimos funcionaban, entre otras, la Sociedad Iris, que daba funciones en su local social y la sociedad El Progreso, que en 1857 se denominó La Aurora, fusionándose después con El Recreo y cuyo nuevo teatro, decorado y arreglado espléndidamente por don Gumersindo Robayna y con capacidad para 300 personas, se había inaugurado brillantemente en un amplio local de la calle del Tigre, tenemos entendido que en los bajos del viejo caserón de la esquina de José Murphy; La Lira, sociedad asimismo teatral, que celebraba frecuentes funciones en su local, y El Recreo, instalado en la plaza de la Iglesia, con un hermoso teatro y preciosas decoraciones, pintadas por don Cirilo Romero, que era presidente de la popular sociedad.

Ligeramente queda reseñada la labor de aquellas beneméritas sociedades de mitad del pasado siglo, tan entusiastas y tan interesadas en el desenvolvimiento artístico de la ciudad, a la que consagraban afanes y energías, poniéndose enteramente a su servicio y contribuyendo a la realización de grandes mejoras urbanas, fomentando instituciones patrióticas y ayudando a los menesterosos en su infortunio.

CAPITULO IX

LOS MÁS RUIDOSOS ÉXITOS DE LA ZARZUELA GRANDE

Don José Suárez Guerra, director de la Sociedad de aficionados al arte de la Declamación, regresó de la Península en 1858. *El Fénix de Canarias*, con tal motivo, hacía grandes elogios de esta importante agrupación artística, y auguraba una nueva y fecunda etapa de sus actividades al tener de nuevo en su seno a su más valioso elemento.

La Sociedad de Declamación, que tan grato recuerdo había dejado en su intenso y valiosísima actuación anterior había puesto en ensayo una de las más celebradas comedias de López de Ayala, *Un hombre de Estado*, estrenada en Madrid en 1850 y en nuestra capital, por la referida Sociedad, el 15 de marzo de 1858, constituyendo su representación un nuevo y legítimo triunfo para los aficionados. Seguidamente comenzaron los ensayos de *Don Francisco de Quevedo*, obra que ya habían desempeñado, y por último ensayaron y estrenaron la noche del 16 de mayo, el nuevo drama de don José Desiré Dugour, *Un corazón de otros tiempos*, tomando parte en su desempeño doña Victorina Bridoux de Domínguez, la señorita Eloísa Pérez y los señores Suárez Guerra, Cambreleng, Sarmiento (Claudio), Savoie y Miranda. El drama del señor Dugour agradó mucho a la concurrencia y su autor fue llamado a escena aplaudiéndosele y haciéndosele entrega de una artística corona. Como fin de fiesta representaron la pieza en un acto, *Un anuncio en el diario*, del propio Dugour, y cuya acer-

tada interpretación corrió a cargo de la señora Mazzini y de los señores Savoie, Sarmiento y Miranda.

Esta función tuvo otros alicientes: el estreno de una magnífica decoración cerrada, debida a los señores don Nicolás Alfaro, don Gumersindo Robayna y don Francisco Aguilar, miembros los tres de la Sociedad de Bellas artes, viéndose obligados a salir al palco escénico, llamados por el público, que les ovacionó con el mayor entusiasmo, y una «sinfonía» de don Nicolás Power, inteligente director de la «Sociedad Filarmónica», durante la ausencia del señor Guigou, compuesta para esa noche y que mereció también grandes aplausos, requiriendo el público su presencia en el escenario.

En 1858 actuó en nuestro Teatro una compañía cómico-lírica, dirigida por el señor Zafrané; compañía que a juzgar por la referencia de los periódicos, hizo una buena temporada, no sólo por el mérito de los artistas, sino también por algunas de las obras representadas, merecedoras de elogio. El personal de la compañía era numeroso y excelente, figurando como primeras partes, que el público aplaudía con entusiasmo, la actriz señora Cala; el barítono Zafrané, de gran cartel en el Teatro Real de Lisboa; la tiple señora Escobar, que ya era conocida de nuestro público; el actor Toral, el mímico Cala, el galán joven Antonio Mora y el actor de carácter José Carrasco.

Esta compañía, que debutó el 12 de octubre, con la indispensable *Flor de un día*, tuvo una larga actuación, pues la temporada se prolongó hasta bien entrado el año 1859, haciendo entre otras obras «malas» de su extenso repertorio, *La cabaña de Tom o la esclavitud de los negros* y *El terremoto de la Martinica*, sin menoscabo, desde luego, de otras de más elevada alcornia y que avalaban Tirso de Molina, Lope de Vega y Tamayo y Baus.

También en 1859 actuó otra interesante compañía, la dramática del empresario don Juan Lorenzo, que había figurado como «gracioso» en la de Sarriamán, en 1847. Esta compañía hizo su debut la noche del 23 de octubre, con la obra de Zorrilla *Sancho García*. La temporada se prolongó hasta fines de diciembre, en que marchó la compañía a Las Palmas, regresando a esta capital, y reanudando sus funciones, que duraron hasta finales de mayo siguiente.

Para la temporada de 1860 se concedió el Teatro al empresario Mela, que contrató una compañía lírico-dramática bastante buena, y fue pródiga en estrenos de obras que obtuvieron los más ruidosos triunfos, manteniéndose años y años

en los carteles sin decaer su mérito ni el entusiasmo que despertaron. Fue esta compañía la primera que de verdadera zarzuela vino a estas islas. La dirigía el maestro don Mariano Courtier y debutó la noche del 10 de octubre del citado año de 1860 con el estreno de *Marina*.

¡*Marina!* ¡La bella, inspiradísima página musical que inmortalizara el maestro Arrieta! Muchas veces, después de esa noche memorable en los fastos artísticos de nuestra ciudad, se ha cantado en nuestros coliseos la célebre partitura. Muchos han sido los tenores, buenos, malos o regulares, que han «arribado» a nuestro escenario cantando

Costa la de Levante
playa la de Lloret...

Marina se había estrenado en el Teatro del Circo, de Madrid, el 21 de septiembre de 1855, aunque hemos visto también la fecha del 1.º del indicado mes como la de su estreno. Convertida en ópera, a instancia del gran tenor Tamberlick, estrenóse en ese nuevo aspecto, con todos los honores, en el Teatro Real, la noche del 16 de marzo de 1871. De todas las zarzuelas del viejo repertorio español, ninguna tuvo el éxito de ella, ni ninguna alcanzó tan inmensa popularidad. Ninguna se mantuvo tan tersa, tan lozana, tan nueva (valga la frase), como la vieja zarzuela del maestro Arrieta. Música fresca, juguetona, inspirada y sentimental, es siempre oída con emoción.

No sabes tú que yo tenía
el alma enferma de tanto amar...

Esta compañía, en esa tan interesante temporada, dió a conocer a nuestro público las más hermosas zarzuelas que fueron gala de la música española, figurando en el cuadro de honor *Jugar con fuego*, que calificara Galdós de obra maestra; *Los diamantes de la Corona*, *El juramento*, *El postillón de la Rioja*, *El dominó azul*, *El sargento Federico*, *El diablo en el poder* y *Catalina*. Todas estas obras y otras que ya conocía nuestro público, y otras que conoció en las sucesivas temporadas, nutrieron los repertorios por muchos años con el fervido asentimiento de los espectadores.

Marina se puso en esta temporada cinco veces, con el Teatro lleno las cinco noches. Otras cinco noches se cantó *Jugar con fuego* y tres noches *Los diamantes de la Corona*.

CONATO DE INCENDIO Y ENTEREZA DE LOS ESPECTADORES

La noche del estreno de *El dominó azul*, la popularísima obra de los autores de *Marina*, 31 de octubre, pudo haber sido de trágico recuerdo. Apenas comenzada la representación ocurrió un suceso que estuvo a punto de tener dolorosas consecuencias, pero que la entereza del público evitó. Se prendió fuego a un telón, ardiendo parte de él, suspendiéndose la representación y produciéndose la consiguiente alarma, pero la cordura de los espectadores, su sangre fría, evitó que se produjera una desbandada con los consiguientes atropellos y confusiones, a pesar de lo grave de la situación, pues se hallaba lleno el Teatro.

La notable compañía del maestro Courtier, una de las mejores que desfilaron por nuestro principal escenario, actuó aquí hasta la noche del 17 de diciembre, que así eran de largas las temporadas teatrales en aquellos tiempos. Hizo su despedida con *Jugar con fuego*, en función extraordinaria, a beneficio del Teatro.

El público respondió con creces a la calidad de las obras y al mérito de los artistas, entre los que descolló la Pellizari, de grandes dotes como cantante y como actriz, que desde la primera noche fue la artista predilecta. El tenor Gelatti, el barítono Carvajal, el bajo Pellizari y el maestro Courtier fueron justamente aplaudidos y unánimemente elogiados.

Las funciones eran cuatro por semana, con otros tantos llenos del coliseo. Al terminar aquéllas, cuatro o cinco ómnibus partían de la plaza del Teatro, en dirección al interior de la isla.

Eco del Comercio decía:

«No sabemos si el público de Santa Cruz come, pero podemos dar fe que no pierde una función de teatro.»

LAS PRIMERAS ÓPERAS: «HERNANI,» LA PRIMERA QUE SE CANTÓ EN NUESTRO TEATRO

Terminado su compromiso en nuestra ciudad, la compañía marchó a Las Palmas, regresando en marzo de 1861, y debutando de nuevo la noche del 31, con la ópera *Hernani*, la primera que se cantó en nuestro Teatro. Esta segunda temporada se prolongó hasta fines de mayo, trasladándose luego la compañía a la Villa de la Orotava, donde actuó los meses de junio y julio.

En su segunda actuación se estrenaron otras zarzuelas que también tuvieron éxito resonante, y se cantaron varias óperas, ¡las primeras que conoció nuestro público! Fueron éstas, además de *Hernani*, *Il Trovatori* y *Norma*, que en esta temporada se cantó cinco veces.

CAPITULO X

PROPÓSITOS Y REALIDADES DE MELA

El empresario Mela formó nueva compañía para la temporada de invierno de 1861-62. Era casi la misma de la temporada anterior, dirigida también por el maestro concertador don Mariano Courtier, figurando en ella la tiple señora Pellizari, la señora Márquez, de hermosísima voz y gran sensibilidad artística, y los señores Pellizari, Gelatti y Caballero, notables cantantes, muy aplaudidos en su anterior actuación. Artistas nuevos venían, la tiple señora Cavaletti, el tenor Sebastián Beracochea y el bajo Leopoldo Cavaletti, los tres de bien cimentada reputación.

Para esta nueva temporada el señor Mela se propuso formar una compañía de ópera y zarzuela que fuera lo mejor que en su género hubiera venido a Canarias. Y efectivamente, el señor Mela, hombre experto en estas lides supo satisfacer los deseos del público y organizó una compañía que fue, sin duda, la mejor de cuantas habían actuado en nuestras islas y superior a muchas que vinieron después. La compañía actuó primeramente en Las Palmas y luego se trasladó a esta capital, donde debutó la noche del 11 de enero de 1862, con *Marina* y el estreno de *Una vieja*, otra de las zarzuelas que no supieron envejecer.

BUENAS COMPAÑÍAS DE ÓPERA Y ZARZUELA

El éxito fue clamoroso. La *Marina* estrenada en la anterior temporada, había sido incompleta, y Mela afirmaba que la de este año se había cantado tal cual la escribiera Arrieta, pudiéndose decir que se había «oído» *Marina*. Con esta obra debutaron la notable tiple Matilde Cavaletti y el tenor Beracocha, que causaron inmejorable impresión y respondieron plenamente a la fama que traían. El bajo Cavaletti era otro notable cantante, y los coros, en la noche del debut, fueron ovacionados. Una *Marina*, en fin, superior a la ya conocida y como la había ofrecido el entusiasta y popular empresario.

En *Una vieja*, la famosa zarzuela de Camprodón y Gaztambide, estrenada la misma noche, obtuvieron un ruidoso triunfo la señora Pellizari, Beracocha y Cavaletti, que cantaron irreprochablemente.

La segunda función de la compañía de Mela se hizo con *El dominó azul*, y su desempeño fue tan magistral como el de *Marina* y *Una vieja*.

El Guanche decía: «El Teatro ha presentado en estas dos noches un elegante aspecto con su rico empapelado color rojo con estampación de oro». Ya había dicho ese periódico, antes de comenzar la temporada: «La noche en que se dé principio a la presente temporada cómica, indudablemente nuestro coliseo nos presentará uno de esos espectáculos seductores que hacen olvidar al hombre la intranquilidad y sinsabores de la vida, y que no nos queda duda sorprenderá agradablemente a la concurrencia».

La tercera representación correspondió a una obra de categoría: la ópera de Donizetti, *Lucía de Lamemoor*, que se cantaba por primera vez en Santa Cruz. Su desempeño resultó deficiente, no tanto por las facultades de los artistas, como por la falta de medios del coliseo para su montaje.

Siguieron *La hija de la Providencia*, de Rodríguez Rubí y el maestro Arrieta; *El Juramento*, que entusiasmaba al público, pudiéndose la considerar como su obra predilecta, y siendo su ejecución por esta compañía algo extraordinario, haciéndose lenguas los periódicos de la labor admirable llevada a cabo por los artistas; *Traviata*, que también se cantaba por primera vez en nuestra ciudad y que fue otro gran triunfo de la compañía, particularmente de la señora Cavaletti, tan buena cantante como actriz. «Nunca artista alguna en Santa Cruz de Tenerife (decía *El Guanche*), ha recibido una ovación más completa,

pues fue llamada a la escena tres veces en medio de un verdadero estrépito de aplausos y de bravos».

«Cuando la Cavaletti salía a las tablas (contaba don Andrés de Antequera, «Juan de Anaga»), parecíame algo extraordinario. Eran sus cabellos negros como las sombras de la noche, su palidez, mate, como la palidez de las mujeres de la raza griega».

Traviata, que como hemos dicho se cantaba por primera vez en esta capital, se repitió la noche del 23, estrenándose en su segunda audición «el magnífico alumbrado recién venido de París, compuesto de cuatro pernadas con seis lámparas solares cada una, dispuestas elegantemente en grupo». El Teatro, a juzgar por lo que decían los periódicos, estaba brillantísimo, y la concurrencia fue muy numerosa. La fachada del edificio, con motivo de ser el santo del Príncipe de Asturias, fue iluminada, cantando los artistas antes de empezar la función, un himno patriótico alusivo a dicha festividad.

A principios de marzo comenzó un nuevo abono, estrenándose en esta segunda etapa *El barbero de Sevilla*, que se cantó en castellano; *Campanone*, la lindísima y regocijante opereta italiana, del maestro Mazza, cuyo título original es *La prova di un opera seria*, arreglo libre de los señores Frontaura, Rivera y Di-Franco. Música agradable y argumento entretenido, es obra que entusiasmó a varias generaciones; *El marqués de Caravaca*, de Ventura de la Vega y Barbieri; *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, de Narciso Serra y Oudrid. Esta obra gustó tanto y fue su desempeño tan excepcional que tuvo que ser repetida, obteniendo el más ruidoso de sus triunfos la señora Cavaletti y el tenor Beracochea, que daba a conocer en ella la prodigiosa extensión de su voz en el «do de pecho», que sostenía con fuerza y clara entonación, según expresaba *El Guanche*.

Otros estrenos de esta temporada fueron: *Los Magyares*, de Olona y Gaztambide, uno de los mayores éxitos de estos autores, siendo la noche de su estreno imponente el lleno en nuestro Teatro; *La cisterna encantada*, que no tuvo éxito e hizo decir a *El Guanche*, no obstante venir avalada por los nombres prestigiosísimos de Ventura de la Vega y del maestro Gaztambide, que no comprendía cómo la censura en Madrid, dejaba pasar composiciones como ésta «que atacan al gran principio a que está dedicado el teatro y dan pávulo a que ciertas gentes esgriman sus armas en contra de tan bella creación de la sociedad»; *La cola del diablo*, de Olona y del maestro Allú, que gustó, y *Mis dos mujeres*, de Olona y Gaztambide, obra que la crítica reputó como modelo en su género.

La compañía, la mejor de las dos de zarzuela que habían actuado en nuestro coliseo, se despidió el 2 de abril, con una función a beneficio de los coros, después de una brillante actuación, pero... los resultados económicos fueron desastrosos para la empresa, que quebró. ¡Y el Teatro se llenaba todas las noches!

LA FIEBRE DE 1862 Y NEGOCIO DESASTROSO.
MUEREN VICTORINA BRIDOUX Y JOSÉ B. LENTINI

Hemos llegado al año de la fiebre. En 1862 hizo de nuevo su aparición en esta capital, la terrible enfermedad, sembrando el luto y el dolor en la ciudad riente. Duró la epidemia desde el mes de octubre hasta el mes de marzo siguiente. El número de atacados se aproximó a los dos mil, y el de las defunciones alcanzó la cifra de cuatrocientos setenta. Entre las primeras víctimas causadas por el pavoroso mal, figuró la distinguida poetisa Victorina Bridoux Mazzini de Domínguez, que compartió los grandes triunfos teatrales de la Sociedad de aficionados al arte de la Declamación, y era «el más bello adorno de nuestra corona poética, la flor más galana de nuestro pensil literario», como dijera *El Guanche*, en sentido lamento necrológico. Horas antes, el 31 de octubre, había fallecido también, de otra traidora enfermedad, el inspirado poeta y elemento de los más valiosos de la mencionada Sociedad, José Benito Lentini y Lindo, causando ambas irreparables pérdidas de general consternación.

Victorina Bridoux falleció el 1.º de noviembre. Hija de padre francés, había nacido en Inglaterra, trasladándose a nuestra ciudad, en unión de su madre doña Angela Mazzini, en 1852. Poco tiempo después contraía matrimonio con nuestro paisano don Gregorio Domínguez Castro. Tenía al morir 27 años.

La aparición de la fiebre desbarató los planes del empresario señor Cavaletti, el bajo de la anterior temporada, que había contratado a una notable compañía en la que figuraban artistas de gran prestigio y que se disponía a dar comienzo a su actuación. Las más destacadas partes de esta compañía eran las triples señoras Cavaletti y Pellizari, ya conocidas, la señora Hordán, la señorita Moya, su padre el bajo Moya, el baritono Campoamor, los tenores Hordán y Guillén y el tenor cómico Manzanedo. De maestro director y concertador venía el mismo de las dos anteriores temporadas, don Mariano Courtier.

La compañía llegó a esta capital en el preciso momento en que la fiebre hacía las primeras víctimas y el pánico se apoderaba del vecindario, marchando entonces a La Orotava, donde, obligada por las tristes circunstancias, hizo una larga y nada provechosa temporada, disgregándose los artistas y regresando a Santa Cruz «una fracción de cantantes separatistas» (así denominados por *Eco del Comercio*, por haberse «separado» de sus compañeros), mientras otro grupo seguía actuando en aquella Villa.

En el «Te-Deum» celebrado en la parroquia de la Concepción, de esta ciudad, en acción de gracias por la terminación de la epidemia, tomaron parte los señores Campoamor y Moya, de magnífica voz y excelentes condiciones los dos notables artistas.

Terminada la fiebre, los artistas que quedaban en La Orotava regresaron a Santa Cruz. Pero no pudieron actuar aquí, pues los más importantes elementos habían paulatinamente desfilando. Quedaron únicamente en nuestra ciudad, hasta el mes de abril, la señora Cavaletti y los señores Hordán y Guillén, que organizaron un concierto en el salón de descanso del Teatro, para poder regresar a la Península, pero la concurrencia fue bien escasa, por el luto que la ciudad guardaba.

Esa que dejamos reseñada fue la desdichada actuación de la compañía formada con tantos bríos y con los más halagüeños propósitos, por el bajo-empresario señor Cavaletti, en un año en que el popular Mela, tan vinculado a nuestro medio escénico, no solicitó el Teatro, como si presagiara lo que iba a ocurrir...

CAPITULO XI

DRAMAS, DRAMONES Y MELODRAMAS

En octubre de 1864 abrió de nuevo sus puertas el elegante coliseo santacrucero, con una magnífica compañía: la de declamación y baile, de doña Matilde Martínez, excelente actriz de los teatros de la Corte, ya conocida y apreciada del público de esta ciudad. La temporada, que fue brillante, inauguróse la noche del 15, con el estreno de la celebrada comedia de Ayala, *El tanto por ciento*. La segunda representación se hizo con la comedia de Luis Mariano de Larra, *Flores y Perlas*. La concurrencia ambas noches fue numerosísima, particularmente la segunda. La interpretación de las dos obras, decían los periódicos, que había sido magistral, proporcionando a los artistas dos grandes triunfos.

De la segunda función contaban las crónicas, que fue preciso cerrar las puertas de la «cazuela» por no haber allí más espectadores. Tal fue la inmejorable impresión que causó la compañía la noche del debut. «El público pidió la repetición del baile y la presidencia accedió gustosa a las exigencias que los espectadores hacían llenos de comedido», escribía *El Fénix de Canarias*. Todavía en 1864, presidían las funciones teatrales los alcaldes. Esta disposición había sido derogada por R. O. de 10 de octubre de 1851, pero fue puesta de nuevo en vigor por el conde de San Luis, en 1854. La Revolución de septiembre la abolió definitivamente.

Fueron muchas las obras de gran cartel y muchas las estrenadas en esta temporada que reseñamos, figurando entre las últimas, *Lo Positivo*, de Tamayo, anunciada bajo el nombre de Joaquín Estébanez, que usó en varias de sus obras el célebre dramaturgo; *Don Tomás*, popularísima comedia de Narciso Serra; *Deudas de la honra*, drama de Núñez de Arce; *La payesa de Sarriá*, drama de Eguilaz, de ambiente catalán. Esta obra llenó el teatro en forma inusitada, presentando la sala sorprendente golpe de vista. Su éxito no nos lo explicamos, pues si bien declaramos no conocerla, de haber tenido algún mérito hubiera sobrevivido y hasta la hubiéramos alcanzado en algún repertorio de las muchas compañías que por aquí desfilaron después.

De *La payesa de Sarriá*, decía un periódico local: «Por sus escenas y efecto y por su brillante versificación, es una de las más hermosas flores que adornan la frente de tan apiadido autor». Seguramente. Pero, repetimos, de esta obra tan celebrada por nuestros antepasados, no llegó a nosotros ni el más lejano eco.

Otros estrenos de esta temporada fueron: *La campana de la Almudaina*, del poeta mallorquín don Juan Palou y Coll, de enorme fama; *Las querellas del Rey Sabio*, también de Eguilaz, y *La aldea de San Lorenzo*, famosísima y predilecta de grandes actores, por lo difícil del personaje central; *Venganza catalana*, de García Gutiérrez; *Ojos y oídos engañan*, de Milán y Navarrete; *Diego Corrientes*, de Gutiérrez Alba; *El zapatero y el rey*, de Zorrilla y otras muchas que harían interminable la lista.

ASISTE EL INFANTE DON ENRIQUE

A la segunda representación de *Ojos y oídos engañan*, verificada la noche del 26 de noviembre, asistió al teatro el infante don Enrique de Borbón, que se hallaba aquí de cuartel. Ocupó el palco del Ayuntamiento, previamente adornado. El público, que recibió al infante de pie, le tributó una cariñosa ovación, mientras la orquesta tocaba la Marcha Real.

También asistió el infante a la representación de *La aldea de San Lorenzo*. Vestía esa noche el uniforme de general de la Armada, a la que pertenecía. El teatro había sido iluminado con fanales que pendían de la terminación de los antepechos de los palcos - plateas y principales. La concurren-

cia fue numerosísima, y el golpe de vista, decía un periódico, era deslumbrador.

La temporada de 1866 corrió a cargo de una compañía de zarzuela, dirigida por el barítono Campoamor, y traída por el incansable Mela, que siempre contrataba buenas compañías. Esta de Campoamor era notable, figurando en ella artistas de gran valía como la tiple señora Segura, el tenor Villanova, el mismo director Campoamor, barítono de grandes facultades que había venido con Cavaletti el nefasto año de la fiebre; el bajo Monteagut y el maestro director y concertador don Juan García, músico de bien reputada fama.

«MELA, HOMBRE DE ESPECIAL MUNDOLOGÍA...»

Del empresario Mela decía don Andrés Antequera, que «era hombre de especial mundología, debiéndole el público canario sus relaciones con cómicos y danzantes».

Antes de la actuación de esta compañía, en el mes de marzo de ese año de 1866, dio tres nuevos conciertos en el teatro de la ciudad, el violinista Agustín Robbio, ya admirado y aplaudido por este público en anteriores audiciones. Ahora regresaba de una brillante excursión por la India, China, Australia y otros países. Prestaron al notable artista su colaboración, los jóvenes don Agustín E. Guimerá y don Nicolás Alfaro. También le prestó su concurso la Orquesta de aficionados.

La compañía de Campoamor abrió un abono por 45 funciones, debutando, la noche del 16 de diciembre, con *Campagnone* como obra de prueba y de presentación de los valiosos elementos que la constituían. El debut fue afortunadísimo. El coliseo estaba imponente de público, no quedando una sola localidad desocupada.

Además de los cantantes, la empresa había contratado una sección de «verso», dada la preferencia que aquí existía por el género dramático. Al frente de este grupo venía el excelente primer actor don Tomás Brotons.

Para la mencionada temporada se habían efectuado nuevas importantes reformas en el teatro, habiéndose construido otros 16 palcos, que completaron la comodidad y elegancia del edificio.

NUEVAS REFORMAS EN EL TEATRO Y NUEVOS
TRIUNFOS DE LA ZARZUELA

«Por fin llegó el día deseado, la gente se agolpaba a las puertas con anticipación, una espontánea exclamación se oía apenas se pasaba del dintel. ¡Magnífico! ¡Soberbio! Esa desaparición de las galerías ha sido muy acertada, porque ha dado al patio todo su ensanche. Ese nuevo orden de palcos ha completado la obra interior y presenta un aspecto magnífico. Parecen bajos y oscuros a algunas personas, pero no ha sido posible sin duda hacer otra cosa porque para ello hubiera sido preciso bajar el piso del palco escénico (¡lo que se hizo en 1913!), cosa irrealizable por ahora según hemos entendido...» Así daba cuenta de estas reformas *El Guanche* en su número del día 19.

El Guanche también se ocupaba del precio fijado a las localidades, y comentaba: «Se dice que el precio de la entrada señalado para las funciones de teatro en la próxima temporada será el de seis reales vellón. Si esto es cierto podemos asegurar que la compañía atiende poco a sus intereses. Conseguirá algunas entradas regulares en las primeras funciones; pero, ¿y después?... Para entonces aplazamos la respuesta que la experiencia aconseja!».

Interesante fue el repertorio de Campoamor tanto de obras líricas como dramáticas. Veamos algunas:

El loco de la buhardilla, la popularísima zarzuela de Narciso Serra y del Maestro Caballero, cuyos versos, puestos en boca del personaje central, Miguel de Cervantes, se hicieron famosos:

Salime yo de mañana
del sol al primer reflejo
con que su frente engalana,
por la puerta segoviana
entrada del Madrid viejo...

Fue esta obra la primera que de ese gran compositor, autor de tantas bellas zarzuelas, se hizo en nuestro Teatro.

Bruno el tejedor, arreglada a nuestra escena por Ventura de la Vega. Esta comedia se hizo tan popular en aquellos tiempos que se la sabían de memoria grandes y chicos.

Un tesoro escondido, de Ventura de la Vega y del maestro Barbieri.

El toque de ánimas, de Darío Céspedes y del maestro Arrieta.

Amarse sin conocerse, de Olona y Barbieri.

El diablo las carga, de Campodrón y Gaztambide.

Las hijas de Eva, de Larra y Gaztambide.

El secreto de una dama, de Luis Rivera y Barbieri.

La hija de Regimiento, arreglo a nuestra escena, de *La figlia del Regimiento*, de Donizetti, hecha por don Emilio Alvarez, que obtuvo en nuestro Teatro éxito extraordinario. La consideraban como la «mejor zarzuela española», pero de española tenía poco, pues conservaba íntegra, sin mixtificaciones, la música del ilustre compositor italiano.

El Insular, comentando un caso que consideraba fuera de toda lógica, decía:

«Quosque tandem Catilina... ¿Hasta cuándo ha de durar en nuestro elegante Teatro la costumbre, si bien inveterada, ridícula hasta cierto punto, de no querer asistir las señoras a las butacas o lunetas? ¿Cuál es la causa? ¿Por qué se han de desdenar nuestras bellas en ir a un sitio donde va toda la Europa culta? ¿Se pretende por ventura singularizar esta población del resto de las demás? ¿Es atraso o es orgullo?...».

También se quejaban los periódicos de las funciones diarias, que consideraban tarea pesada y por eso habían aflojado las entradas, pidiendo que se redujeran a los martes, jueves, sábados y domingos.

Las funciones empezaban a las siete y el público pedía que comenzaran a las siete y media, pues era demasiado temprano y quería ser puntual... haciendo honor al primero de aquellos «Diez mandamientos para los que asisten al teatro», del ilustre escritor y crítico francés Francisco Sarcey, que dice:

«No llegues jamás retrasado al teatro».

¡Lo que todos hemos acatado siempre!...

CAPITULO XII

UN DRAMA HISTÓRICO, DE AUTOR CANARIO

La compañía de Campoamor siguió actuando durante los meses de enero y febrero de 1867.

En enero, en el beneficio del director, se estrenó el drama histórico, en un acto y en verso, del poeta canario José Manuel Romero y Quevedo, titulado *El monje de Yuste*, que obtuvo franco éxito. *El Ramillete* daba cuenta del estreno en estos términos:

«Esta pieza dramática en un acto y en verso, obra de uno de nuestros poetas canarios, don José Manuel Romero y Quevedo, y con la que nos obsequió el señor Campoamor, fue ejecutada con maestría por el beneficiado, y por el señor Brotons y la señora Segura. Arrancó a la concurrencia muchos y bien merecidos aplausos, pues aunque ua pieza en sí tiene algunas inexactitudes y se precipitan muchos de los sucesos, que apenas caben en el estrecho círculo de un acto, tiene escenas de mucho efecto dramático y robusta versificación digna de la gran figura del protagonista, que el señor Campoamor desempeñó con notable acierto; así como la señora Segura, que nos reveló que no sólo es una buena cantante, sino una excelente actriz. En suma, esta «flor canaria» es digna de figurar en el repertorio de nuestros ingenios y ser siempre recibida del público con entusiasmo y agrado».

El monje de Yuste, estrenada en Las Palmas en diciembre de 1866, fue la primera producción de este joven poeta,

que patentizó las excelentes aptitudes que para el teatro dramático poseía.

Uno de los mayeres éxitos de esta larga y fecunda temporada de Campoamor, lo constituyó el estreno de *Zampa o la esposa de mármol*, arreglo de la ópera francesa de igual título, del maestro Herold, de fantástico argumento y de inmensa popularidad. Don Gumersindo Robayna pintó varias decoraciones para tan atrayente obra, recibiendo además el encargo de dirigir el complicado montaje de la misma. El prestigioso y entusiasta artista tinerfeño salió airoso de su cometido, recibiendo muchas felicitaciones.

La temporada terminó el 26 de febrero con *El relámpago*, marchando la compañía a Las Palmas. Los periódicos decían que difícilmente se volvería a tener en nuestros teatros una compañía que más satisfechos dejara a los públicos, teniendo en cuenta los grandes gastos que eran necesarios para llevar a cabo estas empresas.

En 1868 contrató Mela una nueva compañía de zarzuela, tan buena como las anteriores. Figuraban en ella las tiples Josefa García, Manuela Cubas y Emilia Caballero, el tenor Juan Prats, el barítono Manuel Cressy, el bajo Julián Jimeno y el tenor cómico Tomás Galván. De maestro director venía don Manuel Rodríguez y Molina.

Verificóse el debut la noche del 16 de enero, con la zarzuela *El diablo en el poder*, ya conocida, y de la que decía el revistero de *El Museo Canario*, periódico que se publicaba en esta capital, que era obra de «poco» lance, de «poca» música y en la que «poco» podía juzgar a los artistas.

EL GÉNERO BUFO Y LAS INTERPELACIONES DEL PÚBLICO

Entre los estrenos de esa temporada, también fructífera, figuró con todos los pronunciamientos favorables, *El joven Telémaco*, arreglada a nuestra escena por Eusebio Blasco, con música del compositor español José Rogel. Pertenece esta obra al repertorio de los bufos parisienses y se la consideraba como la inicial del género.

Eusebio Blasco y el maestro Rogel aclimataron en España, con esta obra, el género bufo, que tanto éxito había de tener y en el que había de ganar una fortuna el empresario y notable actor Arderius.

El Museo Canario, bajo la firma de «Zenón», decía con motivo de este estreno:

«No faltaron las consabidas interpelaciones desde el paraíso y aún desde las lunetas. No podemos menos de sentir que se arraigue entre nosotros esta costumbre que tiende a convertir el Teatro en una plaza de toros.»

Entre las obras conocidas volvieron a entusiasmar a la concurrencia *Marina*, *El juramento*, *El postillón de la Rioja*, *Campanone*, *El dominó azul* y *Los Magyares*, que un periódico local calificaba de «Babel de las zarzuelas».

El beneficio de la primera tiple señora García fue apoteósico, recibiendo ruidosas y continuadas ovaciones de la concurrencia que llenaba el coliseo. Al final fue reiteradamente llamada a escena y obsequiada por las redacciones de los periódicos *El Guanche*, *Eco del Comercio*, *El Mensajero* y *El Museo Canario*, con sendas coronas y versos de las respectivas redacciones. Desde la lucerna le arrojaron nuevos versos en octavillas, y aún en los citados periódicos se insertaron más versos de entusiastas admiradores.

SE ESTRENA «PAN Y TOROS» Y «UN DRAMA NUEVO»

Otro estreno resonante de esta temporada fue la hermosa zarzuela *Pan y toros*, de don José Picón y del maestro Barbieri, que se puso en nuestra escena por vez primera la noche del 12 de febrero de 1868, gustando tan extraordinariamente que hubo que repetirla.

La temporada, tan buena como la mejor, terminó el 25 de marzo con una función a beneficio del empresario señor Mela, lo que demuestra que el negocio no debió de ser muy bueno. Un periódico dedicaba estas líneas al popular empresario:

«No podemos menos que elogiar la constancia con que ha procurado siempre estimular entre nosotros la afición a los espectáculos teatrales que tan generalizados están hoy día donde quiera que reina el buen gusto y la civilización social. Muchas veces, salvando los mayores obstáculos, ha reclutado en la Península las compañías líricas o de «verso» que nos han dado a conocer las obras de nuestros ingenios, y que sin esta circunstancia hubieran pasado desapercibidos para la mayoría de este archipiélago.»

En esta función de despedida, en la que el lleno fue des-

bordante, tanto los artistas como el señor Mela fueron llamados a escena y ovacionados.

Ya hemos dicho que el empresario Mela era superior a la época en que desenvolvió sus actividades y a los medios de que entonces disponía. La historia teatral de Santa Cruz de Tenerife podría escribirse a través de tres empresarios de categoría. Tres empresarios concededores del negocio teatral, activos y entusiastas: Mela, don José Zamorano y Ramón Baudet. Hubo otros, también entusiastas, que mediaron en destacadas actuaciones, don José Santaella, por ejemplo. Pero los tres empresarios profesionales que hicieron desfilar por nuestra ciudad y por nuestro Teatro lo mejor de cada época, y alguno superándose, como el inolvidable Baudet, de indiscutible y amplia visión del negocio teatral y conocedor perfecto de los valores artísticos de su tiempo, fueron esos tres cuyos nombres hemos citado y que quedan aquí estampados como homenaje a su memoria. Casi toda la vida teatral de nuestras islas giró en torno a esos tres hombres. Primero, Mela, en la época más difícil; luego, don José Zamorano, el popular y prestigioso fabricante de tabacos, y por último, Ramón Baudet, de grandes entusiasmos e iniciativas, animador y alma de muchas fiestas de arte celebradas en nuestra ciudad.

Para la temporada de 1868-69 trajo también don Francisco Mela la compañía que había de hacerla. Era ésta dramática y la dirigía el primer actor José Fidel, figurando como primera actriz la señora Carbonell. Entre los excelentes artistas venía la señora Bastío, conocida y querida de nuestro público, con sus dos hijas, las señoras Mela de Espinosa y Mela de Galza, cuyos esposos eran también actores de esta compañía. Es decir, venía casi toda la familia del empresario, faltando únicamente sus dos hijos, Ricardo y Juan, que en diversas temporadas actuaron también ante nuestro público.

Bajo los mejores auspicios dió principio esta temporada la noche del 10 de diciembre, con el estreno de *Un drama nuevo*, la obra maestra de don Manuel Tamayo y Baus, anunciada al igual que otras del mismo autor, como de «don Joaquín Estévanez» y estrenada con esta incógnita, en Madrid, en 1867, con el más grande y extraordinario de los éxitos.

El repertorio de esta compañía se diferenciaba poco del de las anteriores compañías dramáticas, destacando los periódicos *La aurora de la fortuna*, el gran triunfo del eminente y malogrado actor Fernando Ossorio; *La levita*, famosa comedia de Enrique Gaspar; *En brazos de la muerta*, drama trágico de Larra; *Angela*, de Tamayo, calificándose su estreno de acon-

tecimiento teatral; *Don Juan Tenorio*, que ya entusiasmaba a los públicos y llenaba los teatros; *La bola de nieve*, asimismo de Tamayo, y de las más celebradas de este insigne dramaturgo, y *Alarcón*, de Eguilaz.

Con motivo de la no muy acertada interpretación de esta última, decía el revistero de *La Correspondencia*:

«Sin detenernos a analizar una obra que creemos que tiene muchos defectos al lado de innumerables bellezas, sin consagrar nuestros elogios a la robusta y armoniosísima versificación que la reviste, sin ocuparnos siquiera de su desgraciada ejecución en nuestro Teatro, nos limitaremos a recordar aquí el éxito brillantísimo que ese drama obtuvo entre nosotros, cuando el inteligente y consumado actor aficionado, nuestro estimable amigo don José Suárez Guerra, lo puso en escena, acompañado de nuestros llorados y perdidos amigos Victorina Bridoux y Pepe Lentini, y de los demás inteligentes aficionados que formaban la extinguida Sociedad Dramática».

Otras obras que figuraban en el repertorio, en esta temporada, eran: *La mujer adúltera*, drama del escritor italiano Giacometti, arreglada a la escena española por la actriz de esta compañía, señora Rico; el sainete de don Ramón de la Cruz, *El triunfo de las mujeres*, y *La piedra de toque*, comedia de don Eduardo Zamora y Caballero, excelente escritor, que fue dos veces gobernador civil de estas islas.

El beneficio del primer actor Fidel López, se hizo con *La carcajada*. *La Correspondencia Isleña*, juzgaba así el conocido drama:

«Es *La carcajada* un drama de brocha gorda en que el autor se ha propuesto reventar al actor que se encargue del papel de Andrés y conmover al pobre espectador, que tal vez al encaminarse al teatro llevaría el propósito de pasarse un buen rato, si juzgó por el título de la obra, que no deja de ser bastante risueño. Esto no obstante, en *La carcajada* hay situaciones que bien tocadas logran interesar y conmover. La ejecución de este drama es de una gran dificultad para el protagonista, por lo que creemos lo que más de una vez se nos ha asegurado a propósito del mismo, y es que en España no hay más que un actor que lo interprete bien: el Sr. Valero».

Además del célebre don José Valero, hacían también esta obra, otros eminentes actores españoles del pasado siglo, como Fernando Ossorio, Arjona, don Pedro Delgado y posteriormente Vico. Leímos en nuestra juventud esta obra (que no hemos visto en escena), y aún conservamos la impresión que su lectura nos produjo. Aquel momento de ser sorprendido el pro-

tagonista restituyendo la cantidad sustraída y que le produce la locura, riendo en forma alucinante, es de un dramatismo imponente, que ha de causar al espectador penoso efecto, y no digamos nada del actor que lo interpreta. Esta era obra predilecta de Fernando Ossorio, en la que, según sus biógrafos, realizaba una labor inmensa el insigne actor, que de no malograrse en plena juventud y en plena gloria, hubiera sido, sin duda alguna, el sucesor legítimo de Maíquez.

PETRA CÁMARA, FAMOSA ARTISTA DE LA DANZA

Formando parte de la compañía venía la «diva coreográfica» doña Petra Cámara, de la que los periódicos hacían grandes elogios como artista y como mujer. *La Libertad* se expresaba así:

«Es siempre la sílfide de aquellos tiempos, la «Perla de Andalucía», la gentil y suave aparición de nuestros sueños. En el baile valenciano que ejecutó la otra noche en unión del señor Guerrero y de sus lindas hijas, parecían éstas otras tantas mariposas revoloteando en derredor de un magnífico colibrí, o lúcidas estrellas satélites de un nuevo sol. El Teatro se venía abajo de aplausos, porque era, en efecto, un espectáculo mágico y deslumbrador» .

En todas las funciones, en el intermedio del drama y sainete, se verificaba el baile, que era un triunfo ruidoso para la gran bailarina, que traía de cabeza a los espectadores.

Famosa fue, realmente, esta artista de la danza, precursora de las grandes «danzarinas» contemporáneas. Petra Cámara, años antes de su actuación en estas islas, triunfaba en Madrid, en el Teatro del Príncipe, y la prensa le tributaba los mayores elogios.

Entre las piezas finales o juguetes cómicos, figuraban ¡*Pobres mujeres!*, de Enrique Gaspar, el ilustre autor de *La levita* y de *Las personas decentes*, y *La casa de campo*, de Sánchez Albarrán, al que *La Correspondencia Isleña* llamaba «genio de burdel». También figuraba en el repertorio, la comedia de magia *La almoneda del diablo*, del notabilísimo comediógrafo don Rafael María Liern, obra muy aplaudida en la Península, y de lujosa y difícil presentación. Para su estreno en nuestro Teatro pintó un magnífico decorado don Gumersindo Robayna, reputado ya como excelente pintor escenógrafo. Como despedida de la compañía, se hizo otra comedia de magia, también famosa: *La pata de cabra* (*Le pied du mouton*), traducción

muy celebrada de Grimaldi, el popular empresario venido a España como uno de los *Cien mil hijos de San Luis*. Esta obra parece que se había hecho aquí por primera vez y en forma deficiente, por lo reducido del local, en el Teatro de la calle de La Marina, en 1850. También era de difícil y costosa representación.

Terminada la temporada regresaron a la Península algunos artistas, entre ellos Petra Cámara, y el resto marchó a La Palma, donde dieron algunas funciones, estrenando (julio de 1869), la «fantasía dramática», en un acto, *La aurora de la libertad*, del joven poeta palmero don Antonio Rodríguez López, que mereció entusiasta acogida de sus paisanos.

No obstante lo notable de la compañía y la calidad de las obras, había frialdad en el público, que estaba retraído y había cogido con indiferencia a la compañía. *La Libertad* justificaba en esta forma el retraimiento:

«Quizá influya la agitada época política que atravesamos en esta frialdad, porque la compañía en su totalidad es bastante regular y se esfuerza en agradar a los espectadores».

Y *El Guanche* añadía:

«Atribuimos el «vacío» de nuestro coliseo a las funciones religiosas y a los asuntos políticos que tan preocupados traen a las personas asistentes al Teatro, y esperamos que el público no seguirá mirando con indiferencia los sacrificios de la empresa, ni los esfuerzos de los actores».

Eran aquellos los días tremendamente agitados de la Revolución de Septiembre, que había sacudido los cimientos todos de la vida del país.

CAPITULO XIII

SUBASTA DEL TEATRO EN CONDICIONES ONEROSAS

En 1870 fijóse el tipo de subasta del Teatro, en 650 escudos, otorgándosele al empresario Mela por 1.100, que se comprometía a pagar por las primeras cincuenta funciones, abonando 10 escudos por cada función que excediera de las cincuenta, y quedando obligado a ceder al Teatro una decoración. Se nos antojan un tanto onerosas, en aquellos tiempos, tales condiciones y quizá fuera esa fuerza causa de que el indicado año fracasara en sus gestiones el popular empresario. Los aficionados, como siempre, supieron llenar, con su entusiasmo y sus dotes de comediantes nada comunes, el vacío que dejaban los artistas profesionales.

RENACEN LOS CUADROS DE AFICIONADOS

La sociedad, que fue popularísima y de tan destacado relieve en la vida cultural y ciudadana, de esta capital y de la isla. La Joven Democracia, cuya presidencia ostentaba por aquellos días el ilustre don Elías Zerolo, ponía en escena, en su local social, calle de San Francisco, obras de destacado mérito, y lo mismo hacía la Sociedad Talía, al igual que la prestigiosa Sociedad Filarmónica, que celebraba magníficos conciertos. Estas sociedades, con un entusiasmo puesto a prueba, celebraban constantemente en sus respectivos locales y en

el Teatro, interesantes espectáculos que obtenían el asentimiento del público.

Otra sociedad teatral que también funcionaba por aquel tiempo, Juventud, sita en la calle de San Juan Bautista, contaba con notables elementos, entre ellos la niña Delfina Díaz, que era un caso de precocidad artística extraordinaria. De los aficionados de aquella época, los más valiosos eran José y Rafael Calzadilla, Nicolás Redecilla, Fernando del Hoyo y Juan Rumeu.

Renacía con ímpetu la afición, que en los últimos años había decaído. La Joven Democracia conquistaba ruidosos triunfos. La sociedad Juventud obtuvo uno que fue memorable, en su local, la noche del 14 de agosto, con la obra *Los sufrimientos del pueblo*, del joven poeta Antonio Zerolo, que fue llamado a escena y ovacionado. Otro triunfo resonante obtenía en La Joven Democracia, con su comedia *Un hambriento*, don José Desiré Dugour. Teatro sin pretensiones éste de don José Desiré Dugour, pregonero de un noble afán, hogareño, sencillo como su autor, pero con aciertos indiscutibles, con destellos geniales, era el fuerte de los aficionados en aquellos años y en muchos después.

La Sociedad Talía, establecida en la calle de La Luz (hoy de Imeldo Serís), que había comenzado sus actividades en ese año de 1870, y que presidía el entusiasta e incansable don José Desiré Dugour, ponía en escena, en el Teatro Principal, en el mes de junio, el drama de este notable escritor, *Poder contra poder*, en el que obtenían un éxito clamoroso el autor y sus afortunados intérpretes, los jóvenes Fernando del Hoyo, Rafael Calzadilla, Alfonso Dugour, José Eugenio Calzadilla, Juan Rumeu, Nicolás Redecilla, José Tabares Bartlet, Isidoro Romero, Ramiro Dugour y Carlos Lachapelle. En esta función, que tuvo enorme resonancia, tomaron parte diversos elementos musicales, entre los que figuraba el joven Juan Padrón. Cerraba el programa la comedia citada, del señor Dugour, *Un hambriento*, que fue un triunfo personal de Nicolás Redecilla.

LAS PRIMERAS COMPAÑÍAS DE ÓPERA

En febrero de 1871 llegó a esta capital, procedente de Las Palmas, donde actuaba desde octubre del año anterior, una notable compañía de ópera, italiana, en la que figuraban artistas de primera categoría, aplaudidísimos en los principales tea-

tros de Europa, haciendo aquí una excelente temporada, hasta el mes de abril. Esta compañía la trajo el empresario don Valentín de Cándido y venía a su frente, como maestro director, don Manuel Rodríguez y Molina, que ya había estado aquí y que fijó su residencia en Las Palmas, donde falleció en 1877, después de haber realizado una gran labor artística al frente de la Sociedad Filarmónica, de aquella ciudad.

Las primeras tiples eran las señoras Meri Gordosa, Virginia Tilli, Marieta Gobiani y Rosina Mariotti. Los tenores, Conrado Conti y Augusto Ferretti; barítono, Guiseppe Camins; primer bajo, Faustino Comas; bajo genérico y primer «bufó», Guglielmo Giordani.

Era la primera compañía de ópera que actuaba en nuestra ciudad y dió a conocer las más celebradas óperas, cantándose también algunas que ya habían dado a conocer las compañías de zarzuela. De las conocidas, *Lucía de Lammemoor* se cantó cuatro veces y *Norma* tres.

Descollaron extraordinariamente la tiple señora Tilli y el tenor Conti, grandes artistas que dejaron recuerdo imborrable en nuestra ciudad.

Volvió a abrirse el coliseo de Santa Cruz en enero de 1872, para dar paso a otra compañía de ópera, de las más brillantes que aquí han actuado en todos los tiempos. Procedía, como la anterior, de Las Palmas, abriendo abono por cuarenta funciones, y debutando el 13 del citado mes, con *Hernani*, del maestro Verdi.

Algunos artistas eran ya conocidos, entre ellos, la señora Tilli, cuya aparición en escena fue acogida con grandes apiausos.

UN CÉLEBRE BAJO ESPAÑOL

Venían, además, otros artistas nuevos para este público, de mérito excepcional, y alguno, como el bajo español «Uetam» (Mateu), de tan extraordinarias condiciones que ya prometía el gran cantante que había de ser. Reseñando la interpretación de *Hernani* decía *La Federación*:

«Los señores Petrovick y Uetam, el primero posee una voz muy dulce y afinada, recita bien y demuestra mucho conocimiento del canto, y el segundo es un artista de brillante porvenir porque a su robusta voz añade bastante intenció dramática. Cantó, con gran acierto. Dos cantantes notables, que adquirirán pronto grandes simpatías».

No se equivocó el periódico santacrucero al asegurar un brillante porvenir al gran cantante español. «Uetam» fue un gran artista, un artista privilegiado, de los primeros bajos del mundo, que se colocó prontamente a la cabeza de los artistas líricos de su tiempo. Francisco Mateu («Uetam» es una combinación de las letras que forman el apellido Mateu, que era el verdadero), había nacido en Palma de Mallorca, el año 1849, contando cuando el público de esta capital tuvo la satisfacción de oírlo y de conocerlo 23 años, enpezando su gloriosa y triunfal carrera. Después, rápidamente, vertiginosamente, llegó a lo más alto, escalando los grandes escenarios, arrebataando a los públicos más entendidos y exigentes, alternando con todas las figuras del arte lírico universal. En el Real de Madrid, hizo varias temporadas consecutivas, cantando, en unas, con la Nevada, con la Retzké, con la Pascua, las grandes tiples difícilmente sustituidas; en otras, con la Patti, cuyo nombre llena toda la historia del teatro lírico; con Gyarre, el primero de nuestros tenores; con Battistini, el famoso barítono; con Nicolini y Stagno, tenores de renombre universal. Cantó en los primeros teatros de Europa. En San Petersburgo, el 82, entusiasmo al público como pocos artistas, tributándosele ruidosas ovaciones. Decían los periódicos de la antigua capital rusa, que su voz y su estilo eran inimitables. En el Teatro Imperial, de Moscú, actuó tres temporadas seguidas, acrecentando su ya extraordinaria reputación. En *Fausto*, en *Roberto el diablo*, en *Los Hugonotes*, en *La hebrea* y otras óperas no tenía rival.

Aquí recordaba a «Uetam» mucha gente vieja, y el autor de este libro oyó a más de un afortunado espectador de esta memorable temporada lírica, deshacerse en elogios del célebre bajo mallorquín, cuyo nombre quedó prendido en el recuerdo de nuestro público, como quedaron los de Victorino Tamayo, de don Pedro Delgado, del barítono Astillero, de la Bianchi Fiorio, del tenor Antón, de Dolores Barretta. Artistas eminentes que no alcanzamos, pero cuya fama llegó tan viva a nosotros, que nos hacíamos la ilusión de haberlos conocido...

La actuación de esta compañía de ópera con tales artistas, había de ser brillantísima y así fue. No eran solo «Uetam» ni Petrovick, ni la Tilli; eran la tiple ligera señora Vanderbech, el barítono genérico Carapia, la Bianchi Fiorio, la Lauretti. Duró la temporada hasta el mes de abril y se cantaron las más famosas óperas, *Lucrecia Borgia* fue un triunfo rotundo de la Tilli. Con *Il Giuramento*, de Mercadante, debutó, obteniendo un triunfo inenarrable, la Bianchi Fiorio, tan querida de este público, al que entusiasmó en diversas ocasiones. En *Fausto* se

estrenó una suntuosa decoración de catedral, que elogiaban los periódicos, debida al hábil pincel del ya reputado escenógrafo don Gumersindo Robayna.

Entre las óperas nuevas figuraban *Il Giuramento*, *Crispino e la comare*, cómica, de Luis Ricci; *Linda de Chamounix*, de Donizetti; *Pipelé o el portero de París*, que calificó la prensa de muy mala, y *Gemina di Vergy*, que se cantó tres veces.

La temporada, repetimos, fue brillantísima, pero al final la empresa tuvo pérdidas importantes, pues no ahorró ningún sacrificio. La calidad de los artistas ya la hemos visto, y las obras se montaban superando los medios y elementos de que podía disponerse en aquellos tiempos.

CAPITULO XIV

UN ACTOR EXTRAORDINARIO: VICTORINO TAMAYO.
CLOTILDE LOMBIA Y BALBINA VALVERDE

A la magnífica compañía de ópera de que acabamos de hecer mención, siguió, dentro del mismo año de 1872, la notabilísima de «verso», de Victorino Tamayo, hermano de aquel egregio dramaturgo que dotó al teatro nacional de obras como *Lo positivo*, *Consuelo*, *La bola de nieve*, *Locura de amor* y *Un drama nuevo*. Con Tamayo venían dos insignes actrices: Clotilde Lombía y Balbina Valverde. Como primera dama figuraba doña Amalia Pérez y entre los actores se contaba Juan Mela, Carlos espínosa, Lutzardo F. Gómez y Manuel Vico, casi todos conocidos. El empresario era el veterano Mela. Por cierto que en el elenco que publicaron los periódicos aparecía formando parte de esta compañía, como «caricato», Joaquín Arjona. ¿El eminente actor? No tenemos noticia de otro actor español de igual nombre. Sin duda se trataba del gran trágico, ya en las postrimerías de su vida, gran amigo y maestro de Victorino, si bien en las reseñas teatrales no se hace mención alguna de su nombre, lo que nos induce a creer que no llegó a venir a Canarias.

De este grupo de artistas que hizo la temporada que comentamos, alcanzaron la celebridad Victorino Tamayo, Clotilde Lombía y Balbina Valverde. Esta última, que como característica fue insustituible, tenía cuando nos visitó 32 años, muriendo en 1910, ya septuagenaria.

La compañía de Victorino Tamayo debutó en nuestro Teatro la noche del 11 de diciembre de 1872, con *Un drama nuevo*, obteniendo un clamoroso triunfo, particularmente Tamayo, que puso a prueba sus maravillosas aptitudes como actor y director. A la siguiente noche representóse *Lo positivo*, justa predilección del incomparable artista por las obras de su hermano, que además eran del agrado del público. Siguiéron *Los soldados de plomo*, de Eguilaz; *El pañuelo blanco*, de Eusebio Blasco; *Sullivan*, obra indispensable en los repertorios de los grandes actores. Este era uno de los mayores triunfos de Tamayo, asegurándose que no se podía pedir nada mejor; las aclamaciones en nuestro Teatro fueron delirantes: *La feria de las mujeres*. Un periódico anunciaba esta obra diciendo que era «del esposo de doña María del Pilar Sinués de Marco», también distinguida escritora, y menos «enrevesado» hubiera sido haberla anunciado como de «don José Marco, esposo de doña María del Pilar Sinués, autor de diversos juguetes y comedias, estrenados con más o menos éxito»; *Los hombres de bien* y *Angela*, ambas de don Manuel Tamayo; *El banquero*, cuyo autor y mérito desconocemos, pero que debe estar catalogada entre las obras que Benavente calificó de «tortura de públicos y gala de actores», era otro de los grandes éxitos de Victorino Tamayo; *La campana de la Almudaina*, de la que hacía una creación la primera dama doña Amalia Pérez, habiendo sido felicitada por el propio autor de la obra, don Juan Palou y Coll; *La capilla de Lanuza*, famosísima, de Marcos Zapata, que se estrenaba en esta capital; *Más vale maña que fuerza*, también de Tamayo; *Bienaventurados los que lloran*, de Luis Mariano de Larra, y otras.

Victorino Tamayo, el más eminente de los actores españoles que hasta ese momento visitaba estas islas, actuaba por primera vez en esta capital. Tenía entonces 39 años (había nacido en 23 de diciembre de 1833 en Madrid). Se hallaba en pleno vigor físico y en pleno triunfo. Hijo de actores, hermano del gran dramaturgo don Manuel, era un artista perfecto, elegante, correcto en el decir, con una gran naturalidad y un dominio absoluto de su arte. La creación maestra suya, su gran revelación, su obra predilecta, la de sus grandes triunfos, fue *Un drama nuevo*, la hermosa producción de su hermano. Interpretando el extraordinario Yorick, personaje auténticamente shakesperiano, llegaba a alturas alcanzadas únicamente por los titanes de la escena. Muchos años después volvió a visitar estas islas y honró de nuevo la escena del Teatro de esta ciudad.

Su nueva actuación ante nuestro público la hizo Victorino

Tamayo en 1894, formando parte de la compañía del notable actor don Manuel Espejo, que nos visitaba por primera vez (dos veces más vino a Santa Cruz), y en la que figuraba como primera actriz, su esposa, doña Concepción Constán.

Hizo su presentación Tamayo con la celebrada comedia de Eusebio Blasco, *El baile de la condesa*. Al aparecer en la escena, interpretando el principal papel de esta obra, fue saludado con una estruendosa y prolongada salva de aplausos, que emocionó grandemente al viejo y glorioso artista, viejo amigo también de esta isla, que siempre recordó. Bordó el personaje del general, que Blasco trazara tan admirablemente. Tamayo, decían los periódicos, era el gran actor de siempre, el de los grandes triunfos, el de las geniales creaciones.

Al anuncio de que el insigne actor representaría *Un banquero*, obra en la que había tenido los más resonantes éxitos, el público, que no le había olvidado, llenó el Teatro, y aún cuando ya no era éste el género que más le seducía y habían pasado por el viejo actor muchos años, el triunfo de esa noche corrió parejos con el obtenido por el mismo Tamayo, con la misma obra, en aquella noche de 1872, en que actuara por vez primera en este mismo escenario.

Victorino Tamayo volvió a hacer en esta segunda actuación en nuestro Teatro, varias de sus obras predilectas, como *La aldea de San Lorenzo* y *Un drama nuevo*, esta última, como es sabido, escrita por su hermano para él y por él estrenada en Madrid, la noche del 4 de mayo de 1867.

ACTUACIONES DE LAS SOCIEDADES LOCALES

Desde la memorable temporada de Victorino Tamayo que acabamos de reseñar, no vino a esta capital ninguna nueva compañía, hasta diciembre de 1876, en que debutó la de zarzuela del conocido actor cómico Carlos Espinosa, que había formado parte de la dramática de Tamayo. En este largo período se celebraron en el Teatro, diversos espectáculos a cargo de las sociedades locales, siendo uno de los más importantes, por la finalidad y por los elementos artísticos que en él tomaron parte, el celebrado en 19 de abril de 1874, a beneficio de los heridos de la campaña del Norte. El programa de este interesante festival, que creemos de interés reproducir, fue el siguiente:

PRIMERA PARTE

- Sinfonía de la ópera *Zaneitta*, de AUBER, por la Sociedad Filarmónica.
- Fantasia para piano, de H. ROSELLÉN, sobre motivos de la ópera *Lucia de Lamemoor*, de DONIZETTI, por el joven don José Hardisson.
- Fantasia para piano y violín, sobre motivos de la ópera *Fausto*, de GOUNOD, por los señores E. Bethencourt y J. Romero.
- Concierto y barcarola para oboe y piano, original del maestro don Pedro Soler, por los señores Joaquín González y José Prada.
- Marcha indiana, de *La africana*, de MEYERBER, para dos pianos y ocho manos, por los señores Navarro, Bonnín, Bethencourt y Prada.
- Lectura de poesías por don Ramón Gil Roldán, y una *Oda a España*, del joven Antonio Zerolo.

SEGUNDA PARTE

- Sinfonía de la ópera *Juana de Arco*, de VERDI, por la Sociedad Filarmónica.
- El drama en un acto y en verso, de Marco Zapata, *La Capilla de Lanuza*.

Reperto:

<i>Doña Isabel</i>	Srta. Alvarez
<i>Argensola</i>	José Eugenio Calzadilla
<i>Lanuza</i>	Isidro Romero
<i>Jiménez</i>	Rafael Calzadilla
<i>Capitán</i>	Juan Rumeu
<i>Artal</i>	Isidro Miranda

Sinfonía de *Guillermo Tell*, de ROSSINI, para dos pianos y ocho manos, por los señores Bonnín, Navarro, Prada y Bethencourt.

Tanda de valsos de LEOTARD, por una orquesta de guitarras.

A esta fiesta asistió una brillante concurrencia que llenó el Teatro. La parte musical tuvo gran importancia, prodigándose grandes elogios a la Sociedad Filarmónica, de la que se decía que era un honor de esta ciudad.

En la representación de *La capilla de Lanuza* se lucieron extraordinariamente los jóvenes aficionados, destacándose don José Eugenio Calzadilla, que poseía singulares condiciones y una decidida vocación por el arte escénico.

Produjo este patriótico espectáculo, 8.000 reales, de ellos 2.000 de donativos.

A fines de 1876, la compañía de zarzuela de que era empresario el señor Mela, dirigida por el actor cómico Carlos Espinosa y por el maestro don Manuel Rodríguez, comenzó la anhelada temporada teatral, que tuvo la máxima aceptación, no solo por el mérito de los artistas y lo escogido del repertorio, sino por el deseo que existía de ver obras de ese género, pues las últimas compañías que habían actuado eran de ópera y de «verso».

El debut verificóse la noche del 24 de diciembre, con la conocidísima opereta del maestro Mazza, *Campanone*, sobresaliendo desde la primera noche, la tiple Paulina Celemendi y el tenor Antonio Monjardín, ambos de los teatros de Madrid, Valencia, Barcelona y Cádiz. También descollaron la segunda tiple Fidela Robira, el barítono Martí y el bajo Eduardo Alcalde.

La noche del 25 dióse a conocer a este público una de las más bellas zarzuelas del viejo y castizo repertorio: *El barberillo de Lavapiés*, de Larra y Barbieri, estrenada en Madrid dos años antes, con uno de esos éxitos que son suficientes para enorgullecer a un autor, y que tan frecuentes fueron en la zarzuela española. Y en las noches siguientes, *Robinson*, zarzuela bufa de gran fama, también de Barbieri, con libreto de Santisteban, que mereció ser repetida; *El hombre es débil*, *La cabra tira al monte*. *Comediantes de antaño* y otras que ya el público conocía o se hacían por primera vez.

Esta compañía siguió actuando en los meses de enero y febrero del 77 y el 11 de marzo, en beneficio del señor Espinosa, tomó parte el notabilísimo aficionado de esta capital Angel Domínguez, que tuvo una actuación destacada.

CAPITULO XV

FALLECEN DOS DESTACADAS FIGURAS DE NUESTRAS LETRAS

Fue 1875 el año de la muerte del veterano escritor, patriarca de las letras tinerfeñas, don José Desiré Dugour, ocurrida el 10 de marzo. Poeta, historiador, periodista, autor dramático, profesor, la compleja personalidad de este hombre entusiasta y bueno, llenó un largo período de nuestra vida insular. En los periódicos locales, en los centros de cultura, en las entidades artísticas, fue elemento valioso e insustituible. Para todo lo que significó engrandecimiento y prestigio de la ciudad, tuvo un aliento y un entusiasmo, culminando su labor fecunda y provechosa, en un gran libro, que fue como una ofrenda a la patria adoptiva: *Apuntes para la historia de Santa Cruz de Tenerife desde su fundación hasta nuestros tiempos*, documentada y completa historia de Santa Cruz, la única historia, y cuyo primer cuaderno apareció en el mes de Julio de ese mismo año. La muerte del esclarecido escritor, la sintió la ciudad como la del mejor de sus hijos. Su entierro, verificado el 11, fue una de las más grandes manifestaciones de duelo de que se tiene noticias. Al darse sepultura a su cadáver, don Claudio F. Sarmiento, don José Manuel Pulido y don Ramón Gil Roldán, leyeron poesías en homenaje a su memoria, y don Antonio Domínguez Alfonso, con palabra elocuente y emocionada, dijo, en nombre del Gabinete Instructivo, cuánto debían las letras canarias al ilustre muerto.

Don José Desiré Dugour y Martín había nacido en Nancy

(Francia), en 1816, y su arribada a Tenerife la motivó un naufragio cerca de las costas de Africa, desde donde se trasladó a esta capital, casándose en 1840, con doña Peregrina Ruz.

Casi al mismo tiempo, en los últimos días de febrero o primeros de marzo, falleció en Madrid otra gran figura de la intelectualidad isleña: el poeta y dramaturgo don José Plácido Sansón, autor de numerosas obras que cimentaron su reputación, de las más sólidas de nuestro siglo XIX. Como periodista y como crítico también, adquirió extraordinario relieve la personalidad del señor Sansón, dejando recia huella en la prensa local de la primera mitad del pasado siglo, especialmente en *El Atlante*, en *El Daguerreotipo* y en *La Aurora*, semanario éste de literatura y artes, que agrupó en su seno figuras del valer intelectual de don Carlos E. Guigou, don José Desiré Dugour, don Manuel Marrero Torres, malogrado en plena juventud, y don Ignacio de Negrín, además de la del señor Sansón. Años después, en Madrid, logró también puesto destacado en el periodismo nacional, formando parte de la redacción del diario progresista *Las Novedades*, que fundara Fernández de los Ríos, sustituyendo en la dirección al ilustre publicista don Felipe Picatoste.

Don José Plácido Sansón y Grandi, había nacido en esta capital, en 4 de octubre de 1815. Estudió Leyes en la Universidad de La Laguna, desempeñando cargos públicos importantes, entre ellos el de consejero de provincia. Joven aún marchó a Madrid, donde también desempeñó altos cargos, como el de secretario de aquel Gobierno Civil y el de jefe letrado de la Dirección del Tesoro. Fue también gobernador civil de Ciudad Real. Poseía el inglés, el francés, el italiano y el latín a la perfección, habiendo hecho diversas traducciones a nuestro idioma de importantes obras extranjeras. En los comienzos de su carrera literaria había escrito la letra de varias composiciones líricas del maestro don Carlos E. Guigou, y que fueron, como ya hemos dicho, un anticipo de la zarzuela española. También escribió en su juventud el señor Sansón, la letra de una zarzuela, primera obra de Teobaldo, escrita cuando aún era un niño el insigne músico tinerfeño, y llevó a cabo la refundición del drama de Calderón de la Barca, *El mayor monstruo, los celos*, estrenada en el Teatro de esta ciudad, con el título *El Tetrarca de Jerusalén*. Su gran cultura y sus excepcionales dotes personales, le granjearon la amistad de ilustres escritores, como Antonio de Trueba, Selgas, la Avellaneda, Hartzenbusch, Eulogio Florentino Sanz y don Manuel Cañete, que

dieron categoría a su labor poética y la elogiaron en cariñosas y sentidas epístolas.

BRILLANTE ACTUACIÓN DE LOS AFICIONADOS

En junio de este mismo año de 1875, aparece en nuestra ciudad un nuevo empresario, don José M.^a Navarro, que tiene propósitos de contratar el Teatro, para traer una compañía de ópera, aunque tiene más partidarios el señor Mela, para formar una de zarzuela. Pero el viejo empresario no contesta a los requerimientos que se le hacen, y la Municipalidad concede el Teatro, al otro empresario... que no trae compañía, quedando el asunto en eso: en que en 1875 no hubo temporada teatral...

Los aficionados, como siempre, suplieron este año y el siguiente, la falta de compañías y, con su gran entusiasmo y competencia, realizaron una actuación brillantísima en el principal escenario y en los pequeños de las sociedades locales, sobresaliendo la Nivaria, en cuyo lindo teatrito se representaron diversas obras con general aplauso, destacando la labor de la señorita Carmen Tejera y de los jóvenes Angel Domínguez y José Peña. De ambos tuvimos referencias de que eran consumados actores. Y queremos recordar que uno de ellos, Angel Domínguez, marchó a América y, dedicado al teatro, obtuvo grandes triunfos, augurándole la prensa americana un brillante porvenir por sus relevantes condiciones.

El Círculo de Amistad y Los Campos Elíseos, dieron también esplendor inusitado a la afición teatral, poniendo en sus respectivos escenarios, infinidad de obras cuya interpretación elogiaban grandemente. En el de la primera se hizo en el mes de mayo del 75, el juguete inédito del fallecido don José Desiré Dugour, *Uno de tantos*, que desempeñaron los excelentes aficionados Redecilla, Borges, Padilla, Fumero y Prada.

En 1876, en mayo también, la sección dramática de Los Campos Elíseos, puso en escena el drama en tres actos y en verso de nuestro gran poeta Ignacio de Negrín, *Gonzalo de Córdoba*, que había estrenado en noviembre del 48, en el teatro de la calle de La Marina, la compañía de Domingo Mendoza.

Tanto el Círculo de Amistad, como Los Campos Elíseos, como la Nivaria, las más destacadas sociedades de aquel mo-

mento santacrucero, continuaron su plausible labor artística, poniendo en ocasiones obras del fuste de *No hay mal que por bien no venga*, de Tamayo, y *La flor del valle*, de Larra, entre otras.

UNA GRAN COMPAÑÍA DE ZARZUELA

Saltamos a 1878, a los días de la actuación de otra notable compañía de zarzuela: la del tenor Aragón, de grande y merecida fama, y con la que hizo su «debut» de empresario don Francisco Sánchez Ruiz. La dirigía el maestro Reparaz, concienzudo músico, y figuraban entre los artistas principales, además de Aragón, las tiples señoras Trillo y Castilla, el bajo Crespo, que supo destacarse como cantante y como actor; el también notabilísimo bajo Matildo Góomez, el barítono Guzmán y el actor cómico Rodríguez.

Debutó esta compañía la noche del 24 de diciembre, con *El diablo en el poder*, de Barbieri, en que obtuvo un ruidoso triunfo la señora Trillo. En la segunda noche, con *Campanone*, demostró Aragón lo mucho que valía, entusiasmando al público. En *Los diamantes de la corona* hizo su debut el bajo Crespo, poniendo a prueba sus grandes dotes artísticas. En *Marina*, el triunfo fue de los que forman época, para todos, para la Trillo, para el tenor Aragón, para el barítono Guzmán, que se captó las simpatías de los espectadores, y para el bajo Crespo. Y así todo el mes de enero de 1879, en que se cantaron las más famosas zarzuelas serias y alguna bufa, como *Robinson*, de cuyo género decía en sus impresiones teatrales de la *Revista de Canarias*, persona tan competente y autorizada como don Elías Zerolo, que era como «la caricatura del arte». Teatro absurdo y extravagante, quedaba así bien definido.

Terminó su actuación esta compañía, realizando a continuación una larga jira por las islas, haciéndonos una nueva visita antes de su regreso a la Península. En esta nueva actuación, dió a conocer a nuestro público la noche del 3 de mayo, el famoso drama lírico de Marcos Zapata y del maestro Marqués, *El anillo de hierro*, uno de los más grandes y definitivos triunfos de la zarzuela española, rematando así su larga y aprovechada campaña en nuestras islas. La interpretación que estos notables artistas dieron a la famosa obra fue, así lo leemos, magistral. La contralto señora Castilla, en el papel de Margarita, y Aragón, en el de Rodolfo, alcanzaron ruidoso triunfo, que compartieron dignamente con los demás artistas,

sin excluir los coros, que estuvieron a gran altura. El maestro Reparaz, en medio del apoteósico entusiasmo, fue llamado al escenario y ovacionado con los felices intérpretes de la obra.

El anillo de hierro repitióse en la siguiente noche y el público volvió a llenar el Teatro y salió nuevamente satisfecho.

Memorable en los fastos teatrales de nuestra ciudad, fue el estreno de la hermosa obra de Zapata y Marqués, que se había hecho por primera vez, en el Teatro Jovellanos, de Madrid, la noche del 7 de noviembre de 1878.

El tenor Aragón, notabilísimo cantante de irreprochable escuela, visitó esta ciudad dos veces más, en los años de 1884 y 1890. Se le recordó siempre con afecto y simpatía.

VUELVE POWER A TENERIFE

Hubo en el interregno de estas dos temporadas que hemos reseñado, un acontecimiento artístico de primer orden, fuertemente emotivo para los hijos de esta tierra: Teobaldo Power, el insigne músico que fue gloria legítima de Tenerife, volvía a la isla nativa, después de una ausencia de quince años. Sintiendo enfermo y aconsejado por su íntimo amigo el doctor Zerolo, vino a reponerse y a descansar de la vida errante y agitada que llevaba. Llegó en diciembre de 1878. Mejoró, cobró nuevos bríos y, creyéndose curado, marchó a la Península, a seguir luchando por afianzar su nombre y acabar de prestigiarlo y de imponerlo, como concertista de altos vuelos e inspirado compositor. Desembarcó en Lisboa, y allí fue oído y agasajado por el monarca lusitano, que supo honrarlo y distinguirlo. Siguió a España, dando conciertos en algunas ciudades del Mediodía. Mas, sintióse de nuevo enfermo, y de nuevo tornó a la tierra natal, que le devolvió la salud a cambio de la página inmortal que escribiera en su refugio del monte de las Mercedes.

Aprovechando la estancia de Power en esta ciudad, sus amigos Elías Zerolo, Ramón Gil Roldán, José Manuel Pulido, Francisco Fernández de Bethencourt y Alfonso Dugour, organizaron en el Teatro un gran concierto, que fue un sentido homenaje al ilustre paisano. Celebróse este concierto la noche del 15 de marzo de 1879. Tomaron parte en esta memorable fiesta, además de los valiosos elementos musicales que Power logró agrupar, los señores Fernández de Bethencourt, Antonio Zerolo, Dugour, Pulido y Gil Roldán, que leyeron poesías dedi-

cadadas a Power, constituyendo una novedad, pues no era costumbre dar lectura a trabajos literarios en actos de esta índole. Don Elías Zerolo, bajo el acróstico de «L. Río Oseleza», decía en la *Revista de Canarias*:

«Los honores de la velada correspondieron, como era natural, al eminente pianista. En estos casos, el talento eleva a todos, y no hay quien no aprecie los más pequeños y delicados detalles de las obras ejecutadas; tal es la fuerza del genio: domina y eleva.

Tiene Power todas las condiciones para ello. Su frente ancha y espaciosa, —la frente que la opinión común asigna al genio como si de antemano la esculpiese el divino cincel para ajustar a ella la corona de la inmortalidad— sus ojos, que se animan en los momentos de la inspiración, atraen, cuando se sienta al piano, todas las miradas. Es de estatura regular; pero al caer sus manos en el movable teclado, se le ve crecer; y si en esos momentos se le ocurriese a alguien preguntar: ¿Es alto o bajo?, todos responderían: ¡Es un gigante!.

Admirable semblanza.

CAPITULO XVI

OPERA Y DRAMA

En 1880, una compañía de ópera, de la que era empresario el señor Sánchez Ruiz, y en la que figuraba como director y concertador, el notable violoncelista César A. Casella, debuyó en nuestro Teatro municipal, la noche del 16 de enero. Formaban el elenco, artistas como María Bianchi Fiorio, Rosina Aimó y Paolina Rossini; los barítonos Orlandini y Verdini, el tenor dramático Giovanni Bassini, el bajo Luigi Medini, el caricato Tessada y otros, que ganaron prontamente las simpatías del público.

La obra del debut fue *Il Trovatori*, la más popular de las óperas de Verdi; cantándose en las sucesivas noches *Lucrecia Borgia*, *María di Rohan*, *Il Barbiere di Siviglia*, *La Favorita*, *Traviata*, *Hernani*, *Lucia di Lammemoor*, *Un ballo in maschera*, *Rigoletto*, *Fausto*, *Poliuto*, *Don Pascuale* y *Marta*.

Como detalles curiosos citaremos los siguientes:

La tiple ligera Paolina Rossini, hizo su presentación con *Lucia*, y su actuación fue del completo agrado del respetable.

El beneficio de la Bianchi Fiorio, tan admirada por este público, fue con *La favorita*, llenándose el Teatro y recibiendo esta notable cantante muchos y valiosos regalos.

Lucia de Lammemoor se cantó cinco veces; era la obra predilecta de la Rossini. La última noche que se cantó fue un triunfo definitivo para la inimitable artista. Los aplausos y los gritos de entusiasmo de los espectadores eran desbordantes,

llenándose el escenario de ramos de flores, arrojados desde el paraíso. Al concluir el «rondó» del tercer acto, la ovación fue delirante, indescriptible. Las felicitaciones partían de todas las localidades y flores, coronas, versos, palomas, inundaron en una oleada de entusiasmo el bello escenario y el patio.

La Rossini recibió esa noche, además, un valiosísimo obsequio de sus admiradores, consistente en un precioso reloj de oro y cadena del mismo metal.

Como dato curioso transcribimos uno de esos versos con que fue obsequida la exquisita artista:

De tus labios de ambrosía
es tal el raudal que brota
de armonía,
que revibra en cada nota
un mundo de poesía.

Cuando derramas las flores
de tus labios seductores
de topacio,
ni tiene el bosque rumores
ni armonías el espacio.

Y es que admiran tus cantares
singulares
donde el encanto se encierra,
los pájaros de mi tierra
y las brisas de mis lares.

EL PARAÍSO

Que así fue de galante la musa anónima de nuestro pueblo.

Hernani se cantó cuatro veces, siendo la última a beneficio del tenor Bassini, que fue ovacionado. En *Poliuto*, cantada tres veces, correspondieron los homenajes y las aclamaciones, a la tiple dramática Rosina Aimó. Esta obra, escrita por Donizetti para la Gran Opera de París, se llamó primeramente *Los mártires*. En la versión al italiano, del poeta Salvatore Cammarano, se denomina *Poliuto*.

Il barbiere di Siviglia, que se había hecho en este Teatro, en 1862, en castellano, se cantaba por primera vez en italiano.

Con *Don Pascuale*, la ópera bufa de Donizetti, terminó esta brillante temporada del 18 de marzo de 1880, una de las mejores entre las mejores aquí celebradas.

Después de haber actuado en La Orotava, Puerto de la Cruz, Icod y Las Palmas, llegó a esta capital, a fines de noviembre, la compañía dramática de Gertrudis Castro. Esta compañía fue acogida con cierta frialdad, habiéndose retraído el público inexplicablemente, pues se trataba de una distinguidísima primera actriz y de un excelente conjunto. De primer actor venía Francisco López Valois, de cuyas condiciones se hacían justos elogios. Figuraba también en este elenco, Enrique Sánchez de León, que había de volver años después, al frente de notables compañías.

Gertrudis Castro, cuyo mérito indiscutible avalaban la crítica y el público madrileño, había hecho grandes campañas al lado de las más ilustres figuras de la escena. Con Matilde Díez y Manuel Catalina, con Valero y con Arjona, con la Boldún y la Mendoza Tenorio, con Victorino Tamayo y con don Pedro Delgado, y por último con Vico.

Don Elías Zerolo, comentando en la *Revista de Canarias* el retraimiento del público, calificaba a éste de injusto y le reprochaba su indiferencia no aplaudiendo como merecían los artistas, como tampoco manifestando su desagrado «no obstante haber más de un motivo para ello», añadiendo que con otras «bien malillas» se había visto el Teatro lleno.

La compañía debutó con *El esclavo de su culpa*, siguiéndole *L'Hereu*, que fue repetida. Esta obra de los señores Retes y Echevarría, estrenada en 1876, estuvo en auge por los años a que venimos refiriéndonos, desapareciendo luego por completo de los repertorios, *La campana de la Almudaina*, *Rosa amarilla*, *La cruz del matrimonio*, *Angel*, en cuya obra la labor de la señora Castro, decían que era difícil de ser superada, y otras.

La noche del 28 de diciembre (Fiesta de los Inocentes), puso la compañía un juguete de don Ramón de la Cruz, y decía don Elías Zerolo, que sentía no haber asistido, pues le «hubiera gustado ver a los que tanto chillan acerca de los «atrevimientos» de algunas modernas obras cómicas, entusiasmarse, y por cierto que para ello sobra razón, con las, más que chispeantes, «verdosillas» agudezas que abundan en los graciosos juguetes de don Ramón de la Cruz».

El beneficio de la primera actriz, tuvo relieve extraordinario. Se hizo con el estreno de una de las más famosas obras del teatro español de la segunda mitad del siglo pasado: *El mudo gordiano*, de Eugenio Sellés. Esa noche cumplió el público de Santa Cruz, con sus deberes de público inteligente y afectuoso,

cortés y entusiasta. Llenó el Teatro y dispensó a la dignísima actriz el merecido homenaje.

La noche del 30 de diciembre, con motivo del aniversario de la muerte de don Adelardo López de Ayala, fallecido el 30 de diciembre de 1879, quiso la señora Castro rendirle un tributo de admiración y recuerdo, poniendo en escena una de sus mejores producciones: *El tanto por ciento*, que Ayala escribiera para Teodora Lamadrid.

BRILLANTES FIESTAS DE ARTE

En las noches del 8 de mayo y 28 de junio del citado año 1880, celebró la Sociedad Filarmónica, dos nuevos conciertos, el primero en el Teatro, y el segundo en su local social, en conmemoración éste del primer aniversario de su nueva etapa, resultando ambos brillantísimos. Y en la noche del 13 de mayo, otra fiesta de arte, interesante y selecta, que tuvo lugar en el Teatro, haciendo su presentación como concertista de grandes méritos, el violoncellista César A. Casella, que había dirigido la compañía de ópera que acabamos de mencionar, y del que decía *La Opinión*:

«No puede dudarse que Cesare A. Casella es un verdadero artista. Sentir como él siente y expresar como él expresa, solo es dado a los que pisan, por indiscutible derecho, el templo del arte. Cuando Casella, con su poderoso arco, arco que nunca se acaba, como dice uno de sus admiradores, hiere las cuerdas del magnífico *Guarnerius*, hay que admirar y hay que aplaudirlo».

El distinguido concertista fue acompañado al piano, por el joven José Hardisson, cooperando también al éxito de este concierto, la orquesta de Santa Cecilia, dirigida por don Juan Padrón.

«ESMERALDA CERVANTES»

Un auténtico acontecimiento artístico, de primer orden, tuvo lugar en nuestra ciudad, en nuestro principal Teatro, en 1880, surgiendo en nuestra modesta vida insular, un nombre ungido a la fama, que quedó para siempre incorporado a nuestra tierra. Nos referimos a «Esmeralda Cervantes».

La eminente arpista venía por primera vez a Tenerife, y con el concurso de Santa Cecilia, organizó un magno concierto en

nuestro Teatro, la noche del 26 de julio. La concurrencia fue tan extraordinaria que hubo que colocar sillas en pasillos y en galerías y en el escenario. El triunfo fue definitivo. El público acogió con delirante entusiasmo a la celebrada artista, que venía precedida de un historial honroso no solo para la artista, sino también para la mujer, que hacía el bien al unísono de su arte. Y el afecto de este público, su entusiasmo y devoción, patentizados quedaron con los aplausos, con las flores, las palomas y los versos, con que saludaron a la insigne concertista. La noche del 31 del citado mes de julio, «Esmeralda Cervantes» dió un segundo concierto, a beneficio de las obras que se realizaban en la Alameda de Weyler, ejecutando, como en el primero, hermosas y difíciles composiciones, alguna suya, que subrayaban los concurrentes con grandes aplausos. Esa noche leyerónse diversas poesías de Juan Lentini, de Tabares Bartlet (leídas por don Miguel Pereyra de Armas), y de Pulido, leídas por la propia artista.

Doña Clotilde Cerdá y Bosch, cuyo sobrenombre de «Esmeralda Cervantes» alcanzó la celebridad y tuvo resonancia universal, nos visitó en distintas ocasiones. Se prendó de nuestra ciudad y de nuestra isla y no las olvidó jamás, hasta que al fin aquí fijó su residencia definitiva. La distinguida dama había nacido en Barcelona, en 1862. Recorrió todos los países y ante todos los públicos interpretó su arte maravilloso.

Como todos sabemos, mereció de Víctor Hugo llamarse «Esmeralda», en recuerdo de la heroína de su novela *Nuestra Señora de París*, y el de «Cervantes» añadiólo Isabel II, que le dijo: «Ya tienes el nombre cambiado. Será célebre». En Viena, donde se educaba artísticamente, tocó por vez primera en público, en los funerales que en la capital austriaca se celebraron en sufragio del inmortal autor del *Quijote*. Recorrió el mundo entre aplausos y agasajos, saboreando la gloria desde muy niña. Un día es en el Palacio Real de Atenas, donde la reina de Grecia y la duquesa de Sparta, la obsequian con ricas joyas; otro, es en París, donde la reina Isabel la colma de atenciones y le dedica valiosos presentes. Otro día toma parte en el concierto de despedida del glorioso Liszt y hace exclamar al gran compositor y pianista: «¡la primera vez que oigo el arpa!», y al coloso de la música, Wagner, le arranca esta exclamación: «¡Es el genio!». Y en el Brasil, invitada por el emperador Pedro I, asiste a la inauguración del puente internacional que une aquel país con el Uruguay, del cual es madrina y en su honor se le pone el nombre de la inolvidable artista. Y en Constantinopla, recibe del Sultán, el honor de ser nom-

brada arpista suya. Y en Méjico, Porfirio Díaz, el presidente-dictador, accede a su petición de indulto de un reo puesto en capilla...

En 1880, cuando solo cuenta 18 años, viene por vez primera a Tenerife. Le atrae nuestra tierra. Se va. Vuelve. Nueva ausencia, que parece definitiva. Pero, no. Los ojos de la noble dama, de la distinguida artista, aquí se habían clavado, y aquí había de vivir sus postreros días... El recuerdo de su nombre, de su bello nombre de artista, «Esmeralda Cervantes», lo guarda una calle de nuestra ciudad.

¡Extraordinaria existencia la de esta mujer admirable, que después de pasear en triunfo por el mundo su arte exquisito, eligió para retiro y descanso nuestra ciudad!

SE TOCAN POR PRIMERA VEZ LOS «CANTOS CANARIOS»

Fue asimismo este año de 1880, pródigo en grandes fiestas de arte, el del estreno de los *Cantos Canarios*, de Teobaldo Power.

¡Noche memorable la del 5 de agosto, en que por vez primera oyó nuestro público la página inmortal que nuestro gran músico escribiera!

Inauguraba esa noche Santa Cecilia, su nuevo local (el que hoy ocupa el Círculo de Bellas Artes). Hacía poco más de un año de la fundación de la popular sociedad, que había de congregarse bajo su techo, los más valiosos elementos musicales y había de dotar a la ciudad de un magnífico edificio. La fiesta de inauguración fue brillantísima. Y tuvo el mérito extraordinario de que en el programa de esa fiesta figuraba, como novedad, la obertura *Cantos Canarios*, de Teobaldo Power... Y más honor todavía: que esa obertura la dirigiera su propio autor...

Pocas veces en la vida social de nuestra ciudad, en sus actos culturales, en sus acontecimientos artísticos, se ha debido experimentar una tan honda emoción. El espíritu isleño debió vibrar esa noche al conjuro de los cantos todos de nuestra tierra. Y fue Power, el creador de la magistral partitura, su intérprete esa noche.

Cuenta don Elías Zerolo que unos meses antes le había sugerido a Teobaldo Power, como tema para alguno de sus artículos de colaboración en la *Revista de Canarias*, un estudio en que señalase la originalidad y el carácter de algunos de nuestros populares cantos, dándose a conocer la procedencia

de otros e indicándose la analogía de varios de ellos —si existe— con algunos de diferentes pueblos, de los africanos, «verbi-gratia».

Fue entonces (sigue diciendo el ilustre Zerolo), cuando con «oído de artista» apreció el tiernísimo arroré de nuestras madres, el candencioso «canto de las eras», el bullicioso «tajaraste»; en una palabra, todo lo que como canto o música popular puede mirarse entre nosotros; y todo esto, fundido por su genio en una composición magistralmente instrumentada y de admirable estilo, produjo la obertura. *Cantos Canarios*, casi improvisada, en la partitura de la cual, como para imprimirle aun más el sello de nuestro país, se leen estos bellísimos versos de Nicolás Estévez, que conocen los lectores:

Mi patria no es el mundo;
mi patria no es Europa;
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra.

Hagamos una ligera reseña de la memorable fiesta. El triunfo de Santa Cecilia esa noche, fue el triunfo de su orquesta: dirigida por el popular don Juan Padrón, alma del nuevo centro, dió comienzo con una *Sinfonía en do*, del propio maestro Padrón, que mereció los más entusiastas aplausos y una corona para su autor. Siguiéronle los señores Navarro y Hardisson, que ejecutaron al piano un duo de Wolff, sobre motivos de *Los Hugonotes*; el notable violinista don Manuel Martí, que interpretó en forma irreprochable, una fantasía de Beriot, sobre *Norma*; don Juan García Alós, clarinete, que entusiasmó a la concurrencia con una fantasía sobre motivos de *El Trovador*, cerrando esta primera parte, la orquesta, con la obertura de la ópera *Mignón*, del maestro Thomas.

En medio de la mayor expectación, con una emoción intensa y un entusiasmo inenarrable, comenzó la segunda parte con los *Cantos Canarios*, tocados por la orquesta, que dirigía Power... Clamorosa ovación acogió la bella obra, que fue ofrenda del insigne músico a su tierra. Repitióse entre aclamaciones, entre vítores entusiastas mientras los versos alusivos al acontecimiento, mezclados con las notas musicales, llenaban el salón y era ofrecida a Power, una corona por sus admiradores... Después, un *Nocturno*, de Oberthus, para armonium y piano, por los señores Navarro y Hardisson; después, una fantasía sobre *Dinorah*, para flauta, a cargo de don Lorenzo Padrón, con acompañamiento de piano, y por último, la orques-

ta, que ejecutó magistralmente, el *Ave María*, de Gounod. ¡Tal fue la gran jornada de arte, en que se tocaron por primera vez, los *Cantos Canarios!*

Decía don Francisco M. Pinto, que esta admirable obra «para nosotros los canarios es como el reflejo de nuestra tierra, como el resumen de las impresiones más características que de ésta hemos recibido. Aquellas armonías, donde quiera que las oigamos, nos traerán la imagen de la patria y despertarán en nosotros los recuerdos».

Y don Miguel Pereyra de Armas, añadía: «Folías, Seguidillas, Malagueñas: estos aires, embellecidos por el arte de Power, simbolizan nuestras fiestas campestres, las verbenas de nuestra ciudad, las nocturnas parrandas callejeras que interrumpen nuestro sueño».

«La composición del Sr. Power (afirmaba don Elías Zerolo), es a nuestro juicio, una bellísima obra que ha de darle aquí y fuera de aquí, merecida gloria».

* * *

Dos conciertos más celebró Santa Cecilia, dentro del año de gracia de 1880, uno en su local, el 12 de noviembre, y el otro, el 20 del mismo mes, en el Teatro, con la cooperación valiosísima del ilustre autor de los *Cantos Canarios* y gran concertista, Teobaldo Power, que entusiasmó de nuevo a la concurrencia, por su perfecta ejecución, que los periódicos calificaban de magistral. Con el respeto y el cariño de siempre, fue oído por sus paisanos, aplaudido y aclamado.

Los *Cantos Canarios* —decía don Elías Zerolo, reseñando esta fiesta— fueron aplaudidos con gran entusiasmo. La primera vez que esta magnífica sinfonía de Power se oyó, aprecióse solo la grandiosidad del conjunto; y ahora comiéntase a apreciar detalles que admiran».

CAPITULO XVII

OTRO AÑO BIEN APROVECHADO

Otro año que hizo honor a nuestra ciudad y a nuestros centros de arte y literarios, fue el de 1881. La Filarmónica, Santa Cecilia, el Círculo de Amistad y el Gabinete Instructivo, rivalizaron en actos de tal importancia y significación, de tan depurado gusto y de tal ostentación, que creemos no pecar de exagerados si afirmamos que elevaron el nivel intelectual de nuestro pueblo a incommensurable altura.

La primera fiesta de arte celebrada este año, fue la organizada por la Sociedad Filarmónica, en el Teatro, la noche del 17 de febrero, dirigida por el maestro don Francisco Guigou. El coliseo estaba brillantísimo y el lleno fue de los que forman época. Decían los periódicos que predominaban las mujeres, que eran muchísimas esa noche.

Distinguidos elementos artísticos de nuestra ciudad, se agruparon bajo la batuta inteligentísima del maestro Guigou, y realizaron una labor que fue merecedora de los más entusiastas aplausos y de los más fervorosos elogios.

Comenzó la fiesta con la obertura de *La Gazza ladra*, de Rossini, por la orquesta. A continuación la señorita Peregrina Dugour, cantó la «cavatina» de *María di Rohan*, acompañada por la orquesta; la señorita Matilde Rodríguez cantó el aria de *Luisa Miller*, de Verdi; las señoritas de Pebrer, ejecutaron al piano una fantasía de Formechi sobre motivos de *Marta*; la señorita Florinda Pérez, cantó la romanza de *Los Hugonotes*,

de Meyerbeer, acompañada por la orquesta; la señorita Alfonso Padrón, ejecutó admirablemente, demostrando sus ya grandes aptitudes de pianista, una fantasía de Gorla, para piano, sobre motivos de la ópera *Belisario*, y finalmente, como número destacado de esta selecta fiesta, el coro y concertante final del segundo acto de *Poliuto*, acompañado de orquesta, que fue un prodigio de ejecución y de dirección (decían las reseñas), entusiasmando a la concurrencia. Lo cantaron las señoras doña Consuelo Ara de Hernández y doña Mercedes Dugour de Calzadilla, y las señoritas Aurea Díaz Flores, María de Miranda, Florinda Pérez, Peregrina Dugour, Luisa y Candelaria Pebrer, Manuela Bustamante, Alfonso Padrón, Matilde Rodríguez, Eloísa García y Dolores Guigou.

Comentando don Elías Zerolo, en la *Revista de Canarias*, la magnificencia de este concierto, decía:

«Ya otra vez lo dije: tiene el maestro Guigou tal arte para la dirección de estas difíciles piezas, que pálido sería cuanto yo dijese. Las dificultades de la obra elegida, la que siempre resulta de poner de acuerdo y hacer entrar a tiempo un coro numeroso, todo lo vence. Don Francisco Guigou es artista de corazón; pero ¿quién no lo es entre tanta belleza?»

* * *

El Círculo de Amistad, cuya tradición artística se ha mantenido a través de tantos años, celebrando constantemente fiestas que le dieron merecida fama y acrecentaron su popularidad; organizando siempre valiosas agrupaciones musicales, masas corales, secciones teatrales, celebró también este año de 1881, en su local social, magníficos espectáculos, que tenían el asentimiento y el aplauso de sus socios. Un cronista de aquella época decía que esas fiestas las celebraba El Recreo, «como en sus buenos tiempos», con lo que queda sentado que todos los tiempos fueron buenos para la vieja sociedad santacrucera.

Estos espectáculos, consistentes en funciones teatrales, que celebraban en su teatro, cuya construcción reciente había costado unos 40.000 reales de vellón, estaban a cargo de notables aficionados, entre los que sobresalían la señorita Carmen Tejera, y los jóvenes Angel Domínguez, Ernesto Adán y José Peña, algunos de los cuales, ya lo hemos dicho, más que aficionados eran verdaderos profesionales.

HOMENAJE A LA MEMORIA DE CERVANTES

En el mes de abril, el Gabinete Instructivo celebró una gran fiesta literaria en honor a la memoria del Príncipe de los Ingenios.

Presidió este importante acto, don Darío Cúllen, que era por aquellos días presidente del Gabinete, interviniendo en el mismo, además de la orquesta de la Sociedad Filarmónica, la poetisa Angela Mazzini y los señores don Alfonso Dugour, don Patricio Perera, don Antonio Zerolo, don Patricio Estévanez, don Miguel Pereyra de Armas y don José Tabares Bartlet. El señor Pereyra de Armas leyó magistralmente trozos del *Quijote*, precedidos de un discurso de exquisita forma y magníficamente dicho, sobre la manera de interpretar, al leer la inmortal obra, el pensamiento de su autor.

Seguidamente se puso a discusión el tema «Paralelo de la mujer del siglo de Cervantes y la de nuestra época», tomando parte en la discusión, los señores don Andrés F. Cotrina, don Patricio Estévanez, don Mateo Alonso del Castillo y don José Manuel Pulido.

Estos actos del Gabinete Instructivo evidenciaban una afición grande al estudio y demostraban la cultura de nuestro pueblo, que llenaba los locales donde se celebraban, deseoso de oír las más destacadas personalidades isleñas o forasteras, en el orden intelectual.

EL CENTENARIO DE CALDERÓN

En el mes de mayo celebróse el segundo centenario de la muerte de don Pedro Calderón de la Barca. Fueron tres los días de fiestas y en ellos llevóse a cabo un magnífico programa, cuyos números más salientes hemos de reseñar.

La noche del 23, Santa Cecilia, con sus mejores elementos, celebró en el Teatro, espléndidamente decorado, una gran fiesta musical, iniciada bajo el signo de los *Cantos Canarios*, la obra prócer de Power. Los antepechos de los palcos ostentaban los títulos de las más famosas obras del altísimo poeta de nuestro Siglo de Oro. Dos fechas cruzaban el palco presidencial: «1681 - 1881».

A la siguiente noche, también en el principal coliseo, fue la Filarmónica la que rindió homenaje al portentoso dramaturgo. Volvió la batuta del maestro Guigou, a congregar en

el escenario, a las bellas mujeres de que hablara don Elías Zerolo, y que cantaron de manera irreprochable, entusiasmando de nuevo a la concurrencia.

La velada del 25, organizada por el Gabinete Instructivo, en el Teatro, como las anteriores, tuvo honores de acontecimiento literario. Discursos. Estudios de la personalidad de don Pedro Calderón de la Barca. Lectura de trozos de sus obras inmortales. Don Patricio Estévez leyó un admirable trabajo del ilustre don Francisco M.^a Pinto. El discurso de don Miguel Pereyra de Armas, fue un nuevo exponente de su sólida cultura. Luisa Pebrer y Patricio Estévez, dieron acción a las maravillosas primeras escenas de *La vida es sueño*. Florinda Pérez y Ramón Gil Roldán, interpretaron una escena de *Mejor está que estaba*. Darío Cúllen, Miguel B. Espinosa, Patricio Perera, José M. Pulido, Antonio Zerolo, Juan Lentini, don Juan de la Puerta Canseco; toda la intelectualidad insular de aquel momento, tomó parte en el acto conmemorativo, uno de los más brillantes en el historial honroso del Gabinete Instructivo.

Una grata sorpresa esperaba al público, al salir esa noche del coliseo: la fachada del edificio lucía por primera vez, una iluminación eléctrica... Era algo así como un anticipo del sistema de alumbrado que había de adoptar la ciudad, dieciséis años después. ¡Fastástica visión de 1897, en 1881!

Otros números del suntuoso programa de las fiestas del centenario de Calderón, que Santa Cruz de Tenerife celebró tan dignamente, fueron las honras fúnebres en la iglesia de la Concepción, la exposición organizada por el Gabinete Científico y la profesión cívica con carros alegóricos, heraldos a caballo, caballeros vestidos a la usanza de la época de Felipe IV, bandas de música, comisiones militares y de los centros culturales, corporaciones e inmenso público.

Esta procesión cívica, tan ligada a la farándula, partió del Teatro, a las dos y media de la tarde, por este orden: Piquete de la Guardia provincial a caballo; cuatro heraldos a caballo; seis jinetes en traje de Felipe IV, con estandartes en los que se leían los títulos de los más populares dramas de Calderón; tres carros alegóricos, representando la «Comedia», el «Drama» y la «Tragedia», tirada cada una por cuatro caballos lujosamente enjaezados, y detrás las comisiones de las sociedades, bandas de música, etc., cerrando la comitiva el Ayuntamiento y la Diputación, a los que seguía enorme multitud.

Como colofón de estos festejos, se celebró en la Plaza del Príncipe un concierto verdaderamente extraordinario: las ban-

das de música del batallón provincial y del batallón de La Laguna, amenizaron el paseo desde las 8 hasta las 10 de la noche. Y a las 11, ante la espectación de la gran masa de público allí congregada, una orquesta de cien profesores, bajo la dirección del maestro don Cirilo Olivera, inteligentísimo músico, fallecido en La Laguna, en 27 de abril de 1902, e integrada por todas las sociedades filarmónicas de esta capital y de La Laguna, tocó con la mayor perfección, las sinfonías de *Semíramis* y de *La estrella del Norte*.

El éxito de este alarde musical fue completo.

Así conmemoró nuestra ciudad, el segundo centenario de la muerte de don Pedro Calderón de la Barca.

NUEVAS FIESTAS MUSICALES

Dentro de ese mismo año de 1881, Santa Cecilia y la Filarmónica, celebraron nuevos y brillantes conciertos; el Círculo de Amistad siguió deleitando a sus socios con atractivas veladas teatrales; el Gabinete Instructivo continuó la labor cultural que se había impuesto, y al final, el 25 de diciembre, abrió de nuevo sus puertas el Teatro municipal, para dar paso a una compañía de ópera, la de Ferreti, en la que figuraban notabilísimos cantantes.

De éstos, los más valiosos eran: la tiple dramática Luisa Faccioli; la tiple ligera Ana Trafford-Sabatini; el tenor Pío Facci, «el mejor tenor que ha pisado nuestro Teatro» (decía don Elías Zerolo); el barítono Plácido Cabella y el bajo José Wagner. Dirigía la compañía el reputado maestro Sánchez de Madrid.

La obra de debut fue *Lucía de Lammemoor*, que hubo que repetir por lo bien cantada. Otras obras de esta temporada fueron: *Un ballo in maschera*, *Lucrecia Borgia*, *Ruy Blas*, *Il Barbiere di Siviglia*, *Rigoletto*, *Il Trovatore*, *Sonámbula*, *Dinorah*, *Crispino e la comare*, *Linda de Chamounix*, *Fausto*, *Polliuto* y *La Favorita*.

Las entradas eran flojas.

Fausto y *Dinorah*, fueron las que llevaron más gente al Teatro.

Ruy Blas se cantaba por primera vez en esta capital. Fue la obra que dió la celebridad al maestro Marchetti, y su estreno tuvo un éxito clamoroso. No se ha vuelto a hacer en nuestra ciudad.

El 16 de febrero de 1882, al final ya de la temporada, la

compañía de Ferreti dió a conocer dos actos de la ópera *Elvira*, del maestro Guigou, de la que hacía dos años se había cantado una parte, por aficionados. El programa de esa noche (beneficio del maestro director), se completó con un acto de *Il Barbiere di Siviglia*.

Elvira, cuyo libreto (ya lo hemos dicho), es el drama de igual título de don José Plácido Sansón, la escribió el maestro don Francisco Guigou del Castillo, en 1858, en Madrid, cuando apenas contaba 20 años de edad, y había terminado con gran aprovechamiento sus estudios en el Conservatorio de París. Debió estrenarse en el Teatro Real, en el invierno de 1859, pero encontrándose ya en ensayo, por haber decretado el Gobierno el cierre de los teatros, con motivo de la Guerra de Africa, según unos, o por quiebra de la empresa, según otros, se malogró su estreno.

CAPITULO XVIII

CONCIERTOS DE POWER Y CASELLA

A comienzos de 1882, Teobaldo Power, que aún se hallaba en Tenerife, y el violoncellista y compositor italiano César A. Casella, celebraron varios conciertos en esta capital, La Laguna y Orotava. Estos conciertos fueron otros tantos triunfos para los dos notables artistas.

Las sociedades filarmónicas continuaban también en este año, con sin igual entusiasmo, su simpática tarea.

En los meses de julio y agosto, en plena canícula y con gran aceptación del público, se llevaron a cabo unas interesantes veladas musicales en la Alameda de la Marina, que estaba encantadora, bien iluminada y llena de flores, según la referencia de los periódicos locales. Estas veladas, organizadas por Santa Cecilia, tuvieron el mayor éxito y fueron repetidas en el verano de 1883. Con la orquesta de la sociedad organizadora, alternaban las bandas militar y de La Bienhechora.

Por cierto, que la banda de aficionados de La Bienhechora, que tan popular fue, en una de esas veladas y entre otras piezas musicales, dió a conocer un pasodoble, un vals y un arreglo de las folías, de su director, el competente maestro don Francisco Martín, gustando mucho ambas obras, particularmente las dos últimas, que fueron repetidas. Don Luis Maffiotte, con el seudónimo «Ortiguilla», decía en la *Ilustración de Canarias*:

«Cuando tocaron las folias vínome a la memoria el grato recuerdo de nuestras tradicionales fiestas de campo; crean ustedes que sentí en el alma no tener «manta, estaca y virginio» para bailarlas».

• • •

Contratada por el señor Mela, debutó el 7 de noviembre de este año de 1882, en el Teatro, una compañía cómico-lírico-dramático-coreográfica, dirigida por el conocido actor Ricardo Mela, hijo del empresario, que años después y debido a sus grandes méritos, había de obtener la cátedra de Declamación del Conservatorio Nacional. Se trataba de artistas modestos, sin pretensiones, y el repertorio se componía de obras sencillas: zarzuelas sin coro y comedias en uno o dos actos.

La *Ilustración de Canarias* decía que la compañía no era buena ni como lírica, ni como dramática, ni como coreográfica, pero que en cambio como cómico-lírico-dramático-coreográfica, llenaba su objeto, pues hacía «reventar» de risa al público. Terminó el 20 del mismo mes de noviembre, marchando a Las Palmas, y regresando luego a esta ciudad, donde reanudó sus funciones la noche del 23 de diciembre, con la comedia de Miguel Echegaray, *Por fuera y por dentro*.

En esta segunda temporada hizo las crónicas teatrales en la *Ilustración*, don Luis Maffiotte, con el citado seudónimo «Ortiguilla», y con mucha gracia. A la señorita Revuelta, que carecía de condiciones, le aconsejaba que se dedicara o otra cosa... y añadía: «Valverde es exagerado, Capriles no tiene voz, Cano... y los demás como partes secundarias, son medianos actores, pero el conjunto es más que regular».

Las funciones se contaban por llenos.

La compañía cómico-lírico-dramático-coreográfica, se permitió el lujo de poner dramas como *La muerte en los labios* y *El Gran Galeoto*, y decía «Ortiguilla»: «De estos dramas diré que no digo nada».

El Gran Galeoto se había estrenado en Madrid, con éxito extraordinario, la noche del 19 de marzo de 1881. Aquí lo hacía por primera vez, esta modesta compañía, cuya actuación acabamos de reseñar, pero se nos figura que su estreno en nuestro Teatro debió ser «intrascendente», a juzgar por la categoría de estos artistas y las obras que representaban.

• • •

Una nueva sociedad dramática se constituyó en esta capital en 1882, con el nombre glorioso de Lope de Vega, pero seguramente tuvo vida efímera.

La función inaugural fue dedicada a la memoria del ilustre don José Desiré Dugour, representándose su popular episodio, en un acto y en verso, *Una noche en Santa María de la Rábida* y otras obras del venerado escritor.

También la sociedad Unión Dramática, que presidía el joven don Coriolano J. Martí, conmemoró su primer aniversario, poniendo en escena en su teatro, el citado episodio *Una noche en Santa María de la Rábida* y *El arcediano de San Gil*, celebrado drama en un acto, de Pedro Marquina.

Todas las sociedades locales consagradas al teatro, recordaban al viejo poeta y dramaturgo. Para todas tuvo don José Desiré Dugour sus afectos, y para todas escribió sus aplaudidas obras teatrales. Puede decirse que fue el escritor de los aficionados, nutriendo de excelentes obras sus modestos repertorios. Ellos, agradecidos, le dedicaron en vida sus mejores fiestas, y muerto, le recordaron siempre con veneración y cariño.

FALLECE EL EMPRESARIO MELA

El año de 1883 comenzó con una gran pérdida para la vida teatral de Canarias. En enero, actuando aún la compañía de su hijo Ricardo, falleció en esta capital, el inteligente, el entusiasta, el competentísimo empresario don Francisco Mela. A él, a su vasto conocimiento de los negocios teatrales, a sus relaciones con artistas y demás elementos vinculados al teatro, debió Santa Cruz de Tenerife, y debieron las islas, conocer cuanto del arte de la escena estuvo a su alcance y fue digno de ser conocido, en casi cuarenta años de honrada labor profesional, superándose muchas veces, como decía don Andrés Antequera, pues eran bien limitados los medios de que se podía disponer para lograr el éxito y complacer al público. Desde mucho antes de la inauguración del Teatro Municipal, ya traía compañías al teatrillo de la calle de La Marina el veterano empresario, y fue él, con la compañía de Romualdo Lafuente, el que, en 1851, inauguró el nuevo coliseo, aún sin terminar. A él, repetimos, debió el público tinerfeño conocer notables compañías y prestigiosos artistas, cuyas brillantes campañas, recogidas en estas notas, se recordarán siempre con agrado.

Y volvemos a insistir en que a lo largo de un siglo de teatro, tuvo Tenerife «tres» empresarios. El primero, el de la época difícil y dura, fue este gran «formador» de compañías, que murió anciano ya, y sin haber visto el fruto de tantos años de trabajo y de tantos contratiempos y sinsabores...

NUESTRAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS

Santa Cecilia, cuyo magnífico edificio comenzaba a construirse por aquellos días, continuaba celebrando grandes fiestas musicales, lo mismo que la Filarmónica. El Gabinete Instructivo sigue desarrollando su amplio programa cultural y celebraba solemnes sesiones literarias. En febrero, la noche del 28, inauguró su nuevo local, en la calle del Norte (hoy de Valentín Sanz), esquina a la del Adelantado, donde estuvo hasta su desaparición, y con tal motivo organizó un brillante acto, en el que tomaron parte diversos oradores y poetas. Pero, su acto más importante en 1883, fue el celebrado en el Teatro, la noche del 6 de mayo, en honor del insigne autor de los *Episodios Nacionales*, y en el cual fué leído por don Ramón Gil Roldán, el notable trabajo que, sobre Galdós y su obra, escribió el ilustre literato y crítico don Francisco M.^a Pinto.

El Círculo de Amistad no se quedaba a la zaga, y organizaba con sus mejores elementos el aplaudido Orfeón Clave, a cuyo frente figuraba el reputado maestro don Ramón Torras, que convivió con nosotros en distintas épocas, haciendo su presentación en una atrayente fiesta celebrada el mes de abril; y en septiembre, su sección cómico-lírica dió a conocer una opereta en dos actos, titulada *El Quinto*, letra de don Claudio F. Sarmiento y música de don Mariano Navarro, que mereció elogiosos comentarios de la crítica.

El maestro don Mariano Navarro, competentísimo músico, vivió largos años en nuestra ciudad y en Santa Cruz de la Palma, donde estrenó en 1864, una zarzuela titulada *La choza del tío Martín*, cuya letra, en verso, era del poeta palmero don Antonio Rodríguez López.

COMIENZA A CONSTRUIRSE «SANTA CECILIA»

Las obras del edificio Santa Cecilia, construído en la parte de la calle del Pilar hoy denominada de Teobaldo Po-

wer, comenzaron en marzo de 1883. Fue autor de los planos el arquitecto don Manuel Orúa, autor también de los del Teatro, inaugurado en 1851, y de los de la Institución de Enseñanza, entre otros destacados edificios.

• • •

Un gran concierto vocal e instrumental, a cargo de un grupo de artistas norteamericanos, se celebró en nuestro Teatro, la tarde del 5 de julio de 1883. Estos artistas, verdaderas notabilidades, marchaban a Melbourne (Australia), a bordo del vapor inglés *Potosí* anclado en puerto. Figuraban entre ellos, el arpista Mr. Stirling Jones, el violinista Mr. Taylor, y el bajo cantante Mr. Montagne. A pesar de lo improvisado del concierto y la hora de tanto intempestiva (3 de la tarde), el Teatro se llenó y el público quedó satisfecho, tributando los más cumplidos elogios a tan distinguidos huéspedes.

• • •

En diciembre de 1883, celebró nuestra ciudad, con grandes regocijos populares, un hecho cuya importancia y trascendencia no hemos de destacar ahora: el amarre del cable submarino, por el que quedaban las islas incorporadas al mundo. Estos festejos duraron desde el 5 al 15 del citado mes, y en esos días las sociedades locales rivalizaron en entusiasmo, y las bandas de música de los pueblos, se trasladaron a la capital, contribuyendo a la brillantez de los actos celebrados. El Círculo de Amistad, el Casino, La Benéfica, La Bienhechora, Santa Cecilia, la Filarmónica, el Gabinete Instructivo, el Círculo Recreativo y el Círculo Gimnástico, levantaron artísticos arcos en calles y plazas, que estaban, al decir de los periódicos, decoradas con un gusto pocas veces visto, presentando la ciudad bellísimo aspecto.

Santa Cecilia dió un concierto público, en la Alameda del Príncipe, y la Filarmónica celebró otro, en el Teatro, la noche del 15. Y el Gabinete Instructivo, como número final de las famosas Fiestas del Cable, celebró también en el Teatro, la noche del 15, una velada literaria y musical, que fue digna de la entidad organizadora y del prestigio de Santa Cruz.

• • •

En 1883 no hubo temporada teatral. Tan pronto nos visitaban dos, y a veces hasta tres compañías en un año, como pasaban tres o cuatro años sin que viniera ninguna. No hubo, pues, repetimos, temporada teatral en el invierno de 1883, o comenzó muy tarde: en abril de 1884... De modo que todo se redujo en 1883, a la modesta actuación, en enero, de la compañía cómico-lírico dramático-coreográfica, de que ya hemos hablado.

Las crónicas de aquellos días, como si quisieran destacar el contraste, se hacían lenguas del esplendor del arte escénico en el mundo. Era el momento culminante de la Sarah Bernhardt, que entusiasmaba a los parisienses con sus portentosas creaciones. Era la hora más señalada del triunfo, pocas veces igualado, de nuestro gran compatriota Julián Gayarre, ¡que cobraba 40.000 francos por cantar ocho noches en Montecarlo! Era el apogeo de la fama de otro eminente artista español, Pablo Sarasate, al que tributaban en Rusia, las más ruidosas ovaciones. Cantaba la Patti en Londres; la Nilsson, en Nueva York; en el Real, de Madrid, la Borghi Marino, Massini y Battistini, y en el Imperial de Moscú, el célebre bajo «Uetam». En el Español, de Madrid, Calvo y Vico, los eminentes rivales, levantaban tempestades de entusiasmo...

¡Qué lejos estaban esos colosos de las islas y qué lejos las islas del mundo!...

CAPITULO XIX

MUERE TEOBALDO POWER

EL FACTOR IMPREVISTO DE NUESTROS CÁLCULOS

Hemos llegado al año de 1884, el año de la muerte de Power. En la prensa de aquellos días, encontramos, reflejado, el dolor de nuestra isla, de la isla-cuna, y aún de las islas todas, por la prematura desaparición del insigne músico tinerfeño, ocurrida en Madrid, el 16 de mayo. Power hacía poco tiempo que había regresado de su tierra, muy mejorado. El clima de la isla le había, al parecer, curado, y con nuevos bríos, con ese entusiasmo que no le faltó nunca, emprendió de nuevo su carrera, marchando desde aquí a la Madera y a Lisboa, y pasando luego a España, dando en Andalucía conciertos que fueron jornadas de triunfo para el eminente músico. Resentida de nuevo su salud, volvió a Tenerife, y entonces, en una más larga estancia, escribió la página musical que había de recordarlo siempre... Estuvo aquí unos tres años, dando conciertos, descansando a ratos, a ratos escribiendo. Refugióse en el rincón encantado de las Mercedes, y allí, recogido y huraño, escribió los *Cantos canarios*. Restablecido por completo en esta última visita a la tierra natal, regresó el 82 a la Península, celebrando nuevos conciertos en Granada, Córdoba y Málaga, y marchando luego a Madrid, donde en reñidas oposiciones ganó la cátedra de piano, del Conservatorio Nacional, y la plaza de segundo or-

ganista de la Capilla Real. Y, apenas obtenido el triunfo, «sobrevino la muerte, el factor imprevisto de nuestros cálculos», como dijera su gran amigo don Francisco M. Pinto, que añadió en póstumo elogio:

«Teobaldo Power era de los que, al morir, pueden hacer suya la noble protesta y la ingenua declaración que, llevándose la mano a la frente hacía en el cadalso aquel poeta francés sobre quien descendió la antigua musa griega con toda su primitiva frescura y su pureza clásica. Sí: Power pudo decir con justo orgullo de sí mismo: Algo había aquí.»

Tres veces había visitado Power su isla querida, desde que en 1858 la abandonara por vez primera, siendo niño. En este interregno fue cuando la Diputación Provincial de Barcelona, le envió pensionado a París, en cuyo Conservatorio recibió la enseñanza de grandes maestros y fue alumno destacado y predilecto. Dos meses antes de su muerte, en marzo, obtenía ruidosos triunfos en los conciertos de la Sociedad de Profesores, en los Teatros de Jovellanos y de la Zarzuela, de Madrid.

Además de los *Cantos Canarios*, Power dejó numerosas obras musicales, de las que podemos citar las siguientes: *Vals de bravura* (obra con la que obtuvo Power un gran triunfo, como compositor y como ejecutante, al darla a conocer el año 76, en un concierto en el Conservatorio de Madrid), *Polonesa* op. 9; *Scherzo de concierto* op. 10; *Vals impromptu* op. 3; *Leonor*, melodía; *Adiós*, duo; *Ondina*, barcarola; *Gran sonata de concierto*; *Canción española*, pieza de concierto; *Staccato*, segundo estudio de concierto; *Vals brillante* (obra póstuma); *Barcarola*, *Gran galop de concierto*; *Tristeza*, preludio; *Recuerdos del pasado*, melodía; *Expansión del alma*; *En la aldea*, capricho; *Barcarola*; *Malagueña de concierto*; *Polaca de concierto*; *Tanganillo*, estudio de concierto; y *Capricho romántico*, póstuma también.

Teobaldo Power, como Eugenio Domínguez, el otro gran músico tinerfeño, murió joven. Fueron dos vidas malogradas. La de Power, en el momento del triunfo. La de Domínguez, cuando era más que promesa, realidad y comenzaba a despegar sus alas de cóndor.

Decía bien don Francisco M. Pinto: «en la hora precisa del triunfo sobrevino la muerte, el factor imprevisto de nuestros cálculos»...

• • •

La temporada cómica de 1884, en el Teatro Principal, empezó a fines de abril, con la compañía dramática de los señores Mela (Ricardo) y Galán Rivas. Venía como primera actriz, la señora Baena. El primer actor, Galán Rivas, era joven, «acaso demasiado joven», decía un periódico, y prometía mucho.

Lo más destacado de la actuación de esta compañía, fue el estreno de *La Pasionaria*, la obra que cimentó la fama de su autor, don Leopoldo Cano y Masas, estrenada poco antes en Madrid, por Vico y la Mendoza Tenorio, con un éxito que fue calificado de formidable. Aquí tuvo el éxito que le acompañó a todas partes, pero... la concurrencia fue escasa la noche del estreno, cosa incomprensible dada la fama que la precedía, y que, sin duda, había de ser el fuerte del negocio en aquella temporada de Canarias.

Esta compañía, en general, era buena, y su repertorio, en nada desmerecía del de las anteriores, ni de los que se hicieron después. Puso obras de la categoría de *El Gran Galeoto* y de *El tanto por ciento*, cuyo desempeño fue elogiadísimo. En *La Pasionaria*, tanto la señora Baena, como Galán Rivas, eran ovacionados. Pero no dejó más huella que esa: la de haber estrenado *La Pasionaria*.

TEMPORADA DE ZARZUELA DE LAS MEJORES

En cambio, la que sí dejó huellas y despertó enorme entusiasmo y el público llenaba todas las noches el Teatro, y su recuerdo vivió muchos años en el alma de la ciudad, fue la compañía de zarzuela del notable tenor Antonio Aragón. ya conocido aquí.

Esta compañía, que traía en su repertorio las mejores zarzuelas españolas, debutó en nuestro Teatro, la noche del 7 de diciembre de 1884, con el estreno de *La Tempestad*, la famosa zarzuela de Ramos Carrión y del maestro Chapí, tantas veces cantada en nuestra ciudad, y oída siempre con el mismo interés y entusiasmo, por su mérito indiscutible y por ser obra de lucimiento para los barítonos.

Dirigía la compañía el maestro don Miguel Martín, y formaban parte de la misma, la tiple señora Barreta, que dejó imborrable recuerdo, y que, al volver en 1887, se convirtió en una verdadera idolatría y apasionó de tal modo al público, que éste se dividió en dos bandos: la señora Echevarri, ya conocida; Purificación Avila, también primera tiple; el bajo Ro-

ca, el barítono Acevedo, el actor cómico Berros, la característica señora Contreras, con otros no menos meritísimos artistas.

La Barreta debutó con *El anillo de hierro*, obra por la que sentía este público verdadera predilección. Un periódico, al reseñar el afortunado debut de la popular y notable tiple, decía:

«Con valentía magistral cantó la preciosa aria del primer acto:

Es la flor de los amores
el encanto de la vida...

recibiendo una gran ovación, lo mismo que el duo del mismo acto:

En la senda de la vida
no hay más bello resplandor...

cantando admirablemente con el tenor Aragón y siendo ambos aplaudidos con verdadero entusiasmo».

La representación de *El anillo de hierro*, fue de los mayores éxitos de la compañía. Precisamente el tenor Aragón la había estrenado aquí, en 1879.

Otra obra que esta compañía dió a conocer al público de esta capital y cuya fama es legendaria, fue *Las Campanas de Carrión*, verificándose su estreno la noche del 16 de diciembre.

El beneficio de la Barreta fue algo apoteósico. Se celebró la noche del 24 de enero de 1885, con la vieja zarzuela de Larra y Gaztambide, *La conquista de Madrid*. Dolores Barreta, que era sin disputa, la artista más distinguida de la compañía, y poseía una voz magnífica y fresca, extensa y agradable, con una gran vocación por las obras dramáticas, que eran su fuerte, cantó con tal afinación, seguridad y gusto, que fue el de esa noche uno de los mayores triunfos de su vida, dejando tal recuerdo que se convirtió en delirante entusiasmo cuando volvió.

Flores, coronas, versos, palomas con cintas de colores, regalos valiosos, sombreros arrojados desde el paraíso, ese fue el tributo de admiración y de galante simpatía del público de Santa Cruz, a la notable diva Dolores Barreta, una de sus artistas más predilectas.

Antonio Aragón, en otros tiempos gran cantante, de mérito excepcional, venía ya viejo y cansado, y a pesar de su buena escuela de canto (decía un periódico), no vocalizaba ni se le entendía.

La temporada terminó en febrero de 1885.

Los dos grandes estrenos de esta temporada fueron *Las Campanas de Carrión* y *La Tempestad*.

Las Campanas de Carrión, es la traducción de la fomsa opereta francesa *Les Cloches de Corneville*, de Roberto Flanquette, celebradísimo compositor parisino, autor de tantas aplaudidas operetas.

La Tempestad, melodrama fantástico, en tres actos, letra de don Miguel Ramos Carrión y música del maestro Chapí, se había estrenado el 11 de marzo de 1882, en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid. Se dijo que el argumento de esta zarzuela había sido tomado de la novela de Erckmann-Chatrián, *El judío polaco*, pero Ramos Carrión lo negó en nota publicada al frente de su obra.

Un detalle curioso para acabar de hacer simpática la temporada que reseñada queda: en el coro de esta compañía, figuraba en la cuerda de bajos, a la cabeza de todos, un jovencillo de atrayente figura, que aquel mismo año entraba en el teatro por la puerta grande, debutando en Price, como artista de primera fila. Este jovenzuelo, este artista innominado, este bajo corista, que de la noche a la mañana, se convirtió en artista predilecto del público madrileño, se llamaba Valentín González. Varias veces nos visitó. Ya hablaremos más adelante de sus brillantes actuaciones en nuestra ciudad.

DON PEDRO DELGADO

Fue un acontecimiento, y grande, a pesar de la modestia de su presentación, la presencia en nuestro Teatro, de don Pedro Delgado, figura cumbre de la escena española, ídolo de los públicos, que después de saborear la gloria y el bienestar, arrastró vida errabunda y miserable, muriendo en el Hospital de Sevilla, en medio de la mayor indignancia. Decir don Pedro Delgado es nombrar a don José Valero, a don Julián Romea, a Carlos Latorre y a Arjona, y a Vico y a Rafael Calvo, y quizá al mismo Máiquez. Figuró el gran actor en esa categoría, perteneció al grupo de los elegidos, de los geniales, que dejaron huella tan profunda en la patria escena, ya que, de los posteriores fueron muy contados los que lograron alcanzarlos.

Cuando el eminente trágico vino a Tenerife, era ya viejo y había enronquecido. Don Miguel Pereyra de Armas, notable escritor y crítico, decía en *El Demócrata*, que don Pe-

dro Delgado «había ganado en maestría, lo que en sonoridad de voz había perdido».

La compañía, en la que figuraba también el notable primer actor Ricardo Mela, hijo del popular empresario, años despues profesor de Declamación del Conservatorio de Madrid, debutó en nuestro Teatro a fines de febrero de 1885, con la tragedia de Shakespeare, *Otelo*, que hacía de modo insuperable el insigne actor. Otras obras cuya maravillosa interpretación mereció los mayores elogios fueron: *Jugador de manos*, *El patriarca del Turia*; *Traidor, inconfeso y mártir* (la obra de los grandes triunfos de don Pedro); *La oración de la tarde* y *El Gran Galeoto*.

El beneficio del veterano actor, celebrado el 7 de marzo, se hizo con el drama en un acto, *Lamentos canarios*, del joven poeta palmero Francisco Cosmelly y Sotomayor, que la crítica calificó de afortunado ensayo. Don Pedro interpretó, como él sabía hacerlo, el corto pero interesante papel del protagonista. Al finalizar la representación, el beneficiado recibió una corona de laurel, que le dedicó la prensa de Tenerife, y una cadena de oro, regalo de la comisión Permanente de la Diputación Provincial.

El autor de *Lamentos canarios* fue muy aplaudido y obligado a salir a escena, tributándole el público una sentida ovación. El joven escritor había estrenado en Santa Cruz de la Palma, en 1883, otro drama en dos actos y en verso, titulado *La Providencia*. Ambas obras las hizo en aquella isla, don Pedro Delgado.

La temporada fue corta y la compañía debió ser bastante mediana, pues apenas si los periódicos mencionaron a ninguno de los artistas, a excepción de los que hemos nombrado y de la primera actriz, señorita Malaver. En la función celebrada la noche del 10 de marzo, a beneficio de las víctimas de los terremotos de Andalucía, y en la que se puso *El Gran Galeoto*, que fue un rotundo triunfo para don Pedro, vemos que tomaron parte dos aficionados de esta capital: Miguel Peñate y Julián Uzal. Esto nos hace creer que venían en cuadro o poco menos. Además, la ruta un tanto irregular, pues procedían de La Palma, y el no haber hecho desde luego preferentemente su presentación aquí, con todos los honores debidos a la alta categoría de su director, nos inducen a catalogar esta compañía entre las mediocres, dejando a salvo al gran actor que fue gloria del teatro español, a su digno compañero Ricardo Mela y a la notable actriz señorita Malaver, cuya labor eligieron los periódicos.

A don Pedro Delgado se le consideró el más completo intérprete de las obras de Zorrilla, y a él se debe la resurrección del inmortal *Don Juan Tenorio*. Cuentan sus biógrafos que fue idea suya la innovación de representar el drama de Zorrilla, en noviembre, a pretexto de la fiesta de los muertos, contradiciendo el parecer de Teodora Lamadrid. Sabido es que apenas estrenado el famoso drama fantástico-religioso, por Bárbara Lamadrid y Carlos Latorre (1844), con éxito nada más que mediano, fue archivado y olvidado, hasta que, años después, en pleno apogeo de sus facultades, don Pedro Delgado, al llegar como actor y empresario al Teatro del Príncipe, con Teodora Lamadrid, falto de obras nuevas, tuvo confianza en el éxito de *Don Juan Tenorio*, no obstante la seria resistencia de la ilustre actriz, que era copartícipe en el negocio, y lo desenterró y lo puso en escena, siendo el triunfo delirante para él y para su compañera, y desde ese día de su reestreno, el éxito de la obra, fue definitivo. Desde ese día las compañías dramáticas españolas la incorporaron a sus respectivos repertorios, poniéndola en escena y rindiendo así un homenaje a su autor, el viejo y glorioso dramaturgo, cantor de Granada.

En muchas obras no tenía rival don Pedro Delgado, y fueron muchas las que estrenó y pasaron a ser famosas desde la noche de su estreno. En El Español, de Madrid, donde era primer actor, director y empresario, estrenó *El tanto por ciento*, de Ayala, ganando en aquella temporada una cantidad fabulosa. Estrenó también, el drama de Núñez de Arce, *El haz de leña*. De Madrid pasó a provincias, y luego, a la vuelta de pocos años, en un descenso vertiginoso, acabó de cómico de la legua, falto de todo prestigio y sin consideración ninguna a su glorioso pasado. Y por último, anciano ya, en la más lamentable de las situaciones, pedía limosna por las calles de Sevilla... El Conde de Romanones, ministro entonces de Instrucción Pública, queriendo rehacer esa vida completamente destrozada, en un gesto digno y altamente humanitario, le otorgó la cátedra de Declamación del Conservatorio Nacional. Pero ya era tarde. Don Pedro, inadaptado a todo lo que fuera ordenación de su vida, rehusó la plaza y se volvió a Sevilla, en cuyo hospital murió el 2 de noviembre de 1904.

CAPITULO XX

UNA TEMPORADA DE «ALTA TENSIÓN». DOLORES BARRETA Y CAROLINA MENDEZ, TIPLES RIVALES

1887. Temporada teatral. Buena, buenísima temporada. Corre a cargo de una compañía de zarzuela, que dirige el maestro don Miguel Martín. Son grandes la expectación y el entusiasmo. Y mayor, la efervescencia. Casi, casi, una revolución... Vienen formando parte de esta compañía Carolina Méndez y Dolores Barreta, dos magníficas cantantes que van a «enfrentarse» como rivales y van a dividir al público en forma tal y con tanta pasión, que rebasará en sentido apoteósico, cuanto se ha hecho en nuestra ciudad en obsequio a sus artistas predilectos, cuanto se hará en muchos años después.

A Dolores Barreta ya se le conoce. Actuó en nuestro Teatro en la temporada de 1884 - 85, con el celebrado tenor Aragón. El recuerdo que dejó vive latente en la ciudad. Carolina Méndez viene por primera vez. Hacen resaltar, con sus cualidades artísticas, su belleza y sus modos de distinción. A ambas las acompaña un buen ganado puestigio. Ambas tienen méritos suficientes para triunfar en esta gran pugna que va a ser la temporada teatral. Con ellas vienen otros destacados artistas, como el tenor Juan Rihuet, el basítono Joaquín Vázquez, la tiple cómica Amalia Méndez, hermana de Carolina; la segunda tiple, señora Montagut; la característica, señora Videla, y el señor cómico, Pedro Constanti. Vuelve el reputado maestro Martín, que dirigió la fecunda temporada de 1884 y dejó grato recuerdo también.

La compañía debuta la noche del 26 de octubre, con *La Tempestad*. El hermoso drama lírico de Ramos Carrión y del maestro Chapí sirve de marco para que haga su presentación Carolina Méndez. La interpretación es insuperable, satisfaciendo plenamente al público, que llena todas las localidades del coliseo. El triunfo de la Méndez, de Rihuet, de Vázquez, es auténtico, rotundo, clamoroso. Lo que se dice un afortunado debut. Se espera con ansia, con impaciencia incontentida, la segunda representación.

Se alza de nuevo el telón que pintara en su juventud don Nicolás Alfaro. Ahora da paso a *El anillo de hierro* y a Dolores Barreta, «la inolvidable». Con esta misma obra hizo su debut en este Teatro la notable tiple, en la también memorable temporada de 1884. El Teatro rebosa. El ambiente es de fiesta, de lucha y de «revancha». Al aparecer la Barreta, la ovación es ensordecedora. Luego, en el curso de la representación, los aplausos se suceden estrepitosos. El público aprecia los grandes progresos realizados por la artista desde su anterior actuación y la aclama con entusiasmo. Ha sido un triunfo completo para la Barreta y para todos. Desde el paraíso, los jóvenes de «La Gabarra» se han «batido» bien con los de butacas, y han afianzado sus posiciones...

A *La Tempestad* y a *El anillo de hierro* siguen: *Las dos princesas*, para nuevo lucimiento de la Méndez; la repetición de *La tempestad*, obteniendo la Méndez el mismo triunfo resonante de la noche de su debut, y *Marina*, que es otro triunfo, de los mayores, de la compañía en general, y en particular, de la Barreta.

Las funciones de abono comienzan a continuación, con la popularísima opereta bufa, el maestro Suppé, *Bocaccio*, que la Méndez desempeña maravillosamente, lo mismo que la Montagut. El público las aplaude con entusiasmo y las obsequia con ramos de flores.

Las Novedades, el periódico que dirige don Alfonso Dugour y Ruz, el inspirado poeta, escribe este comentario:

«La señorita Méndez ha agradado y, por ello, ha alcanzado los espontáneos aplausos que de justicia merece, y nosotros no le hemos escatimado los elogios a que la hacen acreedor a su gracia, su maestría y sus triunfos de artista consumada.

Pero también agrada de antiguo mucho a este público, la señora Barreta.

Por eso parece que lo mejor —para armonizar los intereses de la empresa que son los del público, con los deseos de éste, que deben ser los de la empresa— sería procurar que al-

ternasen en las representaciones y, ya que a la una se elimina de las obras en que aquí era conocida y fué siempre tan aplaudida, que por lo menos se la presentase a los concurrentes al Teatro, tanto como a la otra».

Con estas, al parecer, sencillas líneas se ha «roto el fuego». El público se ha dividido en dos bandos bélicos y se dispone a «echar la casa por la ventana» en obsequio a sus típles favoritas.

La concurrencia al Teatro es enorme todas las noches. Van desfilando por la escena *Jugar con fuego*, con Dolores Barreta; *El anillo de hierro*, que se repite, para nuevo y ruidoso triunfo de esta gran tiple; *Los diamantes de la corona*, triunfo también de la Barreta; *Las dos Princesas*, de nuevo, y *El barberillo de Lavapiés*, para que Carolina Méndez obtenga nuevas victorias. Cada función es una batalla de aplausos, de gritos y aclamaciones.

DOS BENEFICIOS APOTEOSICOS

El beneficio de la Barreta tiene lugar la noche del 10 de diciembre (la compañía viene actuando desde finales de octubre), y es verdaderamente opoteósico. El Teatro está imponente de público. No cabe un espectador más. *Mis dos mujeres* es la obra elegida, que la admirable artista canta de manera magistral, lo mismo que la «cavatina» de la ópera *Norma*. El triunfo de la Barreta y el entusiasmo de los espectadores son indescriptibles. Las flores y los versos llenan la sala y el escenario. Los regalos no tienen fin.

El beneficio de la Méndez se celebra la noche del 23 de este mes de diciembre. Es otra fiesta «sonada». Es otro acontecimiento. La demostración de cariño que el público hace a esta exquisita artista, es de las más efusivas, de las más emocionantes, de esta triunfal temporada. Carolina Méndez ha cantado la hermosa opereta, universalmente conocida, *Adriana Angot*, del maestro Lecoq, del «más puro estilo francés», al decir de los inteligentes. Figura también en el programa, la zarzuela en un acto, *Niña Pancha*, nueva aquí y cuya habanera la ha hecho tan popular:

**Paseando una mañana
por las calles de La Habana
la mulata Trinidad...**

Las ovaciones son clamorosas, interminables. Canta también, la mimada tiple, el célebre vals de *Los mosqueteros griegos*, y el público se «desborda», tributándole otra estruendosa ovación. Las flores y los versos cubren de nuevo la escena y la sala, y comienzan los regalos, que son muchos y valiosos.

La temporada es brillantísima. Corre parejas el entusiasmo de los espectadores con el mérito indiscutible de los artistas. Se han cantado las mejores zarzuelas del género grande, y se han estrenado dos que gozan de justa fama: *El salto del pasiego*, de Luis de Eguilaz y del maestro Caballero, y *El reloj de Lucerna*, de Marcos Zapata y del maestro Marqués, los afortunados autores de *El Anillo de hierro*. Para la primera, Eusebi, el notable pintor que aquí reside, ha hecho dos preciosas decoraciones, que han gustado mucho, obligándole el público a salir a escena, para otorgarle sus más cálidos aplausos.

En *El salto del pasiego*, el triunfo ha sido de la Méndez, y en *El reloj de Lucerna*, de la Barreta. Las dos han estado colosales. El éxito de ambas obras en nuestro Teatro, ha sido justamente merecido.

De *El salto de el pasiego* podemos decir alguna cosa. Podemos decir que, al igual de *El reloj de Lucerna*, se canta en todos los teatros y que lo llevan en sus repertorios las muchas compañías de zarzuela que actúan en la Península y en América. Y podemos decir algo más curioso en cuanto a la partitura: que el maestro Caballero tardó ¡22 años! para escribirla, pues Eguilaz le entregó el libreto en 1856 y el ilustre compositor se lo devolvió, con la partitura terminada, ¡en 1878!...

Otras dos zarzuelas, pequeñas, se han estrenado también, en esta temporada: *La Diva* y *La Gran Vía*, que el público ha acogido con el mismo extraordinario éxito conque han sido recibidas en todas partes. De *La Diva*, ya todo el mundo canta aquello de

Amigo soy de Baltasar.
Amigo soy de Rafael.
¡Que nadie ofenda a Baltasar:
¡Que nadie ofenda a Rafael!

De *La Gran Vía*, han «prendido», profundamente, en la calle, muchos de sus cantables. Ya no queda quien no cante:

Pobre chica
la que tiene que servir...

y sobre todo, el celeberrimo vals:

Caballero de Gracia
me llaman
y efectivamente
soy así...

Ha habido otro estreno, del que es forzoso hacer mención: el de la tan celebrada opereta del maestro Audrán, *La mascotta*. Nuestro público ha sabido hacerle el debido honor y ha llenado el Teatro. La Méndez ha obtenido en ella, como en *Bocaccio*, en *Campanone* y en *Adriana Angot*, un resonante triunfo. A la Méndez le «van bien» estas grandes operetas.

Con *Luz y sombra*, bella zarzuela de Narciso Serra y del maestro Caballero, se ha despedido de nuestro público la magnífica compañía, la noche del 5 de enero de 1888. Su recuerdo perdurará. Será imperecedero. Dolores Barreta y Carolina Méndez, las tiples rivales, se llevan el corazón de los espectadores...

Es mucho lo que se «ha puesto en juego», en esta temporada teatral. Ha sido mucho el entusiasmo y ha sido mucha la pasión... Ha sido, ya lo decimos al empezar, casi, casi una revolución...

CAPITULO XXI

LA COMPAÑÍA LAMBERTINI. «UNA COMPAÑÍA COMO ESTA NO SE VE TODOS LOS DÍAS»

Es ahora 1890. En sus comienzos, la noche del 10 de enero, ha iniciado su temporada, en el Teatro de esta ciudad, una singularísima compañía, que ha despertado en nuestro público la más viva admiración. Se trata de la muy afamada compañía dramática italiana, de los hermanos Lambertini, uno de cuyos componentes, la niña de ocho años, Dora Lambertini, es toda «una primera actriz», que asombra y entusiasma a los espectadores.

Entre 1887 (compañía de las «tiples rivales») y 1890 (compañía Lambertini), no ha habido más temporada teatral que la de 1888 - 89, a cargo de una buena compañía de zarzuela, de otra buena compañía de zarzuela, diríamos mejor: la del notable actor cómico Manuel Rojas, dirigida por el maestro don Federico Reparaz, ya conocido y muy estimado de nuestro público. En el elenco figuraron artistas de mucho mérito, como las tiples Emilia Espí de Weyler y Rosario Vidaurreta de Vela, la tiple cómica María Millanes, el tenor José Tamarco, el barítono Manuel Cidrón, el bajo Francisco Rizo y el maestro de baile don Eduardo Vázquez, con los correspondientes coros y cuerpo de baile. En el repertorio llevaba las más aplaudidas zarzuelas, estrenando dos que estuvieron por muchos años catalogadas entre las mejores: *Los lobos marinos*, letra de Miguel Ramos Carrión y de Vital Aza y música del

maestro Chapí, y el grande, extraordinario triunfo de Javier de Burgos y de los maestros Chueca y Valverde, *Cádiz*. Esta compañía implantó en nuestros teatros isleños las «noches de moda» novedad bien recibida, llenándose esas noches hasta los topes el coliseo. Un periódico local, que no había del todo «entrado» en esa innovación, decía que era algo así «como el arte de anunciar moderno»... Y no dejaba de tener razón.

La compañía Lambertini ha hecho su debut con una obra de prueba: el drama, nuevo aquí, *Giogetta*, que su autor, el comendador Cucinello, ha escrito para Luigia y Dora Lambertini. El público, desde esta primera noche, ha respondido plenamente y con todo entusiasmo, y ha llenado el Teatro, quedando prendado del trabajo excepcional de tan buenos comediantes.

UN CASO ASOMBROSO DE PRECOCIDAD

Dora Lambertini es una niña de ocho años, y son extraordinarias sus condiciones y es tan grande su talento, que se advierte, desde luego, que la escena no guarda ningún misterio para ella. Ha desempeñado de tal manera su papel en esta obra del debut, ha hecho tales maravillas, tales prodigios, ha embrujado de tal modo a los concurrentes, que éstos se le han entregado totalmente, por entero, y sin condiciones...

¡Parece mentira, exclaman, que pueda haber tanto talento en un cuerpo tan pequeño!

El periódico *La Opinión*, al día siguiente, ha emitido este juicio sobre la labor insuperable de la precoz artista:

«A su intuición artística, que intuición debe ser lo que no puede en tan temprana edad reputarse como fruto de la meditación y del estudio, no escapa detalle, de dicción o de gesto, que no aquilata por extraordinario modo, el pensamiento del poeta. Dora lleva al que le oye a donde quiera llevarlo: esclavo de su genio, ríe cuando ella ríe, y llora cuando sus lágrimas empañan el cristal de sus lindos ojos».

Del brillantísimo debut, ha dicho el expresado periódico:

«Bajo la más grata impresión tomamos la pluma para escribir unas cuantas líneas, dando cuenta a nuestros abonados del éxito obtenido por la famosa compañía italiana de los hermanos Lambertini, al inaugurar sus tareas en nuestro Teatro.

Hasta este rincón del mundo en que vivimos, hasta estas hermosas islas alejadas por su situación geográfica, de los centros en que el arte dramático vive y se desenvuelve bajo el

cetno de Vico, de Novelli, de Sarah Bernhart, habían llegado la fama y el renombre de los artistas que constituyen la citada compañía, de la cual es constelación brillante la incomparable Dora».

El debut, pues, ha sido un acontecimiento artístico de primer orden.

Luigia Lambertini, hermana mayor de Dora, es una bellísima actriz de portentosas cualidades, y cuya subyugante figura hace decir a un periódico «que recuerda a la Graziela, de Lamartine»...

El padre de ambas privilegiadas artistas, Rafaele Lambertini, es un notabilísimo actor, todo un maestro del arte escénico. Hay otros valiosos artistas, que causan también inmejorable impresión, como las actrices María Righetti y Rosina Batriano, y el hermano de ésta, Rafaele. Otra destacadísima actriz, que elogian grandemente los periódicos, es Ida Castiglioni, y el niño Aquiles Lambertini, hermano de Dora, precoz artista también.

Giorgetta ha satisfecho a la enorme concurrencia que ha llenado totalmente el coliseo. Como fin de fiesta, para que la grata impresión colme las mayores exigencias, los niños Dora y Aquiles han hecho una primorosa zarzuela, titulada *Los días de mamá*, trabajo prodigioso que el público ha aplaudido con el mayor entusiasmo.

De la labor de todos, el público ha quedado fuertemente sorprendido. La ha sabido apreciar y ha sabido premiarla, sin regateos, todas las noches con los más fervorosos aplausos.

La segunda representación de tan prometedora temporada se hace con el drama, nuevo también aquí, *La Duchessima*, del profesor Tito D'Asta, cerrando el espectáculo una pieza cómica, en un acto, que han cantado magistralmente Dora y Aquiles. En esta segunda noche han hecho su presentación Ida Castiglione y Rafaele Lambertini. Ida Castiglione ha deslumbrado por su belleza y por su arte, impecable y exquisito. Ambos han realizado una magnífica labor y han obtenido un resonante triunfo. Los cálidos elogios de esta noche corroboran, ampliamente, los prodigados con tanto entusiasmo la noche del debut.

Y así, en la tercera representación que se hace con la comedia en dos actos *Un ejemplo para las mujeres*, el drama en un acto *El primer dolor* y el juguete *Los dos sordos*, y en la cuarta noche, en que se ofrece una novedad: una obra en castellano, *Al borde del abismo*, perfectamente interpretada, completándose el programa con la comedia *Cossi va il mondo, bim-ba mía* y el fin de fiesta *Mastucia y Frontino*, y en la quinta

noche, cuyo programa lo constituyen el drama *Maestro Giorgio*, el juguete *Una carta al Padre Eterno* y una parodia de *Bocaccio*, y así hasta el final de tan excepcional temporada.

La función de beneficio de Dora sobrepasa todo cuanto en homenajes a artistas se pueda realizar. El lleno ha sido de los grandes y el público no se ha cansado de aplaudir. Los periódicos recomiendan a cuantos aún no han visto la compañía, que vayan a la función de honor de la pequeña Dora. «Una compañía como la de Lambertini —dice uno de ellos— no se ve todos los días». Se ha puesto en escena el drama *Una página de amor*, basado en la novela de Zola. Dora, con sus ocho años, ha hecho tal labor, ha sido su trabajo tan prodigioso, tan perfecto y acabado, que ha enloquecido al público. Dora, al decir de un periódico, «ha demostrado lo que es: una gigante de la dramática moderna».

EL POETA ZEROLO

En la apoteosis de esta noche, entre los atronadores aplausos, en medio del entusiasmo y del asombro de los espectadores, una lluvia de papeles de colores cae desde el paraíso, con estos versos, cuyo autor guarda el incógnito, pero que al punto se sabe que son de don Antonio Zerolo:

El genio, tu esclavo fiel,
encarnó en tus siete abriles:
tus juguetes infantiles
son coronas de laurel.

Apenas balbucear
pudo tu boca un acento,
que fue tu frente a besar.

Tú eres del arte aurora
que a torrentes luz derrama
en la comedia y el drama...
¡Por eso te llamas Dora!...

Otra función inolvidable es la del beneficio de Luigia Lambertini, la gentil hermana de Dora. De gran belleza, perfecta conocedora del arte dramático, ha contado también por triunfos todas sus actuaciones. Su fiesta de honor la dedica al gobernador civil de la provincia, que es don Arturo Antón, quien le envía desde su palco, en bandeja de plata, con preciosos ramos de flores, una artística y valiosa alhaja. La obra

de esta noche es un drama de gran empeño para las más eminentes actrices italianas, *Sor Teresa*, que Luigia interpreta de manera maravillosa.

La notable compañía de los hermanos Lambertini termina su brillantísima temporada en nuestro teatro la noche del 2 de febrero. La víspera de la despedida, la niña Dora quiere dar nuevas pruebas de su gran talento escénico, y, como homenaje de cariño, ofrece al público la comedia *Quien la hace, la paga*. El entusiasmo de los espectadores es indescriptible. Las aclamaciones, delirantes. Muchas señoras la obsequian con valiosos regalos y le arrojan ramos de flores, que inundan el escenario, cayendo del paraíso nueva lluvia de papeles de colores, con nuevos versos del poeta ya nombrado, que tiene un corazón de niño:

·Va a comenzar la función:

Un ángel pisa la escena.

¡Atención, mucha atención,
que el ángel la escena llena
y subyuga el corazón!

El arte le dió sus galas,
y en la red del genio presos
cuantos pueblan estas salas
perciben rumor de alas
y tenue ruido de besos.

Es Dora. Es la miniatura
del genio más prodigioso;
es la estrella que fulgura
en el cielo nubuloso;
es el sol en noche oscura.

Es la realidad de un sueño
que esclaviza a Santa Cruz,
que no ve en su loco empeño
cómo de un sol tan pequeño
brotó tanta y tanta luz.

X. X. X.

La despedida que el público hace a la compañía Lambertini es emocionante. Su recuerdo lo retendrá largo tiempo la ciudad, y el que Dora deja, tardará años en pasar...

CAPITULO XXII

LAS DOS TEMPORADAS DE ÓPERA DEL TENOR ANTÓN

De muchas y buenas temporadas líricas y dramáticas puede ufanarse nuestro viejo Teatro Guimerá. No fueron de las menos importantes las dos de ópera que hizo el tenor Antón, la primera en 1890, y la segunda, seis años después, es decir, en 1896, y de las que vamos a hacer hoy ligera mención. Andrés Antón fue en su tiempo uno de nuestros mejores tenores, tanto que, en 1883, al enfermar Gayarre y verse en la imposibilidad de poder cumplir un contrato por ocho noches, en Montecarlo, fue sustituido por Antón, que obtuvo tan clamoroso éxito que se colocó entre los grandes cantantes españoles del último cuarto del siglo XIX. Otro ruidoso triunfo fue el obtenido en el Teatro Real, de Madrid, en la temporada de 1885, cantando con Adelina Patti y otros eminentes artistas. Antón, al frente de magníficas compañías de ópera, recorrió el mundo en largas y triunfales jornadas, cantando en los más famosos teatros. Dos veces nos visitó, y de esas dos veces quedó gratisimo recuerdo, que tardó tiempo en extinguirse, pues fueron ambas temporadas brillantísimas.

Fueron esas de Antón, sin duda, las mejores compañías de ópera que llegaron a nuestra ciudad. Antes habían actuado aquí otras también importantes, que hicieron buenísimas temporadas. La primera compañía de ópera que se presentó en nuestro Teatro fue la dirigida por el maestro don Manuel Rodríguez y Molina, traída por el empresario don Valentín de

Cándido, que hizo la temporada de 1871, comenzada en el mes de febrero y terminada a finales de abril. Figuraban en ella notabilísimos artistas, como las tiple Meri Gordosa, Virginia Tilli, Marietta Sobiani y Rosita Mariotti, los tenores Conrado Conti y Augusto Ferretti y el barítono Guisepe Camins. No obstante ser esta compañía del maestro Rodríguez y Molina, la primera que de ópera actuó en nuestro Teatro, ya conocía nuestro público algunas óperas, cantadas por excelentes compañías de zarzuela grande, que las llevaban en sus repertorios, en unión de nuestras mejores zarzuelas, y cuyo desempeño era también irreprochable.

Las primeras óperas que se cantaron en nuestro Teatro lo fueron por la compañía de zarzuela del maestro don Mariano Courtier, y, en primer término, *Hernani*, de Verdi, que se hizo la noche del 31 de diciembre de 1861 (hay efemérides de menos interés histórico), y luego, por este orden: *Il Trovatore* y *Norma*, que se cantó en esa temporada cinco noches. Esta bellísima ópera del romántico Bellini fue siempre del agrado de nuestro público.

En esta compañía, a la que debió nuestra ciudad «saborrear» las primeras óperas, venían artistas de la más alta calidad, como la tiple señorita Pellizari, el tenor Gelatti, el barítono Carvajal y el bajo Pellizari, padre de la tiple y viejo cantante de ópera, en las mejores compañías italianas. Al volver esta compañía al año siguiente, con nuevos y también valiosos elementos, estrenó numerosas zarzuelas grandes y dio a conocer dos óperas de las más famosas: *Lucia de Lamemoor* y *Traviatta*. Esta, particularmente, constituyó un éxito clamoroso para la tiple señora Cavaletti, que venía por primera vez, diciendo el revistero de *El Guanche* que «nunca artista alguno en Santa Cruz de Tenerife había recibido una ovación más completa, pues fue llamada a la escena tres veces en medio de un verdadero estrépito de aplausos y de bravos». De la Cavaletti decía el ameno cronista tinerfeño don Andrés de Antequera («Juan de Anaga»), que «cuando salía a las tablas parecía algo extraordinario: eran sus cabellos, negros como las sombras de la noche, y su palidez, mate como la palidez de las mujeres de la raza griega».

LAS PRIMERAS COMPAÑÍAS DE ÓPERA

La compañía del maestro Rodríguez y Molina, la primera, como ya hemos dicho, que de ópera vino a Canarias, dio

a conocer a los públicos de estas islas *Rigoletto*, *Un ballo in maschera*, *María de Rohán*, *Lucrecia Borgia*, *La Favorita* y *Macbethe*. De las óperas conocidas aquí, puso *Lucía*, que se cantó cuatro veces, y *Norma*, que se cantó tres. Eran figuras extraordinarias de esta compañía la tiple señora Tilli y el tenor Conti.

A esta compañía siguió otra, también de ópera, que hizo la temporada de 1872, inaugurada en los primeros días de enero y prolongada hasta finales de abril. Venía en ella la gran cantante María Bianchi Fiorio, que había de visitarnos varias veces. Venían, también, la tiple señora Vanderbech, el tenor Petrovick, el barítono Carapia y el bajo español «Uetam» (Francisco Mateu), célebre en los anales del arte lírico universal. Volvía, formando parte de tan selecto conjunto, la tiple señora Tilli, que tanto había entusiasmado al público de esta ciudad en la anterior temporada. Pocas óperas dio a conocer esta compañía, figurando entre esas pocas *Il Giuramento*, de Mercadante, y *Linda de Chamounix*, de Donizetti, que creemos no volvieron a cantarse en nuestro Teatro.

Otra compañía, también de ópera, vino en enero de 1880, dirigida por el conocido concertista de violoncello, César A. Casella, compañero de Teobaldo Power en algunas jiras artísticas. Volvía a nuestra ciudad la Bianchi Fiorio, tan admirada y querida de nuestro público. Otros artistas destacados eran las tiples Paolina Rossini y Rosina Aimó, el tenor Giovanni Bassini y el barítono Orlandini. Esta compañía hizo por primera vez en nuestro Teatro, en italiano, *Il Barbiere di Siviglia*, que se había cantado en español. Con la ópera bufa de Donizetti, *Don Pascuale*, terminó a mediados de marzo esta brillante temporada, de las mejores que aquí se habían celebrado y en la que se cantaron las más populares óperas. *Lucía de Lammemoor* se cantó cinco veces; *Hernani*, cuatro y *Poliuto*, tres.

A finales de diciembre de 1881 hizo su presentación, en nuestro Teatro, otra buena compañía de ópera: la de Ferreti, que dirigía el maestro Sánchez de Madrid. Sus más valiosos componentes eran las tiples Luisa Faccioli y Ana Trafford-Sabatini, el tenor Pío Facci («el mejor tenor que ha pisado nuestro Teatro», decía don Elías Zerolo), el barítono Plácido Cabella y bajo José Wagner. Decían los periódicos que las entradas eran flojas y que las obras que habían llevado más gente al Teatro habían sido *Fausto* y *Dinorah*.

La compañía del tenor Antón, en su primera visita, procedía del Río de la Plata y marchaba a Cuba, deteniéndose

en nuestra ciudad nueve noches, que fueron apoteósicas. Hizo su debut la noche del 21 de diciembre de 1890, despidiéndose la noche del 31 del mismo mes. Nueve noches tan sólo duró esta extraordinaria temporada, pero fueron nueve acontecimientos artísticos de primer orden, obteniendo, noche a noche, el más rotundo de los triunfos. Fue esa actuación de Antón y de sus huestes, decía un periódico local, «el mayor acontecimiento lírico teatral de que aquí se tenía memoria».

Venían con Antón eminentes artistas, de reputación mundial, como María Tesches, Emma Wiziack, María Bianchi Fiorio (de grandes afectos en esta ciudad), el barítono Scaramella, el tenor Martiney Patti, los bajos Victorio Arimondi y Enrique Jordá, entre otros. Era maestro director y concertador Luigi Franciscolo, y maestro de coros, Ettore Gourgiu, con doce bailarinas y treinta y seis coristas de los dos sexos. Como director de escena figuraba Rinaldi Rossi. El lleno del Teatro fue completo las nueve noches.

Las óperas cantadas en esas nueve noches fueron *Rigoletto*, *Il Trovatore*, *Il Barbiere di Siviglia*, *Lucia de Lamme-moor*, *Fausto* y *Aida*, con la que hizo su despedida tan notable compañía. La actuación de la Bianchi Fiorio, de la Tesches, de Scaramella, de Arimondi, la calificaron de maravillosa. De Antón dijeron que «había estado hecho un coloso».

Un detalle curiosísimo: las nueve noches de esa temporada, tan corta y tan brillantísima, produjeron un ingreso de ¡21.659 pesetas!, cantidad superior, hacía resaltar un periódico, de la que se hubiera recaudado si todas las localidades hubieran estado numeradas. Así demostró el público de Santa Cruz de Tenerife su admiración y su entusiasmo por el gran tenor Antón y por su notable compañía, de las mejores de aquel tiempo.

Andrés Antón volvió a nuestra ciudad seis años después, en el mes de junio de 1896, haciendo entonces una más larga temporada y tan brillante como la primera. Venían en esta nueva etapa nuevos artistas, de gran reputación, como las tiples señoritas Orchillini y Caliguri y el barítono Astillero. Entre los ya conocidos figuraba la Bianchi Fiorio, ahora esposa de Antón. Venía entre los nuevos el barítono canario Néstor de la Torre, que comenzaba su vida profesional, apenas cumplidos los veinte años, y cuyas magníficas facultades le auguraban un brillante porvenir.

De director y concertador venía el maestro italiano Natale Emanuel.

El debut efectuóse con *Lucia de Lammemoor*. Con Tra-

viata, a la siguiente noche, hizo su presentación Néstor de la Torre, que obtuvo un completo triunfo. Ya le conocía nuestro público como notable aficionado. Su actuación como artista profesional, enrolado en tan importante compañía, fue acogida con expectación y con cariño. Su triunfo fue clamoroso. Al hacer su aparición en la escena, el saludo del público fue impresionante. Néstor vaciló, pero pronto se rehizo, y ya siguió cantando magistralmente la hermosa partitura, renovándose las ovaciones y el entusiasmo del público, que iba en aumento, prodigándosele al final una ruidosa salva de aplausos.

Sí, fue una gran temporada ésta de Antón, que en nada desmereció de la primera. Todas las óperas se montaron y se cantaron con el más depurado gusto, con absoluto dominio y con toda brillantez. *Aida* fue de las que más éxito alcanzaron. Antón, que la había dado a conocer en 1890, volvió a entusiasmar a nuestro público y volvió a ser aclamado, como lo fueron también la Caliguri y la Bianchi Fiorio, que conservaba sus extraordinarias condiciones de cantante, dominando las situaciones más difíciles. El barítono Astillero era otra de las grandes figuras. En *Il Pagliacci*, decía un periódico que era insustituible. Con *La Gioconda* se celebró la función de beneficio de Néstor de la Torre, engalanándose el Teatro como en las noches más solemnes y siendo el lleno imponente. El triunfo fue para todos, para la Caliguri, para Antón, para Néstor, y para Scolari. El concertante final desbordó el entusiasmo. En la *Danza de las horas*, la bellísima y gran bailarina María Villa alcanzó una de las mayores ovaciones de la noche. Y así *La Africana*, *Hernani*, *Il Trovatori*, *Fausto*, *Cavallería Rusticana*, *Frá Diávolo*, cerrando el ciclo *Don Pascuale*.

En sentida y cariñosa carta, Néstor de la Torre dijo adiós a nuestro público.

«... ni en la sala ni en la prensa se usó conmigo severidad; ni siquiera se me ha hecho «justicia a secas». Hubo benevolencia para con mis faltas, entusiasmo para mi escaso mérito y sobre todo se me ha manifestado cariño de paisanos. Son cosas que no pueden olvidarse y que yo no he de olvidar...».

Marchaba la compañía de nuevo a América. En la travesía, Néstor iría trensando sus sueños de gloria, con la gratitud que creía deber a sus paisanos. Ellos lo habían escogido con cariño y le habían hecho la «justicia» que él merecía...

CAPITULO XXIII

UNA BUENA COMPAÑÍA: LA DE ESPEJO

Es en 1894 cuando aparece por primera vez en esta capital, el notable actor y director, don Manuel Espejo, que varias veces había de visitarnos. Le acompañaban en esta su primera excursión a Canarias, su esposa, la primera dama doña Concepción Constán, el eminente actor Victorino Tamayo, que veinte años antes había visitado esta isla y había hecho en nuestro Teatro una brillante temporada, que aún se recordaba con cariño; las actrices señoras Llorente, Val, Muñoz, Cruz y Pardiñas y los actores señores Martínez, Echaide, Marín, Alarcón, Herrera, Carrasco, etc. No venían compañías dramáticas desde la italiana de los hermanos Lambertini, a principios de 1890.

Debutó la compañía de Espejo la noche del 17 de junio, con la comedia de Georges Ohnet, *Felipe Derblay*, que se representaba por primera vez en esta capital, obteniendo tanto la obra como la compañía, un lisonjero éxito.

La segunda representación la hizo con la celebrada comedia de Eusebio Blasco, *El baile de la condesa*, cuyo principal papel corría a cargo de Tamayo. La aparición del glorioso actor en escena, fue acogida con una tan extraordinaria salva de aplausos que embargó su emoción breves instantes. Los periódicos dijeron que Tamayo era el gran actor de siempre, el de los grandes triunfos, el de las gentiles creaciones.

Bordó de nuevo, a pesar de los años, el personaje del general, que Blasco trazara tan admirablemente.

Después de estas dos funciones escribió el *Diario de Tenerife*: «Si para muestra basta un botón, parécenos que el señor Espejo va a dar al público varias botonaduras completas».

Efectivamente, fueron varias las botonaduras que la compañía de don Manuel Espejo ofreció a nuestro público en aquella memorable temporada: la primera fue *Mariana*, el drama de Echegararay, que tanto apasionó a la crítica, premiado luego por la Academia como la mejor obra en su género, de las representadas en los últimos diez años; siguiéndole *La Dolores*, de Feliú y Codina, competidora de *Mariana* en el premio de la Academia (Premio Cortina de 5.000 pesetas), estrenadas ambas en esta capital en las noches del 21 y 26 de junio, respectivamente. Ambas obras llevaron extraordinaria concurrencia al Teatro, siendo ocupadas todas las localidades.

Este ruidoso «pleito» literario suscitó en Madrid numerosas polémicas y discusiones, apasionando a los intelectuales. El ilustre escritor y crítico don Antonio Sánchez Pérez, comentó el candente asunto en esta forma:

«El público de los estrenos dictó sentencias favorables a *Mariana* y a *La Dolores*; ambas le parecieron buenas, y aun muy buenas; pero de *Mariana* dijo que no era tan buena como él esperaba; de *La Dolores* afirmó que era mejor de lo que él suponía.

El otro público, el que no padece la monomanía del «estreno», el que va al teatro con el solo, único fin de esparcir el ánimo, aplaudió, sin reservas mentales, el autor de la una y al autor de la otra y, sin establecer comparaciones, dificultosas en este caso, decretó para ambos poetas los honores del triunfo. Perfectamente decretado.

Si del autor de *El Gran Galcoto* se hubiese esperado menos, acaso *Mariana* habría parecido mejor; si del autor de *Un libro viejo* se hubiera esperado más, tal vez *La Dolores* habría parecido menos buena. La solemnidad, la pompa, los vaticinios lisonjeros, perjudicaron a Echegaray; la sencillez, el silencio y los augurios tristes favorecieron a Feliú y Codina.»

No mostraba Sánchez Pérez su conformidad con el premio a *Mariana*.

Ambas obras, *Mariana* y *La Dolores*, se estrenaron con ruidoso éxito en el Teatro de la Comedia, de Madrid, en la temporada de 1892-93.

El estreno aquí de la popularísima y bella obra de Feliú y Codina, fue un grande y definitivo acontecimiento. El lleno del Teatro, de los mayores. Las ovaciones a los intérpretes y a las bellezas de la obra, clamorosas.

Otros dos grandes, inolvidables estrenos, fueron los de *La de San Quintín*, de Pérez Galdós, y *Mar y Cielo*, de Guimerá, los dos insignes canarios.

El estreno de la primera se verificó con los máximos honores, la noche del 3 de julio. Enorme era la expectación. El Teatro, imponente de público. La hermosa obra, joya del teatro galdosiano, subyugó al público. Las ovaciones a la obra, al glorioso autor y a los intérpretes eran incesantes y clamorosas.

Terminada la representación, la orquesta del Teatro obsequió con una serenata al general Pérez Galdós, gobernador militar de la plaza y hermano del gran dramaturgo. El alcalde, el decano de los periodistas y varios presidentes de sociedades y corporaciones, en representación de la ciudad, pasaron a las habitaciones del caballero general y le saludaron y felicitaron, rogándole trasmitiese a su hermano don Benito, su fervorosa felicitación, sin perjuicio de hacerlo ellos directamente aquella misma noche.

La de San Quintín se había estrenado en el Teatro de la Comedia, en 27 de enero de aquel mismo año de 1894, con tan extraordinario éxito, que la ovación del Teatro fue calificada por algún crítico de «inmensa, ruidosísima, triunfo casi escandaloso, sin ejemplo en la historia de nuestro teatro, con el que se llegó al alboroto en las calles de Madrid.»

María Guerrero hizo el Rosario de Trastámara, logrando el triunfo más legítimo de su vida de primera actriz, y Emilio Thuillier obtuvo otro triunfo también resonante, en el papel de Víctor, lo mismo que Miguel Cepillo. Esta obra colocó a Galdós definitivamente entre los grandes dramaturgos españoles. Fue la primera que del ilustre escritor se hizo aquí.

Mar y Cielo, la tragedia de don Angel Guimerá, de corte clásico, se estrenó en nuestro Teatro la noche del 14 de julio. Su estreno aquí, en la tierra natal del autor, constituyó uno de los fastos más grandes de la historia del teatro insular.

Traducida al castellano por el ilustre autor de *Las personas decentes*, esta magna producción de Guimerá fue puesta en escena por primera vez, por Rafael Calvo, en Barcelona, y cuando este eminente actor se disponía a darla a conocer al público madrileño, le sorprendió la muerte, privando a la escena española de uno de sus grandes sostenedores. Su her-

mano Ricardo la estrenó el 20 de noviembre de 1891, en el Teatro Español, con éxito inenarrable. Desde esa noche el público y la crítica consagraron a Guimerá como alto y extraordinario poeta y excelso dramaturgo.

El estreno aquí fue otra vibrante manifestación de entusiasmo, surgida al conjuro del nombre de Guimerá. *Mar y Cielo* era la primera obra que del gran escritor se hacía en la tierra que le había visto nacer.

El Teatro fue engalanado, luciendo los balcones colgaduras y escudos y por la noche iluminación en la fachada. La banda de música de la sociedad La Benéfica, dió un concierto fuera del edificio antes de empezar la función. Por dentro el Teatro se hallaba adornado con iluminación extraordinaria. En los antepechos de los palcos, festones formados con colores nacionales, escudos y coronas.

La concurrencia fue asimismo extraordinaria, como la noche de *La de San Quintín*. Se alzó el telón en medio de un silencio imponente. Desde las primeras escenas el entusiasmo del público se patentizó ruidosamente. La ejecución fue admirable, especialmente por parte de la señora Constán y de los señores Martínez y Espejo. Al final de cada acto las ovaciones eran clamorosas, alzándose el telón infinidad de veces.

Terminada la representación, don Agustín Guimerá, el pariente más cercano del insigne dramaturgo, fue obsequiado con una serenata por la orquesta y visitado por el alcalde y otras personalidades para que felicitara en nombre de todos al autor y le manifestara la admiración que por él sentía su pueblo natal.

Otro estreno celebradísimo fue el de la graciosa comedia de Ramos Carrión y Vital Aza, *Zaragüeta*, cuyo estreno en Madrid, fue también resonante.

De las muchas obras puestas por Espejo, sobresalieron: de Sardou, *Divorciémonos*, en que tuvo un gran triunfo la Constán; *Dora*, también de Sardou; *De mala raza*, que fue uno de los mayores triunfos de la compañía; *Militares y naitanos*, feliz arreglo del alemán, hecho por Mario, (hijo), otro de los éxitos de la compañía; *La escuela de las coquetas*, de Ventura de la Vega; *La muerte en los labios*, *El Gran Galeoto*, *La Pasionaria*, puesta en beneficio de la señora Constán.

VUELVE VICTORINO TAMAYO

Hemos dejado para el final, la actuación del veterano y gran actor Victorino Tamayo. Al anuncio de que el insigne

artista representaría *Un banquero*, obra de escaso mérito, pero de gran lucimiento para actores de categoría y en la que él obtenía uno de sus mayores triunfos, el público, que no le había olvidado, llenó el Teatro, y aun cuando ya no era éste el género que más le seducía, y habían pasado por el viejo actor muchos años, el triunfo de esa noche corrió parejas con el obtenido por el mismo glorioso actor muchos años antes, con este mismo escenario. Tamayo, en el difícil papel del protagonista, demostró ser el gran artista de siempre, arrebatando al público, que le aplaudió con entusiasmo, haciéndole salir a escena y aclamándole. El otro gran triunfo del eminente actor fue con la obra de su hermano, don Manuel Tamayo y Baus, *Un drama nuevo*, de tales bellezas y de tan gigantesco relieve que tiene todo el sabor de los dramas shakespearianos. Este famoso drama fue escrito, como hemos dicho ya, para Victorino y por él estrenado en Madrid, en la noche del 4 de mayo de 1867.

Lo de las «botonaduras completas» que había dicho el *Diario de Tenerife*, al empezar la temporada, habíase confirmado.

DOS GRANDES ACTORES: FUENTES Y PERRÍN

Espejo nos visitó de nuevo con su notable compañía en junio de 1895, haciendo su debut con el drama de Echegaray, *De mala raza*.

Los artistas eran casi los mismos del año anterior. Solo faltaba el viejo y glorioso Victorino Tamayo, pero en cambio venía un nuevo actor, de grandes bríos y extraordinarias condiciones, colocado ya entre los primeros actores españoles. Era este Francisco Fuentes, formado al lado de Vico, y que tan importante lugar había de ocupar en el arte escénico nacional. Otra artista nueva era la notable actriz señora Llorente.

Desde el 4 de junio hasta el 14 de julio, Espejo y sus huéspedes, frente a nuestro público, realizaron otra brillante labor, dejando tan grato recuerdo que actuaciones posteriores de buenas compañías, no pudieron borrar.

El Gran Galeoto, fue la obra de la temporada. Fuentes la hacía como pocos actores, quizá ni antes ni después de él la hiciera nadie mejor.

El beneficio de Fuentes se hizo con *El nudo gordiano*, de Sellés, obteniendo el notable actor un clamoroso triunfo.

Esa noche y en obsequio al público, recitó magistralmente el poema de Núñez de Arce, *El vértigo* (que recitaban a telón corrido los grandes actores), recibiendo la más estruendosa de las ovaciones. El hermoso poema fue dado a conocer en el Español, de Madrid, por Rafael Calvo, declamado por este eminente actor tan admirablemente y con tal propiedad, (nos cuenta el ilustre don Francisco M.^a Pinto) que, aparte del gran mérito del poema, esta interpretación contribuyó al extraordinario éxito que tuvo la genial creación del gran poeta.

Para beneficio de la señora Constán, se puso por primera vez en nuestro Teatro, *Mancha que limpia*, de Echegaray, obteniendo la notable actriz un justo y merecido triunfo. El éxito de la obra en nuestro Teatro lo catalogamos entre los grandes. Nuestro público fue siempre devoto de Echegaray. *Mancha que limpia* se había estrenado en Madrid, ese mismo año de 1895.

POR PRIMERA VEZ «LA VIDA ES SUEÑO»

Otros estrenos de esta temporada fueron: *Miel de la Alcarria*, bello poema de Feliú y Codina; *Fernanda*, de Victoriano Sardeu; *Villa-Tula*, *Perecito* y *El señor cura*, de Vital Aza; y *La monja descalza*, de don Miguel Echegaray. También puso en escena esta compañía, por primera vez en esta ciudad, *La vida es sueño*, del inmortal don Pedro Calderón de la Barca, representada la noche del 4 de julio.

Pero el estreno culminante de esta temporada fue el de *María Rosa*, el intenso drama de Guimerá, estrenado la noche del 11 de julio, constituyendo para nuestra ciudad un extraordinario acontecimiento. A raíz de su estreno verificado en 1894 en el Teatro de la Princesa, de Madrid, fue discutidísimo, pero al fin se impuso, haciéndose treinta y tantas noches, consecutivas.

La tercera y última visita nos la hizo don Manuel Espejo en abril de 1899, debutando cuatro días después de haber terminado la magnífica actuación de otra meritísima compañía dramática: la de Enrique Sánchez de León. Ahora traía el veterano director, como primer actor a Antonio Perrín y Vico, sobrino y discípulo predilecto del eminente actor Antonio Vico que, con Rafael Calvo, llenó el último tercio del pasado siglo, la escena española.

Antonio Perrín, aparecido en el Teatro al mismo tiempo que María Guerrero y en un momento en que se dejaba sentir la crisis de grandes figuras (debutó en Madrid, en 1869,

con *Manantial que no se agota*, de Echegaray, al lado de Vico y de Donato Jiménez), era un actor extraordinario, de tan excelsas condiciones, que de haber querido hubiera eclipsado a todos sus contemporáneos. Pero, no quiso, y se malogró en plena gloria. Genial y bohemio, caprichoso y arbitrario, enfrentado consigo mismo, privó al arte dramático español de uno de sus más grandes valores. Decía don Manuel Cañete, el ilustre crítico, en ese mismo año de 1889, que Perrín estaba «llamado a cosechar laureles si perseveraba en el estudio y no se extraviaba del sendero en que iba marchando...» Y dos años después, en 1891, decía el mismo ilustre crítico que Perrín «era una de las pocas esperanzas legítimas de la patria escena».

Perrín, en pleno fracaso de su vida, joven todavía (había nacido en 1860), murió pobre y olvidado en 1904, cuatro años después de haber actuado aquí y después de haber incluso cantado zarzuelas... ¡él, que había enloquecido a los públicos en las más formidables interpretaciones del drama y la tragedia!

Vivas están aún en nuestro recuerdo, aquellas noches triunfales, aquellas jornadas victoriosas en que Perrín subyugaba a nuestro público y era aclamado con frenesí. Recordamos también aquellas otras noches perdidas para su gloria y para el arte escénico, en que el turbulento actor hacía renuncia de su arte maravilloso y trabajaba como el peor de los faranduleros, sin importarle nada el prestigio de su nombre ni el de la obra que representaba, ni los intereses de la empresa que le había contratado. Con pena y con indignación salía el público del Teatro, dispuesto a no volver.

Así cuentan que era su tío, Antonio Vico; abandonado, indolente, despreocupado, ¡y el sobrino, Perrín, adoraba a su tío!...

El notabilísimo actor y director don Manuel Espejo, contrataba siempre figuras de gran relieve en el teatro. En su primera visita nos había traído a Victorino Tamayo, en la segunda a Francisco Fuentes, y ahora a Antonio Perrín.

El debut se efectuó la noche del 12 de abril, con *Mancha que limpia*. Esa noche Perrín se dió a conocer como el gran artista que era. Sus grandes condiciones de primer actor triunfaron plenamente y el público quedó prendado de Perrín y de la compañía. La señora Constan seguía siendo la estudiosa actriz de siempre, todo pasión y entusiasmo.

La segunda función se hizo con *El Gran Galeoto*. Echegaray seguía llenando los repertorios y entusiasmando a las mul-

titudes. La Constán, en el extraordinario personaje de Teodora, ya conocida en esta interpretación, estuvo a la altura de las mejores actrices. Perrín... «Correcto en la dicción, intencionado en la frase, subrayando el pensamiento, grande en las actitudes, el señor Perrín hizo una labor de titán; solo la expresión de su rostro merecía aplausos.» Así describió la labor excepcional del gran actor en la famosa obra de Echegaray, don Mario Arozena («El Bachiller Carrasco»), al día siguiente, en el *Diario de Tenerife*.

Otras representaciones fueron así:

La levita, de Enrique Gaspar, que se anunció como estreno y no lo era, pues la había estrenado la compañía de Fidel López, en 1868, y fue uno de los grandes éxitos de este distinguido dramaturgo. Gustó mucho a nuestro público, y la labor de Perrín fue extraordinaria.

El baile de la condesa, de Eusebio Blasco, y *La canción de la Lola*, de Ricardo de la Vega y de los maestros Chueca y Valverde, que se hacía aquí por primera vez y estaba considerada como la mejor zarzuela del género chico. Esta zarzuela tan popular, que nos daba a conocer una compañía dramática de la categoría de la de Espejo, había sido estrenada en Madrid, en 1888, por otra compañía dramática: ¡la de doña María Álvarez Tubau!... y con éxito sin precedentes.

María Rosa, de Guimerá, en la que Perrín obtuvo un éxito ruidoso.

El regimiento de Lupión, de Parellada, estreno que no satisfizo.

La Pasionaria, de Cano, por la que nuestro público sentía especial predilección. La Constán realizó una gran labor. Espejo, como siempre. Perrín... Fue de las noches negadas al arte y al talento por el caprichoso actor. Al final se cantó nuevamente *La canción de la Lola* y ¡aquí sí que estuvo Perrín admirable!

Mariana, de Echegaray. La Constán, admirable. Perrín colosal. Esa noche quiso ser el gran actor que era a veces, y lo fue.

Vida alegre y muerte triste, también de Echegaray. En este trágico drama dedicado por su ilustre autor a Antonio Vico, que lo estrenó en 1885, llegó Perrín a alturas pocas veces alcanzadas. Su labor no podía ser superada. Esa fue la gran noche del eminente actor. Ante la ovación estrepitosa del público, Perrín, emocionado, quiso demostrar su gratitud

diciendo desde la escena, «que Tenerife quedaba para siempre estampado en lugar preferido de su vida de artista».

Consuelo, de López Ayala. Noche también de triunfo para Perrín.

María del Carmen, de Feliú y Codina.

Militares y paisanos, de Emilio Mario (hijo), obra que se hizo cien noches consecutivas en el Teatro de la Comedia, de Madrid.

El tanto por ciento, también de Ayala.

Dos gérmenes, drama de Perrín, en colaboración con el señor Flores. De sabor aragonés. Bien escrito. Gustó. Perrín fue ovacionado como actor y como autor afortunado.

El libre cambio, de Mario (hijo).

Juan José. Otro de los mayores triunfos del eminente actor. Como nadie lo había hecho, como pocos lo harían después.

Lo sublime en lo vulgar, de Echegaray.

La duda, último estreno de Echegaray. Beneficio de la Constán, con lleno completo en el Teatro, prueba fehaciente de las grandes simpatías con que contaba en nuestro público la notable actriz, que recibió muchos regalos y escuchó muchos aplausos, en justicia tributados.

La Dolores, la más famosa obra de Feliú y Codina.

Ronda mayor, obra nueva, aquí, del escritor malagueño don José Navas. Gustó mucho.

El nudo gordiano, de Sellés, para beneficio de Perrín.

Los domadores, también de Sellés. Fue un magnífico trabajo el de Perrín en esta obra que contribuyó a la gloria de su tío.

Fue tan extraordinario el éxito obtenido por Perrín en *Vida alegre y muerte triste*, que hubo que repetir este sombrío drama de Echegaray, obteniendo el genial actor el mismo incomparable triunfo de la primera noche. Desde el paraíso le bajaron sus admiradores una enorme corona de laurel.

También mereció los honores de una doble audición la obra de Perrín y Flores, *Dos gérmenes*.

Esta compañía puso como final de fiesta, algunas zarzuelas, que desempeñaba bien.

Tan magnífica temporada, magnífica a pesar de las veleidades de Perrín, terminó en 24 de mayo. Fue otra de las que dejaron buen sabor de boca o que supieron a poco. Espejo no volvió, por lo menos como director y empresario. No podemos olvidar que a él debimos el conocer dos grandes actores españoles de recia y vigorosa escuela, en el apogeo de sus grandes facultades: Fuentes y Perrín. Por él volvió nuestro

público a aplaudir al veterano y célebre actor, de los mejores del siglo XIX, Victorino Tamayo. Y a él debimos el conocer obras del fuste de *La de San Quintín*, *La Dolores* y *Mar y cielo*, entre otras de mérito parecido.

CAPITULO XXIV

ARTISTAS EMINENTES DE FAMA UNIVERSAL

LUISA FONS Y EL CÉLEBRE TENOR ARAMBURO

En marzo de 1895 registró la historia de nuestro Teatro un magno acontecimiento artístico de primer orden: dos grandes cantantes españoles, de fama mundial, la eminente tiple Luisa Fons y el célebre tenor Aramburo, hicieron un alto en nuestra ciudad y ofrendaron a nuestro público dos magníficos conciertos. Les acompañaba el notable barítono Palou, cuyas facultades eran también extraordinarias.

El primero de estos conciertos se verificó la noche del 13. Aramburo cantó el *Ave María*, de Luzzi; el dúo de *La fuerza del destino*, de Verdi, con el barítono Palou; la romanza de la ópera *Il duca d'Alba*, de Donizetti, y la «ballata» de *Rigoletto*.

La Fons compartió el triunfo cantando, como no se había cantado aquí nunca, decía un periódico, el aria de *Traviata* y *Le Misoli*, de *La perle du Bresil*, de Felicien David, con acompañamiento de flauta y piano, obra considerada como de grandes dificultades, que solo pueden vencer gargantas privilegiadas.

El número destacado del concierto fue la romanza de *Il duca d'Alba*, interpretada por Aramburo, en que el público entusiasmado prorrumpió en una estruendosa ovación, a la que correspondió el gran tenor cantando malagueñas, que fueron subrayadas con atronadores aplausos.

Aramburo, con su hermosa voz de siempre, en pleno vigor artístico, fue llamado a escena y aclamado. El éxito fue de los grandes y el lleno del Teatro mayor aún.

Se repitió este magno acontecimiento la noche del 17. Aramburo cantó nuevamente el *Ave María* de Luzzi, a petición de numerosos admiradores; la romanza *La mía bandeira*, de Denza; el aria de la ópera *Jone*, de Petrella; «La donna e mobile» de *Rigoletto*, de Verdi.

El lleno del Teatro fue enorme, y el éxito tan grande o mayor que el de la primera noche.

Número destacado de este segundo concierto fue *Jone*. La ovación tributada a Aramburo fue indescriptible. El eminente artista cantó nuevamente *La mía bandeira*, «La donna e móvile», malagueñas y jotas, para corresponder al entusiasmo del público. Nuevas ovaciones incesantes y clamorosas.

La Fons estuvo soberbia en *Dinorah* y en la «cavanita» de *Il barbiere di Siviglia*. También fue muy aplaudido el barítono Palou, que les acompañaba en esta excursión por Canarias, y alternaba dignamente con tan egregios cantantes.

Acompañó al piano a estos eminentes artistas las dos noches, el señor Durango, a cuya galantería se debió, según decían los periódicos, el que nuestro público hubiera podido disfrutar de estas dos grandes solemnidades artísticas.

El tenor Antonio Aramburo, cuya voz se dijo que era la más timbrada y varonil de todos los tenores de fines del siglo XIX, tenía fama de informal y voluntarioso. Era extravagante, excéntrico, bohemio. Alcanzó fama y gloria como pocos. Hizo fortuna y murió en la mayor miseria, en Montevideo. Era el terror de los empresarios. No cantaba sino cuando le venía en gana.

El el Real, donde hizo la temporada de 1884-85, en unión de Luisa Fons y de Adelina Ferretti, el tenor Massini y el barítono Battistini, dió uno de sus grandes escándalos, negándose a cantar y encerrándose en su camerino.

Tuvo suerte nuestro público de oírle todavía en la plenitud de sus grandes facultades de cantante extraordinario; aunque sin faltar el obligado escándalo, que en nada amenguó el prestigio de aquellas dos jornadas de arte celebradas en nuestro coliseo.

Aramburo era aragonés y tenía al morir, 73 años.

MARÍA GIUDICE Y PERELLÓ DE SEGUOLA

En 1902, en el mes de agosto, en las noches del 23, 24 y 28 se celebraron en nuestro Teatro principal, unos conciertos de tal calidad que aún los recordamos como algo verdaderamente inusitado. Estos conciertos fueron organizados por aquel gran valedor de nuestras fiestas de arte y exquisito caballero que se llamó Néstor de la Torre, y tomaron parte en ellos, además del distinguido paisano, eminentes artistas de ópera, figuras destacadísimas en el arte lírico, como las tiples María Giudice y Ramona Galán, el tenor Alvarez y el bajo Perelló de Seguro, que se hallaba en la plenitud de su brillante carrera.

Estos conciertos no tuvieron otro inconveniente que la época. Pleno verano, el público pudiente estaba fuera de Santa Cruz. Pecunariamente fueron un mal negocio. Para el arte, para la cultura, para el prestigio de nuestra ciudad, fueron algo extraordinariamente grande, que no podemos olvidar a pesar de los años transcurridos.

Perelló de Seguro, especialmente, hizo desbordar el entusiasmo, lo mismo que la gran tiple María Giudice. A estos artistas sólo podía oírseles así, en conciertos y fuera de época. Decía en *La Opinión*, el inteligentísimo y competente músico y crítico don José Crosa, que después de la época de «Uetam» no se había oído aquí un bajo cantante como Perelló. Posteriormente a su actuación aquí, hizo este eminente artista varias temporadas en el Real de Madrid, con lo que consagró su fama de gran cantante. Luego, en viaje triunfal, recorrió Italia, Francia, Austria, Alemania, Inglaterra, debutando en 1913, en el Metropolitan, de Nueva York. Muchos años después, en 1927, Andrés Perelló de Seguro, tan buen artista lírico como consumado actor, se dedicó al cine, debutando con Gloria Swanson, en la película *El amor de Sonia*, estrenada con gran éxito en Nueva York. La crítica elogió grandemente la aparición de Perelló de Seguro en la pantalla.

En estos memorables conciertos acompañó al piano, a tan notables cantantes, el prestigioso maestro don Bernardino Valle.

LA COMPAÑÍA INFANTIL LA AURORA

Las dos eran de zarzuela. Simpatiquísima, aquella infantil, denominada La Aurora, que un buen día del año de 1897 se nos metió puertas del Teatro Principal adentro, para solazarnos unas cuantas noches, que, a pesar de los muchos años transcurridos, aún recordamos con agrado. Procedía de Buenos Aires (eran muchas las compañías que actuaban en esta capital, procedentes de Buenos Aires, o que marchaban a la ciudad del Plata) y llegó a nuestra isla en el mes de marzo del año ya citado, haciendo su debut en nuestro Teatro, la noche del 21, con la regocijante y celebradísima zarzuela, u ópera cómica, como también se la denominaba, *El rey que rabió*, cuya graciosísima letra escribieron dos maestros del género, Miguel Ramos Carrión y Vital Aza, y cuya encantadora partitura se debe al glorioso y fecundo maestro Chapí, autor de tantas joyas musicales.

No somos ya muchos los supervivientes de aquellos años que aún podemos recordar las inefables noches en que los notables y diminutos artistas llenaban nuestro principal escenario y realizaban una labor tan extraordinaria que el público no se cansaba de premiar con sus aplausos. El entusiasmo de los espectadores no tenía límites, pero tampoco los tenía la conmiseración con que se miraba a los pequeños, que sentían sobre sus frágiles cuerpecitos el peso de un trabajo que aún a los mayores torturaba.

Pero, ¡qué «grandes» eran aquellos pequeños artistas! ¡Cómo actuaban, cómo se desenvolvían! Qué gracejo el de aquel Aquiles, simpatiquísimo actor cómico; aquel tenor Jiménez, de tan notables condiciones; aquella adorable primera tiple, Eulalia Rius, que cantaba con sin igual donaire y seguridad, como cualquier tiple consagrada, y los coristas, ellas y ellos, cantando con tanta gracia y con tanto primor, que superaban a muchos coros de mayores. Con qué desparpajo, con qué precisión, con qué picardía, cantaban el «coro de vendimiadores», de *Las Campanadas*, que tenían que repetir varias veces, en medio de atronadores aplausos:

Ya de la noche el manto
del sol apaga
los resplandores.
Ya el sol no pica tanto
como tus ojos
abrasadores.

¿Y aquel graciosísimo y grotesco «coro de doctores» de *El rey que rabió*? Aquello era lo más cómico que se podía concebir, personificado en aquel grupo de niños artistas, tan acompasado, tan ceremonioso, tan concienzudo, que no se descomponía ni con el estrépito de los aplausos que rubricaban tan meritoria labor:

Doctores sapientísimos
que yo he estudiado bien...

Era cosa de ver a artistas tan pequeños, en «posesión» de tan «grandes» personajes... ¡Cómo sabían darle la más perfecta interpretación! Hacían un trabajo artístico que no tenía precio, pero realizaban, al mismo tiempo, un tan extraordinario esfuerzo que forzosamente había de dañar su salud. Al público causaban entusiasmo, pero también causaban lástima. Algunos periódicos llamaban la atención de las autoridades sobre ese caso que calificaban de «delito de lesa infancia». Por aquel tiempo funcionaban en la Península, diversas compañías infantiles o juveniles, las más de dramas y comedias, y los periódicos hacían campaña contra esos empresarios desaprensivos que así explotaban la salud de esos pequeños, que ninguna ley protegía. Recordamos que por aquellos días Joaquín Dicenta, el preclaro dramaturgo, en una hermosa crónica de *El Liberal*, en que protestaba de esta iniquidad, afirmaba que no autorizaría a ninguna compañía infantil para que representara su *Juan José*, no obstante constituir esa obra, decía, todo su patrimonio.

Uno de los mayores éxitos de esta compañía infantil, en la temporada que rememoramos, fue obtenido con la preciosa opereta francesa, *El Húsar*, del maestro Roger, arreglada a nuestra escena por el popularísimo comediógrafo Pina Domínguez. Otros éxitos, también rotundos, los consiguió con *Las Campanadas*, *La leyenda del monje*, *El dúo de la Africana*, *Marina*, *El tambor de granaderos*, *El chaleco blanco*, *De vuelta del vivero*, *Niña Pancha*, *Certamen Nacional*, *Cádiz*, *Colegio de señoritas*, etc. Que tal era de extenso y selecto el repertorio de esta por tantos conceptos admirable compañía infantil.

En *El dúo de la Africana*, particularmente, la niña Rius y el niño Jiménez, es decir, la tiple y el tenor, alcanzaban un éxito formidable. En *El tambor de granaderos* era de ver también a la Rius. Aquello era algo demasiado serio. ¡Con qué garbo y con qué arrogancia vestía su uniforme militar, y con qué gusto y con qué entusiasmo y perfección cantaba su papell

A todas las funciones de La Aurora acudía numerosísimo público, llenándose el Teatro la mayoría de las noches.

Terminada la temporada, la compañía hizo viaje a la cercana isla de la Madera, dando varias representaciones en el Teatro de Funchal, volviendo a Tenerife y abriendo nuevo abono, que comenzó la noche del 13 de junio, con *Las zapatillas*, *Chateaux Margaux* y *Los Africanistas*, despidiéndose definitivamente de nuestro público, la noche del 20 del mismo mes.

Los periódicos, ya lo hemos dicho, elogiaron mucho y aplaudieron con el mayor entusiasmo la prodigiosa labor llevada a cabo por los pequeños y consumados artistas, y pedían para ellos, descanso y protección, pues el trabajo era intenso, exorbitante, impropio de sus años, y dañaba gravemente su salud.

No volvió por aquí la compañía infantil La Aurora, ni supimos más de ella. Debió disolverse pronto, pues va los legisladores se aprestaban a salir al paso de esta inhumana explotación.

* * *

La temporada de invierno de 1897-98, estuvo a cargo de una modesta compañía de zarzuela, que dirigían los señores Guzmán y Bracamonte, y en la que figuraba una excelente y aplaudida tiple, Rita Florinda, que gustó mucho a nuestro público. Era una buena artista y una hermosa mujer. Había que verla en *¡Al agua, patos!*, cuando salía de su caseta de baño...

Otros excelentes artistas eran las señoras Gómez, Fraiz y Esquivel, y los señores Esquivel, de la Guardia, Alba, etc.

El debut verificóse la noche del 25 de noviembre, con un auténtico programa de género chico, del «más chico», integrado por estas tres zarzuelistas, que debieron haber pasado pronto a mejor vida: *La indiana*, *Niño Pancho* y *Il comici tronati*. Las funciones eran por secciones, es decir, por horas, innovación que introdujo esta compañía en nuestra ciudad, y fue muy del agrado del público.

El director, Guzmán, era un magnífico primer actor. De buena presencia, con grandes condiciones y muy entusiasta de la profesión. Cumplió su cometido a las mil maravillas. A

él y a Rita Florindo, (que queremos recordar era esposa del maestro Bracamonte), debióse, particularmente, que la temporada se sostuviera bien y que el público prestara su apoyo asistiendo a las funciones, si bien, al final, el ambiente era de desgana, de incertidumbre, pues comenzaban a vivirse los días del desenlace de la tragedia colonial...

Pocos fueron los estrenos de esta temporada, pocos, pero escogidos, particularmente los de *El mundo comedia es o el baile de Luis Alonso*, del famoso sainetero Javier de Burgos y del ilustre maestro Giménez, cuyo estreno aquel mismo año en Madrid, lo había sido con todos los honores; *La Viejecita*, otro de los grandes éxitos de aquel año y que no fue el único de sus insignes autores, Don Miguel Echegaray y el maestro Caballero; *La banda de trompetas*, del que había de ser fecundo y de los mejores, sino el mejor, de nuestros autores cómicos, Carlos Arniches y del popularísimo maestro Torregrosa, y *De vuelta del vivero*, también del maestro Giménez, que fue otro éxito franco al estrenarse en Madrid, manteniéndose bastante tiempo en los carteles, pero que no quedó.

Guzmán notabilísimo actor, ya lo hemos dicho, hizo en la función de su beneficio, una proeza, con lo que demostró lo mucho que valía: él, artista de zarzuela, puso esa noche, haciendo de protagonista, el drama de Joaquín dicenta, *Juan José*, cuyo éxito arrollador era precisamente de aquellos días.

Esta decisión del estudioso y competente director de la modesta compañía, consideróse por muchos como cosa inusitada y atrevida... *Juan José* ya lo había hecho en nuestro Teatro, el gran actor del Español, de Madrid, Wenceslao Bueno, en 1896, con un éxito clamoroso.

Contra lo que se esperaba, el triunfo de Guzmán no pudo ser más halagador y definitivo para el notable actor. La obra fue perfectamente ensayada, la distribución de papeles acertadísima, y la interpretación, como cualquier compañía buena de género dramático, de las que aquellos días, llevaban a todos los públicos, la gran creación de Joaquín Dicenta. Guzmán encajó admirablemente en el extraordinario personaje, y el público, que llenaba el Teatro, le aplaudió con el mayor entusiasmo.

Las funciones eran, repetimos, por secciones. Fue esta compañía la que impuso esta nueva modalidad en los teatros de Canarias, que la consideraron práctica. Esta costumbre realmente, no era nueva. Ya que había sido implantada en Madrid, muchos años antes, por algunos empresarios, que cobraban a real por butaca, pero ello no dió resultado, frac-

sando el sistema. Años después volvió a implantarse, arraigando entonces, definitivamente, y salvándose así varias empresas.

Toda innovación lógica tenía pronto ambiente favorable en nuestra ciudad. Esta de las funciones por horas la tuvo también, y así, los que no les importaba acostarse tarde, se quedaban para la última, y los madrugadores iban a la primera o a la segunda, y todos tan contentos y satisfechos. ¡Pero esto de ahora, de que los espectáculos teatrales comiencen a la media noche!...

CAPITULO XXV

DOS ACTUACIONES DE SÁNCHEZ DE LEÓN

SE INAUGURA LA LUZ ELÉCTRICA EN EL TEATRO

Fue el año de 1899, uno de los mejores para el arte dramático en nuestra ciudad, en contraste grande con el anterior, (de triste recordación por la tragedia colonial), en que sólo nos visitó, en sus comienzos una compañía inglesa, de opereta que, sin pena ni gloria, nos hizo una fugaz temporada. Pero este de 1899 compensó con creces la pobreza del anterior, y pudo calificarse de los más brillantes en la historia de nuestro coliseo. Por las grandes compañías, por el elevado prestigio de muchos de los artistas y por el valer innegable de muchas de las obras que nos dieron a conocer. Y también, lectores, ¡por que fue el año de la luz eléctrica en el Teatro!

Primeramente nos visitó Enrique Sánchez de León, que había de volver a visitarnos en 1903. Había excelentes referencias de este ilustre actor y de su magnífica compañía, integrada por artistas notabilísimos, veteranos casi todos, y a cuyo frente figuraba la gran actriz Carlota Lamadrid, esposa de Sánchez de León y sobrina de Bárbara y Teodora, las dos insignes actrices que fueron gloria de nuestra escena. Enrique Sánchez de León, si bien no eran agradables ni su figura ni su voz, y era un tanto afectado, era sin embargo, un actor discreto y un gran director. Y era persona de gran cultura y de gusto depurado. Tenía un honroso historial en su vida profesional y era todo un maestro en el arte de la declama-

ción, desempeñando en sus últimos años, con la máxima competencia, la cátedra del Conservatorio Nacional. Había trabajado con Emilio Mario, con Vico, con la Tabau, obteniendo al lado de estos eminentes artistas grandes triunfos. Comenzó su carrera artística por los años de 1870 ó 71, debutando en el Español de Madrid, al lado de la Boldún, de don José Valero y don Manuel Catalina, de Matilde Díez y de don Pedro Delgado. Al lado de estos colosos comenzó modestamente su carrera, el inteligente, discretísimo y conzienzudo actor. Caballeroso, correcto, de trato exquisito, supo el señor Sánchez de León captarse muchas simpatías, y al marcharse dejó grato recuerdo en el país.

El Teatro se hallaba en obra con motivo de los trabajos que se realizaban para dotarlo de la gran mejora que era el alumbrado eléctrico, y se dió el plausible caso, que de bemos consignar, de que el gobernador civil, don Enrique Ureña, interesado como el primero en que tan notable compañía no demorase su actuación, ofreció al alcalde, don Pedro Schwartz y Matos, de su peculio particular, la cantidad de 2.500 pesetas para el arreglo y decorado del edificio, a fin de que estuviere en condiciones de poder abrir sus puertas y comenzar la anhelada temporada de Sánchez de León. Se hizo una instalación de luz provisional, se realizaron algunas reformas urgentes... y quedó el Teatro dispuesto para dar comienzo a la temporada.

BUENOS ARTISTAS Y MEJORES OBRAS

Entre los elementos mas meritísimos de la compañía figuraban las actrices Isabel Luna, Marina Puellas, Cecilia Delage, María Agosti, Clotilde Beas, Leovigildo Ruíz Tatay, tan notabilísimo actor, querido y admirado de nuestro público; Víctor Pastor, Sebastián Avilés, Carlos Larraz, Manuel Molina

También venía entre los artistas de Sánchez de León, nuestro paisano José Domínguez Bridoux, hijo del también paisano nuestro Gregorio Domínguez y de su esposa, la malograda y notable poetisa Victorina Bridoux, figura destacadísima en las letras regionales de mital del pasado siglo, juntamente con su madre, doña Angela Mazzini.

La compañía procedía de Madrid y de los principales teatros de provincias, donde había hecho fructíferas campañas. Aquí debutó la noche del 25 de Febrero, con la comedia dramática, en verso, de don Miguel de Echegaray, *Vivir en grande*.

El desempeño fue excelente. Una labor de conjunto admirable. Se vió desde luego una dirección capacitada y celosa de su prestigio.

La temporada fue de las más gratas que en Santa Cruz se disfrutaron por aquellos años. El público respondió plenamente y el coliseo se llenaba todas las noches, acogiéndose a los artistas y a las obras con el mayor entusiasmo. Una de las obras que mayor impresión causó fue la famosa comedia de Enrique Gaspar, *Las personas decentes*, «estudio profundo del corazón humano y cuyos personajes son fotografías vivientes», como decía el *Diario de Tenerife*, al día siguiente de su estreno. Otra obra que llevó enorme concurrencia al Teatro, llenándose todas las localidades, pero que no satisfizo a pesar del gran reclamo, fue *Ferreol o un error judicial*, de Victoriano Sardou, traducida para Sánchez de León y estrenada por él en España. En esta obra hizo un magnífico papel (el de guarda-bosque) nuestro paisano Domínguez, que fue aplaudidísimo por el público y grandemente elogiado por la prensa, mereciendo ser llamado a escena.

En *La Dolores*, de Feliú y Codinas, en *El Angelus*, de Eusebio Blasco, en *La mujer de un artista*, de Ventura de la Vega, en la célebre comedia de Dumas *Demi-Monde*, obtenía la Lamadrid ruidosos triunfos. Esta última obra, de las mejores del teatro francés, fue estrenada por Sánchez de León y la Lamadrid, en el Teatro de la Comedia, con extraordinario éxito. Aquí gustó mucho y aunque era conocida se aseguraba que el trabajo de la señora Lamadrid, en esa obra, no había sido igualado.

Sánchez de León, en *Felipe Derblay*, la famosa obra basada en *De maitre des forges*, de Georges Ohnet, realizaba una magnífica labor. Decía Pérez Armas, en *La Opinión*, que Sánchez de León «se había metido dentro del personaje y apoderándose de su espíritu, fue tierno como un arrullo, feroz como un desesperado, sereno e impasible como un coloso». Esta obra la hizo Sánchez de León 30 noches seguidas, en el Teatro de la Comedia.

Hombre de refinado gusto literario, admirador entusiasta de nuestro teatro clásico, organizó unos Jueves literarios, a base de las más hermosas obras de aquel teatro, comenzando por la bellísima comedia de Bretón de los Herreros, *Marcela o cuál de los tres*, estrenándose la misma noche el graciosísimo juguete cómico de Rafael de Santa Ana, *La Victoria del General*.

El beneficio de Carlota Lamadrid se hizo con *La dama de*

las camelias, la obra de las grandes actrices. El desempeño fue admirable y el entusiasmo del público grande, ovacionando a la gran actriz de manera indescriptible y apoteósica. Verdad es que la señora Lamadrid, lo mismo en la Margarita Gautier, el personaje inmortal de Dumas, que en la Susana d'Auge, de *Demi-Monde*, que en la Carmen de *Las personas decentes*, como en cuantos personajes interpretaba, estaba sencillamente admirable. Actriz de vocación, de irreprochables cualidades, de talento nada común, podía llevar dignamente su apellido, glorioso e nlos anales del teatro español.

La ilustre actriz fue obsequiada en su fiesta de honor, y entre los presentes recibidos hubo uno que fue para ella una ejecutoria: el título de socia número uno de la Asociación de la Cruz Roja, que besó conmovida.

La noche del 4 de abril estrenó Sánchez de León un afortunado ensayo dramático de don Benito Pérez Armas, titulado *Octavio*. La obra, digna de aquella pluma prócer, fue acogida con el mayor cariño por el director de la compañía. Su estreno constituyó un franco éxito y la ejecución estuvo a cargo de la señora Lamadrid, la señorita Puelles, de la señora Tejada, y de los señores Ruíz Tatay, que hizo una creación del personaje central, y Sánchez de León. El señor Pérez Armas fue llamado a la escena y aclamado con verdadero entusiasmo y cariño sincero.

Para beneficio del director fue estrenada la comedia de Miguel Echegaray, *La vieja ley*, escrita para Sánchez de León, repitiéndose la de Pérez Armas, *Octavio*, deferencia que el distinguido actor quiso tener con los escritores del país. Sánchez de León leyó esa noche versos de Nicolás Estévez y de Federico Balart.

La Opinión, secundada por el *Diario de Tenerife*, pidió a la empresa que diera a conocer a nuestro público algún juguete de nuestro paisano Domínguez Bridoux, excelente escritor y poeta, y la empresa, galante, puso uno, *Las truchas*, que hizo reír, pues está escrito con mucha gracia y perfecta maestría. Domínguez fue llamado a escena y aplaudido por sus paisanos y admiradores.

Esta temporada fue magnífica y merece ser catalogada entre las mejores. El público supo corresponder al esfuerzo y entusiasmo del señor Sánchez de León, y éste, satisfecho, prometió volver y volvió.

«... ¡Se siente uno tan a gusto en esta bendita tierra, que si de mí dependiera estaría en ella toda mi vida!». Con estas

frases tan afectivas, se despidió de nosotros desde las columnas de los diarios locales, el culto actor y director.

No queremos cerrar el paréntesis de Sánchez de León, sin dedicar unas líneas a José Domínguez Bridoux, el actor paisano nuestro, incorporado a la farándula como excelente profesional, y siempre cariñoso con la tierra natal, que recordaba con emoción. Apenas llegó a nuestra ciudad, escribió la siguiente dulce salutación, que reproducimos por lo que tiene, aparte de su mérito, de emotiva y fraternal:

Un canario que dejó
su «nido» hace muchos años,
cargado de desengaños,
hasta estas playas llegó;
apenas tierra tomó
su hermosa «jaula» dorada
le recibe engalanada
y como ninguna bella,
para que descanse en ella
de su azarosa jornada.

Al autor de estos ANALES escribió el apreciable actor. lo siguiente:

¿Queréis que a mi patria amada
le dedique una canción?
¿Quién no ofrece el corazón
para su madre adorada?
La fibra más delicada
del alma le ofrecería,
pero ¡ay! que en mi mente fría
solo quedan los despojos
del alma puesta en los ojos
para verte, madre mía.

Sánchez de León terminó su brillante temporada en 8 de abril, y en 12 del mismo mes, es decir, cuatro días después, debutaba en nuestro Teatro, don Manuel Espejo, con su también notable compañía.

JUEVES LITERARIOS

Volvió a nuestra ciudad, en 1903, Sánchez de León, con otra gran compañía, de la que formaban parte, entre otros, el primer actor Eduardo Cachet, José Valle, notabilísimo actor;

Guadalupe Mendizábal, siempre tan querida de nuestro público; la dama joven Lolita Velázquez; el notable y veterano actor José Sala Julián, y nuestro paisano José Domínguez Briday. El debut se efectuó la noche del 17 de enero, con *La dama de las Camelias*, en que la señora Lamadrid obtenía uno de sus mayores triunfos.

En esta nueva temporada, el señor Sánchez de León nos dió a conocer obras del más elevado mérito, poniendo otras ya conocidas, y, como en la ocasión anterior, organizó los Jueves literarios, consagrados al teatro clásico.

Con el drama trágico de don José Echegaray, *Vida alegre y muerte triste*, hizo su presentación el primer actor señor Cachet, realizando una labor excelente, que el público premió con sus aplausos.

La noche del 23 de enero, primer Jueves literario, el señor Sánchez de León, nos dió a conocer una de las más bellas comedias del *Fénix de los Ingenios*, *La moza de cántaro*, refundida por el ilustre don Tomás Luceño. Los maravillosos versos de esta famosa producción del glorioso poeta y dramaturgo de nuestro Siglo de Oro, entusiasmaron a la enorme concurrencia que llenaba el Teatro. El señor Sánchez de León fue muy felicitado.

La moza de cántaro, era la segunda obra de Lope de Vega que se hacía en nuestro Teatro (Julia Cirera, en su temporada de 1901, había puesto en escena *El perro del hortelano*), y en verdad que no pudo el cultísimo director de la compañía buscar otra mejor, para abrillantar estos Jueves literarios y tan dignamente comenzarlos.

Don Antonio Goya, crítico teatral de *El Independiente*, decía:

Como música a largo tiempo oída, más no por ello menos halagadora, oíamos anoche los versos de Lope de Vega. El gusto habituado a los manjares modernos fuertemente especiados que son nuestro habitual pasto artístico, hallaba un deleite nuevo al saborear lo antiguo».

El segundo Jueves literario se hizo con una obra famosa contemporánea: *Las personas decentes*, de Enrique Gaspar, estrenada en nuestra ciudad, por Sánchez de León, en su anterior temporada. La concurrencia esa noche fue también extraordinaria, hallándose ocupadas todas las localidades del Teatro por un público distinguido que aplaudió vehemente la formidable sátira, cuyo estreno en Madrid, fue memorable.

Al final de la representación, se leyeron notables trabajos literarios (novedad introducida por el señor Sánchez de León),

de los escritores tinerfeños don Miguel Pereyra de Armas y don Mario Arozena y una poesía del señor Sánchez de León, de homenaje a la esclarecida memoria del ilustre autor de la obra, fallecido cinco meses antes, en Septiembre de 1902.

En el tercer Jueves literario, se puso la hermosa comedia francesa *Demi-Monde*, de Alejandro Dumas (hijo), cuyo principal personaje (Susana), interpretaba la Lamadrid, de forma magistral, y en la que vestía lujosas «toilettes».

Al cuarto Jueves literario correspondió otra bellísima obra de nuestro teatro clásico, también conocida: *Marcela ¿o cuál de las tres?*, del fecundo Bretón de los Herreros. La interpretación fue acabadísima. Interpretando esta clase de obras no tenía rival esta compañía.

En el quinto y último Jueves literario, se repitió, a instancias del público, *La moza de cántaro*, con el mismo franco y entusiasta éxito de la primera noche.

Entre las obras que esta compañía nos dió a conocer figuraron *Aurora* el discutidísimo drama de Joaquín Dicenta, estrenado en noviembre del anterior año, en el teatro Alhambra, de Madrid, con clamoroso éxito de público y apasionados juicios de la crítica. La entrada fue magnífica y la obra fue cálidamente aplaudida por nuestro público.

Un estreno ruidoso y de grandes rendimientos para la empresa, fue el del popularísimo melodrama *Los dos pilletes*. Obra sin mayor mérito literario, pero altamente sugestiva, de enorme interés dramático, verdadero modelo de folletín, llevó al Teatro, las varias noches que se representó, inmensa concurrencia. Escrita en francés por Pierre Decourcelle, con el título de *Les deux gosses*, fue arreglada a la escena española, con la mayor perfección y fidelidad, por don Juan B. Enseñat, estrenándose en Barcelona, en el Teatro Novedades, en 1897, y en Madrid, en el Teatro de la Zarzuela, en 1899.

En esta obra se presentaron en nuestro Teatro, dos preciosas y sorprendentes decoraciones: Nevada en una quinta y Esclusa del puente de Austerlitz, que fueron elogiadísimas y muy aplaudidas.

Otros estrenos fueron *Tortosa y Soler*, arreglo del francés, por Abati y Reparáz; *El nido*, de los Quintero, y *Tritón o un ladrón de alto copete*, obra policiaca, modelo en este género, que gustó. Además se pusieron *Electra*, *Don Juan Tenorio*, *Juan José*, *La Dolores* y otras de parecido éxito.

¡Ah, se nos olvidaba! También puso Sánchez de León, con una entrada imponente, el famoso melodrama *El terremoto de la Martinica*, a pretexto de las recientes erupciones

del Monte Pelado. Esta obra hacía muchos años que no se representaba en nuestro Teatro, y no había que ser exigentes. El buen gusto no está reñido con el negocio. El lleno fue de los que hacen época y justifican que las empresas recurran a esta clase de obras para defender sus intereses. ¡Era cosa de haber visto esa noche el Teatro!

CAPITULO XXVI

PABLO LÓPEZ Y SUS CUATRO TEMPORADAS BUEN ACTOR Y BUENAS COMPAÑÍAS

Pablo López, que fue popularísimo en nuestras islas, era un excelente actor cómico y un buen director, formando siempre magníficas compañías. Nos visitó en cuatro ocasiones, haciéndonos otras tantas temporadas teatrales, que satisficieron plenamente a nuestro público. En su primera visita, que nos hizo en 1895, traía de maestro concertador al notabilísimo compositor don Juan García Catalá, autor de varias aplaudidas partituras. Venían también las primeras tiples Josefina Soriano y Victoria Sola, ésta ya conocida, pues había actuado en nuestro Teatro, con la compañía de Navarro, en 1893, en la memorable temporada del cólera, corriendo los artistas con nuestras gentes, los riesgos de la terrible epidemia, que había hecho presa en la ciudad.

Otros artistas de primera fila eran el tenor Ríos, el barítono Lacarra y el bajo Ramón Torón, mulato, que se llevó las máximas simpatías del público y dejó grandes amistades en nuestra ciudad. Esta temporada fue brillantísima, realizando la notable compañía una fructífera campaña artística, de la que se guardó grata memoria. Muchas compañías que vinieron después no lograron superar a ésta de Pablo López, que era hombre que sabía seleccionar a los artistas y no se quedaba corto en la elección y montaje de las más importantes y difíciles obras.

Hizo su debut, en esta su primera jornada de Tenerife, la noche del 9 de noviembre del ya citado año, con el estreno de la ópera *Marina*, del maestro Arrieta. Hasta esta temporada sólo se había hecho aquí la zarzuela, pero no el arreglo, como ópera, que hizo años después su ilustre autor. La impresión fue inmejorable. Josefina Soriano obtuvo un resonante triunfo, entusiasmando al público por sus grandes condiciones de cantante y actriz, triunfo que fue merecidamente compartido con los demás intérpretes de la popularísima obra. *La tempestad* representóse la segunda noche, y fue asimismo otro gran triunfo para la compañía, especialmente para el barítono señor Lacarra, que fue ovacionado al cantar la famosa romanza. El público llenó el Teatro las dos noches, y se dispuso a seguir llenándolo en las sucesivas, pues quedó altamente satisfecho de estas primeras actuaciones. La compañía, a su vez, puso lo mejor del repertorio y dió a conocer bellísimas obras, muchas de fama impercedera. Desde las óperas *La Dolores*, de Bretón; *Marina*, de Arrieta; *¡Tierral*, del maestro Llanos, y *El recluta*, del maestro Espí, hasta *La choza del diablo* y *El milagro de la Virgen*, pasando por *La verbena de la Paloma* y *El Tambor de Granaderos*, todo lo hizo Pablo López en nuestro Teatro, en esta su primera actuación que hoy recordamos.

ESTRENO DE «LA VERBENA DE LA PALOMA»

El estreno de *La verbena de la Paloma, o el boticario y las chulapas y los celos mal reprimidos*, que así es el título de esa joya de nuestro teatro lírico, se verificó la noche del 14 de noviembre, y si bien la primera noche fue acogida con cierta frialdad, en las siguientes el público entró de lleno en la hermosa obra y la aplaudía con verdadero entusiasmo. *El Tambor de Granaderos* se dió a conocer la noche del 20 del mismo mes, y desde su primera representación el triunfo fue definitivo. Ambas popularísimas zarzuelas se habían estrenado en Madrid, en el anterior año 1894, con tan clamoroso éxito que aún siguen «vivitas y coleando» en los poco nutridos repertorios de hoy.

ESTRENA SEIS ÓPERAS ESPAÑOLAS

La compañía siguió actuando hasta el 16 de enero de 1896, haciendo luego una excursión por las islas y reanudando

sus representaciones en nuestra ciudad la noche del 5 de marzo, con otro gran estreno: la ópera de Bretón, *La Dolores*, que se cantó tres noches, llenándose el coliseo.

Además de las mejores zarzuelas, grandes y pequeñas, Pablo López dió a conocer a nuestro público, en esa temporada, cuatro óperas españolas, que fueron: *Marina*, *La Dolores*, de la que dijo el eminente Saint-Saens, que «se hubiera cantado en todo el mundo de haber una justicia en los teatros»; *¡Tierral!*, del maestro Llanos, convertida luego en el primer acto de otra ópera que tituló *Cristóbal Colón* y *El Recluta*, del maestro Espí.

Pablo López volvió a nuestra ciudad en 1902, haciendo su debut la noche del 1.º de abril, también con *Marina*. De los componentes de la anterior compañía, sólo volvía Josefina Soriano. Venían por primera vez el tenor Alberto Ristorini, el baritono Ramón Lafita y el bajo cómico Andrés López, hermano del director. Tres artistas notables, de facultades excepcionales los tres. También figuraban como tiples dos hijas de Pablo López, Estrella y Luz. Otros artistas destacados eran la característica Consuelo Fernández y los actores Gaspar Rodrigo y Carlos Lacostena. Como director y concertador venía el competentísimo maestro don Ricardo Sendra, que, al ser designado por el Ayuntamiento de esta ciudad para organizar y dirigir la Banda municipal, había de convivir con nosotros varios años.

En esta temporada, la noche del 5 de abril se estrenó la ópera en un acto, *Rosella*, del notable músico canario don Andrés García de la Torre, que fue acogida por nuestro público con vivísimo interés. El señor García de la Torre, que asistió al estreno, fue obligado a salir a escena, tributándosele un verdadero homenaje de admiración y cariño. *Rosella* se había estrenado en octubre de 1899 en el Teatro de la Academia del Filodramatici, de Milán, con unánime aceptación. Los más importantes periódicos profesionales de la gran ciudad italiana elogiaron la obra y alentaron al laborioso y competentísimo compositor para mayores empresas.

También estrenó Pablo López, en esta temporada, una zarzuela de don Mario Arozena, con música del ya nombrado maestro García de la Torre, titulada *Angela*, que proporcionó a sus aplaudidos autores un nuevo triunfo. Esta zarzuela, de gran efecto y delicadamente escrita, gustó mucho, y en cuanto a la música, descollaron una romanza y una plegaria, que fueron elogiadísimas.

El estreno más destacado de esta etapa fue el de *Curro Vargas*, de Joaquín Dicenta y de Manuel Paso, con música del maestro Chapí, calificándose ese estreno de acontecimiento. El público supo apreciar las grandes bellezas de ese hermoso drama lírico y lo aplaudió con entusiasmo.

La noche del 17 de mayo hizo su despedida la compañía con *La Guerra Santa* y *La viejecita* emprendiendo un recorrido por las islas, y después de una larga actuación, durante el verano, en La Laguna, reapareció en nuestro Teatro, para hacer la temporada de invierno de 1902 - 1903. Su nuevo debut efectuólo con lo la ópera *Marina*. Venían nuevos artistas, como las tiples Enriqueta Casas y Nina Martínez, el tenor Miguel Carreras y el barítono Critelli. Volvía el bajo Ramón Torón, que fue saludado con una cariñosa salva de aplausos por sus viejos amigos. Seguía de director y concertador el maestro Sendra. Ya no pertenecían a la compañía dos valiosos cantantes: el tenor Ristorini y el barítono Lafita, cuyas bajas fueron muy sentidas por el público.

En esta nueva temporada, Pablo López volvió a «desgranar» el magnífico repertorio de grandes y pequeñas zarzuelas, de operetas y de óperas, de las que citaremos algunas como *Traviata*, *Pan y Toros*, *El anillo de hierro*, *Jugar con fuego*, *Los diamantes de la corona*, *Las Campanas de Carrión*, *La mascota*, *Las hijas de Zebedeo*, *Cavallería Rusticana*, *Mis Helyett*, *La Revoltosa*, *Adriana Angot*, *Campanone* y *El Tambor de Granaderos*.

Un estreno memorable de esta temporada fue el de *La Revoltosa*, la magnífica zarzuela de Fernández Shaw y López Silva, con música del maestro Chapí. Otro estreno que hemos de mencionar fue el de la ópera española en tres actos, *Aurora*, del maestro Espí, del que ya había dado a conocer Pablo López a nuestro público su otra ópera, *El recluta*, siendo ambas muy aplaudidas.

La noche del 3 de diciembre se puso en escena, por primera vez, la zarzuela *De la tierra canaria*, de Mario Arozena y Diego Crosa y música del maestro José Crosa. El estreno de esta obra, del más puro sabor isleño, tuvo todos los pronunciamientos favorables. La música, basada en temas populares de nuestro país, gustó extraordinariamente, especialmente el magistral concertante, que fue aplaudidísimo, y que confirmó las grandes dotes de compositor del inolvidable maestro Crosa. Los autores de la afortunada zarzuela folklórica fueron llamados a escena y ovacionados.

Pablo López había estrenado aquel verano, en el Teatro Viana de La Laguna, otras obras de autores locales, como *El Cristo de La Laguna*, drama lírico de don Rafael Vilela y Montesorro, con música del maestro Sendra y unos cantables de don Braulio González; el juguete cómico *Alberto*, de don Fernando Suárez y G. Corvo y don Domingo J. Manrique, con música también del maestro Sendra, y el monólogo de Leoncio Rodríguez, *El Penitente*, cuyo desempeño proporcionó un gran triunfo al notable actor Gaspar Rodrigo.

Transcurrieron muchos años, casi veinte, y Pablo López volvió a Tenerife, y nos hizo una nueva y postrera temporada, de igual brillantez que las anteriores. Volvió con los mismos entusiasmos, casi diríamos que con los mismos arrestos, rodeado de buenos artistas, que tuvieron la mejor acogida de nuestro público. Procedía de la Madera, debutando aquí la noche del 5 de febrero de 1920, con la obligada e incomparable *Marina*, siempre tersa, siempre lozana... Le acompañaba en esta última su visita, entre otros, las tiple Carmen Sanz y Carmen Amari y la tiple cómica Paquita García, el tenor Cayetano Peñalver y el barítono Beut, de brillantísimo historial. También venía Pablito López, hijo del director y notabilísimo actor, que pronto se ganó las simpatías del público. De maestro concertador venía un joven y valioso músico, don Vicente Sanz, cuya extraordinaria labor era justamente recompensada todas las noches con los más entusiastas aplausos de la numerosa concurrencia. La reposición de *Cavalleria Rusticana* fue el más grande triunfo de la temporada, obligando el público al maestro Sanz, a subir al escenario, entre atronadores aplausos y aclamaciones.

Pablo López, tan apreciado del público tinerfeño, viejo, cansado, con una «hoja de servicios» extraordinaria, se retiraba ya de la vida del teatro. Y su despedida quiso hacerla aquí, en nuestra ciudad, que consideraba suya y en la que contaba con tantos afectos. La noche del 18 de marzo, con una de las obras que más triunfos le había proporcionado, *El rey que rabió* (¡oh, aquel inolvidable «Jeremías!»), nos dijo adiós a todos.

El notable actor tuvo propósitos de quedarse aquí definitivamente. «Al retirarme para siempre de la vida del teatro (dijo), celebro mi último beneficio que pongo bajo vuestra hidalga protección. Desde hoy me considero un isleño más, con el propósito de que mis restos descansen en esta hermosa isla que tanto amo. Vuestro hermano de corazón, Pablo López».

Aquí vivió con nosotros, largo tiempo. Luego se marchó a la Península y poco después murió.

Recordamos al viejo actor con gratitud. Nos deleitó muchas noches, en los años mejores de nuestra vida...

CAPITULO XXVII

LAS TRES VISITAS DE MARÍA GUERRERO: EN EL APOGEO, EN LA MADUREZ Y EN LA DECADENCIA AURORA Y OCASO DE UNA ACTRIZ GLORIOSA

Un gran acontecimiento teatral, el más grande de la pasada centuria, que con fruición recogemos en estas páginas fue, sin duda, la primera actuación en nuestro Teatro, en plena gloria y en plena exaltación apoteósica, de la compañía, la primera entre las primeras, de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. En viaje triunfal de América y para América, los eminentes artistas quisieron darnos a conocer las excelsitudes de aquel arte inconfundible y de aquella interpretación excepcional.

María Guerrero, «gran señora del tablado y de la vida», estaba en la plenitud de su talento artístico y en la hora más exacta de su belleza física. Acababa de contraer matrimonio con el joven aristócrata Díaz de Mendoza, futuro conde de Balazote, conde de Lalaing, marqués de Fontanar, grande de España de primera clase, y era la más alta representación de la escena española, mimada, aplaudida, ensalzada por todos los públicos; elogiada y enaltecida por todos los críticos. Su compañía, integrada por los más notables artistas, era una verdadera embajada del más puro arte español donde quiera que arribaba. Era alma y verbo de nuestro teatro moderno, la más fiel interpretación de nuestro glorioso teatro del Siglo de oro.

El nombre de María Guerrero, se cruzaba con los de las más ilustres comediantas de Europa. Decir María Guerrero, era decir Sarah Bernhardt, era decir Eleonora Duse, era decir Gabriela Rejane...

Hasta María Guerrero, hasta esas salidas señoriales, plenas de dignidad y de grandeza, nuestras compañías no habían adquirido el debido prestigio y el arte nuestro no había tenido la justa y merecida difusión. Hasta ese momento pudo decirse que el teatro fue, más que negocio, romanticismo. Después de María Guerrero fue negocio y opulencia. Supo la gran actriz hermanar, en aquellas jornadas memorables, el arte más refinado y exquisito y la más elevada alcurnia espiritual, con el negocio y con el interés. No ha habido en España, nos atrevemos a afirmarlo, compañía teatral, empresa teatral que haya obtenido más grandes rendimientos y que con mayor esplendor haya vivido y se haya desenvuelto. Teatro en Madrid, teatro en Buenos Aires, el Cervantes, pregonero del prestigio de estos comediantes próceres y de la categoría del arte español, también prócer y magnífico. Vapores especiales fletados por ellos para sus excursiones a América, en las que les acompañaban figuras cumbres de la literatura patria. Aristocracismo en todo. Opulencia en todo. Y ¿por qué no decirlo?, un mucho de orgullo, justificado, pero que los años, ¡hay!, abatieron y convirtieron en gloriosa ruina lo que parecía invencible y eterno...

María Guerrero y sus huestes nos visitaban en aquella memorable ocasión, después de haber actuado en París, al lado de Sarah Bernhardt, que acogió a la actriz española con el mismo cariño y predilección con que antes había acogido a Eleonora Duse, y haciendo una brillante campaña en el Teatro de la Renaissance, volviendo a actuar en París, en el Teatro Internacional de la Exposición de 1898, donde también habían actuado la Duse, el gran trágico inglés Irving y el no menos insigne Novelli contratados por el ilustre director del Teatro de la Comedia Francesa y famoso novelista Jules Claretie. Estas actuaciones de París habían sido los mayores triunfos de María Guerrero, y lo que dió categoría universal a nuestra compatriota. Luego recorrió Francia e Italia, marchando seguidamente a la América del Sur, desde donde hizo viaje a nuestra ciudad, para desde aquí marchar a la América del Norte.

Decía María Guerrero que su viaje a Tenerife, obedecía no solo por complacer a este público y conocer nuestra isla, sino por complacer también al autor de *Mar y Tierra baja*, nuestro paisano don Angel Guimerá, que por carta le había expresado que vería con gusto que *La hija del mar*, se

estrenase en su país natal, deferencia que quería tener con sus paisanos, manifestando a la gran actriz, su sentimiento por no serle posible venir aquí a presenciar personalmente el estreno. *La hija del mar* acababa de estrenarla María Guerrero en Buenos Aires, con enorme éxito, y era aún desconocida en la metrópoli. La tenían solicitada para su estreno los empresarios de los Teatros de la Comedia de Madrid, y Romea, de Barcelona. También la había pedido, para estrenarla en Sevilla, Carmen Cobeña.

El debut de la ilustre actriz en nuestro Teatro tuvo lugar la noche del 28 de noviembre de 1899, con la hermosísima obra del teatro antiguo, *El vergonzoso en Palacio*, del maestro Tirso de Molina, refundida por Calisto Boldún.

María Guerrero, joven, hermosa, de gallarda presencia, hizo una labor prodigiosa, verdaderamente insuperable. Díaz de Mendoza estuvo sencillamente admirable. Y los demás artistas demostraron que eran dignos de tales directores.

«La representación de anoche en nuestro Teatro (decía don Mario Arozena, al día siguiente, en el *Diario de Tenerife*, bajo el seudónimo «El Bachiller Carrasco»), formará época: *El vergonzoso en Palacio* lo ha visto el público tinerfeño por primera y última vez; su recuerdo será imperecedero, imborrable; a su nombre irá unido el de sus geniales intérpretes, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.»

La noche del 23 puso María Guerrero el hermoso drama de Guimerá, *Tierra baja*, estrenado por la gran actriz en el Español, de Madrid, en 1896. Al día siguiente dijo «El Bachiller Carrasco»:

«.....»

Juzgado está ya el trabajo de los notables actores que honran hoy nuestro modesto escenario: los estruendosos aplausos que anoche resonaban en el Teatro; la delirante ovación que franca y espontánea surgió vibrante, las repetidas llamadas a escena, demuestran lo perfecto y acabado de la labor artística y el talento de los actores: *Tierra baja* es bordada con los más delicados primores que el genio de María Guerrero y de Fernando Díaz de Mendoza imprimen a su correcto y clásico trabajo: el Manelich y la Marta que anoche sintieron y hablaron ante nosotros, son las figuras que el genio de Guimerá ideó para su creación inmortal y viéndoles en sus trágicos arranques el espíritu tiende a las altas esferas de la más alta belleza artística.»

.....»

«.....la señora Guerrero ha sido la sacerdotisa del arte que ha venido a revelar desconocidos misterios.»

La noche del 24, se puso en escena *Locura de amor*, drama histórico de don Manuel Tamayo y Baus, una de las grandes creaciones de María Guerrero. Esta obra, cuya celebridad es bien notoria, fue estrenada en 1855, por Teodora Lamadrid, en su beneficio, y reestrenada por María Guerrero, casi medio siglo después, en el mismo Teatro Español.

«LOCURA DE AMOR», EL MÁS GRANDE DE SUS TRIUNFOS

Veamos la impresión que esta obra produjo a nuestro público, a través de estas palabras de «El Bachiller Carrasco»:

«No fue la vaporosa e ideal Magdalena, que con musical acento y donosa desenvoltura rinde el corazón del vergonzoso Mireno en el Palacio ducal de Avero; no fue la martirizada Marta de flaca voluntad, que, cual débil pluma, fluctúa entre la pasión de Sebastián y el amor de Manelich; no fue nada de esto lo que la señora Guerrero nos reveló anoche en *Locura de amor*; fue la mujer enamorada, loca de pasión, fue la reina majestuosa y arrogante que se atreve a ser reina para no dejar de reinar en el valeidoso corazón del austriaco Felipe: fue la eterna enamorada que en alto desvarío aún adora los fríos despojos de un muerto y dulcísima, le arrulla diciéndole «duerme, bien mío»; y al ver aquel cúmulo de celos, amor, poética pasión que tan maestramente pintara Tamayo y que de un modo tan maravillosamente como inconcebible interpretara la señora Guerrero, dijérase que no fue realidad, sino que por ficción de la loca y calenturienta fantasía la hija de los Católicos Reyes anoche abandonó su polvoriento ataúd o se desprendió de algún viejo tapiz para venir a arrastrar sus tocas y vestiduras por sobre las tablas de nuestro escenario.»

.....

«... y no es hiperbólico afirmar, que si el genial Tamayo hubiera visto a la Juana la loca, que crea María Guerrero, asombrado quedaría de su propia obra: la artista no solo interpreta al autor sino que le excede y le completa.»

Díaz de Mendoza también estuvo a imponderable altura. Fue su trabajo digno del maravilloso de su ilustre compañera. Los demás artistas lograron a conciencia el éxito en sus papeles.

Como las dos noches anteriores, el entusiasmo del público fue indescriptible: las ovaciones se sucedían a cada frase, a cada escena. El final fue apoteósico.

La noche del 25, *Mancha que limpia*. Feliz intérprete del teatro de Echegaray, creadora de gran número de personajes que adquirieron ruidosa celebridad, María Guerrero no podía dejar de honrar al viejo e ilustre dramaturgo en la corta temporada hecha en nuestra ciudad, y puso en la cuarta función el famoso drama que hemos visto interpretar a casi todas las actrices que han pasado por nuestro Teatro. El desempeño fue sencillamente admirable. El lleno como en las noches anteriores y con la misma devoción y entusiasmo en el público.

La noche del 26, despedida de la compañía, tuvo lugar el gran acontecimiento de esta corta pero brillantísima temporada: el estreno de *La hija del mar*, de don Angel Guimerá, que se acababa de estrenar en Buenos Aires y cuyas primicias para España las había reservado el autor para su ciudad natal. Fue un honor que el gran dramaturgo quiso otorgar a sus paisanos y éstos correspondieron dignamente llenando el Teatro y dando al estreno todo el valor literario y emotivo que tenía.

Fueron numerosos los telegramas que esa memorable noche se cruzaron entre esta capital y Barcelona, dando cuenta del clamoroso éxito obtenido por el autor, tantas veces ilustre, y por María Guerrero. El alcalde don Juan Febles Camps, en nombre de la ciudad puso al insigne tinerfeño el telegrama que sigue:

«Angel Guimerá. Barcelona.

Con motivo estreno nuestro Teatro grandioso drama *La hija del mar*, admirable interpretación eximia artista María Guerrero, aplaudido con gran entusiasmo, Santa Cruz de Tenerife envía ilustre paisano calurosa felicitación y cariñosos saludos. Alcalde Febles.»

A este telegrama contestó el glorioso dramaturgo:

«Alcalde de Santa Cruz de Tenerife:

Con emoción grandísima suplicole trasmita queridos paisanos profundo agradecimiento. Escribiré para que la estrene la señora Guerrero en Santa Cruz, una tragedia sobre la conquista de Tenerife. Angel Guimerá y Jorge».

También telegrafió a sus familiares aquí residentes:

«Isidro Guimerá. Tenerife.

Contentísimo por el éxito, pero muy arrepentido de no haber ido a presenciarlo. Agradézcolo con toda el alma. Mil abrazos cariñosísimos. Angel.»

El ofrecimiento hecho por el genial dramaturgo y poeta,

de escribir una tragedia sobre la conquista de Tenerife, causó enorme entusiasmo y fue lástima que no lo hubiera llevado a cabo. El formidable creador de *Mar y Cielo*, de *Tierra baja*, de *María Rosa* y de tantas otras obras consideró la empresa superior a sus fuerzas y así lo declaró...

Esta primera actuación de María Guerrero, en nuestro Teatro, en pleno apogeo de sus excelsas cualidades, se recordó siempre como se recuerdan las cosas más gratas que creemos no hemos de volver a disfrutar... Dos veces más nos visitó la artista sin rival de nuestra escena, triunfadora, en plenitud de lozanía y de grandeza.

De aquí marchó la compañía a Las Palmas, y desde allí prosiguió su viaje a Méjico.

En 1923, después de un salto de casi un cuarto de siglo, volvieron a visitarnos María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, con su notable compañía. Fue la primera visita en el momento del apogeo de la gloria de estos grandes comediantes, que dieron la máxima categoría a la farándula y elevaron el teatro nacional a una altura nunca alcanzada. Una dosis pequeña del más elevado arte, que quisieron dar a nuestro público años de perenne labor, de trabajo sin tregua, sin descanso, y nos ofrecían una actuación más dilatada, pues ya el triunfo y la gloria no les acuciaban tanto... Y si bien los años comenzaban a sentirse, eran geniales todavía. Aún había fibra, y una relativa juventud, y seguían admirando a los que habían sido soberanos indiscutibles de la escena. Venían con ellos valiosos artistas, figuras destacadas, bellas mujeres, espirituales, elegantes, talentosas, como Herminia Peñaranda, Josefina Tapias, Carmen Larrabeiti, María Guerrero López. Entre los hombres, veteranos todos, figuraban Juste y Codina, y el notable actor cómico José Santiago, de los mejores del género. También formaba parte de la compañía Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero, excelente actor, como sus padres. De la cruzada de 1899, solo quedaba Mariano Díaz de Mendoza. En concepto de corresponsal de *El Liberal*, venía con la compañía, Jacinto Grau, el aplaudido y genial dramaturgo.

La compañía tuvo fervorosa acogida. La ovación con que fue saludada doña María fue de las más efusivas y clamorosas que en nuestro coliseo hemos presenciado. El debut verificóse la noche del 26 de mayo, y las obras representadas en esta segunda actuación de los ilustres artistas, fueron: *El caudal de los hijos*; *El abanico de Lady Windermere*; *En Flandes se ha puesto el sol*; *La enemiga*, de Darío Nicomedi, traducida por Marquina, nueva en nuestra ciudad; *Locura de amor*, el

gran drama de Tamayo y el gran triunfo de María Guerrero, que hizo aquí en 1899; *La verdad de la mentira*, de Muñoz Seca, estreno; *Una mujer fuerte*, del notable escritor Martí Orberá; hermosa obra, nueva también ante nuestro público; *La dama del armiño*, de Fernández Ardavín, así mismo estreno; *La divina comedia*, de Clayton, traducida por Sinibaldo Gutiérrez, nueva aquí; *Mamá*, la bella comedia de Martínez Sierra, puesta a beneficio de la Guerrero; *El doncel romántico*, de Ardavín, estreno; *El estigma*, de Echegaray, para beneficio de Díaz de Mendoza, con uno de los mayores llenos de la temporada; *Madre*, otra magnífica obra de Martí Orberá, que se hacía aquí por primera vez, y era genial creación de la Guerrero; *Los frescos*, de Muñoz Seca, y *El padre Juanico*, de Guimerá, con que se despidió la compañía la noche del 10 de junio.

El Ayuntamiento de esta capital, que presidía don Andrés Orozco y Batista, agasajó y obsequió a María Guerrero y a Díaz de Mendoza, celebrando en su honor una brillante reunión en el salón de actos, que había sido espléndidamente decorado.

Nueva visita nos hizo María Guerrero en diciembre de 1927, dos meses antes de morir. En el ocaso de su gloriosa existencia volvió a honrar la escena de nuestro Teatro Guimerá.

De regreso de Venezuela y en viaje para la Península, hacía el postrer alto en nuestra isla, que había visitado en dos ocasiones, en plena juventud y en pleno triunfo la primera, al finalizar el siglo XIX, y en 1923, la segunda, ya en la madurez de su arte y de su vida... Era esta la tercera y la última temporada que la gran actriz hacía en Tenerife. Era también la postrera actuación, el «canto del cisne», de la eminente artista, que no tuvo rival en la escena española, figura eminente que compendia toda la historia del teatro español contemporáneo. A los dos meses de esta visita y de verse reintegrada a la patria, rendía su tributo a la muerte, en Madrid, donde naciera en 1867.

Formaban la hueste de estos comediantes próceres, en esta nueva jornada en Tenerife, las actrices María Guerrero López, Ana Guerrero, Socorro González, Josefina Almarche, Margot Casado, Carmen Pardo, Josefina Taboada, María I. a-bra, Encarnación Bofill y Carmen Larrabeiti, y los actores Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero, Ricardo Juste, Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero, Juan Beringola, José Capilla, Juan Vázquez, Rafael Terry y Angel Ortega.

El debut verificóse la noche del 7 de diciembre de 1927,

con la comedia de Fernández Ardavín, *Doña Diabla*, uno de los grandes éxitos de María Guerrero.

La temporada fue corta pero brillante, llenando el público el Teatro todas las noches. Las obras puestas en escena fueron: *Cancionera*, *Doña Perfecta* (que la Guerrero había estrenado en el Español), *La condesa María*, de Luca de Tena; *Entre desconocidos*, de López de Haro (estreno); *El caudal de los hijos*, de López Pinillos; *Los extremeños se tocan*, de Muñoz Seca y *La enemiga*, de Darío Nicomedi, como despedida de la compañía y beneficio de la señora Guerrero.

CAPITULO XXVIII

JULIA CIRERA Y EL ESTRENO DE «ELECTRA», DE GALDÓS, GRAN ACONTECIMIENTO TEATRAL DE AQUELLOS AÑOS

Dos notables compañías visitaron nuestra ciudad, en 1901. Primeramente la dramática de Julia Cirera, que era «portadora» de *Electra*, cuya exclusiva para los teatros de Canarias había obtenido de su insigne autor, y después, en la temporada de invierno de 1901 - 02, la de zarzuela de Moncayo, que nos dió a conocer las mejores estrenadas en aquel tiempo. Dos buenas compañías, a cuyo frente figuraban artistas de máxima reputación y del más limpio historial.

Con la Cirera venían las actrices Amalia Gómez, Elena Rodríguez, Emilia Torrecilla, Elvira Zapata, Amparo Sala y otras, y los actores Emilio Armengod, Sebastián Avilés, que ya nos había visitado con la compañía de Espejo; Fernando Estrella, Francisco Gómez Vera, Antonio Estrada, José García Leonardo, José Portes y Manuel Ortiz. De estrenos traía, en primer lugar, *Electra*, el más ruidoso de la época; *El loco Dios*, obra de las más discutidas y al mismo tiempo de las más celebradas, de Echegaray; *Los Galeotos*, de los hermanos Alvarez Quintero; *El Patio*, de los mismos famosos escritores y *El padre Juanico*, considerada por la crítica como de las mejores obras del ilustre autor de *Mar y cielo* y *Tierra baja*.

La señora Cirera ocupaba un lugar destacado entre las primeras actrices, habiendo puesto de relieve en su larga y provechosa carrera, cualidades extraordinarias que eviden-

ciaban su magnífica escuela dramática. Hija de la celebrada actriz americana señora Roca, y nacida también en América, formóse como otras muchas, al lado de la que fue gloria indiscutible de la escena española, Matilde Díez. Con esta eminente actriz y con Antonio Vico, hizo, brillantes temporadas en Madrid. Aquí causó excelente impresión. El primer actor, Emilio Armengod, que comenzaba, no era de voz agradable, pero era artista discreto y trabajaba con gran naturalidad.

OTRO ESTRENO FAMOSÍSIMO:
«FEDORA», DE SARDOU

Hizo su debut esta compañía la noche del 25 de abril, con una obra que fue predilecta de todas las grandes actrices: *Fedora*, de Victoriano Sardou, que se hacía por primera vez en nuestra ciudad, y que había sido escrita para la gran trágica francesa Sarah Bernhardt, y estrenada por ella en el Teatro del Vaudeville, de París, en 1882. Traducida a nuestro idioma por don José Francos Rodríguez y don Félix González Llanas, se puso por primera vez en España, en el Teatro de la Comedia, de Madrid, por Rosario Pino y Emilio Thuillier. El extraordinario drama de Sardou cayó admirablemente en nuestro público y desde esa noche del estreno por la compañía de Julia Cirera fue obra que aquí se hizo muchas veces y llenó siempre nuestro coliseo.

A *Fedora* siguieron *Divorciémonos*, también de Sardou; *María del Carmen*, de Feliú y Codina; *Mancha que limpia*, en que obtuvo la Cirera uno de sus más legítimos triunfos; *El loco Dios*, triunfo grande de la compañía y particularmente de la Cirera y de Armengod.

El loco Dios repitióse la noche del 9 de Mayo, en función extraordinaria en honor de la comisión municipal argentina, que regresaba de Madrid, después de haber hecho entrega a la Reina Regente, de un artístico jarrón alegórico, obra de Mariano Benlliure, obsequio de la Municipalidad de Buenos Aires, por los agasajos tributados en España a los marinos de la «Sarmiento». Esta comisión la constituían el intendente municipal de Buenos Aires, don Adolfo J. Bullrich, el secretario de la Intendencia, don Jorge N. Williams, el marqués de Folleville y don Enrique Casellas, periodista, redactor de *El Correo Español*, en representación de la prensa argentina.

El Teatro había sido adornado con artísticos trofeos argentinos y españoles. Al presentarse en el palco del Ayunta-

miento la comisión argentina, el público, de pie, le tributó una cariñosa ovación, suspendiéndose la representación y entonando la orquesta el himno argentino y el nacional.

ESTRENO DE «ELECTRA»

El 22 del citado Mayo tuvo lugar el tan anhelado estreno de *Electra*, de don Benito Pérez Galdós. *Electra* se había estrenado en Madrid, la noche del 30 de Enero de aquel mismo año de 1900, por Matilde Moreno y Francisco Fuentes, constituyendo su estreno uno de los más grandes acontecimientos del teatro español de todos los tiempos, pues absorbió todos los asuntos y levantó al país en una lucha sin precedentes. Eusebio Blasco escribía por aquellos días del estreno:

«Entra ya el estreno de *Electra* en un terreno que no es el del cronista de teatros; toma un giro nuevo, el mismo que tomaron en Francia las representaciones del *Rabagás* y del *Termidor*: va a servir indudablemente de pretexto a luchas o a prohibiciones. Mi deber es decir que como obra literaria y teatral, *Electra* es una hermosísima concepción digna de hombre de tan privilegiado cerebro como lo es Pérez Galdós, gloria nacional indiscutible».

Electra, traducida al francés, también obtuvo resonante triunfo en Francia. Se estrenó en París, en el Teatro de la Porte Saint-Martin, en Mayo de 1904. Pronto llegó, dentro del año, a las 150 representaciones, haciéndose todas las noches. Después recorrió todos los departamentos franceses. Ese mismo año 1904, mereció el honor de ser designada por el Gobierno francés, para ser representada en la solemnidad del 14 de Julio, según la costumbre establecida todos los años por esa fecha histórica. La representación de ese día es siempre gratuita y con cargo al Ministerio de Instrucción Pública.

El éxito de *Electra* en nuestra ciudad, fue también rotundo. Se agotaron las localidades. El Teatro había sido adornado con guirnaldas y trofeos con los colores nacionales y los de la matrícula de Tenerife. En el exterior se colocaron colgaduras y luminarias y, antes de comenzar la función, la banda del Regimiento de Canarias número 1, situada frente al edificio, ejecutó diversas piezas. Fue una noche memorable de enorme entusiasmo, para el público de esta capital. Los aplausos eran cerrados, atronadores, frenéticos; las aclamaciones ensordecedoras, pero sin que se diera ningún extemporáneo ni se pronunciaran frases que se apartaran de la tradicional co-

rrección de nuestro público. Al final se hizo levantar el telón infinitas veces, siendo ovacionados los artistas.

La señora Cirera estuvo verdaderamente admirable. No pudimos nunca suponer que la veterana actriz interpretara con tal justeza el encantador personaje desbordante de savia juvenil. El Máximo también encarnó perfectamente en Armengod, y el Pantoja fue modelo irreprochable del singular personaje.

Electra se puso dos noches más, y como la del estreno, volvió a llenarse el Teatro, y el entusiasmo del público se desbordó de nuevo.

Terminada la representación se dirigieron al glorioso escritor, autor de tantas obras admirables, numerosos telegramas de felicitación y de fervoroso homenaje del alcalde, del presidente de la Diputación provincial, presidentes de sociedades, directores de periódicos, particulares, etc.

Don Benito contestó con el siguiente:

«Alcalde. Tenerife:

Agradeciéndoles las cariñosas manifestaciones de ese culto pueblo salúdole de corazón Galdós.»

También telegrafió al decano de la prensa tinerfeña, expresándole sus más vivos afectos.

Otras obras, muchas de ellas de enorme popularidad, puso en esta temporada la compañía de Julia Cirera. Mencionaremos algunas:

Adriana Lecouvreur, que ocupó lugar destacado en la dramática francesa del siglo XIX, obra de las más predilectas de todas las grandes actrices; *Los gansos del Capitolio*, chistosa y bien hecha comedia de Mario (hijo), que era estreno aquí; *La Dolores*, *Don Juan Tenorio*, *Mariana*, de Echegaray, el más grande éxito de la Cirera, que superaba (decía el *Diario de Tenerife*), a cuantas actrices aquí la habían hecho; *La Campana de la Almudaina*, el viejo drama de don Juan Palou y Coll; la bella comedia de Lope, *El perro del hortelano*; *El Gran Galeoto*; *Angela*, de Tamayo; *Los Galeotos* de los Quintero, galaronada por la Academia, en 1900, con el premio Piquer, y *El soldado de San Marcial*, de los dramaturgos franceses Adolfo Felipe de Ennery y Pedro Esteban Piestre («Eugenio Cormon»), escrita sobre una causa célebre y arreglada a nuestra escena por los señores don Valentín Gómez y don Félix González Llanas. En este viejo melodrama estrenado en Apolo, en 1885, hizo una excelente labor el primer actor Armengod.

A beneficio de los pobres de Lanzarote y Fuerteventura, se celebró una función extraordinaria la noche del 10 de junio.

Constituían el programa la celebrada comedia de Victoriano Sardou, *Divorciémonos*, y el monólogo *Octavio*, de don Benito Pérez Armas, que desempeñó el señor Avilés, y fue muy aplaudido, siendo llamado a escena el autor.

La señora Cirera se despidió de nuestro público, la noche del 16, con el conocido drama de don Leopoldo Cano, *La Pasionaria*.

Doña Julia Cirera y Roca había nacido en Montevideo, en 13 de septiembre de 1855, y actuó por primera vez en Madrid, en 1867, en unión de la Boldún y de Ricardo Calvo.

CAPITULO XXIX

UNA BUENA COMPAÑÍA DE GÉNERO CHICO Y UN ACTOR GENIAL: JOSÉ MONCAYO LA TIPLE LUISA BONORIS

Como decimos en el anterior capítulo, en 1901, primer año de siglo, actuaron en nuestro Teatro, dos buenas compañías, cada una en su género: la dramática de Julia Cirera, que nos trajo el estreno de *Electra*, de Galdós, y la de zarzuela chica, de José Moncayo, que nos dió a conocer bellísimas obras que, por su mérito indiscutible, no supieron envejecer. De aquella temporada de invierno (1901 - 1902), que es de la que hoy vamos a hablar, se hizo cargo el estusiasta empresario don José Curbelo, que logró formar un magnífico plantel de artistas, a cuyo frente figuraba el gran actor cómico José Moncayo, del Teatro de la Zarzuela, de Madrid. De director artístico venía el aplaudido y fecundo escritor, autor de tantas obras de éxito, don Antonio Paso, y era maestro director y concertador, el ilustre compositor don Santiago Lope, que había dirigido la orquesta del Teatro Apolo.

Otros componentes de la notable compañía eran las tiples Luisa Bonoris, Enríqueta Blanc y Laura Núñez; la característica Juana Sanz, el tenor Eduardo Gallo, el barítono José Robles, el bajo genérico Casimiro Vázquez, y el tenor cómico Hilario Vera. Todos procedían de los Teatros de Madrid.

El debut verificóse la noche del 7 de diciembre, con el estreno de la zarzuela dramática, en tres actos, *La Cara de*

Dios, de Carlos Arniches y del maestro Chapí, estrenada en el Teatro Parish, en 1899, y considerada como el mayor éxito de aquella temporada en Madrid. Desde esa primera noche fueron artistas predilectos de nuestro público, Luisa Bonoris y José Moncayo. Moncayo fue uno de los «grandes» del género cómico español. Un artista excepcional, extraordinariamente genial, del grupo selectísimo que formaron Julio Ruiz, Carreras, Manolo Rodríguez, Mesejo (padre), y algunos más que olvidamos, maestros en el difícilísimo arte de saber hacer reír... Era Moncayo el prototipo del «gracioso» de las antiguas compañías, un poco exagerado a veces, a veces un poco apayasado, pero siempre gran actor.

La Cara de Dios se repitió a la siguiente noche, con el mismo éxito de interpretación y de público.

Brillantísima fue esta temporada, que aún recordamos como algo extraordinario. Estaba el género chico en su «punto de caramelo» y el repertorio de esta compañía lo nutrían numerosas obras de las que más prestigiaron al tan decantado género, muchas de las cuales se hacían por primera vez en este Teatro, logrando ruidoso éxito. Recordemos los títulos de algunas: *La alegría de la huerta*, *El juicio oral*, *Dolorettes*, *Los niños llorones*, *La balada de la luz*, *El guitarrico*, *La maja*, *La Tempranica*, *Sandías y melones*, *El último chulo*, *Las bravías*, *El maestro de obras*, *Pepa Gallardo*, *El género infimo*, *El bateo*. También figuró entre los estrenos de esta temporada, una obra de «circunstancias», letra de Antonio Paso y música del maestro Lope. *La Virgen de la Luz*, de costumbres canarias, que pudo haber sido lo mismo de costumbres... australianas. Ahí se estrellaron los tan aplaudidos y celebrados autores.

De estos estrenos se recordaron siempre los de *La alegría de la huerta*, obra digna, graciosísima, con chistes de la mejor calidad, que delataban a sus autores, Antonio Paso y Enrique García Álvarez, y cuya partitura del maestro Chueca, puede afirmarse que es de las mejores de cuantas compuso el popularísimo músico; *El juicio oral*, revista de gran aparato, simpatiquísima, en la que el «género chico» era «juzgado y absuelto de sus muchas faltas», y en la que Moncayo obtenía un triunfo de los mayores cantando los famosos cuplés de *Don Tancredo*:

Don Tancredo, don Tancredo,
don Tancredo es un barbián.
¡Hay que ver a don Tancredo
subido en su pedestal!...
subido en su pedestal!...

Doloretas, de Arniches y música de los maestros Vives y Quisilant; *Los niños llorones*, graciosísimo sainete madrileño, que hacía las delicias del público, y donde se cantaba aquella «guaracha» o lo que fuera:

De la caña se saca el azúcar,
 agua dulce se saca del coco,
 y de un tío que tiene dinero,
 se saca...
 ¡Se saca muy poco!...

La balada de la luz, bellísima obra del ilustre don Eugenio Sellés, con música también de Vives; *El guitarrico*, hermosa zarzuela, de ambiente aragonés, del maestro Pérez Soriano; *La Tempranica*, del maestro Giménez, con letra de Julián Rómea, éxito grande, si los hubo, de la zarzuela chica.

EL ESTRENO DE «EL BATEO»

Otro estreno que nos trajo la compañía de Paso y Moncayo y que queremos destacar, fue el de *El Bateo*, de nuestro ilustre paisano don Antonio Domínguez Fernández, en colaboración con don Antonio Paso y con música del maestro Chueca, y cuyo estreno en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, la noche del 7 de noviembre de aquel mismo año, constituyó un rotundo éxito, tan grande y definitivo, que esa fue la obra que salvó la temporada, haciéndose infinidad de noches. Al siguiente día de su estreno, Eusebio Blasco, el insigne periodista y comediógrafo, escribía: «El sainete tiene todas las de la ley: mucho asunto, mucha gracia, chistes del mejor género. Dura mucho tiempo en los carteles, según frase consagrada para las obras que «han de dar dinero». Es primera producción de don Antonio Domínguez Fernández, quien mereció los honores de la escena varias veces».

Por el mérito indiscutible de la obra y por la condición de tinerfeño del autor, el éxito aquí fue todo lo grande que tenía que ser. El desempeño fue admirable, particularmente por Moncayo, que hizo un «Wamba» colosal. El público, entusiasmado, pidió que saliera el señor Paso, pero éste, por explicable delicadeza, no estando presente el señor Domínguez, se negó a hacerlo.

Para el beneficio de Luisa Bonoris, que fue de los más «escandalosos» que hemos presenciado, se confeccionó un mag-

nífico programa, en el que figuraron *El Bateo*, nuevamente: *La Tempranica*, que era estreno, y *La Viejecita*. El lleno de esa noche fue con rebosos, el mayor de la temporada. Y el triunfo de la exquisita artista, por la que el público de nuestra ciudad tuvo especial predilección, fue apoteósico. Ovaciones continuas, muchos y valiosos regalos, flores palomas, versos (delicados versos, que escribiera Matías Real), «llenaron» las horas de esa noche inolvidable de la fiesta de honor de la Bonoris.

En el beneficio de los directores de la compañía, señores Paso y Lope, verificado la noche del 5 de febrero de 1902, se estrenó una zarzuela, en un acto, de don Mario Arozena y del citado maestro Lope, titulada *La hija del bosque*, de fina y delicada factura, gustando extraordinariamente, y siendo llamados a escena los autores y ovacionados.

Del éxito obtenido por esta obra, decía el *Diario de Tenerife* lo siguiente:

«Los que conocemos a Arozena y sabemos de lo que es capaz, confiábamos en el éxito; otros mostraban sus desconfianzas y sus recelos; pero desde las primeras escenas la expectación se convirtió en unánime manifestación de agrado, que fue aumentando hasta el final, en que la ovación fue completa y el triunfo indiscutible.

El libro, sin que esto quisiera decir que carezca en absoluto de defectos, hijos, más de la inexperiencia que de falta de aptitudes, está perfectamente escrito, tiene frases hermosísimas, caracteres dibujados de mano maestra, y la trama, sencilla, pero altamente dramática, se desarrolla con suma naturalidad».

La música del maestro Lope gustó también muchísimo, siendo repetidos, entre grandes aplausos, todos los números.

La hija del bosque, fue la primera obra teatral que llevara a la escena, don Mario Arozena, cuyo prestigio era grande a finales del pasado siglo y comienzos del xx. En 1902 (ya lo hemos reseñado), la compañía de Pablo López le estrenó *De la tierra canaria*, escrita en colaboración con Diego Crosa y a la que puso música el competente maestro don José Crosa, y *Angela*, con música del maestro Andrés García de la Torre, obteniendo ambas el éxito merecido. Por último, en 1904, la compañía dramática de Luis Echaide y Concepción Aranaz, que hizo magnífica temporada en nuestro Teatro, le estrenó al señor Arozena, el cuadro psíquico dramático *Luchas del alma*, que había obtenido el primer premio en los memorables Juegos Florales de La Orotava, celebrados en junio de 1901. El estreno se verificó la noche del beneficio del señor Echaide,

que interpretó el protagonista, obteniendo un gran triunfo, compartido con el autor, al que el público ovacionó con el mayor entusiasmo.

La compañía de Moncayo dejó buenísimo recuerdo en nuestra ciudad, particularmente este gran actor, que, en su género, afirmáramos que fue el mejor de cuantos desfilaron por aquí. También fue muy recordada la simpática y tan femenina tiple Luisa Bonoris, toda entusiasmo y anhelo de triunfar. Tampoco pudimos olvidar a «Verita», el extraordinario tenorcito cómico Hilario Vera, que era la gracia y el talento personificados en un endeble y desmirriado cuerpo, que, apenas aparecía en la escena, ya estaba el público riendo de manera estrepitosa.

¿Y del maestro don Santiago Lope qué hemos de decir? Era todo un músico de categoría. Compositor notabilísimo de gran inspiración, autor de aplaudidas partituras de zarzuelas y de bellísimos pasodobles, que adquirieron inmensa popularidad, sobre todo el titulado *Gallito*. Poco después de esta su temporada en Canarias, el maestro Lope fue nombrado director de la banda municipal de Valencia, en cuyo cargo le sorprendió la muerte en 1906.

BRINDIS DE SALAS

Otro acontecimiento de gran calidad artística constituyó la actuación en nuestro coliseo del famoso violinista negro Brindis de Salas. En la mañana del 4 de marzo de 1902 y en el vapor «Almirante Díaz» llegó a nuestra ciudad el notable artista para dar varios conciertos, que constituyeron un éxito rotundo.

Claudio José Brindis de Salas, músico cubano, hijo de otro notable músico y, como éste, negro, nació en La Habana, el 14 de agosto de 1852. Discípulo de su padre en sus primeros estudios, debutó a los diez años con notable éxito en el Liceo de La Habana. En París, a donde pudo mandarle el autor de sus días, tuvo como maestros a Carlos Dances y a David. En el Conservatorio de la capital de Francia ganó un accesit y luego el primer premio, mereciendo que la prensa de París le consagrara entusiastas elogios. En Italia llamó la atención en el Conservatorio y Scala de Milán, en Turín y en Florencia. Más tarde fue aplaudido en Berlín, San Petersburgo y Londres, ganando los sobrenombres de «Paganini negro» y «Rey de las octavas».

En 1875 volvió al Nuevo Mundo con el título de director del Conservatorio de Haití, recorriendo, después de renunciar a este cargo, la América Central, Venezuela, Cuba y Méjico, obteniendo ruidosos triunfos.

Un periódico de Italia retrató al artista cubano con estas palabras:

«El caballero Brindis de Salas es un joven negro, perfectamente negro, hijo de Cuba, de un talento extraordinario y de hermosa y simpática figura, que habla seis o siete idiomas. Es violinista de actividad admirable y al mismo tiempo de una energía que lleva impreso el ímpetu característico de su raza, y siente con una pasión que le chispea en las pupilas, que son de una expresión electrizante».

El *Diario de Tenerife* resumía así la labor de Brindis de Salas:

«Nuestro coliseo acaba de ser honrado y favorecido con el concierto que, a beneficio de la Cruz Roja, se sirvió dar anoche el caballero Brindis de Salas.

No era desconocida para nosotros la fama de que el sorprendente violinista venía precedido, pero era necesario oírlo para apreciarlo debidamente; y si bien nos creemos limitados para emitir un juicio exacto, no dudamos afirmar que este célebre violinista se halla a gran altura y entre los que descuellan en el difícilísimo arte de tocar el violín, bien demostrado en el concierto que hemos tenido la dicha de oírle.

Difícil, si no imposible, encontramos hacer una revista de cada una de las obras que el señor Brindis de Salas ejecutó anoche en nuestro Teatro, y por eso nos limitamos a manifestar la admirable interpretación que el eximio artista imprimió a todas, subyugando al público, que tiene pendiente de sí desde que empieza hasta que acaba su tocata.

Los nutridos aplausos y bravos y las diferentes veces que fue llamado al palco escénico, son pruebas inequívocas de la admiración y entusiasmo que produjo en el público.

Reciba el señor Brindis de Salas nuestro entusiasta aplauso, y crea que será aquí perdurable el grato recuerdo de haberlo oído.

Nuestra cordial enhorabuena también al reputado maestro don Tomás Calamita, por el acierto con que acompañó al piano al concertista».

Brindis de Salas falleció en Buenos Aires, en el más com-

pleto abandono y falta de toda clase de recursos, costeando los gastos de su entierro la Municipalidad.

¡Triste sino de tanto artista eminente...!

Como colofón, un dato curioso: el autor de estos ANALES conserva algún autógrafo de este extraordinario artista de color. Firmaba siempre en francés: «Le chevalier Brindis de Salas».

CAPITULO XXX

OTRA ACTUACIÓN DE ALTO VALOR ARTISTICO: EMILIO THUILLIER.
«OTELO», «CYRANO DE BERGERAC», «HAMLET», «JUAN JOSÉ»,
«EL NIDO AJENO» Y «LAS FLORES»

Llegamos en este capítulo, a una de las actuaciones de mayor prestigio artístico e intelectual, que tuvieron lugar en nuestro Teatro. Su recuerdo es imperecedero, y si tuviéramos que dividir estas notas, con pretensiones de historia del Teatro en nuestra isla, en tres etapas o «edades», no vacilaríamos en declarar que la tercera o moderna, empezó con Emilio Thuillier y su gran compañía dramática, la mejor de cuantas visitaron nuestra ciudad.

Compañía de las mejores con que contó el arte dramático español, dirigida por aquel eminente actor, considerado como el primero del teatro contemporáneo, y en la que figuraban artistas notabilísimos, maestros todos en el arte de la escena, su presentación en nuestro Teatro constituyó un extraordinario acontecimiento. El repertorio, escogidísimo, era digno de la compañía. Los estrenos fueron de tal calidad, que pocas obras estrenadas antes o después, lograron alcanzarlos o igualarlos. Y las decoraciones, especiales, para cada estreno, y una especialísima, para cada acto de *Don Juan Tenorio*, fueron las más valiosas y bellas que ha lucido nuestro principal escenario.

Como primera actriz venía Ana Ferri, de subyugante be-

lleza, elegantísima, de finos y delicados ademanes y con condiciones excepcionales para el teatro. Otras actrices, algunas conocidas y todas con dominio absoluto de su arte, eran Isabel Luna (que nos había visitado con Sánchez de León); Luisa Planas, Mercedes Díaz Gambardela, María Anaya, Teresa Gil. Entre los actores, también notables, figuraban Arturo La Riva, Víctor Pastor (que había venido también con Sánchez de León), Genaro Guillot, Emilio Díaz (que fue años después excelente primer actor); José Rausell, Antonio Torner y Juan Varela.

El debut verificóse la noche del 12 de mayo de 1903, con *Fedora*, de Victoriano Sardou, causando la compañía gratísima impresión y dando al famoso drama una interpretación tan exacta y admirable, que los aplausos fueron como nunca de atronadores.

La Opinión, bajo la inicial X (don Benito Pérez Armas), dijo:

«La representación de *Fedora* me ha vuelto a la vida verdadera, a la realidad del arte, sin más tendencias que el arte mismo.

La Ferri estuvo anoche admirable, con una «exhuberancia inaudita», como diría uno de los modernistas a que antes hacía alusión. Tiene un modo especial de ver y de interpretar el alma de *Fedora*, alma apasionada, impulsiva, de mujer extraordinaria; de ahí que gran parte del público quedara sorprendido al desarrollarse el tercero y cuarto actos, que son de gran fuerza trágica.

Thuillier produjo entusiasmo y admiración. Es un artista culto, a la moderna, sin desplantes ni griterías.

A una persona muy ilustrada que ha visto durante varios años representar *Fedora* en los principales teatros de Francia, la oímos sostener anoche que jamás vió artista alguno que interpretara con más acierto, en un sentido más humano, el personaje de Loris Ipanoff».

«El Bachiller Carrasco» (don Mario Arozena), desde el *Diario de Tenerife* habló así del debut:

«*Fedora*, el gran drama de Victoriano Sardou, la obra del dramaturgo francés, —que acaba de llevar a la dramática la figura del Dante escrita de ex-profeso para el insigne trágico Irving— fue la elegida por Emilio Thuillier, para su debut en nuestro Teatro.

Obra de inmensa entraña dramática, desarrollada entre un crimen sangriento y un suicidio trágico en medio de los que se retuerce la pasión amorosa de la princesa *Fedora* y del

Conde Loris, a cuyo lado bullen una serie de personajes esbozados a grandes rasgos que se mueven con arte magistral, con esa maestría de la que solo Sardou conoce el profundo secreto, *Fedora* era la obra más apropósito para poner en relieve las condiciones de artistas de Ana Ferri y de Thuillier. Ambos encontraban los gallardos caracteres de sus personajes dibujados a toda luz en el gran drama; ambos artistas tenían ancho campo en que lucir sus excepcionales facultades».

La segunda representación, la noche del 13, se hizo con *De mala raza*, de Échegaray, para el mayor lucimiento de la Ferri.

La del 14, fue la primera de las grandes noches de Thuillier en Tenerife. Se puso en escena *Otelo*, la obra inmortal del inmortal poeta de Inglaterra, arreglada expresamente para el gran actor español, por el ilustre literato y periodista don Francisco Navarro Ledesma, en colaboración con José Cubas. Era esta obra una de las más portentosas creaciones de Emilio Thuillier. Su representación en nuestro Teatro, fue algo tan impresionante, tan magistral y supremo, que anonadó al público y lo llenó de estupor.

La Ferri fue también heroína de esa noche inolvidable. Su Desdémona era la Desdémona de Shakespeare, y dicho así, hecho queda su mayor elogio. Y completando la trinidad de grandes intérpretes de la colosal tragedia, Arturo La Riva, en el Yago, compartió dignamente, extraordinariamente, con las dos principales figuras de la compañía, las delirantes ovaciones.

La escena, como no se recordaba igual. El «atrezzo», riquísimo. Cinco decoraciones especiales, suntuosas, bellísimas, acabadas obras de la pintura escenográfica. Y el Teatro, con el lleno de las grandes noches.

Esta representación de *Otelo*, por Thuillier, dejó recuerdo indeleble. Don Pedro Delgado, otro intérprete extraordinario de la obra shakesperiana, la había hecho aquí, en 1885, debutando con ella. Fue la primera vez que se hizo en nuestra ciudad. Después la hizo Thuillier. Después Morano en 1906. Después, en 1914, Tallavi, el malogrado y también insigne actor. Obra de colosos, en ella obtuvo Maiquez su consagración definitiva.

Del *Otelo* de Thuillier, decía «X», en *La Opinión*, al día siguiente:

«Pocas veces, muy pocas, hemos sentido tan hondamente la grandeza del arte, como anoche la sentimos viendo al señor Thuillier en la trágica concepción de *Otelo*. La pluma torpe no

acierta a definir la labor exquisita y admirable que se remonta hasta lo perfecto, en el trabajo que el genial actor hace del gran personaje, que cual síntesis de lo más pasional, de la explosión ardiente de los celos pintara Shakespeare. Más que cuanto pudiéramos decir por nuestra cuenta está el fallo del gran juez, del «monstruo» terrible, del público que anoche, suspendido y absorto, ni aún siquiera acertaba a respirar para no perder un detalle de aquel trabajo admirable, prorrumpiendo al final en estruendosa, franca y sentida ovación para el feliz intérprete de *Otelo*. Quien así sabe traducir la entraña de una obra, y de una obra trágica, dificultosa, erizada de escollos, sin efectismos de relumbrón, ingrata para el actor, es un actor genial, digno heredero del genio de Maiquez, príncipe de los trágicos españoles».

El 16, hizo Thuillier *Juan José*. Sabido es que el ilustre Dicenta, aquel recio dramaturgo que llenó una época de nuestro teatro, escribió para este actor el famoso drama, que él estrenaba con el más grande de los éxitos, colocando en primera fila, como dramaturgo, al autor, que fue su amigo de siempre. *Juan José*, interpretado por Thuillier, tuvo ante nuestro público honores de acontecimiento. No podía pedirse nada mejor. Solo faltó esa noche, para rememorar la del estreno en Madrid, la presencia del autor.

El 17, correspondió de nuevo a Echegaray, con *En el seno del muerto*, drama en verso, en el que realizaba Thuillier un trabajo magistral.

Don Antonio Goya, el culto revistero teatral de *El Independiente*, escribió:

«Venían a mi memoria anoche recuerdos de otra noche, del estreno del drama *En el seno de la muerte*, hace ya largos años.

Poco a poco, los versos de Echegaray, ya casi olvidados, evocaban lo pasado: ya era la voz armónica de Rafael Calvo que provocaba tempestades de aplausos en el Teatro Español; ya los rugidos del público que interrumpía la representación para pedir el nombre del autor: ya, por fin la salida de Echegaray a la escena después de haber conservado por capricho insólito en él, el anonimó hasta el final».

El 19, otra de las grandes noches: la del estreno del bellísimo poema dramático de Edmundo de Rostand, *Cyrano de Bergerac*. Derroche de arte, de magnificencia, de belleza, de luz. Eso fue lo que Thuillier y sus compañeros expusieron esa noche en nuestro Teatro, al dar a conocer la maravillosa obra del gran poeta francés, montada sin faltar detalle, con

todas las exigencias y con el máximo de lujo y propiedad. Cinco fueron también las hermosas decoraciones estrenadas en *Cyrano*, debidas al reputado escenógrafo de Milán, don Antonio Rovescalli.

Cyrano de Bergerac, la incomparable tragi-comedia de Rostand, llegaba a nuestro público aureolada por la fama. Se había estrenado en París, en las Navidades de 1897, obteniendo tan enorme éxito que se hizo 300 noches consecutivas, y se vendieron en los primeros momentos 150.000 ejemplares. Se tradujo a todos los idiomas y se representó en todos los teatros de importancia del mundo, por las mejores compañías, obteniendo en todas partes el mismo ruidoso triunfo. La traducción española fue hecha por los señores don Luis Vía, don José G. Martí y don Emilio Tintoré, tres jóvenes escritores catalanes.

Coquelín, el famoso intérprete de *Cyrano*, afirmaba que esta obra había sido el «suceso» más grande que había visto en su vida de actor.

«Porque *Cyrano de Bergerac* (decía Zamacois), es algo sublime, arquetipo, maravillosamente armónico donde todas las vibraciones innúmeras de la carne y del espíritu humano dejaron prendidos un suspiro y un matiz...»

El triunfo de *Cyrano de Bergerac* en nuestro Teatro fue también opoteósico, respondiendo el público de tal forma y con tal expectación y entusiasmo que fue esa noche una de las más memorables de la historia del viejo coliseo.

Thuillier encarnó maravillosamente la extraordinaria figura del personaje central, inspirado como es sabido en el ingenioso escritor francés Savinien de Cyrano, aventurero y pícaro. Anita Ferri, en el papel de Roxana, idealizó esta encantadora figura, obteniendo uno de sus más grandes y merecidos triunfos.

El 21, se estrenó la bella comedia de Eusebio Blasco, *El Angelus*, estrenada por Thuillier en Madrid. El 22, otro estreno, con extraordinaria entrada: *Malas herencias*, de Echegaray. El 23, *Don Juan Tenorio*, distinto a cuanto se había visto aquí. Nueva y magna interpretación de la célebre obra de Zorrilla, por el genial actor, sin desplantes de mal gusto, ni afectismos declamatorios que ya no sonaban bien. Decía un periódico local, y tenía razón, que por primera vez habíamos visto el *Tenorio*... Siete preciosas decoraciones, una para cada acto, se estrenaron esa noche. El 24, de nuevo Echegaray, con *Mancha que limpia*, y el Teatro lleno.

El 26, otra de las grandes noches de arte, que Emilio Thuillier, ofreció a nuestro público, para que no se olvidara el re-

cuerto de su actuación. Fue *Hamlet*, la obra de esa noche, que se hacía por vez primera en nuestra ciudad. La interpretación de este otro drama de Shakespeare, de este «sublime poema del dolor y del desengaño», como dijo Salvador Canals, fue también algo definitivo e inenarrable. La labor de Thuillier fue la de un actor de altos vuelos, de un gigante de la escena. No creemos que se pueda interpretar con mayor perfección, el atormentado personaje. Thuillier era un maestro en el gesto, en el decir, en los ademanes. En todo quedaba patentizado el gran actor que era.

La Ferri, en la Ofelia de *Hamlet*, fue lo que en la Desdémona de *Otelo*: Era la figura ideal para encarnar estos delicados, encantadores tipos de mujer, máximas concreciones de estos grandes creadores de la tragedia y del drama... Fue la auténtica Ofelia shakespereana, dulce y enamorada, la que vimos aquella noche. La que cantara en tiernos y bellos versos, el poeta de las *Rimas*:

Símbolo del dolor y la ternura,
Del bardo inglés en el horrible drama,
La dulce Ofelia, la razón perdida,
Cogiendo flores y cantando pasa.

Así pasaba ante el príncipe de Dinamarca, alucinado y sombrío, la figura alada, infinitamente poética, de Ofelia, y así pasaba, ante los ojos estáticos y absortos de los espectadores, la gentil actriz, cuya belleza cautivaba a todos.

Hamlet fue para Emilio Thuillier y su compañía, un triunfo rotundo como el de *Otelo* y el de *Cyrano*.

La noche del 28 fue también memorable para las letras insulares y para el teatro regional. Triunfal jornada, como tantas otras triunfales, de esa inolvidable temporada. Se dió a conocer esa noche a nuestro público, la bellísima comedia dramática de los ilustres escritores canarios, hermanos Millares Cubas, *La herencia de Araus*, que Emilio Thuillier había estrenado en Málaga.

Su estreno en Nuestro Teatro, fue también una verdadera solemnidad, no solo por el mérito indiscutible de la obra, y su magistral interpretación, sino por el cariño y la admiración que nuestro público sentía por los dos preclaros escritores isleños, cuya extraordinaria labor literaria era justamente elogiada y apreciada en su justo valor. Triunfadores en la novela, los Millares abordaron el teatro con iguales bríos y competencia, y triunfaban también en él. Con *La herencia de Araus*, pri-

mero, y con *María de Brial*, después, demostraron la pujanza de sus condiciones, que les hubiera llevado a triunfar en el teatro nacional, si su proverbial modestia no les hubiera retenido en la tierra natal.

La herencia de Araus, drama simbólico, discutido, pero de innegables bellezas, de exquisita factura literaria, obra de volumen, de categoría, con la que la crítica fue respetuosa al señalarle deficiencias, había sido escrita para Emilio Thuillier y éste, acogiéndola con sin igual cariño, la estudió y montó con toda propiedad y la dió a conocer, primeramente al público malagueño, y luego a los de Canarias.

En nuestra ciudad fue gratísima la impresión que produjo el estreno de la obra de los Millares. Sensación de cosa inesperada, subyugadora, de belleza extraña y escalofriante.

El éxito fue completo. Thuillier (Lorenzo de Araus) y la Ferri (Eva Rubens), realizaron una labor admirable, que fue merecedora de grandes y entusiastas aplausos. Al estreno asistió uno de los autores, don Luis, afamado médico. Su hermano, don Agustín, notario del Colegio de Las Palmas, no pudo asistir. El público hizo objeto de grandes y efusivas ovaciones y aplausos, al distinguido paisano que, emocionado, recibía desde el escenario esa prueba de sincera admiración y de cariño.

Se estrenaron esa noche, como todas las grandes obras puestas en esa temporada, dos preciosas decoraciones pintadas expresamente para *La herencia de Araus*, por el notable escenógrafo malagueño, don Manuel Pérez. La concurrencia fue tan numerosa, que llenaba todas las localidades del Teatro. Fuera del edificio y como homenaje a los ilustres escritores canarios, la banda del Regimiento tocó diversas piezas antes de comenzar la función.

Nuestros críticos opinaron así del afortunado estreno.

Don Benito Pérez Armas, en *La Opinión*:

«Todo el drama está admirablemente escrito, lleno de bellezas, sembrado de hermosos pensamientos».

Don Mario Arozena, en el *Diario de Tenerife*:

La herencia de Araus prueba un talento gallardo, un espíritu artístico admirablemente educado, una encantadora observación y un gran valor y atrevimiento al romper moldes literarios de escuela preponderante. Los hermanos Millares se muestran innovadores dentro del arte».

Don Antonio Goya, crítico de *El Independiente*, añadió:

«Con *La herencia de Araus* han dado prueba Luis y Agustín Millares de tener grandes condiciones para triunfar en la escena, pues si han logrado un éxito grandísimo yendo contra

los gustos del público, mucho más fácil y más grande sería su triunfo si usaran de los resortes que más efecto alcanzan en el teatro contemporáneo.»

Y don Miguel Feria («Froissé»), en *El Cronista de Tenerife*, expresó su impresión así:

«Guiados indudablemente por su afición al simbolismo dentro del arte, los hermanos Millares han presentado brillantemente sus tesis, adornándole con las galas esplendorosas de un lenguaje correcto y florido, con empujes y arranques propios de autores avezados a estas lides, y con una elegancia y corrección de estilo, que serían timbres suficientes para darles patente de geniales escritores, si ya desde mucho no lo disfrutaran».

Al estreno de la obra de los hermanos Millares, sucedieron, la repetición de *Hamlet*, la noche del 30, para beneficio del ilustre Thuillier, en el que se puso a prueba la admiración que se sentía por el gran actor y las muchas simpatías con que aquí contaba; *La fierecilla domada*, de Shakespeare, traducida por Manuel Matoses y representada la noche del 31, en función de beneficio de Anita Ferri, la espiritual actriz, intérprete admirable del teatro shakespeareano, que fue objeto también en su fiesta de honor, de singulares pruebas de cariño; *El nido ajeno*, estrenada la noche del 1.º de junio, primera obra de Benavente, y primera obra que, del insigne dramaturgo, conoció nuestro público.

Después de una pequeña actuación en el interior de la isla, Emilio Thuillier y su compañía regresaron a nuestra ciudad, para darnos a conocer, antes de su despedida definitiva, otras dos hermosas obras: *Las flores*, bellísima comedia de los hermanos Alvarez Quintero, de fino ambiente andaluz, en la que se estrenó una preciosa decoración de Martínez Gari; y *El honor*, de Herman Suderman, cuya adaptación a nuestro teatro había sido hecha por el ilustre periodista y crítico don Francisco Fernández Villegas («Zeda»), con el título *El bajo y el principal*. Ambas obras, admirablemente interpretadas, las recibió nuestro público con el mayor entusiasmo y fueron muy aplaudidas.

Un detalle que no hemos querido dejar escapar, porque nos pareció un tanto extraño: Emilio Thuillier, en esa su inolvidable temporada en nuestro Teatro, no hizo ninguna obra de Galdós ni de Guimerá.

UNA FIESTA MEMORABLE Y UNA
COMPAÑÍA INFANTIL

Una magnífica fiesta fue la celebrada en 1905 en nuestro Teatro Principal, a beneficio de la Asociación de la Prensa y en la que tomaran parte diversos elementos artísticos de esta ciudad, presentando el Teatro un soberbio golpe de vista. La orquesta de la Sociedad Filarmónica, dirigida por el maestro Sendra; el pianista Romero Spínola; el tenor don Miguel Feria; la Agrupación de guitarras y bandurrias del Ateneo, que dirigía don José Pozuelo; las bandas de música militar, municipal y del Hospicio; Orfeón y Orquesta del Círculo de Amistad, y también la Sala de Armas del Club Tinerfeño, que quiso prestar su colaboración a esta simpática fiesta, fueron los valiosos elementos artísticos que nutrieron el sugestivo programa.

Número destacado de esta brillante fiesta fue la «compañía infantil», que organizara el entusiasta e inolvidable Ramón Baudet y que puso en escena la bonita zarzuela *La leyenda del monje*, de Arniches y Chapí. La representación fue irreprochable, constituyendo un gran triunfo para los diminutos artistas. Las partes principales fueron desempeñadas por Emilia Mesa, Africa Martín, Antonio García Mesa, José Martín, Pablo Álvarez Cañas, Francisco Gil y Manolito Funes. Los coros, que también estuvieron a gran altura, los integraban numerosos niños de ambos sexos.

El lleno fue de los que hacen época, y el gentío estacionado fuera del edificio era enorme. El Teatro había sido engalanado y las bandas de música tocaron fuera antes de empezar el espectáculo.

CAPITULO XXXI

BUENAS COMPAÑÍAS DE ÓPERA

EL MAESTRO VILLA Y EL TENOR CARDINALI

Brillante embajada del arte lírico nos trajo el año 1904, en sus comienzos.

La noche del 10 de enero hizo su debut en nuestro Teatro, la gran compañía de ópera, a cuyo frente figuraba el ilustre maestro Villa. La obra elegida para la inauguración de la que había de ser magnífica temporada, fue *Lucía de Lamemoor*, en la que tuvo un triunfo rotundo la notable tiple, señorita Lopeteghi. La concurrencia no fue todo lo numerosa que exigían el mérito de los cantantes y el esfuerzo de la empresa. Participaron del triunfo del debut, que fue resonante, el tenor Maristany, el barítono Ferrer y el bajo Candela.

La orquesta, de la que formaba parte la celebrada arpista «Esmeralda Cervantes», fue partícipe del triunfo. Bajo la batuta del maestro Villa, se hizo acreedora a los muchos aplausos que el público le tributara durante la temporada.

Las obras cantadas por esta compañía, fueron, por su orden, las siguientes:

Un ballo in maschera, de Verdi, para debut de la señora Colombini, hermosa y bella mujer y notabilísima cantante, que compartió su triunfo con la Lopeteghi; el barítono Polimeni, la señora Riera y los bajos Dubois y Candela; mereciendo esta obra los honores de la repetición. *Sonámbula*, en que debutó el celebrado tenor Tanci, obteniendo la Lopeteghi un enorme triunfo. El maestro Villa fue ovacionado. *Diario de Tenerife* decía: «Los gustos modernos ya no se satisfacen con estas jo-

yas de la música italiana, pero aún así hay momentos en que el público se entusiasma de verdad, como ocurrió anoche, olvidándose de las exigencias de la moda». *Cavalleria Rusticana*, que también se cantó dos veces, por la Colombini y Maristany, completándose el programa con dos actos de *Sonámbula*, y repitiéndose el clamoroso triunfo de la Lopeteghi y de Tanci. *I Pagliacci*, magistralmente cantada por el barítono Polimeni, la tiple señorita Lacambra, que debutaba, y el tenor Tanci. También se cantó dos veces esta ópera. *Otello*, de Verdi, en función la más extraordinaria de cuantas llevó a cabo en esta temporada la compañía del maestro Villa. Se cantaba por primera vez en nuestro Teatro esta famosa obra, haciendo en ella su debut el gran tenor Cardinali, de fama mundial. La concurrencia fue grande, atraída por el prestigio de este célebre cantante, que obtuvo un ruidoso triunfo, siendo llamado a escena infinidad de veces y aclamado con delirante entusiasmo. La noche del 19, fue también memorable. Se compuso la función del tercer acto de *Lucía* y la repetición de *I Pagliacci*, para debut de uno de los más notables cantantes que por nuestro escenario han desfilado: el barítono español don Gabriel Hernández, que cantó las dos obras. El éxito fue enorme. El señor Hernández puso a prueba sus extraordinarias facultades, entusiasmando a la concurrencia, que le ovacionó constantemente. También estuvieron admirables la Lacambra y el tenor Maristany. Siguieron *Fausto*, por la Lacambra, la Riera y Maristany; *Otelo*, por segunda vez; *Traviata*, que se repitió, cantada con éxito grande, por la Lopeteghi, Maristany y Hernández; *Il Trovatori*, cantado por la Colombini, la contralto señora Riera, que estuvo a gran altura, el tenor Cardinali y el barítono Hernández; la noche del 25, otra función especial con el tercer acto de *Sonámbula* y nuevamente *I Pagliacci*, ravanando a inconmesurable altura el gran barítono Hernández; *Rigoletto*, que fue un completo triunfo para todos los intérpretes y especialmente para la Lopeteghi, Maristany, Polimeni, Dubois y Candela. También se cantó dos veces *Aida*, que cantaron la Colombini, la Riera, Cardinali, Hernández, Dubois, Candela y Ore. Esta fue uno de los grandes triunfos de la compañía, del que se hacían lenguas público y prensa. Un periódico decía: «En conjunto hay que confesar que aquí no se había visto un espectáculo tan completo en su género ni un éxito más legítimamente conquistado para los artistas y sobre todo para la orquesta y su director». Cardinali, esa noche, como la noche de *Otello*, fue el gran cantante de otros tiempos, en que alternaba con las primeras figuras del arte lírico, en los más

importantes teatros de Europa. *Aida* se cantó tres veces en esta temporada.

La noche del 1.º de febrero, tuvo lugar el estreno de la bellísima ópera del maestro Puccini, *La Boheme*, cuyo libreto está tomado de las *Escenas de la vida bohemia*, de Mürger, que tanto saboreamos en los días juveniles. La interpretación fue irreprochable y la concurrencia como ninguna noche, pues se agotaron las localidades. La señorita Lacambra (Mimí), estuvo admirable, y la señorita Lopeteghi, (Musette), deliciosa y cantando como siempre. El bajo Dubois, el tenor Maristany y el barítono Polimeni, obtuvieron también un franco éxito, del que conservaron los aficionados gratísimo recuerdo. Cuatro veces se cantó la popularísima ópera, con igual éxito que la primera noche.

Hernani se cantó la noche del 4, por Cardinali, la Lacambra, Hernández y Dubois. El 5, beneficio del ilustre maestro director don Ricardo Villa, con la repetición de *La Boheme*. El autor de *Raimundo Lulio* fue ovacionado con la ovación más grande de la temporada y fueron muchas y grandes las tributadas. Recibió muchos regalos, algunos de verdadero valor. Con *Lucía* celebróse el beneficio de Anita Lopeteghi, la notable tiple ligera, artista encantadora, de gran belleza y simpatía, que fue predilecta de nuestro público. Su beneficio, más que un homenaje, fue un desbordamiento de entusiasmo y de cariño. Bajo una lluvia de papeles de colores, que caía del techo, y entre aplausos y ovaciones, numerosos regalos de sus admiradores llegaban a las manos de la artista, emocionada y agradecida. El beneficio de la Lacambra, también notabilísima cantante de depurada escuela y de excepcionales dotes que nuestro público supo apreciar en toda su valía, se hizo con *La Boheme*, en su cuarta repetición. Fue asimismo su fiesta de honor nueva exteriorización del entusiasmo del público, que la aclamó y obsequió espléndidamente.

Con *Il Barbiere di Siviglia*, a beneficio del tenor Maristany, dió fin la noche del 8 de febrero, tan brillante temporada de ópera, quizá la más completa y de más alta categoría de cuantas en lo que va de siglo, aquí hemos visto.

EL BARÍTONO GIOVANNINI Y LAS SOPRANOS
MARÍA CORTI Y LA GALÁN

En 1906, dos años después de esta extraordinaria temporada de ópera del maestro Villa, que tan buenas cantantes

agrupó bajo su batuta, debutó en nuestro Teatro otra magnífica compañía de ópera, dirigida por el gran barítono Giovannini, que debutó con *Aida*, la noche del 26 de noviembre. La entrada fue buena y la impresión mejor, obteniendo los distinguidos cantantes, merecidos aplausos.

Con Giovannini venían los maestros directores y concertadores, Esteban Puig y Guelpho Massi; las sopranos Mercedes Ranz, María Corti, Zaira Bausi, Rosalía Panizzi y Ramona Galán; los tenores Cayetano Breda, Guisepe Goiri, Pietro Morera y Antonio Pomer; primeros barítonos Romeo Pangliolico, Francisco Molina y Leopoldo Borgioli; bajos Vincenzo Gasparini y Giovanni Solda, y el bajo caricato Amilcare Ferrera.

El abono fue el mayor que aquí se había hecho.

Esta notable compañía cantó las óperas *Rigoletto*, dos veces; *Lucía de Lammeoor*, *La Boheme*, *Tosca*, tres veces; *La Favorita*, *Un ballo in maschera*, *Hernani*, la mejor cantada; *Cavallería Rusticana*, *Dinorah*, *I Pagliacci*, *Lucrecia Borgia*. En *Rigoletto* fue ovacionado Giovannini, lo mismo que el tenor Macentelli y las tiple señoras Bausi y Galán. *Tosca* fue uno de los grandes triunfos de la compañía.

También lo fue *La Boheme* que cantaron irrepochablemente las tiple señoras Corti y Bansi y los señores Coiri, Gasparini y Giovannini.

En *La Favorita* el triunfo fue de la Galán y de la Molina. En *Hernani*, de Molina y de la Ranz.

En *Caballería*, lo fue y grande, de la Corti y de Molina. La Santuzza de la Corti, fue algo tan extraordinario y magistral, que entusiasmó al público.

La compañía puso fin a su actuación por fracaso de la empresa, constituida en Las Palmas.

EL TENOR CONTI Y LA TIPLE LIGERA MERCEDES FARRY

Hasta el año 1914 no volvió nuestro público a disfrutar de una buena temporada de ópera, y esta que vamos a reseñar, si no fue la mejor, fue de las mejores que cuenta en su historia nuestro glorioso Teatro Guimerá. En ese elenco figuraban artistas de enorme prestigio en el mundo del arte lírico, como la gran tiple ligera Mercedes Farry, el celebradísimo tenor Conti, y el barítono Giordano, que había cantado en el Real, de Madrid, en la anterior temporada.

Venía como director y concertador, el maestro Fratini y formaba parte de conjunto tan extraordinario, el cuerpo de

baile de El Liceo, de Barcelona y 30 coristas seleccionados.

El debut verificose el 15 de mayo, con la ópera de Verdi, *Otelo*, que cantaron la soprano lírica señorita Cavalli, el tenor Conti y el barítono Giordano. El éxito fue grande. Se trataba, realmente, de cantantes de reputación mundial, que hacían honor a su prestigio. Particularmente la señorita Cavalli, Conti y Giordano, obtuvieron un triunfo ruidoso, siendo ovacionados. El público se deshizo en elogios, nunca con más justicia prodigados.

La noche del 16, se cantó *Tosca*, debutando la soprano dramática señorita Ceccotti, el barítono Azzolini y el tenor Ingar. Fue otro grande, brillantísimo éxito, en particular de la soprano señorita Ceccotti, notabilísima cantante y actriz y bellísima mujer. El tenor Girolamo Ingar, de magnífica voz y depurada escuela, fue también muy aplaudido y elogiado. La orquesta estaba, asimismo, a la altura de los cantantes, siendo ovacionado el joven director Fratini.

La tercera ópera cantada fue *I Pagliacci*, la hermosa tragedia lírica de Leoncavallo. La interpretación fue sencillamente admirable. El prólogo fue maravillosamente cantado por Azzolini. La Cavalli estuvo magnífica. Pero el héroe de la noche fue Conti, que estuvo magistral. Con *I Pagliacci* se cantó *Cavallería Rusticana*, y aquí obtuvo un nuevo y rotundo triunfo la Ceccotti, la hermosa cantante, que estuvo colosal. Ingar, Giordano, la señorita Marini, y los coros, estuvieron a inmensa altura. El «intermezzo» fue repetido por la orquesta, entre grandes aplausos.

Lo noche del 18 hubo un verdadero acontecimiento: el estreno de *Lohengrin*. En esta obra debutó la contralto señorita Butti. Tanto ésta, como la Ceccotti, Ingar y Giordano, estuvieron a gran altura en la ópera de Wagner, la primera que del gran músico alemán se cantaba aquí, no obstante haberse estrenado en 1850.

En *Traviata*, la noche del 19, debutó otra gran cantante, la soprano ligera Mercedes Farry. El éxito de la Farry, fue grande. Cantante de las más valiosas de la compañía, de garganta privilegiada, al terminar el rondó final del primer acto, escuchó la más ruidosa de las ovaciones, siendo obsequiada con una gran cesta de flores, que ella, agradecida, arrojó sobre los espectadores. Fue un gran triunfo para esta exquisita artista el obtenido en *Traviata* la noche de su debut.

El 20 cantóse *Aida*, que fue otro de los grandes éxitos de las señoritas Ceccotti y Butti, y de los señores Conti y Giorda-

no. En esta obra hizo su primera presentación el cuadro de baile El Liceo, de Barcelona.

El 21, *Rigoletto*. Triunfo el más legítimo de cuantos tuvo esta compañía. La Ferry entusiasmó nuevamente con la maravilla de su voz, arrebatando al público, lo mismo que Azzolini, artistas de extraordinarias condiciones y de un entusiasmo sin límites, e Ingar, otro de los mejores donde todos eran buenos...

El 22 se repitió *Tosca*, y el 23 hubo otro acontecimiento lírico de máxima categoría: *Sansón y Dalila*, la famosa ópera del maestro Saint Saens, que se cantaba por primera vez en nuestra ciudad. La cantaron la señorita Butti, y los señores Conti y Giordano. Este último la había cantado en el Teatro Real, de Madrid.

Sansón y Dalila, la obra que mayor celebridad dió a su ilustre autor, se había estrenado en Weimar (Alemania), en 1877; en Ruen (Francia), en 1890, y por último, con todos los honores, en 1892, en el Teatro de la Gran Opera, de París.

La noche del 24, se cantó *Lucía de Lammemoor*. La Farry estuvo admirable. El público tributó a esta privilegiada cantante, un verdadero homenaje. Fue más bien una apoteosis. Pocos artistas entusiasmaron tanto a este público, como esta excepcional soprano.

Con la repetición de *Aida*, se celebró el 25 el beneficio del tenor Conti, que fue un nuevo triunfo para el eminente artista.

Y llegamos a la gran noche, de la que el público tinerfeño conservó el más grato de los recuerdos, pues su entusiasmo rayó en delirio. La noche del 27, se cantó *El Trovador*, por Lucía Cavalli y Gilda Butti, y por los señores Conti, y Gaetano Azzolini. El triunfo fue ruidoso. Clamorosos los aplausos. Azzolini y Conti fueron esa noche los grandes cantantes de *El Trovador*... Conti arrebató al auditorio en la «cavaletta» del tercer acto. La repitió, y las dos veces dió el «do», sosteniéndolo, delirante. La Cavalli a gran altura. La Butti, afortunadísima. Fue una noche que difícilmente pudo olvidarse. Como tampoco se olvidó esta brillantísima temporada de ópera, una de las mejores de que nuestro público disfrutó a lo largo de muchos años.

CAPITULO XXXII

LA GRAN ACTUACIÓN DE MORANO Y DONATO JIMÉNEZ

Memorable fue para los aficionados al buen teatro y para cuantos tuvimos la satisfacción de presenciar las representaciones, la extraordinaria temporada que, a cargo de los eminentes artistas Francisco Morano y Donato Jiménez, dió comienzo en nuestro Teatro, en el mes de diciembre de 1905. Se trataba de una de las más notables compañías dramáticas españolas, con figuras de la más alta prosapia artística, de honda raigambre en la escena, con un prestigio y un historial de los más brillantes. Después de Thuillier, se imponía la presencia de Morano, como después de éste se impuso la de Borrás, que formaban la trinidad de grandes actores de aquel principio de siglo tan pródigo en figuras cumbres en todas las manifestaciones del arte escénico. Por ellos supimos lo que era el arte dramático español en toda su auténtica grandeza, y nos hicieron adivinar lo que había sido en otras épocas, también gloriosas, cuyo eco acarició nuestros oídos y halagó nuestro entusiasmo. Después de haber visto a María Guerrero, a Thuillier, a Morano y a Borrás, la dramática española no tenía secretos para nosotros...

Con Francisco Morano, quizá el más completo de estos tres eminentes actores, venía como genuina representación del viejo y glorioso teatro del siglo XIX, Donato Jiménez, ilustre y veterano actor, en condiciones todavía de obtener nuevos triunfos, como los había obtenido en su larga vida escénica, y como los obtuvo en su actuación aquí, en la temporada que mencionamos. Como primera actriz venía la que por derecho

propio lo era en aquellos momentos, Pascuala Mesa, que vino también con Borrás, y que luego volvió a nuestra ciudad falta ya de condiciones y en los comienzos de su decadencia. Otra artista de ese prestigioso elenco era Trinidad Vedia, característica, de las primeras, también de historial honroso en la dramática nacional, y que había sido dama joven con el célebre don José Valero, muriendo octogenaria, en 1930, en el Asilo de Santa Cristina, de Madrid. También merece que destaquemos su nombre, Fernando Porredón, actor cómico, de los mejores que hemos visto y aplaudido en compañías dramáticas. Los restantes artistas, de uno y de otro sexo, completaban dignamente esta gran compañía, a cuyo frente figuraban tan preclaros actores.

Hizo su presentación Morano la noche del 29, con una hermosa comedia del teatro francés: *La Castellana*, de Capús, adaptada a nuestra escena por Ricardo Blasco. El mérito de la compañía y el reclamo de esta comedia, nueva aquí, hicieron que fuera al Teatro enorme concurrencia, obteniendo un completo triunfo la obra y sus intérpretes.

La segunda representación, la noche del 30, fue con *El alcalde de Zalamea*, que desempeñaron Donato Jiménez y Pascuala Mesa, con ruidoso éxito; siguiéndole el magnífico drama de Roveta, ¡*Deshonor!*, arreglo a nuestra escena por don Juan Pérez Seoane.

La noche del 1.º de enero de 1906, correspondió a Echeagaray, con su mejor obra: *El Gran Galeoto*, admirablemente hecha por Pascuala Mesa, Morano y Donato Jiménez. La noche del 2, dedicóse a Sardou, representándose *La Tosca*, obra también de prueba para actores y actrices, y nueva también para este público, con unión del graciosísimo juguete cómico, de Vital Aza, *Francfort*, que se estrenaba, obteniendo el mejor de los éxitos y «centrando» de nuevo al público después de haber visto *La Tosca*...

«EL MÍSTICO», EL MÁS FAMOSO ESTRENO DE ESTA TEMPORADA

El primero de los grandes estrenos de esta temporada, se verificó la noche del 5 de enero, con *El Místico*, de Rusiñol, hermoso drama en cuatro actos, traducido al castellano por Joaquín Dicenta, y estrenado en el Teatro de la Comedia, de Madrid, en 3 de diciembre de 1904. En esta obra alcanzó Morano el más legítimo de sus triunfos, pues en ella patentizó su

talento extraordinario, la ductibilidad de su temperamento artístico, haciendo un Padre Ramón que fue prodigio de interpretación y de esfuerzo escénico, entusiasmando a la enorme concurrencia que llenaba el coliseo. Donato Jiménez interpretó el obispo, de la manera señorial con que interpretaba siempre los más difíciles personajes, que fueron los jalones de su brillante carrera, y Pascuala Mesa, en la atormentada y amorosa Marta, fue tan gran actriz, tan exquisita, tan fiel al delicado personaje creado por Rusiñol, que no lo volvimos a ver igual, no obstante haber vuelto a ver *El Místico* por diversas compañías. Se le recordó siempre en este papel.

Don Benito Pérez Armas, en *La Opinión*, dijo al día siguiente:

«Mi impresión fue admirable, mis sensaciones infinitas. ¿Puedo deciros más?»

¿Sois románticos? Allí tenéis pasiones de todos géneros y progenies. ¿Sois «tendenciosos»? Allí halláis ideas-mundos, colocadas frente a frente. ¿Decía que Arte es Vida y Verdad? Pues acudid, que allí resplandecen!».

¡50 FUNCIONES DE ABONO. VARIAS
EXTRAORDINARIAS Y 30 ESTRENOS!

A *El Místico* sucedió *La loca de la casa*, del maestro Galdós, con idéntica interpretación y con el mismo fervoroso acogimiento del público. Siguióles *Vida alegre y muerte triste*, de Echegaray, obra de grandes actores, de la que, conservaba el público el recuerdo de otra magistral interpretación: la de Antonio Perrín. A continuación estrenóse *María Victoria*, bellísima comedia de Linares Rivas. Engarzando las noches todas del mes de enero, iban apareciendo estos títulos: *De mala raza*, en que obtenía uno de sus más resonantes triunfos la feliz trinidad Mesa-Morano-Donato Jiménez; *La muerte civil*, del famoso escritor italiano Paolo Giacometti, obra enorme, de inmenso trabajo para el actor, trabajo cruel que anonada al público y que vimos interpretar a Morano y a Tallaví; *Felipe Derblay*, de Ohnet, obligada en todos los repertorios españoles y extranjeros de aquel tiempo; *El Abolengo*, de Linares Rivas, que era estreno en nuestro Teatro, y fue uno de los mayores triunfos del ilustre comediógrafo; *El amor que pasa*, deliciosa comedia de los hermanos Álvarez Quintero; *Tortosa y Soler*, ingeniosa

comedia de los señores Abati y Reparáz, estrenada por Morano, en la Comedia, de Madrid, con ruidoso éxito, sosteniéndose en el cartel ochenta y tantas noches; *En el teléfono*, episodio dramático en dos actos, de los literatos franceses André de Lorde y Charles Joley, adaptado a la escena española, expresamente para Morano, por Ricardo Blasco. Obra desconcertante, que causó estupefacción al público. Como dijo un crítico local, fue plato demasiado fuerte, de enorme tensión dramática, horroroso, sin otro mérito que la sacudida que produce en los temperamentos un tanto nerviosos. El trabajo que Morano realizaba en esta obra era realmente extraordinario. Junto con este drama se repitió *El Abolengo*.

A propósito de esa obra, *En el teléfono*, y seguramente con motivo de su estreno en Madrid, escribió «Angel Guerra»: «*Au telephone*, es la obra más famosa de André de Lorde, que ha recorrido el mundo. Nadie como él ha llegado a un límite tan extremado. Es un teatro de alucinación, en que va mezclado la repulsión física y el terror espiritual». Y preguntaba: «¿Pero ese teatro de espanto, es verdaderamente artístico?».

Las restantes noches de enero fueron cubiertas con *Don Alvaro o la fuerza del sino*, triunfo grande de toda la compañía; *Rosas de Otoño*, obra de las que más han valorado el teatro benaventino, que estrenaba aquí Morano, con el más clamoroso de los éxitos; *Las flores*, de los Quintero, ya conocida; *A fuerza de arrastrarse*, farsa cómica, de don José Echegaray, estrenada en el Español, de Madrid, con enorme éxito, el mismo que tuvo aquí al estrenarla Morano; *La muerte en los labios*, también de Echegaray, creación de Donato Jiménez; *Militares y paisanos*, la conocida y siempre aplaudida comedia de Emilio Mario, (hijo), *Aire de fuera*, otra de las bellas comedias de Linares Rivas, estrenada en esa fecunda temporada, gustando mucho a nuestro público; y cerrando el broche de enero, otro de los grandes estrenos que trajo esta compañía: *Magda* («El Hogar»), de Hermana Suderman, el famoso dramaturgo alemán. Con esta obra, cuya versión al español fue hecha por Carlos Costa y José M.^a Jordá, se celebró esa noche de su estreno, el beneficio de Pascuala Mesa. El lleno del Teatro fue de los más imponentes, y el público manifestó ostentiblemente su entusiasmo por la obra y por la actriz. Esta hermosa obra, de las más hermosas del teatro extranjero, la hemos visto, maravillosamente interpretada, a grandes actrices. Recordamos en ella a Tina di Lorenzo, a Margarita Xirgú, a Italia Vitaliani, por no citar sino eminencias.

En febrero continuó su actuación Morano, poniendo en

escena obras de la más alta calidad, la mayoría nuevas para este público. Veámoslas: *Alsina y Ripoll*, comedia de Joaquín Abati y Emilio Sierra, basada en la novela de Alfonso Daudet y Adolfo Belot, *Frommont y Risler. En el seno de la muerte*, tragedia romántica en verso, de don José Echegaray, gran éxito de Morano. *La calle de la Montera*, antigua comedia de Narciso Serra, no hecha aquí desde hacía muchos años.

La noche del 7, en función extraordinaria y a beneficio de Morano, *Otelo* (la adaptación de don Francisco Luis de Retes). La interpretación del inmenso personaje shakespereano estuvo en parangón con el arte insuperable y el talento ilimitado del gran actor español. Fue esa otra de las noches que él no debió olvidar y que le incitaron a volver a nuestras islas. El Teatro fue insuficiente para la cantidad de gente que lo invadió, y Morano recibió, con regalos y aclamaciones, de fervoroso tributo de un público entusiasmado y agradecido.

Siguieron *El nido ajeno*, de Benavente, y *La Reja*, de los Quintero, en la misma noche; *Los malhechores del bien*, estreno del ilustre Benavente. Con Morano se nos entraba por las puertas el gran dramaturgo. El estreno de esta obra, que era reciente en Madrid, produjo enorme revuelo y constituyó el mayor acontecimiento y la mayor actualidad de la temporada; *El Estigma*, de Echegaray, triunfo grande de Morano, que fue ovacionado en unión de Pascuala Mesa; *Los gansos del Capitolio*, de Mario (hijo) y Santoval.

También en función extraordinaria y a beneficio de Donato Jiménez, verificóse la noche del 14 de febrero, la representación de *El Abuelo*, en que el veterano actor, que había compartido en el pasado siglo los grandes triunfos de los más eminentes intérpretes de nuestro teatro, realizaba una labor verdaderamente prodigiosa. El triunfo fue completo.

Otras obras puestas en el mes de febrero, fueron: *El rayo verde*, comedia en dos actos, de don Eugenio Sellés, recién estrenada en Madrid, con gran éxito; el poema dramático de Copee, *La huelga de los herreros*, traducido por Ricardo J. Catarineu y estrenado por Morano, en el Teatro de la Comedia, de Madrid. Además de Morano, interpretaban este famoso monólogo, Fuentes y Borrás. Novelli lo hacía a telón corrido; *Edmundo Kean*, comedia dramática en cuatro actos, inspirada en la obra de Alejandro Dumas, arreglada para Morano, por los señores Francos Rodríguez y González Llanas; *Juan José; Celosa*, comedia escrita en francés, por Alejandro Bissou; y traducida a nuestro idioma por don Juan Pérez Seoane. Esta obra,

que fue estrenada en París, en los llamados «Jueves blancos», gustó mucho a nuestro público; *Fedora*; *Caridad*, comedia de don Miguel Echegaray, nueva aquí.

El 23 de febrero hubo un gran estreno: *Amor y Ciencia*, de Pérez Galdós. Obra plena de brillantes pensamientos y de gran belleza. *Diario de Tenerife* dijo que su estreno había sido «para el escenario de nuestro coliseo, un timbre de honra inmarcesible».

En 1.º de marzo, y después del interregno del Carnaval, se puso en escena otra bellísima obra de Rusiñol: *Buena gente*, estreno también en nuestro Teatro. Magnífica interpretación, triunfo grande y clamoroso de Morano y de la obra. El día 2, otro estreno de categoría: *El Adversario*, de los ilustres escritores franceses Alfredo Capús y Manuel Arene, traducida por Alfonso Dávila. Esta hermosa obra gustó también extraordinariamente a nuestro público.

El 6 fue el beneficio del notable actor cómico Fernando Porredón, con la comedia de Roberto Bracco, *Infiel*, traducida por Tedeschi, y *Zaragüeta*. A éstas siguieron *Traidor, inconfeso y mártir*; *Batalla campal*, comedia en tres actos, del propio Morano, en la que obtuvo un doble triunfo, como actor y como autor; *Bodas de plata*, otra de las grandes comedias de Linares Rivas, que se estrenaba en nuestro Teatro con el éxito que siempre acompañó a las obras del gran comediógrafo; *Don Juan Tenorio*, a cuya reposición asistió enorme concurrencia y fue admirablemente desempeñada; *La Cizaña*, de Linares Rivas, también estreno con éxito grande y con una asistencia de público que llenaba el Teatro. Se puso en unión de *Bodas de plata*, que se repetía a petición del público; *El loco Dios*, de Echegaray; *Lo Positivo*, de Tamayo; el drama en un acto, *El amigo*, de Marco Praga, traducido por Ricardo Blasco y Manuel Bueno; *Las vengadoras*, de don Eugenio Sellés, obra escrita muchos años antes y que se estrenaba aquí en esta temporada.

Con esta obra, de las más celebradas del autor de *El nudo gordiano*, terminó tan brillante temporada, hecha a base de las grandes comedias de Benavente y Linares Rivas y de los dramas pasionales, rugientes, de don José Echegaray, que llenaba los teatros de una muchedumbre entusiasta por las obras del gran dramaturgo, tanto mas admirado y aplaudido cuánto más la crítica se ensañaba con él. Estrenó Morano en esa temporada, rememorada siempre, obras de mérito extraordinario de nuestro teatro y del teatro extranjero, como ha visto el lector. Los periódicos ensalzaron lo bien que había

rematado la temporada con la obra de Sellés, *Las Vengadoras*. ¡50 funciones de abono! Varias extraordinarias. Magnífica temporada, de las más fecundas y que más huellas dejaron en nuestro público.

ACTUACIONES DE LA BANDA MUNICIPAL DE MÚSICA

En junio de 1907 inició la banda municipal de música de esta ciudad, que contaba con poco tiempo de existencia, una serie de conciertos en el Teatro Principal, que fueron clamorosos éxitos para la notable organización y su director, el maestro don Ricardo Sendra, quedando patentizado el gran mérito de este notable músico y el grado de esplendor a que la banda había llegado.

Este primer concierto fue brillantísimo, y todos los números acogidos por el público con el mayor entusiasmo. En la *Gran overtura solemne 1812*, de Tschai Koski, la ovación fue inenarrable, estruendosa; aclamando el público a los músicos, puesto en pie.

Las obras que más sobresalieron en estos conciertos por su perfecta interpretación fueron la suite *L'Arlesienne*, de Bizet; una fantasía de la ópera *Mefistófele*, de Arrigo Boito; el *Minuetto*, op. 14, n.º 1, de Paderewsky; una «reverie» delicadísima, de Luigini, titulada *La voix des cloches*; *Dinorah*, obertura, de Meyerbeer; *Escenas napolitanas*, suite, de Massenet; *El Diluvio*, preludio, de Saint Saens, y una selección de la ópera *Tosca*, de Puccini.

Estos conciertos fueron un rotundo triunfo para el maestro Sendra y para los competentes profesores que dirigía.

CICLO DE ZARZUELA A CARGO DEL CÍRCULO DE AMISTAD XII DE ENERO

En 1907, el año de la peste, en que no vino ninguna compañía teatral, una aplaudida agrupación de zarzuela, de aficionados, avalada por el Círculo de Amistad XII de Enero y dirigida por el maestro don José Crosa, dió un corto número de representaciones en el Teatro Principal, por secciones, y con el más grande de los éxitos. La concurrencia fue enorme, llenándose el Teatro todas las noches y los aficionados cumplieron bien, como verdaderos artistas profesionales.

Nueve noches duró esta pequeña temporada, y en ellas

se hicieron las más deliciosas zarzuelas, entre otras, *¡Cómo está la sociedad!*, *Los Baturros*, *El Gorro Frigio*, *El lucero del alba*, *Torear por lo fino*, *Niña Pancha*, *La tonta de capirote*, *Los zangolotinos*, *La Chiclanera*, *Los carboneros* y otras y las comedias y juguetes *Pa mí que nieva*, de Dicenta, y *El flechazo*, *El chiquillo* y *Los chorros de oro*, de los hermanos Quintero.

CAPITULO XXXIII

LA TEMPORADA DE ZARZUELA

VALENTÍN GONZÁLEZ, CÁNDIDA SUÁREZ, AMALIA ISaura

EL TENOR GANDIA, FERRIZ, ESPADA

AUGE DEL GÉNERO CHICO

NUMEROSOS ESTRENOS

Fue la temporada de invierno de 1907-08, de las más brillantes en el género lírico de que se guarda memoria, y la compañía, quizá la más sobresaliente de cuantas en el largo desfile de buenas compañías cruzaron por nuestro principal escenario. Ya puede suponerse el lector, el lector superviviente de aquellos días, que nos referimos a la de Valentín González, el notable y veterano actor, el mismo que allá por los años de 1884, vino a Santa Cruz, de corista, con la Barretta.

Los componentes de esta compañía eran de lo mejor que en compañías de zarzuela hemos visto. Artistas todos notabilísimos, su mérito queda dicho con sólo evocar sus nombres: Cándida Suárez, Josefina Astorga, Amalia Isaura, el tenor Gandía, Sotillo, Ferriz, Espada, la característica señora Figuerola, Valentín González... También venían formando parte de tan notable hueste, Blanquita Suárez, hermana de Cándida, linda tiple que aquí comenzó su carrera, y la que luego fue también notable tiple, Rafaela García del Haro, que empezaba su provechosa vida teatral. De director y concertador venía el maestro Isaura, competente músico y persona de exquisita caballerosidad.

El debut se efectuó el 21 de diciembre, con el siguiente atrayente programa: *Bohemios*, *El barbero de Sevilla* y *El puñao de rosas*. El éxito fue grande para toda la compañía. El lleno del Teatro fue completo y la fama de los artistas quedó confirmada. Al cantar Cándida Suárez la linda «polonesa» en *El barbero de Sevilla*, la ovación que el público le tributó fue, en justicia, delirante. La hermosa tiple, para corresponder al entusiasmo del público, cantó magistralmente, el «rondó» de *Lucía*.

Al día siguiente, en la reseña del magnífico debut, decía «Froissé» (el entusiasta Miguel Feria): «Confieso ingenuamente que para mí fue una sorpresa la labor de esta artista (Cándida Suárez) y que no me explico cómo figura aún en zarzuela, la que está llamada a ser una cantante de mérito en cualquier compañía de ópera.»

Josefina Astorga, también notabilísima cantante y el tenor Gandía, en *Bohemios*, causaron desde la primera noche extraordinaria impresión. Eran todos artistas de cartel, consagrados. La Astorga había hecho grandes temporadas en Buenos Aires, con Luisa Vela, Sagi-Barba y Mardones. Gandía era el tenor predilecto del público madrileño, de los mejores tenores de zarzuela. Valentín González también demostró sus excepcionales dotes de gran actor y su veteranía en *El puñao de rosas*, cuya interpretación fue acogida con los más entusiasmas aplausos. Otra artista que destacó extraordinariamente fue la tiple cómica Isaura, que tantas simpatías había de dejar aquí y que tal derroche de ingenio y de gracia había de hacer en nuestro Teatro, que la convertirían en la artista predilecta, recordada siempre con cariño. «Es una artista que domina al público desde que se presenta en escena». Tenía razón Froissé». Dominó al público en tal forma desde la primera noche, que no se recuerda artista alguna que se haya adueñado de él así.

Desde la primera noche el triunfo más lisonjero envolvió a todos, y todos demostraron que eran dignos de él.

La segunda noche, con programa también escogidísimo, se estrenó *El mal de amores*, precioso sainete lírico de los Quintero y del maestro Serrano. ¡Ahí hubo que ver a Amalia Isaura, todo candor y enamoramiento ingenuo! Y a Valentín González, encarnando la figura auténticamente quinteriana de don Lope. Y así las sucesivas noches, hasta terminar por tantos motivos la inolvidable temporada, en que se pusieron en escena las más bellas obras de que se ufana el género chico, muchas de de ellas estrenos, y algunas del más elevado rango, como el

lector verá: *La Rabalera*, famosa por su jota, del maestro Vives; *La mala sombra*, obra con gracia si las hay, de los Quintero y del maestro Serrano; *El maño*, sobre un episodio de la Guerra de la Independencia, de Gonzalo Cantó y del maestro Barrera; *El pollo Tejada*, gran éxito de Arniches y del maestro Valverde; *Moros y Cristianos*, de los señores Thous y Cerdá y del maestro Serrano, otro de los éxitos indiscutibles de la zarzuela chica, *Ruido de campanas*, del famoso «Sastre del Campillo» (Antonio Viérgol) y del maestro Lleó, que tanto ruido hizo...; *Las estrellas*, de Arniches y de los maestros Valverde (hijo) y Serrano; *Los Guapos*, también de Arniches y del maestro Jiménez; *La Gatita blanca*, de Jackson Veyan y del maestro Jiménez, cuyos cuplés se hicieron famosos; *El arte de ser bonita*, popularísima también, de don Francisco Tristán Larios y del maestro Serrano; *La Venta de Don Quijote*, verdadera filigrana, de Carlos Fernández Shaw y del maestro Chapí; *La noche de Reyes*, de Arniches y Serrano; *La suerte loca*, también de Arniches y Serrano, que eran los que batían el record; *El perro chico*, quizá el mayor éxito de la temporada y el mayor éxito de risa, de Arniches y Valverde; *El húsar de la guardia*, de Perrín y Palacios y maestros Jiménez y Vives; *Carceleras*, de Flores y Peydró, celebradísima también; *Los lobos marinos*, refundida en un acto, de Ramos Carrión y Vital Aza y del maestro Chapí, vieja zarzuela, graciosísima; *La tragedia de Pierrot*, de Asencio Más y José Juan Cadenas y del maestro Chapí, también fina, delicada zarzuela, que gustó extraordinariamente; *Patria chica*, de los hermanos Quintero y Chapí; *El iluso Cañizares*, otro éxito de Arniches y Valverde; *El amor a oscuras*, paso de comedia, de los Quintero; *La reja de la Dolores*, de Arniches y García Álvarez y maestros Valverde (hijo) y Serrano. De obras del género grande, puso esta compañía, *Las campanas de Carrión*, *Marina*, *El anillo de hierro* y *El rey que rabió*.

El beneficio de Valentín González se celebró con *El puñao de rosas*, cuyo personaje, Tarugo, lo desempeñaba magistralmente; *La balada de la luz*, bella zarzuela de Sellés y Vives, y *La venta de don Quijote*, que se estrenaba esa noche, con decorado especial de López Ruíz, que tuvo que hacer acto de presencia en el escenario llamado con grandes aplausos por el público. Valentín González tuvo su más grande triunfo, con haber tenido tantos, en *Las campanas de Carrión*. Era «su» obra. En ella puso a prueba sus extraordinarias condiciones de gran actor. La interpretación fue genial. Quince veces subió el telón

para dar paso al notable artista, que el público aclamaba incesantemente.

Algo verdaderamente fantástico, que superó a cuanto en ese sentido aquí se había hecho, fue el beneficio de Amalia Isaura. Por las magníficas cualidades artísticas que atesoraba, por las simpatías que en la larga temporada había conquistado, por su gracia y su donaire, por su ingenuidad y por su decencia. Lo dedicó «en prueba de cariño a la hermosa Tenerife», y la «hermosa Tenerife» supo corresponderle en la forma apoteósica en que lo hizo. Flores, serpentinas, confetis, regalos valiosos.

Esa noche se dieron a conocer a nuestro público, la comedia en dos actos, *El pilluelo de París*, arreglada del francés por don Juan Lombía; *El amor a oscuras*, paso de comedia de los Quintero, y *Patria chica*, de los Quintero y del maestro Chapi, de enorme éxito.

Esta temporada, tan brillantemente comenzada, con llenos todas las noches, con los mejores artistas que se podían traer a provincias, con numerosos estrenos de verdadero mérito, económicamente fue un desastre...

Y para terminar, unos detalles curiosos: *La gatita blanca*, batió el record: se hizo 8 veces. *El pollo Tejada*, otras 8. *La venta de don Quijote*, 5. El total de funciones fue de 70, representándose en total, unas 200 obras, de ellas, 31 nuevas aquí.

CAPITULO XXXIV

MEMORABLE ACTUACIÓN DE ENRIQUE BORRÁS

Conocimos a Enrique Borrás en la inolvidable temporada de comienzos de 1908, en aquel año tan perfectamente logrado para el arte teatral en nuestra ciudad, pues dentro de él también conocimos a dos grandes actrices, italiana una, la otra española: Tina di Lorenzo y Carmen Cobeña. La actuación de Tina, fue fugaz, una sola noche, un sueño... En esa noche, en tres horas de esa noche, supimos del más puro arte y conocimos la belleza... Carmen Cobeña nos hizo una temporada completa y con todos los honores, incluso el de darnos a conocer *Los intereses creados*.

Enrique Borrás fue el primero en ese triunfal desfile. Debutó la noche del 5 de marzo, con *Tierra Baja*, la obra de sus grandes triunfos. Formaban sus huestes las actrices Pascuala Mesa, que había acompañado a Morano el año anterior en su excursión por estas islas; Carlota Plá, que luego vino de primera actriz al frente de otra notable compañía; Matilde Asquerino, la espiritual dama joven tantos años al lado de María Guerrero; Elisa Castillo, Carlota Ibáñez, hija de Carlota Plá y del magnífico actor Miguel Ibáñez, luego notable actriz también; Anita Godoy y Amparo Plasencia, y los actores José López Alonso, Miguel Tutau, Luis Martínez Tovar, Fernando Jambrina, Augusto Barbosa, Fernando Villalonga, Adrián Marti, Fernando Aguirre y Juan Torres, todos dignos de figurar al lado del eminente actor.

Borrás se hallaba en el momento álgido de su gloriosa

carrera. Recio, fuerte, corpulento, genial e inconfundible. Su talento extraordinario no admitía rival en nuestra escena. Era el más exacto intérprete de nuestro teatro clásico, el más fiel intérprete de nuestro teatro contemporáneo, el más fidedigno intérprete de las más famosas concepciones del teatro universal, con una sola y curiosa excepción, según leímos por aquellos días: *Espectros*, de Ibsen, que no incorporó a su repertorio, cosa que había llamado la atención a Zacconi y así se lo dijo en una ocasión.

La presencia de Borrás en nuestra ciudad hizo realidad uno de nuestros más ilusionados deseos. Ya habíamos visto a doña María «la Grande», la portentosa doña María, en el momento del triunfo también. Cuando era, como dijo desde las columnas del *Diario de Tenerife* don Mario Arozena, «la sacerdotisa del arte que había venido a revelarnos desconocidos misterios».

DEBUTA Y SE DESPIDE CON «TIERRA BAJA»

Hemos dicho que hizo su presentación Borrás en nuestro Teatro con la obra de Guimerá *Tierra Baja*. Lo que no será menester decir es que constituyó en nuestra ciudad acontecimiento artístico de tal magnitud.

Nuestro público conocía el rudo e ingenuo pastor de la «tierra alta», a través de dos actores de la máxima categoría: Wenceslao Bueno, del Teatro Español, y Fernando Díaz de Mendoza, también del Español, que lo hizo unos años antes, en su primera visita con María Guerrero. No hacemos comparaciones. Años después volvimos a ver al inconmensurable personaje encarnado en otro gran trágico español, también de gratísimo recuerdo, Tallaví. Seguimos recordando con fruición aquel Manelich a que dio vida Borrás en la escena de nuestro Teatro, la noche del 5 de marzo de 1908. La vigorosa calidad de la obra confundíase con el talento genial de su feliz intérprete y con el entusiasmo del público, desbordado como nunca.

Borrás había estrenado *Tierra Baja* en Barcelona. Y en Madrid, en su memorable actuación en el Teatro de la Comedia, con Rosario Pino, en 1904, hizo su debut, como aquí, con *Tierra Baja*. La acogida del público fue digna del gran actor y la crítica lo trató así:

«Zeda», el ilustre crítico de *La Epoca*, escribió al otro día: «Aquellos ojos inyectados, aquellas facciones alteradas

por las más expresivas contracciones de la máscara trágica, aquellos músculos crispados, aquellos gritos roncós y como estrangulados al brotar del pecho jadeante, eran, en efecto, la explosión tempestuosa de la ira salvaje».

Bernardo G. de Candamo, dijo: «Guimerá es, sin duda, el creador de un teatro catalán. Al calor de su genio despertó el arte de actor de Enrique Borrás. Fueron las dos figuras, la de Guimerá y la de Borrás, figuras que se completaban. El actor daba a Manelich toda la rudeza salvaje y todo el humanismo trascendental que el poeta había soñado. La impresión era la de la verdad, pero de una verdad superior a las verdaderas que nos rodean en la vida diaria, y más aún, la verosimilitud de lo sublime».

Eduardo Zamacois definía así al gran personaje encarnado en este insigne actor: «El pastor Manelich, hurano, terrible, acostumbrado a reñir cuerpo a cuerpo con los lobos de la montaña, ágil y sanguinario como una fiera, no obstante ser sencillo y candoroso como un niño, adquiere, representado por Borrás, la grandeza de los héroes shakespearianos».

Borrás tenía el secreto de su Manelich: «Cuando empecé a estudiar el papel de Manelich no le dí la fuerza realista de un tipo melodramático, sino que quise idealizarlo, dándole el aire de la montaña, la luz del sol, el blanco de la nieve de los Pirineos, el color del cielo. Quería que saliesen en él la montaña, el Pirineo, el cielo azul de Cataluña. Todo. Así hice Manelich por primera vez, así lo hago y así lo haré hasta que me muera...»

Tierra Baja, el hermoso drama de Guimerá, fue estrenado en nuestro Teatro, que había de llevar el nombre esclarecido del autor, la noche del 9 de marzo de 1897. Primeramente había conocido nuestro público, del insigne dramaturgo, *Mar y Cielo*, estrenado la noche del 14 de julio de 1894 por la magnífica compañía de don Manuel Espejo, en su primera visita, y en la que volvía a Tenerife una vieja gloria de la escena española: Victorino Tamayo, y *María Rosa*, que estrenó el propio Espejo al visitarnos por segunda vez, en 1895, y en cuya compañía venía como primer actor Francisco Fuentes, eminente artista, de excepcionales cualidades, formado al lado de Vico.

Tierra Baja la hizo por primera vez ante nuestro público la compañía de Wesceslao Bueno y Carmen Argüelles, de las más importantes de aquellos años, que procedía del Teatro Español, de Madrid, y venía a Canarias, en memorable excursión, avalada por el glorioso don Benito Pérez Galdós. Existían

en nuestra ciudad grandes deseos de conocer esta recia y vigorosa producción del insigne Guimerá, y así su estreno en este Teatro constituyó un extraordinario acontecimiento artístico. La interpretación estuvo a la altura de la obra. La señora Argüelles hizo una portentosa creación de la Marta, la víctima propiciatoria del ricacho Sebastián. Wenceslao Bueno, en el Manelic, estuvo sencillamente genial, y así todos los intérpretes del celebrado drama.

Tierra Baja se había estrenado en Madrid, en noviembre de 1896, por la compañía de María Guerrero, traducido por don José Echegaray. En el siguiente año se tradujo al francés, representándose en París en el Teatro des Auditions, despertando enorme entusiasmo, como su estreno en Madrid. También fue traducido al italiano con el título de *Feudalismo*, y a otros idiomas, recorriendo pronto la mayoría de los escenarios europeos.

Primeramente se había hecho en catalán, en Tortosa, por la compañía de Teodoro Bonaplana, y luego lo hizo en Barcelona Enrique Borrás, que daba al famoso personaje la más exacta y humana interpretación.

Basadas en *Tierra Baja*, se hicieron también varias óperas: una alemana, titulada *Tiefland*, del compositor Eugene d'Albert, director que fue del Real Conservatorio de Berlín y cuyo libreto fue arreglado por Rodolfo Lothar; otra francesa, *La Catalanne*, del maestro Leborne, estrenada en el Teatro de la Opera, de París, y otra en italiano, conservando su primitivo título. En italiano se cantó en el Gran Teatro del Liceo, de Barcelona.

En la Opera Cómica, de Berlín, en junio de 1909, se había llegado a la doscientas representación de *Tiefland*, considerándola la crítica como una obra maestra y siendo su éxito de los más extraordinarios. El nombre de Angel Guimerá figuraba en los carteles junto al adaptador.

De las obras de nuestro ilustre paisano fue *Tierra Baja* la que mayor número de representaciones alcanzó en todos los teatros de Europa y de América.

Cuando el estreno en Madrid, uno de los más capacitados críticos de aquella época, Salvador Canals, dijo:

«El primer éxito de la temporada, el logrado anoche en el Teatro Español, por Guimerá, es un gran triunfo. Tan grande, que aunque no hubiese otro en el presente año teatral, con *Tierra Baja* bastaría para afirmar que no había sido aquel perdido para el arte.

No puede un cronista leal desconocer que hubo discrepancias en el comentario, ya que no en el aplauso; no se pue-

de negar que a unos parecióles excesivo romanticismo y a otros naturalismo pecaminoso; no se puede ocultar que algunas distinguidísimas señoras juzgaron demasiado vivo de color el primer acto, mas nada esto amengua la espléndida victoria.

—¡Hay corazón! —decía Picón.

—¡Hay alma! —decía Galdós.

—¡Hay nervio de poeta! —decía Nuñez de Arce.

Y, en efecto, las mujeres lloraron y los hombres aplaudieron conmovidos. Eso no lo inventa como regalo la amistad, eso no pueden hacerlo parcialidades de la pasión. Eso lo consigue únicamente el poeta genial que supo concernir y exteriorizar una fábula interesante. Yo no oí toses de impaciencia; ni vi guiños de hastío. En reposo las lenguas, puestos en el escenario los ojos advertíase a las claras que aquel era un público suspenso y absorto en un drama admirable.»

De la labor conjunta de Guimerá decía otro ilustre crítico, Bernardo G. de Candamo:

«Aunque el nombre de Guimerá nos es familiar, no está toda su gloria en Castilla. Fuera de aquí, en la Europa que admira a Ibsen y a Bernard Shaw, son los dramas del gran poeta estimados como joyas valiosísimas del teatro contemporáneo. Su nombre tiene fama universal.»

Fue, pues, Wenceslao Bueno el primero que habló a nuestro público de las impurezas de la tierra baja... Después de él, en noviembre de 1899, volvió a hacer *Tierra Baja* en nuestro coliseo, esta vez en el arte soberano de María Guerrero y de Fernando Díaz de Mendoza, los grandes, próceres, eminentes artistas, que tanta gloria dieron al teatro nacional. Después de ellos, en un salto de varios años, no obstante el desfile continuo de buenísimas compañías dramáticas (¡no todos los actores se atrevían con Manelic!), volvió a erguirse en la escena de nuestro Teatro (1908), encarnado en Borrás, el extraordinario personaje. ¿Qué vamos a decir de esa interpretación y de esa temporada, que ya no hayamos dicho? Pongan los lectores todo cuanto elogioso se pueda pensar, y quizá se queden cortos...

Y como todas las cosas tienen su anecdotario, y particularmente cuanto se relacionaba con el teatro, termino estas líneas, citando estos dos curiosos e impresionantes detalles:

Tierra Baja se puso en escena en un teatro de Messina, por una de las más notables compañías italianas de aquel tiempo, la noche del terrible terremoto que tantas víctimas produjo, y también se hacía en otro teatro de Belgrado, la noche del trágico asesinato de los reyes Draga y Alejandro.

OBRAS DE GUIMERÁ, RUSIÑOL, IGLESIAS,
GALDÓS, DICENTA

En su segunda noche de actuación en nuestro Teatro, puso Borrás otra hermosa obra del teatro catalán: *Buena Gente*, de Rusiñol, traducida al castellano por Martínez Sierra. El trabajo del eminente actor fue algo admirable, que comentó así Leoncio Rodríguez («Psiquis»), en *El Progreso*:

«Ni un detalle olvidó el eminente artista y en todo el transcurso de la obra supo mantener, sin decaimientos, su difícil y violenta actitud, llevada hasta los límites del más acentuado realismo. El cansancio físico del actor parecía transmitirse al auditorio, sobrecogido de espanto. Cuando el telón descendía rápidamente sobre aquel cuadro brutal, monstruoso, vótores y aplausos se confundieron en una oleada de vida, y el artista genial recibió con una sonrisa de gratitud aquella solemne consagración, homenaje de todos».

Siguieron a estas dos valiosas obras del teatro catalán la fina comedia de Capús *El Adversario; El Alcalde de Zalamea*, otra de las magnas creaciones de Borrás; *La Madre Eterna*, bellísima obra de Ignacio Iglesias, que tradujeron al castellano los señores Jerique y Roca. No conocía nuestro público ninguna obra de este ilustre escritor, que, con Guimerá y Rusiñol, formaba la trilogía de grandes dramaturgos catalanes.

A *La Madre Eterna* siguió *El Abuelo*, del glorioso Galdós. Guardamos en nuestra memoria, con relieve inusitado, el recuerdo del gran trágico en esta obra, que vimos varias veces.

¡Aquel Pedro Crespo, de *El Alcalde de Zalamea*! ¡Aquel Manelich, de *Tierra Baja*! ¡Aquel Conde de Albrit, de *El Abuelo*! ¡Que personajes tan distintos, encarnados todos de manera extraordinaria en aquel inmenso actor! ¡Cómo resplandecía la verdad de su arte en esas magistrales creaciones!

Siguieron *De mala raza* y *El Místico*, que proporcionaron nuevos y ruidosos triunfos a Borrás y a sus artistas. Nuestro público conservaba gratísimo recuerdo de la hermosa obra de Rusiñol, estrenada aquí por Morano, el año anterior, y volvió a llenar el Teatro, agotándose totalmente las entradas desde por la mañana. El aspecto que aquella noche presentaba nuestro coliseo era deslumbrador y la representación fue una continuada serie de ovaciones al gran actor allí presente y al insigne dramaturgo ausente en Cataluña.

En *El Místico* se estrenaron preciosas decoraciones de

los señores Moragas y Alarma, los dos ilustres escenógrafos catalanes.

A continuación se pusieron *El Genio Alegre*, *Juan José*, *Los hijos artificiales* y *Los viejos*, de Ignacio Iglesias. *Los viejos*, (*El vels*), fue otro de los estrenos de esa temporada que causaron entusiasmo y admiración. Gustó extraordinariamente, y la labor de Borrás fue de las que difícilmente se olvidan. Para tal teatro, tal actor.

En homenaje a don Angel Guimerá, puso en escena Borrás, la bellísima tragedia en verso, *Mar y Cielo*, cuya interpretación fue calificada de colosal. Santa Cruz supo responder dignamente a esta fiesta en honor de su hijo ilustre, y al conjunto de esos dos nombres, llenó el Teatro nuevamente. Matilde Asquerino hizo el papel de Blanca y su trabajo fue digno de la obra y de la que realizara Borrás.

Esa noche, la banda municipal de música, cedida por el Ayuntamiento, ejecutó diversas obras en el vestíbulo del Teatro.

Al terminar la representación, el actor señor Barbosa dio lectura al siguiente telegrama, que fue acogido con una salva estrepitosa de aplausos:

«Borrás. Tenerife: Ruego al actor admirable transmita profundo agradecimiento y mi amor entrañable a Santa Cruz y a toda la tierra canaria. Guimerá».

Diversos telegramas fueron enviados desde aquí al insigne paisano con motivo de ese homenaje y de la genial interpretación de Borrás. Guimerá contestó, entre otros, el siguiente:

«Ballester. Alcalde. Tenerife: Hondamente emocionado agradezco en el alma su felicitación en nombre de mi pueblo natal, al que abrazo en vuestra persona. Guimerá».

En las restantes noches Borrás hizo *La loca de la Casa*, de Galdós, cuyo personaje central, Pepet, fue otra de sus grandes creaciones; *La Ráfaga*, para beneficio de la señora Mesa; *María Rosa*, de Guimerá, que escogió para su beneficio el eminente actor, y por último, en función de despedida, *Tierra Baja*, terminando como empezó.

Muchos años después de esta brillante temporada que recordamos hoy, volvimos a ver en nuestro Teatro a Borrás, en *Tierra Baja*. No nos llevó esa noche al Teatro la ilusión de aquella vez, pero nos acompañó el temor de una honda decepción... Allí, en la escena, estaba el coloso, cargado de años, falto de vigor, en una lucha cruel consigo mismo. Quería seguir siendo Borrás, el Borrás de treinta años atrás, el Borrás de las noches apoteósicas, en que desbordadas de entusiasmo las

muchedumbres le aclamaban con frenesí. ¡Imposible! Entre aquel Manelich y el de la lozanía mediaban cuarenta años casi.

Más que el drama de Guimerá contemplábamos la tragedia de Borrás. No se quería rendir, «no se entregaba», pero... ya no podía con los lobos, ya no podía reñir con ellos y matarlos...

Así vimos también a doña María «la Grande», un mes antes de morir. La habíamos visto en su glorioso empezar, cuando en *Locura de amor*, plena de belleza y de dignidad, de talento y de hermosura, era más reina que la propia que interpretaba.

Viven estos grandes artistas largos años, para que tengan tiempo, no sólo de saborear el triunfo y la gloria, sino de conocer también las tristezas del ocaso, las amarguras de un irremediable declinar del arte y de sus vidas.

Estos elegidos de los dioses no mueren jóvenes, como los de Menandro. Sólo Tallaví hizo honor a la frase del poeta griego...

CAPITULO XXXV

UNA ACTUACIÓN FUGAZ: TINA DI LORENZO

Un acontecimiento, inesperado, pero memorable en los fastos teatrales de nuestra ciudad, fue la actuación en nuestro Teatro municipal, por una sola noche, de la eminente actriz italiana Tina di Lorenzo, que, al frente de su notabilísima compañía, marchaba a La Habana, procedente de la Argentina. Por gestiones del activo y popular empresario don José Zainorano Villar, la gran actriz decidióse a dar una única función ante nuestro público, la noche del 17 de octubre de 1908. La obra elegida por la señora Tina di Lorenzo, fue *Magda*, de Suderman, y su interpretación fue algo tan maravilloso y excepcional, que su recuerdo nos estremece todavía...

Se trataba, sin duda, de un grande, inolvidable acontecimiento.

El entusiasmo del público fue delirante y la labor de esta mujer extraordinaria llenó todas las exigencias y rebasó todas las dificultades, triunfando plenamente con su arte exquisito y soberano. El público fue delirante y la labor de esta mujer extraordinaria llenó todas las exigencias y rebasó todas las dificultades, triunfando plenamente con su arte exquisito y soberano. El público la ovacionaba ruidosamente, y a cada rato interrumpía la representación para de nuevo aclamarla. Era el homenaje fervoroso de nuestra ciudad y de nuestra tierra a la eximia embajadora del arte escénico italiano, que unía a su gran manera de hacer y de decir, una belleza espléndida de mujer. Al final, la ovación fue estruendosa, y la actriz eminen-

te, la insigne intérprete de *Magda*, salió diez, doce, quince veces, a escena, a recibir el apoteósico refrendo a su magna labor y el cálido tributo de nuestro entusiasmo y de nuestra admiración.

Tanto Tina di Lorenzo como el famoso actor Luigi Carini, que la acompañaba, habían conquistado grandes triunfos precisamente en *Magda*, cuya soberbia interpretación acababa de conocer nuestro público.

El paso de esta gran actriz por nuestra ciudad, fue señalado así, por «Uno», en *El Progreso*, que es como si dijéramos por el inolvidable Leoncio Rodríguez:

«En la noche del sábado ha pasado el genio por nuestra escena. La presentación en ella de Suderman y de Tina di Lorenzo, suceso es que debe marcarse con raya blanca en el libro de efemérides del Teatro tinerfeño».

Después de un atinado juicio sobre el teatro de Sudermann, decía de la labor de la actriz italiana:

«En la noche del sábado subimos al Teide del Arte.

Pero nos resta hablar de Tina di Lorenzo.

Y esto decimos.

Pasó el genio por nuestra escena.»

Aún conservamos la visión de aquellos ojos claros, chispeantes, sugestionadores, brilladores como diamantes de Golconda... Detrás de aquella mirada que acariciaba a María con la suavidad de la carne de un niño y hería a Keller con el temple acerado de una daga florentina, detrás de aquella mirada soberana, el genio destellaba también como entre las escenas preñadas de envidia del drama de Sundermann... y destellaba con toda la sinceridad desenfadada de la mujer libre, vividora de la vida nueva, triunfadora en el arte, divinizada por su arte y por su libertad; destellaba el genio en aquella mirada, y en aquella actitud y en aquel gallardo cuerpo italiano, hijo de las madonas y de las formarinas inmortales, con toda la pureza de la mujer sincera, pura de alma, «fiel a si propia», y con toda la indignación heroica de la mujer madre que ha depuesto el pudor convencional ante la felicidad de su hijo amado, «del suo figlio», del «suo bambino», «della sua creatura», suya, suya, enteramente, únicamente suya.

¡Bendita madre italiana, nunca cansada de parir mujeres de este temple!

No sabemos decir más.

En la noche del sábado subimos al Teide del Arte de la mano de Sudermann y de Tina di Lorenzo.

¡Bendita noche!

Sí, bendita noche. Marcada quedó con raya blanca en el libro de efemérides del teatro tinerfeño...

Tina di Lorenzo, nacida en Turín, en 1872, falleció en 1930.

UNA BRILLANTÍSIMA TEMPORADA: CARMEN COBEÑA

De las grandes actrices españolas sólo conocíamos a María Guerrero. De su categoría ninguna más. La Argüelles, la Lamadrid, la Constáns, Pascuala Mesa, María Comendador, notables artistas que llenaron ampliamente su cometido, conocedoras de su arte, de su gran conciencia artística y profesional, intérpretes admirables del teatro nacional y extranjero, alguna de ellas verdaderamente genial, no llegaban a la altura envidiable y privilegiada de aquellas otras que, como María Guerrero, María Álvarez Tabau, Rosario Pino, Carmen Cobeña, Matilde Moreno, alcanzaron los más altos puestos de la escena y llenaron de gloria el arte dramático español.

Así es que después de María Guerrero, Carmen Cobeña era, de las actrices españolas, el más grande exponente que llegaba a nuestra ciudad, como unos años después llegaron Matilde Moreno y Margarita Xirgú, ambas en pleno triunfo, y por último, tras larga jornada, demasiado tardía, vencida por los años, Rosario Pino... Y en el interregno de estas artistas eminentes, las bellas, espirituales actrices, intérpretes del teatro moderno, que supieron cubrir dignamente esa etapa: Josefina Delgado Caro, Rafaela Abadía, María Banquer, Herminia Peñaranda, María Palou, Anita Adamuz, Julia Lajos. Y también, Mercedes Pérez de Vargas, de excepcional belleza, y Anita Martos y Catalina Bárcena y María Fernanda Ladrón de Guevara y Carlota Plá...

Había grandes deseos de conocer a Carmen Cobeña, cuya «característica de su arte —decía un periódico— es la ternura, y sus mayores triunfos, los conseguidos en la expresión de los santos y nobles afectos; porque sobre su clarividente espíritu de artista, señorea, iluminándose esplendorosamente con destellos simpáticos, con alma adorable de mujer».

El anuncio de su actuación causó expectación y entusiasmo. Y entusiasmo y admiración causó luego su arte extraordinario y sorprendente, de verdadera soberana de la escena. La compañía venía dirigida por su esposo, el ilustre literato y dramaturgo Federico Oliver, afortunado autor de *La neña*. Las actrices eran Concepción Robles, Mercedes Villanova, Concepción Adsuar, María Anaya, Josefina Álvarez, Isabel Luna

Y Adriana Robles, y los actores Francisco Comes, Leovigildo Ruiz Tatay, Benito Cobeña, Rafael Cobeña, Ricardo Manso, Rafael Requena, Manuel Perrín y Federico Lorens.

RUIZ TATAY Y RICARDO MANSO,
GRANDES ACTORES

Venía de nuevo a nuestra isla, el notabilísimo actor Ruiz Tatay, de los mejores artistas de su tiempo, de verdadera capacidad y completa preparación, siempre en línea ascendente hasta ocupar un lugar de honor en la escena española. También venía, por vez primera, el gran actor cómico Ricardo Manso, de los más popularísimos y de brillante historial. Otras artistas conocidas eran Isabel Luna, que había venido con Sánchez de León y con Emilio Thuillier, y María Amaya, que nos visitó también con Thuillier.

Tan excelente compañía debutó en nuestro Teatro la noche del 17 de noviembre de 1908. La obra elegida para la presentación ante nuestro público fue *Dora*, de Victoriano Sardou, en la que todos los intérpretes hacían gran ostentación de sus méritos, luciéndonse extraordinariamente. La entrada fue magnífica, y la señora Cobeña satisfizo grandemente, siendo ovacionada con inusitado entusiasmo. Al presentarse en escena la ilustre actriz, fue saludada con una cariñosa salva de aplausos.

La siguiente noche verificóse el estreno de la hermosa obra de Rusiñol, *La Madre*, traducida por Martínez Sierra. Este era uno de los grandes triunfos de la Cobeña, corroborado esa noche. La labor insuperable de la gran actriz fue premiada por nuestro público con los más fervorosos aplausos.

Con *La de San Quintín*, del maestro Galdós, «llenóse» la tercera noche, rematándose la función con el juguete de Abati, *Azucena*. De formidable calificaron los periódicos la labor de esta gran actriz en la maravillosa obra galdosiana, siendo aclamada con delirante entusiasmo.

En pocas actrices encarnaron tan admirablemente las obras de Galdós, como en la señora Cobeña, y digásmolo también: quizá ninguna actriz haya puesto tanto cariño en las obras del glorioso escritor, como ella.

Citaremos por su orden las más destacadas obras que la señora Cobeña puso en la escena de nuestro Teatro, en tan memorable temporada y cuya interpretación mereció los mayores elogios: *Las de Caín*, de los hermanos Alvarez Quintero, estreno y lleno completo, pues venía precedida de merecida fama; *La boda discreta*, de Lope de Vega, arreglada por don

José Crespo, proporcionando esta bellísima obra a la señora Cobeña, uno de sus mayores triunfos; *El ladrón*, de Henri Berstein, traducida por Ricardo J. Caterineu y Manuel Bueno, otro estreno de categoría de esa temporada y gran triunfo de la compañía. La misma noche, y como fiesta final, Ricardo Manso, con su gracia peculiar, hizo el monólogo *Un drama en cinco minutos*, de que era autor; *La dama de las Camelias*. Como era natural, Carmen Cobeña hizo la famosa obra de Dumas que, como dijo Zamacois, «ha hecho llorar a toda la humanidad femenina». Obra de todas las grandes actrices, nunca más en justicia incorporada a un repertorio que al de Carmen Cobeña, pues la labor realizada por esta insigne artista fue algo sorprendente, llegando al corazón de los espectadores, que la aplaudieron con verdadero frenesí; *Los ojos de los muertos*, el hermoso drama de Benavente, que anunciaba como estreno y no lo era.

En honor de don Angel Guimerá puso la señora Cobeña en escena, la noche del 2 de diciembre, el hermoso poema dramático *Mar y Cielo*, obteniendo inmenso éxito la ilustre actriz, que secundaron admirablemente los señores Comes, Tatay, Requena y Manso. Otro gran triunfo obtuvo la señora Cobeña en la tragedia en un acto y en verso, del inmortal Zorrilla, *Sofronia*, siendo ovacionada. Esta antigua obra fue presentada con toda suntuosidad, siendo bellísimo el decorado.

ESTRENO DE «LOS INTERESES CREADOS»

La del 9 fue noche de gran fasto para el público de esta capital. Fue la noche del estreno en nuestro Teatro de *Los intereses creados*, la formidable sátira benaventiana, obra de las más bellas del teatro español contemporáneo. Después de *Las personas decentes*, de Enrique Gaspar, dijo la crítica, no se había llevado al teatro una obra tan formidable, tan hiriente y tan fina, como *Los intereses creados*, que pregonó por siempre y para siempre la gloria de su autor.

La noche amorosa, sobre los amantes
 tiende de su cielo el dosel nupcial.
 La noche ha prendido sus claros diamantes
 en el terciopelo de un cielo estival.

Para Leovigildo Ruiz Tatay fue una jornada de triunfo la representación de la maravillosa obra de Benavente. No cree-

mos que se haya hecho nunca mejor que por este gran actor, de gratísima memoria, el difícil y extraordinario papel de Crispín. ¡Qué trabajo más admirable, más concienzudo, más acabado, el de este inolvidable artista en *Los intereses creados*!

¡Carmen Cobeña, Mercedes Villabona, Rafael Cobeña, Ricardo Manso, Francisco Comes, Rafael Requena, buenos, excelentes magníficos artistas, bien supísteis esa noche contribuir a la mayor glorificación de Benavente, en la magna interpretación que dísteis a su obra cumbre!

En unión de *Los intereses creados*, se estrenó la misma noche la bellísima comedia de los Quintero, *La musa loca*, que obtuvo asimismo la más cariñosa acogida de nuestro público, altamente impresionado por la magistral obra de Benavente.

Los intereses creados se había estrenado en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 9 de diciembre de 1907. Tenía Benavente 41 años.

Mariana y Fedora fueron también grandes triunfos de la Cobeña. *La zagala* lo fue, y grande, de Ruiz Tatay.

La neña, de Federico Oliver, se estrenó la noche del 16, llenando de complacencia al público, pues es obra que contiene verdaderas bellezas y que sancionó la crítica, considerándola como la mejor de cuantas escribiera el ilustre comediógrafo. Se había estrenado en el Teatro Español, de Madrid, con enorme éxito. El que obtuvo en nuestro Teatro fue también de los mayores. Las ovaciones interrumpían el curso de la representación. La señora Cobeña, en honor a su esposo, desempeñó un papel secundario. Federico Oliver fue obligado a salir a escena muchas veces, en medio de atronadores aplausos, justo premio a su magnífica labor.

El 19, otra obra de categoría: *Casa de muñecas*, de Ibsen. Triunfo ruidoso de la gran actriz, que llegaba en esta obra a alturas inabordables.

El 23, estreno de *Los buhos*, de Benavente. Otro gran triunfo de la Cobeña compartido con la Anaya, con la señorita Villabona y los señores Ruiz Tatay y Comes. El 25, estreno de *La muralla*, también bellísima comedia de Federico Oliver, saludada con entusiasmo por el público. El 26, *El crimen de la calle de Leganitos*, comedia de Pina Domínguez y Mario, y el juguete de Gonzalo Cantó, *El asistente del coronel*, para beneficio del graciosísimo Ricardo Manso.

El 27,... «...y aquí esta Don Juan Tenorio para quien quiera algo de él».

Mucho público y muchos aplausos y el fervoroso entusiasmo de siempre por la inmortal obra de Zorrilla. La Doña Inés, de la Cobeña, era algo verdaderamente extraordinario. Era una de sus grandes ejecutorias y comparábasele sólo con la María Guerrero.

La noche de Inocentes se celebró una fiesta teatral adecuada a la fecha. Una función de género chico, por secciones: *El asistente del coronel*, *Levantar muertos* y la zarzuela *La mala sombra*, que «cantaron» la Villabona, Comes Manso y otros.

Comenzó enero de 1909 con *Mora de la Sierra*, de Federico Oliver, de igual corte que sus hermanas, obteniendo el mismo éxito que las dos anteriores; siguiéndole la antigua comedia de don José Zorrilla, *Lealtad de una mujer o aventura de una noche*, que se puso para la fiesta de honor de la insigne actriz, en unión del pasillo de los hermanos Quintero, *Mañana de sol*. El público respondió dignamente y el lleno fue de los mayores que se recuerdan.

Terminó esta brillantísima temporada, con la repetición de *Rafles*, la noche del 3, y como fin de fiesta el aporósito de Eusebio Blasco *Día completo*, que hizo la señora Cobeña, en unión de su hermano Benito.

El público, agradecido a la gran labor realizada en nuestra ciudad por la ilustre actriz, le tributó una cariñosa despedida, haciéndola salir repetidas veces, en medio de clamorosas ovaciones. La señora Cobeña, emocionada, se adelantó al proscenio y dijo que daba a Tenerife su despedida y que se ausentaba hasta muy pronto. Y efectivamente, antes de ausentarse para la Península, la eminente actriz y noble dama, volvió a esta capital, de regreso de una «tournée» por las islas, abriendo un nuevo abono y anunciando nuevos estrenos de la mayor importancia. El abono fue también brillantísimo, prueba evidente del grato recuerdo que conservaba el público de la gran temporada realizada anteriormente.

Las obras nuevas, estrenadas en esta segunda temporada, fueron: *Por las nubes*, de Benavente; *María de Brial*, de los hermanos Millares Cubas, ilustres escritores canarios; *El gran tacaño*, de Joaquín Abati y *La Esfinge*, de Unamuno.

Verificóse el nuevo debut el 10 de marzo siguiente, con *Los ojos de los muertos* y *La fuerza bruta*. Noche consagrada al gran dramaturgo. Tanto el drama, conocido como la comedia, que se estrenaba, entusiasmaron al público que fue pródigo en grandes ovaciones por el mérito de las obras y por la magnífica interpretación. Siguió el estreno de *El gran tacaño*,

de Abati y Paso, y que hizo reír y dió motivo para que el notable y veterano actor Ricardo Manso, realizara un magistral trabajo que el público supo premiar dignamente. A continuación estrenóse otra bella comedia de Benavente, *Por las nubes*, que gustó extraordinariamente y tuvo el éxito merecido.

UN ESTRENO DE UNAMUNO

La noche del 13 llevóse a cabo un estreno que produjo grandes controversias y desconcertó al público y a la crítica: *La Esfinge*, de Unamuno, el sabio profesor y eminente literato. «Luis Once» dijo en el *Diario de Tenerife*: «La obra se escucha con atención, con respeto, reconociendo en su autor dotes excepcionales de filósofo y una cultura grandiosa...» En esta obra realizó un trabajo prodigioso el señor Ruiz Tatay, derrochando todo su talento de actor verdaderamente genial.

Después de hacer otras obras ya conocidas, la compañía de Carmen Cobeña y Federico Oliver, se despidió del público de Santa Cruz de Tenerife, la noche del 23 de Marzo, con la hermosa obra de Bernstein *El ladrón* y el monólogo *Media pava*, de Muñoz y Pabón, escrito expresamente para la Cobeña. Gratísimo fue el recuerdo que entre nosotros dejó esta gran actriz, gloria indiscutible de la escena española, «esta admirable actriz que libró ruda batalla por Galdós, estrenando *Los condenados* y *La fiera*; que dió a conocer a Benavente con *El nido ajeno*, *Gente conocida* y *La comida de las fieras*, y dió vida a ese admirable personaje benaventiano Dominica, de *Señora Ama*; que estrenó *El señor feudal*, librando la más grande batalla en favor de Joaquín Dicenta; que dió a conocer, la primera, el extraordinario personaje Nora de la hermosa *Casa de muñecas*, de Ibsen; que resucitó *La moza de cántaro* y dió vida al difícil tipo de Celestina en *Calisto y Melihea*...

CAPITULO XXXVI

BUENAS COMPAÑÍAS DE ZARZUELA MAGNÍFICOS REPERTORIOS

Tres días después de terminar su primera temporada Carmen Cobaña, debutó en el Teatro principal, la compañía de zarzuela del ilustre y veterano actor Miguel Soler, uno de los grandes prestigios de la escena nacional, y a cuyo frente venía el maestro director y concertador Cabas. El debut verificóse la noche del 6 de enero de 1909.

Formaban parte de esta compañía meritísimos artistas, entre los que sobresalían las tiples Concha García y Pepita Alcácer, notables cantantes, y el popularísimo actor cómico Ramón Peña, que fue ídolo de los madrileños cuando, terminada su actuación en Canarias, marchó a la Villa y Corte, donde tuvo tal aceptación y acogida que creemos no volvió a salir en muchos años a provincias. Ramón Peña era un gran actor cómico, y ello lo patentizó de manera rotunda el público madrileño, pero apayasaba, sin necesidad, sus papeles, y los periódicos tenían que llamarle constantemente la atención. Sin embargo de ese grave defecto, tan generalizado entre los famosos actores cómicos (recordemos a Moncayo), regocijó a nuestro público durante treinta noches, con su vis cómica inconfundible y su gracia desbordante.

Las funciones eran por secciones y las entradas se conta-

ban por llenos, pues el público supo corresponder al esfuerzo de actores y de empresarios.

Soler puso en escena el repertorio inherente de esta clase de compañías: lo bueno, lo malo y lo mediano, predominando, lo decimos con satisfacción, lo bueno. Y dió a conocer diversos estrenos, que fueron otros tantos éxitos. Citemos los de *Musseta*, preciosa opereta de Frutos y del maestro Luna; *Las bribonas*, de Viérgol y del maestro Callejas; *Lysistrata*, otra lindísima opereta, del compositor alemán Paul Lincke, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, en 1905; *Ninón*, de Fernández de la Puente y del maestro Chapí; *La carne flaca*, de Arniches y Lleó; *Alma de Dios*, de Arniches, García Alvarez y Serrano, con la que debutó; y *Caza de almas*, aplaudida comedia de Antonio Viérgol («El Sastre del Campillo»), con números musicales del maestro Calleja.

El beneficio del viejo y notable actor Miguel Soler, uno de los directores artísticos de más reputación de Madrid, donde a lo largo de una gloriosa carrera, había dirigido durante muchos años los teatros de la Zarzuela y Apolo, bajo cantante de gran fama y sólido prestigio, a cuyo haber figuraban estrenos de obras como *El reloj de Lucerna*, *La Bruja*, *Don Lucas del Cigarral*, *Curro Vargas* y otras de mérito parecido, se celebró la noche del 25 de enero, con *El loco de la guardilla*, el monólogo de Catarineu, escrito para el señor Soler, *¡Por los hijos!* y *El amor en solfa*, capricho literario de los hermanos Quintero, con música de Chapí y Serrano y la zarzuela, nueva en nuestro Teatro, *Entre rocas*, de Joaquín Dicenta y música del maestro Cabas, que recibió las más entusiastas pruebas de cariño y admiración de nuestro público.

Como en toda compañía siempre hay una artista predilecta, la de ésta fue la señorita Pastor, artista, decían, de cuerpo entero, si bien la Alcácer era una soberana mujer y una cantante de las mejores de su tiempo.

UN ESTRENO DE «CROSITA»

En mayo de 1910 (la noche del 21), se estrenó en nuestro Teatro el ensayo de comedia, de costumbres canarias, en dos actos y en prosa, original del inolvidable «Crosita», titulada *Isla adentro*, y cuyo reparto era el siguiente: Dióscora. Dolores Cambreleng; Pepa la Buquerona, Mercedes del Moral; Felipa, María del Moral; Carlos, Pedro Villamandos; Rafael. Ramón Gil Roldán; Cho Luciano, Diego Crosa, Tomás el Rufo,

Felipe Poggi, Perico, Angel M.^a Antequera y Henry, Ildefonso Maffiotte.

La obra, bien escrita, bien dialogada, de gran ambiente isleño, con personajes admirablemente trazados, como la ingenua Dioscorilla, verdadera flor de nuestros campos, y con escenas encantadoras, proporcionó a su autor un nuevo y legítimo triunfo. Fue muy aplaudido y requerida varias veces su presencia en escena, lo mismo que los afortunados intérpretes.

CAPITULO XXXVII

LA COMPAÑÍA PALMA - REIG

OTRA BUENA TEMPORADA. GRANDES ESTRENOS

CIERRE DEL TEATRO POR LAS REFORMAS

La compañía dramática Palma-Reig, a cuyo frente venían la primera actriz Enriqueta de Palma y el primer actor Luis Reig, comenzó sus trabajos en nuestro Teatro, la noche del 28 de enero de 1911, año en que se cerró el coliseo y comenzaron las grandes reformas que casi habían de transformarlo

Formaban parte de esta compañía las actrices Magdalena Abrines, Nieves Barbero, Concepción Bermejo, Victoria Gragera, Asunción Mateos, Engracia Barbero, Luisa Jordán, Rosario Sánchez, Julia Santero y los actores Luis Torres, Alfredo Barbero, José María Prado, Eduardo Jiménez, Felipe de Palma, Pedro Rubio y Rafael Esquer.

El debut se hizo con el estreno de la obra de Dumas, *Francillon*, que no gustó y se reputó como impropia de su autor. El lleno fue completo. Con la obra de Dumas se puso otra, también francesa y también estreno en nuestro Teatro: *El Juglar*, de Teodoro de Bauville, que gustó y fue muy aplaudida.

Pronto se percató el público de lo siguiente: que la señora Palma estaba deseosa de «llegar», pues tenía lógicas ambiciones como toda artista que tiene conciencia de sus propios méritos, y, que el señor Reig, si bien era un discreto, estudioso

actor, no estaba en carácter en los papeles dramáticos, reuniendo más condiciones como actor cómico. Del señor Torres se formó un juicio exacto. Era un actor de grandes condiciones, sin duda el mejor de la compañía, el más completo, de más depurada escuela.

La temporada fue larga y prestigiosa. Entre las obras ya conocidas figuraban *Rafles*, *La Tosca*, que proporcionó una entrada extraordinaria; *Divorciémonos*, *La niña boba*, *La zagala*, de Quintero, puesta la noche del 21 de febrero, en honor de los asambleístas que se hallaban en esta capital, congregados para tratar del problema canario; *Rosas de Otoño*, *La dama de las Camelias*, *El genio alegre*, *Don Alvaro o la fuerza del sino*, *La fuerza bruta*, *Los intereses creados* y *Los dos pilletes*, con lleno completo y para lucimiento de las señoritas Abrines y Mateos, que bordaban los simpáticos personajes Claidinet y Fan Fan.

Entre los estrenos figuraban obras de máxima calidad, para todos los gustos y aficiones. Veámoslos: *Resurrección*, de Tolstoi, de fuerte contestura, angustiosa y desconcertante; *La escuela de las Princesas*, de Benavente que fue el acontecimiento de la temporada. La concurrencia fue enorme, llenando todas las localidades; *El caballero lobo*, de Linares Rivas, con el mismo extraordinario éxito de todas las producciones del ilustre comediógrafo; *Canción de Cuna*, de Martínez Sierra, otro de los grandes estrenos de esta temporada. Obra bellísima, cuyo estreno en Madrid proporcionó a su autor el más grande triunfo de su vida, con haber tenido tantos. La manifestación de homenaje esa noche a Martínez Sierra, solo fue comparable a la que se hizo a Benavente cuando el estreno de *Los intereses creados*. Aquí el éxito de esta hermosa comedia fue también grande y el Teatro registró el lleno de las grandes noches; *Cassandra*, del glorioso Galdós. Noche también solemne, de fervoroso homenaje al maestro. Los aplausos de esa noche eran para la obra que se representaba y para toda la inmensa producción del gran escritor; *Amores y amoríos*, de las más bellas comedias quinterianas. Beneficio de la señora Palma, que dedicó a las señoras y señoritas de Santa Cruz, con lleno completo. El Teatro estaba brillantísimo y el beneficio fue apoteósico, llanándose el patio de flores, palomas y serpentinan, en oleada de entusiasmos y admiración.

Otros estrenos fueron: *La sombra del padre* y *La ama de la casa*, dos bellas comedias de Martínez Sierra; *Mi papá*, de Arniches y García Álvarez; *Doña Clarines*, de los Quintero; *De cerca*, de Benavente; *Los perros de presa*, de Paso y Abati;

El Centenario, de los Quintero, también muy aplaudida; *La familia mogigata*, de Eliseo Gier, que gustó; *La nube*, comedia de Ceferino Palencia, puesta la noche del 24 de febrero, en honor del ilustre parlamentario don Juan Sol y Ortega, que se hallaba en esta capital, tonando parte en las deliberaciones de la Asamblea provincial, reunida en el Ayuntamiento; *La mano negra*, melodrama de Celso Lucio y Carlos Allens Perkins; *La Corte de Napoleón*, de Sardou, obra que venía precedida de gran fama. El Teatro se llenó y el éxito fue de los grandes, justificando la fama que acompañaba a la obra. Se repitió a la noche siguiente; *Nido de águilas*, de Linares Rivas. Teatro de alta calidad, de la preferencia de nuestro público, las obras todas de este ilustre escritor tuvieron en nuestro ámbito el éxito merecido; *El drama de los venenos*, de Sardou; *El Cristo moderno*, de don José Fola, autor de numerosas obras de carácter filosófico-social, etc.

Esta compañía estrenó también, la noche del 23 de marzo, con éxito grande, la obra del escritor tinerfeño «Carlos Cruz», *El amor en marcha* (diálogos inverosímiles). Fue un franco éxito para el notable literato y comediógrafo, que recibió los aplausos del público y el elogio de la crítica.

El repertorio de esta compañía, como ha visto el lector, no pudo ser más variado, pues lo nutrían, desde las graciosísimas y sencillas comedias de Vital Aza y Ramos Carrión, hasta los más trascendentes dramas extranjeros, en unión de las mejores obras del teatro español, antiguo y moderno. Con esto quedaba demostrado el buen gusto que imperaba en la dirección de la compañía.

Al terminar esta temporada, ya no se volvió a abrir el Teatro, por las importantísimas reformas que en él se realizaron, hasta los grandes conciertos de la Sinfónica, en abril de 1913. sin terminar aún esas reformas, inaugurándolo luego la notable compañía de opereta, italiana, de Amadeo Granieri.

CAPITULO XXXVIII

LAS REFORMAS EN EL TEATRO

Interesante fue la etapa en que nuestro Teatro principal permaneció cerrado, con motivo de las trascendentales reformas que lo remozaron y transformaron en su casi totalidad. Fue precisamente en esa etapa en la que más compañías de importancia arribaron a nuestra ciudad y nos crearon una situación comprometida, dada la categoría de los artistas que integraban esas compañías y los locales que podíamos ofrecerles para que actuaran dignamente y con arreglo a su rango.

Durante ese largo plazo de las reformas, visitaron nuestra ciudad y actuaron en modestos locales, que no eran los más a propósito, pero que salvaron esa difícil situación, las compañías siguientes: la de zarzuela de José Gamero y Santiago Sabina; la dramática de María Comendador y José Montenegro; la juvenil italiana de opereta, de los hermanos Arnaldo y Guido Billaud; la de comedias de Jaime Rivelles; la dramática de Margarita Xirgú y Emilio Thuillier; la de Italia Vitaliani y Carlo Duse; la de Matilde Moreno, y por último la de Enriqueta Palma, que había actuado en el Teatro hasta su cierre definitivo para dar comienzo a las reformas. Unas en el Parque Recreativo, y otras en el desaparecido Salón Novedades, llevaron a cabo sus brillantes actuaciones, algunas de las cuales hemos de reseñar.

COMPAÑÍA DE ZARZUELA DE GAMERO Y SABINA

La primera que actuó aquí después del cierre del Teatro principal, fue la de zarzuela del notable actor José Gamero y en la que venía de maestro director y concertador, nuestro paisano Santiago Sabina, con un nombre ya prestigioso en el arte lírico nacional. Formaban parte de esta compañía las primeras tiples Enriqueta Benito y Enriqueta Torres, las tiples cómicas Celia Roca y Matilde León, el tenor Francisco Montes, el barítono Juan Bordas y los tenores cómicos Alfredo León y Francisco Piñero. Los coros eran excelentes. Los estrenos fueron muchos y selectos, y los artistas, desde la primera noche, obtuvieron el aplauso y la asistencia del público.

El debut lo hizo la noche del 20 de septiembre de 1912, con un magnífico programa, compuesto por las zarzuelas *Carceleras*, *Molinos de viento* y *El Príncipe Casto*; estas dos últimas eran estrenos, y particularmente *Molinos de viento*, la preciosa opereta de Luis Pascual Frutos y del maestro Luna, estrenada en el Cervantes, de Sevilla, la noche del 2 de diciembre de 1910, obtuvo el triunfo más decisivo y rotundo a que era merecedora. Esta función de presentación de la notable compañía constituyó para ella un triunfo grande, y para su director fue triunfo y homenaje, pues Santiago Sabina, el maestro Sabina, volvía al país con una honrosa ejecutoria y una aureola de honradez artística intachable, unidas a su gran competencia demostrada en la dirección de notables conjuntos líricos en plena juventud. El público le aclamó con verdadero entusiasmo.

Además de *Molinos de viento*, la compañía de Gamero y Sabina nos dió a conocer *La casta Susana*, célebre opereta alemana, de Jorge Okonkowsky y música del maestro Gilbert, *El conde de Luxemburgo*, de Franz Lehar, arreglada por José Juan Cadenas, y cuya lindísima partitura deseaba conocer nuestro público; *La viuda alegre*, en la adaptación de esta renombrada opereta, hecha por los señores Linares Rivas y Reparaz; *Anita la risueña*, de los hermanos Quintero y del maestro Vives; *El fresco de Goya*, chistoso sainete de Arniches y nuestro paisano Antonio Domínguez y García Álvarez y música de Quintero Valverde; *Juegos malabares*, de don Miguel Echeagaray y del maestro Vives; *El rey del carbón o la princesa del dollars*, traducida y adaptada por el director de la compañía señor Gamero. Con música de Leo Fall, de ruidoso éxito. Fue

presentada con todo lujo y constituyó un triunfo para el adaptador, y para la compañía.

Otros estrenos fueron: *Lirio entre espinas*, hermosa comedia lírica de Martínez Sierra y del maestro Giménez, que fue para la compañía uno de sus más clamorosos éxitos; *Las brasileñas*, *El viaje de la vida*, *El país de las hadas*, *Amor ciego*; *La Tajada*, de ambiente aragonés, *Agua de noria*, etc.

De las ya conocidas, *Cavallería Rusticana* (cantada en español), proporcionó un completo triunfo al maestro Sabina y a la compañía, siendo ovacionado el notable músico. Esta famosa ópera de Mascagni fue repetida con igual éxito y acogida por parte del público.

La obra de la temporada fue *Molinos de viento*, que se puso varias veces con singular éxito. También lo obtuvieron, y grande, las celebradas operetas cantadas por primera vez en nuestra ciudad.

Del primer actor y director Gamero, se hicieron algunas obras, destacando *A la vera del queré*, a la que había puesto música el maestro Vives, y *La comediante*. El señor Gamero, excelente actor, era también un buen escritor y un competente músico. Poco después de su excelente actuación en nuestra ciudad, en 1915, falleció.

Fue en verdad, magnífica esta temporada que Santiago Sabina, en unión de valiosos elementos, nos proporcionó y en la que nos brindaba las primicias de su vida profesional, formado ya y capacitado para tales empresas y con la perspectiva de otras más elevadas, en las que habían de culminar su sólido prestigio y su talento indiscutible. El público respondió plenamente, llenando el Parque todas las noches. Esta temporada, o mejor dicho, la primera parte de esta temporada, terminó el 10 de noviembre, y fue reanudada días después, terminando definitivamente la noche del 11 de diciembre.

En esta segunda etapa estrenó otra obra que fue también de las que «quedaron», porque el más entusiasta de los éxitos le acompañó siempre: *La Corte de Faraón*, de Perrín y Palacios y del maestro Lleó. La crítica juzgó a esta obra como la mejor opereta española y la consideró como modelo en su género. Su representación en nuestra ciudad constituyó para el maestro Sabina y su compañía, un nuevo triunfo, tan definitivo y clamoroso como cuantos obtuvo en tan memorable temporada.

Esta fue, lectores, la primera actuación «seria» de Santiago Sabina, en su tierra. De aquel jovencuelo, niño casi, de las amables veladas del Recreo, en que nos deleitaba con la Fán-

tasía de «Bohème», al piano, o cuando organizaba y dirigía sus sextetos de aficionados en el Ateneo, nada quedaba. Es decir, sí: quedaba la perseverancia, el entusiasmo, la capacidad, con las que, unidas al firme propósito de triunfar y de conquistarse un nombre, una reputación, llegó a donde había de llegar. Con afán, con ese noble propósito, salió un buen día de nuestra ciudad. Recorrió mundo, estudió, se adiestró en su arte; supo de la alegre vida del artista profesional y conoció los sinsabores de esa vida. Y tan pronto supo y pudo, vino a ofrecernos cuanto sabía... Primero las primicias de su arte, después la madurez del mismo, la perfección. Y junto a todo esto su innata corrección, su educación, su simpatía y su cultura. Varias veces le vimos al frente de notables compañías, de las mejores compañías que por aquí han desfilado. Hasta que, cansado de la dura brega, del largo caminar, sin esperar a envejecer, se acogió de nuevo a la tierra, y aquí se quedó dirigiendo la más importante agrupación o colectividad musical, la de mayor categoría de cuantas ha contado la capital y la isla: la Órquesta de Cámara de Canarias.

He aquí esta su fina semblanza que hizo Eduardo Zamacois, cuando Sabina comenzaba su vida profesional: «Santiago Sabina, que ha recorrido América de un hemisferio a otro, primero con Leopoldo Frégoli y después con Esperanza Iris, es un joven de voz dulce, de ademanes pulidos, con rostro de convaleciente y una sonrisa lejana, que tiñe sus palabras de melancolía. Delgado, cortés, pálido, silencioso, el «maestro» Sabina parece ir por las rutas del mundo envuelto en un recuerdo».

OTRAS NOTABLES COMPAÑÍAS

En enero de 1913 (la noche del 16), debutó en el Salón Novedades, levantado en la calle de Ferrer, y desaparecido por un incendio, la compañía cómica dramática Comendador-Montenegro.

Los directores de esta excelente compañía, María Comendador y José Montenegro, notables artistas, habían estado en esta ciudad, como partes secundarias de la compañía de la Guerrero, cuando su inolvidable actuación del año 1899. Años después, María Comendador, convertida en una notabilísima primera actriz, y su esposo, José Montenegro, hecho asimismo, un primer actor de magníficas condiciones, formaron com-

pañía. La Comendador, artista de atrayente figura, elegante, de gran distinción, más dramática que cómica. Montenegro, actor que hizo brillantes campañas en la Comedia, de Madrid, gozando de justa fama; de buena presencia, estudioso y culto. Una excelente pareja y una competente dirección.

Esta compañía, en su interesante temporada, nos dió a conocer algunas obras de verdadero mérito, como *En Flandes se ha puesto el sol...*, de Marquina, que fue el gran éxito de la temporada; *La reina joven*, de Guimerá, *Malvaloca*, de los Quintero; *La raza*, de Linares Rivas; la comedia de Tristán Bernard, *Petit-Café*; *Puebla de mujeres*, de los Quintero; *La noche del sábado*, de Benavente; *La losa de los sueños*, también de Benavente; *Mundo, mundillo*, de los Quintero; *Lady Godiva*, de Linares Rivas y otras.

En homenaje a Benavente, por su ingreso en la Real Academia, y en función dedicada al Ateneo, puso *Los intereses creados* y *La fuerza bruta*, y en función de homenaje a don Angel Guimerá, interpretó el hermoso drama del gran dramaturgo, *María Rosa*.

La temporada fue brillantísima, pues a la calidad de las obras correspondía una esmerada interpretación y una pulcritud grande en el montaje.

El repertorio fue de lo mejor, tanto en los estrenos como en las obras conocidas. La señora Comendador puso a prueba sus grandes condiciones en *Fedora*, en *La Corte de Napoleón*, en *Mariana*; como Montenegro demostró lo que valía en *Juan José*, *Felipe Derblay*, *El alcalde de Zalamea* y *El adversario*.

• • •

En el Salón Novedades, la noche del 26 de marzo de este mismo año de 1913, debutó la notable compañía juvenil italiana, de opereta, «Billaud», compuesta de setenta y cinco personas. La dirigían los hermanos Arnaldo y Guido Billaud, y procedía de América. Gozaba de gran fama. El debut aquí lo hizo con la famosa opereta *El conde de Luxemburgo*, que había dado a conocer a nuestro público la compañía Camero-Sabina.

Los artistas eran todos jóvenes de menos de veinte años, verdaderamente precoces; romanos todos y alumnos del Conservatorio de Roma. Habían hecho una gran campaña en América del Sur.

El éxito en nuestra ciudad fue también grande. El público

respondió llenando todas las noches el Salón Novedades y tributando las más entusiastas ovaciones a los simpáticos artistas. Entre estos se destacaron las tiples Dora Theor, Lucía Castaldí y Ramona Pérez; el tenor Vittorio Gamba y el barítono Ortoli Santo. Eran maestros directores y concertadores, Guisti y Virgili.

Esta compañía se había denominado primeramente «lillipuziana», pero ya los niños eran hombres, y las niñas, más que promesa de mujeres, eran mujeres.

Los coros también eran magníficos. Y en cuanto a la presentación y montaje de las obras, era verdaderamente soberbia, lo que se dice suntuosa, de lujo inusitado.

El debut, como hemos dicho, se hizo con *El conde de Luxemburgo*, y con este motivo decía «Froissé», en *La Prensa*, que «era la auténtica opereta, la exacta, sin ningún arreglo ni añadido de Lleó.

La notabilísima compañía puso las más hermosas operetas, estrenando algunas que fueron éxitos rotundos ante todos los públicos, como *Geisha*, lindísima, del maestro Sidney Jones; *Eva*, que fue un clamoroso éxito, y *Sogno d'un valtzer*, de Oscar Strauss.

También puso en escena dos obras españoles: *La Gran Vía* y *El dúo de la Africana*. Aquella fue un desastre, pues la arreglaron a su capricho, cortándole y añadiéndole, y ésta fue bien desempeñada y tratada con más cariño.

MARGARITA XIRGÚ Y EMILIO THUILLIER

En abril siguiente, el Parque Recreativo dió acogida a una gran compañía dramática española, que marchaba a América, bajo los mejores auspicios y a cuyo frente iban dos figuras señeras de nuestro teatro. Nos referimos a aquella de Margarita Xirgú y Emilio Thuillier, que hizo una corta pero fructífera temporada en el citado salón de espectáculos, y marchaba a Buenos Aires, contratada por el opulento empresario argentino Faustino Da-Rosa.

Margarita Xirgú iba contratada por aquel famoso hombre de negocios, como antes había ido Sarah Bernhardt, la Rejane, Eleonora Duse, Tina di Lorenzo, María Guerrero, Rosario Pino, Enrique Borrás, Thuillier, Coquelin, Le Bargy, Novelli, Zacconi, es decir, las más altas figuras del teatro de diversos países. Con Margarita Xirgú y Emilio Thuillier, que nos visitaba por segunda vez y era el maestro de siempre, venían Hortensia Ge-

labert, figura espiritual, de atrayente simpatía, de distinguido porte y exquisita elegancia; Rivero, actor sobresaliente; Ruiz Tatay, el gran actor, aquí tan apreciado, que vino por vez primera con Sánchez de León, y luego con Carmen Cobeña. Barraycoa, también notable actor, de los mejores; la señora Sala, señoritas Ríaza y Segura y otros actores y actrices que completaban dignamente tan notable compañía.

El debut efectuóse la noche del 10 de abril, con la hermosa comedia de Darío Nicodemi, *L'Aigrette*, escrita en francés y estrenada por la Rejane, y traducida a nuestro idioma por Enrique Gómez Carrillo. En italiano la había estrenado en el Lírico, de Milán, Tina di Lorenzo. Era por lo tanto obra predilecta de las grandes actrices. El Parque Recreativo estaba brillantísimo. Ni una persona más cabía en él. Enorme era la expectación y grande el deseo de conocer a la gran trágica española, cuya aureola de actriz de altos vuelos, digna de parangonarse con las más eminentes del extranjero, había llegado a nosotros.

La labor de ésta fue insuperable. Confirmó plenamente la fama que la precedía, dejando satisfechos a los espectadores, que se hallaban sugestionados por el arte gigantesco de la gran actriz. Fue rotundo triunfo personal, como pocos presenciados en esta ciudad. Lo mismo en la comedia frívola, que en la tragedia clásica, que en el drama moderno, no existían secretos para ella. Y su labor maravillosa en esa obra del debut, fue la misma de todas las noches. En *Zazá*, de Pierre Bertou y Ch. Simón, también predilecta de las grandes actrices; en *Frou-Frou*, de Enrique Meilac y Ludovico Haley; en *Primero*, de Caillavet y De Flers; en *La Raza*, de Linares Rivas; en la tragedia *Electra*, del poeta alemán Hugo de Hofmansthal; en *Nena Teruel*, de los Quintero; y en la alta comedia de Pierre Wolf, *Los muñecos*, traducida por Batlle; en *Salomé*, de Oscar Wilde, y en *El diplomático*, vieja comedia de Scribe, traducida por Ventura de la Vega, y en *Magda*, de Sudermann y en *La chocolaterita*, de Pablo Gavault, traducida por Enrique Thuillier, nos dió Margarita Xirgú la prueba elocuente, indiscutible, de su gran talento de actriz moderna y culta, que realizaba una verdadera revolución seleccionando e interpretando obras que no habían llegado a nuestros públicos, ni a nuestras actrices...

La obra que mayor expectación produjo fue *Salomé*, por las referencias que había. En su interpretación, la ilustre trágica estuvo inconmensurable. «Jacinto Terry», dijo horas antes de la función: «Esta noche *Salomé* pedirá la cabeza de

Joanán y bailará ante ella, y es posible que los que aplaudieron furiosamente *La Corte de Faraón*, digan que es inmoral el cuadro que Oscar Wilde ha sacado de la Biblia para llevarlo al teatro». Reseñando luego la obra, decía este notable escritor: «La tragedia de Oscar Wilde, escenográficamente es impecable; en cuanto a la realidad histórica deja mucho que desear. Las palabras de Salomé cuando trata de enamorar a Juan Bautista, parecen una glosa de *El cantar de los cantares*, y las que lanza al observar que aquél es indiferente a su hermosura, nos recuerdan las maldiciones terribles de *El libro de los Jueces*».

Corta fue la temporada, pero el caudal de arte magnífico fue grande. Fue un arte nuevo. Sonaron nombres nuevos de grandes dramaturgos que aún no habían sido oídos en nuestros escenarios. Obras de intensa belleza, desconcertantes y atrevidas. Y luego la figura altiva, dominadora, atrayente, de Margarita Xirgú, de quien dijo Pérez de Ayala, a pretexto del estreno de *Santa Juana de Castilla*, de Pérez Galdós, que «acreditó como reina fingida, ser de verdad reina de la escena». Y la prócer, relevante, inconfundible, de Emilio Thuillier. Y la recia, vigorosa, de artista todo talento y pundonor, de Leovigildo Ruiz Tatay...

CAPITULO XXXIX

TERMINAN LAS REFORMAS EN EL TEATRO

Terminaron en 1913 las grandes reformas llevadas a cabo en nuestro Teatro. De ellas, de su importancia y necesidad, ya nos hemos ocupado en otro capítulo de este libro, al hacer la historia de nuestro viejo coliseo, que compendió la vida artística e intelectual de nuestra ciudad, a lo largo de muchos años. Antes de terminar esas reformas, unos meses antes de dar fin a las mismas y de proceder a su inauguración, por la compañía de Granieri, en el mes de abril del citado año de 1913, como en un desperezo o sacudida de su larga inactividad, fiel a su brillante tradición, abrió sus puertas para darnos a conocer a una de las más notables colectividades artísticas nacionales: la Orquesta Sinfónica de Madrid, que dirigía el ilustre maestro Fernández Arbós, y de la que formaban parte valiosos elementos musicales que prestigiaban la famosa agrupación.

LO INAUGURA LA ORQUESTA SINFÓNICA DE MADRID

La Orquesta Sinfónica, de Madrid, en esta su inolvidable «tournee» por Canarias, celebró dos conciertos en Las Palmas, y dos en Santa Cruz de Tenerife, conciertos que fueron los más grandes acontecimientos de esta índole en nuestras islas celebrados. Fue una empresa gigantesca la de los entusiastas patrocinadores de esta memorable actuación filarmónica, y el público, haciendo honor a tamaña empresa, respondió plena-

mente, cubriendo el abono y llenando todas las localidades del coliseo.

El primero de estos dos conciertos en nuestra ciudad, celebróse la noche del 24 de abril de 1913, y el magnífico programa lo constituían las grandes páginas musicales siguientes: *Freischutz*, obertura de Weber; Aria de la *Suite en re*, de Bach; *Francesca de Rímini*, de Tschaikowsky; en la primera parte. En la segunda, ejecutóse la *Quinta Sinfonía*, de Beethoven; y en la tercera, «Los murmullos de la selva», del *Sigfrido*, de Wagner; *Largo religioso*, de Häendel, en que fue ovacionado el notable violinista Francés, y *Tannhauser*, obertura, de Wagner. Fuera de programa, *La procesión del Rocío*, de Turina.

El 27, dió su segundo concierto la gran orquesta madrileña, con este extraordinario programa: *Anacreonte*, obertura, Querubini; *Coral variado de la cantata 14º*, Bach; *Rapsodia húngara en fa*, Liszt, en la primera parte. *La Sexta Sinfonía* (Patética), de Tschaikowsky, en la segunda; y en la tercera, *Leonora*, obertura, Beethoven; «Marcha fúnebre», de *El ocaso de los dioses*, Wagner, y *Cabalgata de las Walkirias*, también de Wagner.

El éxito de estos dos grandes conciertos fue verdaderamente apoteósico. Nada de tal magnitud se había celebrado en nuestra ciudad ni en nuestras islas, con anterioridad a este extraordinario acontecimiento artístico. Fue una excelente idea la de habilitar el Teatro, sin terminar las reformas, para que en él hiciera su presentación tan notable agrupación musical. Era el lugar adecuado, único, que se podía ofrecer. Y así se hizo, con un claro sentido de nuestro prestigio, del mérito excepcional de la Orquesta Sinfónica de Madrid, que nos honraba con su visita, y de nuestra responsabilidad ante actuación de tan elevado rango artístico.

Nuestro público dió patentes muestras de gran cultura oyendo con el mayor recogimiento las grandes obras ejecutadas y aplaudiendo su interpretación con verdadero entusiasmo. Don Angel Crosa, concejal inspector del Teatro, propuso que en el mismo se colocara una lápida recordando el acontecimiento.

El ilustre maestro Fernández de Arbós, decía que pocos públicos había encontrado tan cariñosos y acogedores.

Con la Sinfónica venía, entre otros valiosos elementos, el notable compositor Conrado del Campo, como viola. La Sinfónica interpretó su *Divina Comedia*, y el gran músico fue ovacionado.

ITALIA VITALIANI EN EL SALÓN NOVEDADES

Si en la etapa de las reformas de nuestro principal y único coliseo, cupo al Parque Recreativo, la gloria de albergar en su modesto escenario a esas grandes figuras que hemos mencionado, al modestísimo y simpático Salón Novedades le estaba reservada también la gloria de albergar bajo sus techos a artistas de máxima categoría en el teatro extranjero y en el nacional. Tales, Italia Vitaliani y Carlos Duse; Matilde Moreno y José Tallaví. ¡Cuántas veces en el curso de estas memorables actuaciones exclamamos con verdadero desconsuelo: ¡«Qué lugar más inadecuado para artistas tan eminentes!»! Y sin embargo hemos de agradecer al barracón de la calle de Ferrer, el haber podido admirar a tan ilustres comediantes.

La primera de estas figuras de alta categoría universal, que se refugió en el citado salón de varietés, fue Italia Vitaliani, la gran trágica que con Eleonora Duse compartió durante muchos años la soberanía de la escena italiana y fue primera e indiscutible figura del teatro contemporáneo, y que compartía la dirección de su notable compañía, con su esposo, Carlo Duse, eminente actor y hermano de la inmortal trágica que fue musa del poeta de *La Gioconda*...

Esta ilustre actriz, que recorrió triunfante todos los escenarios del mundo y fue por todos los públicos aclamada, corrió aquí con poca fortuna. Fue una nota lamentable en la historia artística de nuestra ciudad. No, Italia Vitaliani no mereció la indiferencia con que nuestro público acogió su paso por esta capital. Ya era bastante con el lugar impropio de su prestigio donde nos daba a conocer el arte suyo, excepcional. ¡Nuestro público, siempre dispuesto a corresponder a cuanto bueno o malo nos visita, que siempre procura quedar lo mejor posible, en esa ocasión puso en entredicho su buen nombre de hidalgo y acogedor, y lo que es más doloroso, puso en evidencia su buen gusto y su cultura! Primero el local, que no guardaba relación con los altísimos merecimientos de la célebre actriz, y luego, la poca concurrencia a las extraordinarias representaciones que tan notable compañía diera poco menos que entre familia... Es nuestro deber hacerlo constar así. Con un poco de rubor lo hacemos, pero con rubor y mucho, asistimos a aquellas funciones en que echábamos de menos al numeroso público que llenaba ese mismo local en las actuaciones de Pepita Sevilla y otras famosas artistas de «varietés»...

Vamos a reseñar ligeramente la actuación de Italia Vita-

liani, que quiso honrarnos ofreciéndonos unas noches de arte quintaesenciado, fuerte y europeo, y a lo que no supimos corresponder.

La compañía cómico-dramática de Italia Vitaliani-Carlo Duse, debutó en el citado Salón Novedades, la noche del 13 de agosto de 1913 (pasen por alto los supersticiosos esta coincidencia), con la famosa obra de Dumas, hijo, *La dama de las Camelias* («*La signora delle Camellie*»). Fue un grande acontecimiento. Asistió bastante público, el suficiente para llenar medio local. La insigne actriz produjo gratisísima impresión, siendo ovacionada con admiración y entusiasmo. Su característica era la naturalidad con que daba vida a sus personajes.

Entre los artistas meritísimos que destacaron desde la primera noche, figuraban Italia Calabresi, Ester Sainati, notabilísimas actrices; Guido Bodda, Giovanni Berteza, E. G. Riva y otros.

La presentación de las obras era magnífica.

La segunda función, el 14, fue con la trágedia de Schiller, *María Stuart*, que la Vitaliani había estrenado en Barcelona, en 1901, rayando a enorme altura. La noche del 15 consagróse a obras del Gran Guíñol, que era la mayor actualidad teatral de Europa: *Passa la ronda*, *Un falto di buon costume*, *Au telephone* y *A'lla Morgue*. Teatro fuerte, emocionante, truculento, cuyo mayor mérito estribaba en el lucimiento de sus intérpretes. Y en esto no tenía rival Carlo Duse.

A estas obras siguió una española: *La madre*, de Rusiñol, que había incorporado a su repertorio la insigne actriz, como otras del gran dramaturgo, y cuyo desempeño era admirable. Luego, en las siguientes noches, últimas de esta malograda temporada, *Tosca*, creación insuperable de la Vitaliani; *Magda*, en función de honor de la gran actriz, su obra predilecta.

«Uno menosuno» (Juan Franchy Melgarejo), escribió en *La Prensa*: «Hemos sido siempre enemigos de la loa personal; por nosotros se quemaría todo el incienso que existe en el mundo en un solo montón y de una vez para siempre; pero ante las circunstancias en que actúa la compañía italiana en nuestra ciudad, circunstancias verdaderamente inexplicables, no encontramos adjetivos, elogios ni nada de bastante ponderación para calificar honoríficamente, profusamente, lo que es de justicia. Por ahora no tenemos a mano para que contente un poco nuestro deseo de «desfacer el entuerto» más que esto que vamos a decir: Italia Vitaliani es la «primera» trágica que ha venido a Canarias. Quien lo dude, que la vea en el tercer acto de *María Stuart*».

De la función de honor de la eximia actriz, dijo «Uno menosuno»: «Italia Vitaliani, en la obra del altísimo genio que se llama Sudermann, en *Magda*, fue la actriz incomparable del teatro moderno más elegante, más culto, con haberla visto y oído bastantes veces, flamante, como si por primera vez los hermosos pensamientos del insigne psicólogo nos hicieran saber de bellezas, de verdaderos tesoros anímicos. Con un arte de perfumes a fuerza de ser esenciado; con un gesto supremo y originalísimo, con un trabajo que nos hizo imaginarnos en las milagrosas sederías árabes. Italia Vitaliani, sin lanzar un grito, sin exageración en los edemanes, sin macular su arte con el más mínimo afectismo; finalmente, sin «gran ruido», obtuvo un triunfo de aclamaciones, de sinceridades que hubieran querido entrelazar las palmas de sus aplausos con las más preciadas flores de una corona helénica. Y nuestra alma inclinada a beber el líquido de las últimas copas de los estentóreos momentos y de las «valientes frases» gustó de las suavidades de la fineza y de la elegancia artística. ¿Cómo se llamaría este triunfo si no se llama eminencia, gloria?».

¡Oh, el dulce decir de las artistas italianas!... Aquella Tina di Lorenzo, en *Magda*; aquella Italia Vitaliani, en *Magda*, en *La dama de las Camelias*, en *María Stuart*. Dicción, finura, elegancia, modales de supremo aristocraticismo y de suprema sencillez, genio, dominio absoluto de la muchedumbre. Arte puro, verdadero arte...

La noche del 19 celebró su beneficio el gran actor Carlo Duse, con *Un brutto scherzo*, *Tutte e In ordini Lui*. Esta función fue un gran triunfo para el eminente actor. Las obras del Teatro Gran Guñol, eran las especiales de Duse, al que consideraba la crítica europea como insuperable en ellas.

MATILDE MORENO, TAMBIEN EN EL NOVEDADES

A los tres meses escasos de esta actuación de tan alta categoría, otra compañía, ésta española, la de la ilustre Matilde Moreno, la exquisita, afortunada creadora de *Electra*, de Galdós, discípula la primera, del eminente Vico, vino a Tenerife, debutando en el mismo Salón Novedades, la noche del 7 de noviembre de 1913.

Constituían este magnífico plantel de prestigiosos artistas, uno de los mejores que a Canarias han arribado, las actrices Guadalupe Mendizábal, que tantas veces nos había visitado; Clotilde Guerra, Luisa Calderón, Dolores Ruiz, Ascención Vi-

veros, María Barral, Matilde Blanco, Micaela Castejón, Concepción Estrella, Elisa Méndez y Carmen Victoria, y los actores Luis Reig, también conocido y apreciado aquí; José Calle, notable artista, de los mejores; José García Leonardo, Delfín Jerez, Francisco Rodríguez, Manuel Gutiérrez, Alfredo Paredes y Francisco Saín.

Debutó Matilde Moreno con la hermosa comedia, de los Quintero, *Nena Teruel*, escrita para ella, proporcionándole un clamoroso triunfo cuando la estrenó en Madrid. Aquí el triunfo fue también clamoroso y definitivo, tanto para la genial actriz, como para los señores Reig, Calle y Jerez. La impresión que esta compañía produjo fue inmejorable.

Entre las obras que se dieron a conocer en esta temporada, figuraban: *Sobrevivirse*, de Dicenta, que había obtenido gran éxito en Madrid. *La reina joven*, de Guimerá, estrenada por la Moreno, en el Español, obteniendo en ella uno de sus mayores triunfos. Esta obra fue admirablemente presentada. La noche del 11 de noviembre se hizo *Electra*, de Galdós, obra que, como es sabido, fue estrenada por la Moreno, en Madrid, la noche del 30 de enero de 1901, con éxito sin precedentes en la historia del teatro español, alcanzando la gran actriz el más grande triunfo de su vida, el que más fama le dió. Fue una maravillosa creación de la Moreno. Galdós dijo que ninguna otra actriz había interpretado con más perfección su obra.

La concurrencia esa noche fue enorme, abarrotando el local del espectáculo. La labor de Matilde Moreno fue digna de la que realizara la noche del estreno en Madrid. Un prodigio de interpretación del extraordinario personaje. García Leonardo, un consumado maestro en el Pantoja, y Luis Reig muy en carácter en el Máximo. El éxito fue el que correspondía a tan altísima interpretación. Las ovaciones se sucedían delirantes.

«No creemos —escribía al día siguiente «Uno menosuno», en *La Prensa*— que Matilde Moreno hiciera nunca *Electra* mejor que lo que la hizo anoche. Hacía tiempo que no sentíamos una impresión tan grande de arte como la que gozamos viendo y oyendo a la ilustre actriz del Español, al interpretar el original personaje que creara el autor de los *Episodios*. No es posible que (al observar el gesto, la figura, la dicción, con sus balbuceos e incertidumbres perfectamente apropiados, de esta gran artista), nadie deje de inclinarse ante la suprema religión del Arte y quemar el incienso de la admiración por la bella mujer que tan alto mantiene el prestigio del teatro nacional».

Otras obras en las que nos regaló Matilde Moreno el tesoro inmenso de su arte, fueron *La chocolaterita*; *Amores y amoríos*; *Don Juan Tenorio*, con estreno de magnífico decorado. Se hizo esta popular obra a requerimiento de numerosas personas, que sabían que era uno de los grandes éxitos de esta compañía; *La escuela de las princesas*; ruidoso triunfo de la eminente actriz; *Dora*; *Los intereses creados*; *La loca de la casa*; *Amo y criado*, de Rojas, joya de nuestro teatro clásico, refundida por don Tomás Luceño. Se hacía aquí por vez primera.

Para su función de beneficio eligió Matilde Moreno el drama de Victoriano Sardou, *Tosca*. El lleno fue desbordante. El entusiasmo del público ante la labor prodigiosa de la insigne actriz, se manifestó ruidosamente. Regalos valiosos, ramos de flores que la actriz deshojó para ofrecerlas al público, ovaciones delirantes.

Como despedida, volvió a poner en escena, la noche del 25, a petición del público, el drama de Galdós *Electra*, con otro enorme lleno y otro éxito clamoroso.

UN ESTRENO DE «CARLOS CRUZ»

La compañía marchó al interior de la isla, regresando a esta capital y debutando nuevamente el 4 de diciembre, para dar a conocer una comedia de «Carlos Cruz», titulada *Más allá del honor*. La concurrencia fue grande, y la obra del notable escritor tinerfeño, gustó sobremanera, siendo en justicia aplaudidísima, y su autor muy felicitado.

En el índice de las grandes compañías, en el de las grandes actrices, en el de las temporadas que dejaron huella en los espectadores, figura, de las primeras, esta de Matilde Moreno, que con María Guerrero y Carmen Cobeña, formaba la trilogía gloriosa de grandes actrices españolas al comenzar el siglo xx.

CAPITULO XL

EL TEATRO ABRE SUS PUERTAS

LA GRAN COMPAÑÍA DE OPERETA, DE GRANIERI

1914 (el año de la primera guerra mundial), se distingue en los anales teatrales de Santa Cruz de Tenerife, por un grande acontecimiento artístico de primer orden: la actuación del gran trágico José Tallaví, en el Salón Novedades. También se distingue ese año por la inauguración del Teatro municipal, después de las trascendentales reformas que lo remozaron y dejaron casi nuevo.

Para poder ser definitivamente inaugurado el Teatro por la compañía italiana de opereta, de Amadeo Granieri, se activaron las obras en tal forma que sólo quedaron algunos detalles para dar por terminada la importante reforma comenzada en 1911.

La inauguración, pues, llevóse a cabo, con el beneplácito de Santa Cruz, la noche del 12 de febrero de 1914, por la «Primaria compagnia italiana d'opere comiche ed operete», de Amadeo Granieri, a cuyo frente figuraban el director artístico Adriano Marchetti y el maestro concertador y director de orquesta Raffaello Ristori. Como gerente figuraba Amadeo Formenti.

Figuraban en esta notabilísima compañía, artistas de extraordinario mérito, entre los que sobresalían las tiples Anita Patrizi-Granieri, Amalia Grossi, Yole Bertini, Eliza Patrizi, Emma Cisterna y Yole Patrizi. El tenor era Raffaello Vizzani.

La obra elegida para la presentación de tan notable y meritísimo conjunto, fue *La Princesa del Dólar*. El aspecto del Teatro era imponente y bellissimo, a pesar de faltarle algunos detalles importantes en la ornamentación y decorado. El lleno fue de los que forman época. «Si no fue una solemnidad, no pecamos de exagerados: puede decirse que fueron horas de arte puro las que pasamos anoche en el Teatro. La compañía tiene un magnífico conjunto, tan perfecto, y se nota en todos los artistas tal homogeneidad, que decirse podría que integran un todo perfectísimo, ideal», decía el *Diario de Tenerife*, al día siguiente del debut.

La Princesa del Dólar, fue presentada con tal brillantez y perfección que podía considerarse como un estreno. Impecable el «atrezzo», la «mise en scene». La interpretación, admirable. Un gran conjunto artístico era el que nos visitaba. La señora Anita Patrizi, artista todo entusiasmo y pasión, vistiendo con gusto exquisito y espléndido. Amalia Grossi, encantadora. Granieri, un maestro de la opereta y director de categoría y de gusto refinado. Y los demás a tono con estas destacadas figuras. El debut fue una gran jornada de arte.

La segunda representación fue con *La viuda alegre*. Nuevo, extraordinario éxito. Triunfo especial de la Patrizi, que estaba encantadora. Esta notable artista, en unión de Granieri y de Marchetti, constituía el más acusado relieve de la compañía. Lo que al público llamaba extraordinariamente la atención era lo admirable del conjunto, la completa compenetración de estos artistas, que no permitían que el más mínimo lunar descompusiera la escena.

La más perfecta propiedad en vestir las obras, tanto en lo que a trajes se refiere como al decorado y mobiliario. La admiración era unánime y las aclamaciones de asombro constantes. Era arte, arte esplendoroso, verdadero arte. Nota vibrante de color, de belleza, de alegría.

En las demás noches se cantaron las operetas *The Geisha*, *Sogno d'un waltzer*, en que debutó otra notable y bella tiple: Amalia Martinelli; *El conde de Luxemburgo*, cuyo éxito fue indescriptible, pues realizaron una labor que calificóse de filigrana, debutando en esta obra la notable tiple cómica señorita Fernanda Razzoli, que cautivó al público como artista y como mujer; *Vita di bohème*, basada en las *Escenas de la vida bohemia*, de Murger, sin mérito alguno ni la letra ni la música; *La corte de Napoleón*; *Eva*, que se puso dos veces, con éxito sin igual; *I Saltimbanchi*, *Il Caporale Susine* y *Molinos de viento*, en el beneficio de Anita Patrizi, recibiendo esta en-

cantadora artista regalos, flores y palomas y entusiastas aplausos; *Mascotte*; *Fra-Diávolo*, *La mujer divorciada*, celebrada opereta que se hacía por vez primera aquí; *Las campanas de Cartón*, gran éxito de Ettore Razzoli: *Una manovra d'autunno*, en la que se presentó el maestro concertador y director Eurico Giusti, notable músico, cuya acertada dirección les proporcionó un gran triunfo; *Amore di principe*, *La historia de Pierrot*, comedia musical delicadísima, verdaderamente artística, que encantó al público desde su comienzo. Lo que se dice un éxito ruidoso.

El 10 de marzo, después de una brillantísima temporada, pletórica de arte y de suntuosidad, se despidió de nuestro público la por tantos conceptos notable compañía de opereta de Amadeo Granieri, dejando en nuestro público un imborrable recuerdo. A petición del público hizo su despedida con *Eva*, que se ponía por tercera vez, siendo asimismo esta función de despedida, la del beneficio del director y notable artista señor Granieri.

Fueron 18 las operetas puestas, a cual más bella y agradable. Entre ellas una española, *Molinos de viento*, digna de figurar entre las mejores.

* * *

Antes de terminar Granieri en el Teatro, había debutado en el Parque Recreativo, la compañía de zarzuela de Emilio Duval, la noche del 6 de marzo.

Venía de director el reputado maestro don Matías Puchades, y figuraban en el elenco la notable primera tiple Rafaela Fuertes, el tenor Vicente Romero y el barítono Manuel Pastor. Otra artista destacada era la tiple cómica Rosario Vidal.

Las obras del debut fueron la opereta *La Generala*, de Perrín y Vives, y la zarzuela *La güelta e Quirico*. Asistió numeroso público, gustando mucho la Fuertes, que era realmente una notable y completa artista, y Duval, ya conocido. La impresión fue excelente.

Algunos estrenos de mérito dió a conocer esta compañía, como *Canto de Primavera*, de Luis Pascual Frutos y el maestro Luna; *Las musas latinas*, de Moncayo y Panella, que gustó mucho; *Los cadetes de la reina*, de Moyrón y Luna, de extraordinario éxito; *La Tirana*, de Martínez Sierra y del maestro Lleó, que fue la obra de la temporada; *La Generala*; etc. *Ninón*, de Fernández Puente y Chapí, proporcionó un gran triunfo a la Fuertes. También se estrenó una ópera en un acto, del

director de la compañía, señor Puchades, titulada, *Levantina*, que tuvo buena acogida.

Actuando Duval en el Parque, comenzó en el Teatro Principal, la noche del 14 de marzo, la compañía de la señora Palma, que había actuado en enero y febrero en aquel salón de espectáculos y andaba haciendo un recorrido por las islas, en espera de poder sentar sus reales en el coliseo reformado, que había con anticipación solicitado, y le había sido concedido por la corporación municipal, con una precipitación lamentable, como luego verá el lector. El debut lo hizo con *El orgullo de Albatete*, de Paso y Abati.

TALLAVÍ TAMBIÉN ACTÚA EN EL SALÓN NOVEDADES

Coincidió con esta concesión y con la inauguración del Teatro, la presentación en esta capital, del gran trágico español, prematuramente desaparecido, José Tallaví. Artista de extraordinarias condiciones, sancionado y aplaudido por los públicos de Europa y de América, con un prestigio ganado a fuerza de una labor perseverante, de un entusiasmo sin límites y de un talento puesto a prueba tantas veces, su llegada a esta ciudad y el anuncio de su actuación ante el público tinerfeño, despertó tan grande expectación que pocas veces fue igualada.

No obstante las gestiones que se hicieron para que se permitiera a Tallaví actuar en el Principal, tanto con el Ayuntamiento, como con la señora Palma, no dieron resultado alguno, y el gran trágico tuvo que refugiarse, como la Vitaliani, como Matilde Moreno, en el Salón Novedades. Así es que mientras Enriqueta Palma actuaba, a precios inverosímiles, en el Teatro Principal, y Duval en el Parque, Tallaví lo hizo en el más íntimo de los locales de espectáculos de nuestra ciudad. Y gracias pudimos dar a que a un señor empresario se le ocurriera un buen día levantar en un solar de la calle de Ferrer, un modesto salón de varietés. Que de no ser así, no hubiera podido saber nuestro público del arte inconmesurable del gran actor español, fallecido poco después.

José Tallaví llegó a nuestra ciudad el día 12 de marzo, procedente de Las Palmas. Dió algunas funciones en La Laguna, mientras aquí se libraba una gran lucha para conseguir el Teatro y fracasados estos propósitos, se avino a actuar en el Salón Novedades el eminente actor, «gran señor del gesto», como le llamara Zamacois.

Debutó Tallaví, en el citado salón, la noche del 19 de marzo de 1914, fecha que debió quedar grabada con letras de oro en nuestros anales artísticos. Para su debut eligió el gran actor, *El místico*, de Rusiñol, que ya habían hecho en nuestra ciudad, Morano y Borrás.

Reproduzcamos lo que el *Diario de Tenerife*, dijo al siguiente día, que se aproxima más a la realidad, que lo que nosotros pudiéramos decir:

«Fue un acontecimiento, que no sabemos como solemnizar nosotros, el debut de anoche del eminente trágico señor Tallaví.

Nunca en nuestra «carrera» periodística, hemos sentido tanto temor al vernos frente a las cuartillas, como el que sentimos al querer decir algo de Tallaví.

¿Qué podemos decir nosotros de ese genio de la escena española, que pueda ser nuevo o, al menos, dar idea de cómo

.....
trabaja y de lo mucho que vale?

Aquella primera ovación con que se le saludó al levantarse la cortina fue un saludo al huésped ilustre, al artista consagrado por la fama; fue un acto de corrección; pero las sucesivas, las que se oyeron después al finalizar cada jornada, fueron, como hemos dicho, motivadas por el respeto que infundió aquel incomparable *Padre Ramón* que supo adueñarse del corazón del público, haciéndole sentir hondas sus tristezas y sus emociones. A donde llegó anoche Tallaví no ha llegado aquí actor alguno. No es éste juicio nuestro: era el comentario que oímos a todo el público.»

Las ovaciones siguieron la labor imponderable del gran trágico; eran ruidosas, frenéticas. El entusiasmo del público no tenía límites. Jamás se vió en nuestra escena tanta verdad, realidad tanta. Pasaron por nuestra ciudad, (vamos con los colosos), en tiempos que alcanzamos, Francisco Fuentes, Antonio Perrín, Díaz de Mendoza, Emilio Thuillier, Francisco Morano, Enrique Borrás... A pesar de ello, ¡cómo refulge, cómo resplandece en el recuerdo emocionado y admirativo de nuestra ciudad, el nombre de Tallaví, a través de esos otros nombres también gloriosos!

Grata impresión produjo también, la noche del debut, la bellísima actriz señorita Josefina Delgado Caro, estudiosa y culta y de grandes condiciones para el arte de la escena.

En la noche del 20, nos brindó Tallaví una de las más

famosas obras del teatro sudamericano: *Los muertos*, el trágico y sombrío drama de Florencio Sánchez, revelador de un formidable dramaturgo, malogrado en el comienzo de una triunfal carrera literaria. El éxito de Tallaví y el éxito de la desconcertante obra fueron extraordinarios. La obra «cayó» sobre nuestro público como algo nuevo, inesperado, torturante, que apasionó a los espectadores, coincidiendo todos en que era una obra de máxima categoría y en que su infortunado autor podía codearse con los grandes dramaturgos universales, creadores de obras imperecederas.

El 21, otra obra magnífica, que se hacía por primera vez en nuestra ciudad: *Celia en los infiernos*, de Galdós. Bellísima obra que proporcionó un ruidoso triunfo a la encantadora actriz, señorita Delgado Caro, y en la que caracterizó y dió vida Tallaví a uno de los más extraordinarios personajes que la pluma del maestro creara a lo largo de una labor inmensa y abrumadora, tipo auténticamente galdosiano, como tantos cuya enumeración sería interminable: *Don Pedro Infinito*. ¿Recordáis, lectores, aquella figura grotesca y venerable, del viejo memorialista, interpretada por este actor extraordinario que se llama José Tallaví?

En *La muerte civil*, llegó Tallaví a las altas cimas que solo escalaban los elegidos. Era este famoso drama, que consideramos siempre falto de mérito literario, de la predilección de Novelli y de Vico. Fue escrito para Salvini, estrenándolo este célebre actor en París, en 1877. Y era también obra de Ermete Zacconi, el otro gran trágico italiano, en la que decían, que estaba inimitable. ¿Sería tarea fácil precisar la diferencia entre uno y otro? ¿Entre aquel gran actor y nuestro Tallaví?

Otro estreno de la más alta categoría, fue el de *La malquerida*, del ilustre Benavente, puesta la noche del 23. El lleno fue completo, cual correspondía al extraordinario mérito de la producción benaventina y al talento del gran actor que nos la daba a conocer.

La malquerida fue estrenada con éxito pocas veces alcanzado, en el Teatro de la Princesa, de Madrid, la noche del 12 de diciembre de 1913, tres meses antes de ser conocida aquí. La estrenaron María Guerrero, la señorita Ladrón de Guevara, Fernando Díaz de Mendoza, Carsí, Vilches, la Cancio, la Ruíz Moragas y Montenegro, que había estado aquí el mismo año al frente de una excelente compañía. Artistas notables todos.

La noche del 24, puso Tallaví en escena, *Hamlet*, de Shakespeare. Fue un nuevo señaladísimo triunfo del insigne actor, que puso a prueba todo, su talento múltiple, toda la ductibi-

lidad de su extraordinario temperamento artístico. La obra fue presentada con el máximo lujo, montándose preciosas decoraciones. La Abrines hizo una Ofelia ideal, compartiendo con Tallaví, las frenéticas, delirantes ovaciones.

Como homenaje al hijo ilustre de esta capital, don Angel Guimerá, se puso en escena la noche del 25, *Tierra baja*. La creación que del Manelich hizo Tallaví, fue tan acabada, tan perfectamente humana y exacta, que la impresión general de los atónitos espectadores era que difícilmente se volvería a ver así. Y ese público de Tallaví era el mismo que había visto a todos los grandes actores que habían interpretado en nuestra ciudad, el maravilloso personaje guimeraniano.

El 26, verificóse el beneficio de la notabilísima y bella actriz, señorita Delgado Caro, que eligió para su máximo lucimiento, *Magda*, de Sudermann. Fue muy aplaudida y obsequiada. Tallaví hizo en esta hermosa obra del teatro alemán otra de sus portentosas creaciones, proporcionándole uno de sus mayores y legítimos triunfos.

Mientras se celebraban estas funciones en el Salón Novedades, muchos aficionados y admiradores del gran actor, seguían gestionando que se le concediese el Teatro para que actuara en él. Una comisión hizo entrega al alcalde, de un escrito con numerosas firmas, pidiéndolo así. Todo esto fracasó. La señora Palma daba sus últimas funciones en el Principal y Duval, en el Parque Recreativo, continuaba su temporada de zarzuela.

El 27, puso Tallaví en escena, *Espectros*, de Ibsen. Sobran los adjetivos al hablar de esta obra y de su autor. Únicamente diremos, al recordar el trabajo de Tallaví, que el recuerdo de esa noche nos torturó como algo alucinante, como una pesadilla que no podemos olvidar... La labor que el gran trágico realizaba en este lacerante, implacablemente doloroso drama del genial dramaturgo escandinavo, era sin duda alguna la más extraordinaria. La impresión que produjo en el público fue inenarrable, sorprendente. Era Tallaví un gigante interpretando a otro gigante.

Al día siguiente, cuando la ciudad estaba «llena» de Tallaví en «espectros», escribió el cultísimo y notable escritor don Hipólito González de Rebollar, en el *Diario de Tenerife*:

«Presencí la labor de Tallaví en *El místico*, en *Espectros*, en el asombro dantesco de *Los muertos*; y sospeché que aquellos músculos y aquellos nervios y aquella psiquis de tan esplendida matización, eran masa dúctil a plasmar la vida que en la tragedia se desborda de los cauces de la naturaleza y de la lógica. Ví el gesto del artista en un retrato; y he reconocido

al Hamlet de mis lecturas, de mis meditaciones, de mis sueños...»

A propósito del estreno de este inmenso drama en París (Tallaví lo había estrenado en Madrid), el famoso escritor francés Sarcey, decía:

«Me acuerdo como si se tratara de ayer de aquella inolvidable noche de 30 de marzo de 1890, en que se representó por primera vez en el Teatro de Montparnase, *Espectros*... En realidad no se trataba de una representación teatral; era un oficio religioso celebrado en un templo, interrumpido de vez en cuando por gritos de entusiasmo; pero el resto del tiempo era el ardor de la atención, un fervor de respeto que nadie habría osado profanar.»

Cuando Novelli hizo en Madrid *Los espectros* (*Gli Spettri*), dijo un crítico que el público había «sufrido» en silencio «el caso» de atavismo «subyugado por la maravillosa obra del artista, cuya figura, cuyos movimientos, gestos, miradas, inflexiones de voz —sin acercarse nunca al peligro fácil del ridículo— van marcando acto por acto, escena por escena, aquella gradación terrible que llega a la oscuridad absoluta de la razón del atávico, precisamente cuando éste pide a su madre «el sol» con el acento plañidero con que un niño herido de muerte, pide un juguete a su atribulada madre».

¡Así Tallaví; así nosotros, espectadores del Novedades, en aquella noche de torturante recuerdo, sufrimos también el «caso», dominados por el arte prodigioso del gran actor, que se sobreponía a nuestra sorpresa y a nuestro estupor!

El 30 tuvo lugar otro acontecimiento: el beneficio de Tallaví, con *La loca de la casa*, de Pérez Galdós. ¿Qué hemos de decir de aquél Pepet, de Tallaví? Grande en el Manelich, grande en el Padre Ramón, grande en el Oswaldo, grande en el Pepet. Los más diversos caracteres, los más encontrados personajes, tenían en Tallaví su más fiel, su más exacto intérprete. Lo mismo en *La malquerida*, que en *La muerte civil*, que en *Hamlet*, que en *Los muertos*...

Para la noche del 31 se anunció *Otelo*, pero una repentina indisposición de Tallaví, hizo aplazar para la noche del 4 de abril, la representación del célebre drama de Shakespeare, como despedida del eminente actor. En su lugar se puso una bellísima comedia de Alberto Insúa y Alfonso Hernández Catá, titulada *En familia*, que gustó extraordinariamente a la numerosa concurrencia.

Tallaví se despidió de nuestro público, pues, como había comenzado; con una obra cumbre. Se nos presentó en el dul-

ce y atormentado *Padre Ramón*, y se despidió en el incommensurable personaje que compendia la más desenfrenada de las pasiones: *Otelo, el moro de Venecia*. La antítesis de aquel, pero ambos encarnando en el más genial de los actores de nuestro tiempo.

José Tallaví, el gran actor, cuyo nombre preclaro unido está a los de los más eminentes actores que por nuestra ciudad han desfilado, fue aquí admirado y festejado. El Ateneo de Tenerife dió en su honor un banquete en el Quisisana, el 29 de marzo. Tallaví había nacido en 1878, teniendo por lo tanto cuando nos visitó, 36 años. Falleció dos años después en 20 de diciembre de 1916. ¡En pleno apogeo de sus portentosas facultades!

UNA EXCELENTE COMPAÑÍA LÍRICA

El mismo día de la despedida del genial Tallaví, 4 de abril de 1914, debutó en el Principal, otra compañía llegada dos días antes: la de ópera, opereta y zarzuela, del notable barítono Enrique Beut, dirigida por el veterano y competentísimo maestro don Ricardo Sendra, antiguo amigo de esta ciudad, de cuya banda municipal fue organizador y primer director. Figuraban en esta compañía artistas de gran prestigio en la lírica nacional, como la tiple Estrella Gil y el tenor Estany, de los mejores intérpretes que tuvo la zarzuela grande, y que entusiasmaron a nuestro público. Otros artistas destacadísimos, que completaban este magnífico conjunto, eran las tiples Celia Rius, Josefina Eduarte, Ascensión Méndez y Josefina Otero, figurando también, en los comienzos de su carrera, el notable tenor Juan Rosich.

Fue una lástima que esta compañía, de verdadero primer orden, viniera en momento tan inoportuno y tan poco propicio al éxito. Tantas compañías seguidas, y por último tres actuando a un tiempo (una de ellas la de Tallaví), dejaron al público cansado y exhausto. Lamentable fue que el esfuerzo de la empresa y el mérito de los artistas, no hubieran sido mejor recompensados. Si los cantantes eran notables, notable era la orquesta, integrada por un plantel de excelentes músicos. De la labor del maestro Sendra eran unánimes los elogios.

Muchos fueron los triunfos de la compañía. El de *El anillo de hierro*, fue de esos que ya no contaban. La entrada fue completa, pues nuestro público guardó siempre inusitada preferencia por el viejo y famosísimo drama lírico de Zapata y

Marqués. En el preludio del tercer acto, número de prueba, el entusiasmo de los concurrentes se desbordó, siendo repetido entre atronadores aplausos. El público puesto en pie tributó una delirante ovación al maestro Sendra y a los profesores que dirigía. Otro triunfo ruidoso, que se consideró como el mayor de la temporada, fue con la ópera de Leoncavallo, *I Pagliacci*, que cantaba por primera vez el tenor Estany. El triunfo fue definitivo. Estrella Gil y Estany estuvieron admirables. La orquesta fue igualmente ovacionada. El público hizo subir al escenario al maestro Sendra, tributándole un sentido homenaje y admiración. Resonantes fueron también los triunfos obtenidos en *Jugar con fuego*, *La Generala*, *El Juramento*. En ésta, el entusiasmo desbordóse con la Gil y el barítono Beut. Entre ruidosos aplausos, Estrella Gil repitió el aria de la rosa, del segundo acto. Pocas obras más hizo la compañía, entre ellas *La Mascota*, que cantaron Estrella Gil, Josefina Otero y Beut; *La Viejecita*, lucido trabajo de la Gil; *La Princesa del dólar*; *La Czarina*, cantada por Ascensión Méndez; *La Corte de Napoleón*, en la que tuvo un ruidoso triunfo Josefina Eduarte, espléndida mujer, toda gracia y donaire; *Soldaditos de plomo*, de Strauss; *Rigoletto*, que cantaron magníficamente Estrella Gil y Beut.

Repetimos que fue una pena que tan notable compañía no hubiera tenido por parte de nuestro público un mayor apoyo, que bien lo merecía. Fue la última que, de zarzuela grande, actuó en nuestros escenarios.

El notable tenor José Estany y la tiple Celia Ruis, son los padres del actual maestro Estany, músico popular y entusiasta, de larga residencia entre nosotros.

NOTABLES CONCIERTOS DE LA BANDA MUNICIPAL

A finales del año de 1914 se celebró en el Teatro de esta capital un magnífico concierto a cargo de la Banda Municipal de música que dirigía el reputado maestro don Braulio Uralde. Era el primero de una nueva serie y el éxito obtenido fue brillantísimo. Todos los números del escogido programa fueron impecablemente ejecutados. Uno de ellos, que el público oyó con el mayor interés y agrado, teniendo que ser repetido, fue el *Poema sinfónico*, de Juan Reyes Bartlet, el notabilísimo y concienzudo músico tinerfeño.

Esta página musical, que los inteligentes calificaron de acierto, se había dado a conocer un poco antes, en la memo-

rable «Fiesta de las Follías», de intenso tinerfeñismo, que organizó el diario local *La prensa*, con el mayor de los éxitos.

Estos conciertos de nuestra Banda Municipal (cosa nada fácil), llegaron a tener ambiente y era de ver la cantidad de público que a ellos acudía y la justeza y perfección con que eran interpretadas las más difíciles partituras, de las que descollaban sobremanera el poema sinfónico de Boredine, *En las estepas del Asia Central*; la bellísima página de nuestro gran músico Chapí, *La Corte de Granada*; el Andante de la 5ª *Sinfonía*, de Beethoven; la obertura de ópera *Rienzi*, de Wagner; *Peer Gynt*, 2.ª suite, de Greig; Gran selección de *Tosca*, de Puccini, y *Las bodas de Arlequín*, ballet-pantomima de Thomé. En esta última, particularmente, la labor de los solistas fue prodigiosa, sobresaliendo Rodolfo Alvarez (trompa), hijo de aquel otro veterano, buen músico también, Domingo Alvarez (fliscorno), fallecidos ambos.

Un recuerdo para todos, para el veterano maestro Uralde y para aquel plantel de profesores, casi todos fallecidos, que tanto interés pusieron en prestigiar nuestra banda y en elevar el rango artístico de la ciudad.

CAPITULO XLI

BUENAS COMPAÑÍAS DE COMEDIAS

RAFAELA ABADÍA Y ERNESTO VILCHES

En 1915, el 19 de febrero, debutó en el Principal, con *Amores y Amoríos*, la compañía de comedias Abadía-Vilches, razón artístico-social de gran solvencia en aquella época, pues su notabilísimo actor, de fama merecida, era Vilches. Rafaela Abadía era una exquisita y encantadora actriz y una guapa mujer. El resto de la compañía lo constituían artistas tan prestigiosos como estos que vamos a mencionar: Irene López Heredia, Carmen López Lagar, Segunda Abadía, Julia Pacello, Amalia D'Annunzio, Eloisa Rosaez, Emilio Valentí. Joaquín Pacheco, Francisco Marimón, Ángel Sepúlveda, Agustín Povedano y Víctor Codina.

A la función de debut, siguió otra de selección, con *Rosas de otoño* y el monólogo de Vilches, *Yo amo... tú amas*, interpretado por su autor. La interpretación de la hermosa comedia benaventina fue un triunfo para la Abadía, siguiendo *La malquerida*, que fue otro triunfo resonante para la Abadía y para Vilches, estando ambos a enorme altura en el extraordinario drama de Benavente. Vilches hizo esa noche otro monólogo titulado *Los amantes*. A estas obras siguieron: *El orgullo de Albacete*, la regocijante comedia de Paso y Abati; la comedia policíaca norteamericana *Jimi Sansón*, de Armstrong; el estreno de *Madrigal*, bella comedia de Martínez Sierra, que fue un triunfo para el autor y para sus notables intérpretes; ponién-

dose también esa noche el graciosísimo juguete cómico, de Vital Aza, *Francfort*; *Lluvia de hijos*, farsa cómica norteamericana, de Margarita Mave, adaptada a nuestra escena por Federico Reparaz; *Un negocio de oro*, comedia de Marcel Gervión, adaptación de Sotillo y Gutiérrez, gran triunfo de la Abadía, de la López de Heredia, de Vilches y de Valentí; *Malvaloca*, triunfo de los más legítimos de la Abadía, que en estas bellas y delicadas comedias quinterianas, era inimitable:

Te merecías serrana
que te fundieran de nuevo,
como funden las campanas...

representándose en las restantes noches: *La losa de los sueños*, de Benavente, junto con *Herida de muerte*, de los Quintero; *Las de Caín*, también de los ilustres escritores sevillanos, hermosísima comedia, constituyendo un timbre de gloria para la compañía su admirable interpretación; *La Pasión*, otra bella comedia de Martínez Sierra, que se estrenaba, gustando mucho a nuestro público, que admiró y aplaudió siempre con fervoroso entusiasmo las producciones del ilustre autor de *Canción de cuna*; *Los semidioses*, de Federico Oliver, estreno de los más ruidosos; *El ama de casa*, también de Martínez Sierra; *El Gran Galeoto* y *La leyenda del maestro*, estreno de Ramos Martín.

La noche del 4 de marzo se celebró el beneficio de Rafaela Abadía, con *Amores y amoríos*. El entusiasmo fue grande. Desde palcos y paraíso le arrojaron flores, serpentinas y palomas. Los regalos fueron muchos y valiosos y los aplausos estruendosos. El público manifestó esa noche, muy ostensiblemente, la predilección que sentía por tan distinguida actriz y bellísima mujer. Rafaela Abadía recitó varias poesías que fueron subrayadas con grandes aplausos. Verdad es que decía los versos como pocas recitadoras.

El beneficio de Vilches, que fue la noche del 8, se hizo con *El amigo Teddy*, celebrada comedia de André Rivoire y Lucien Bernard, arreglada a nuestra escena por Antonio Palomero. ¡Qué «amigo Teddy», el amigo Vilches! El notabilísimo actor recibió el aplauso fervoroso del público, que llenó el Teatro, y le obsequió con magníficos regalos.

MERCEDES PÉREZ DE VARGAS

La noche del 13 de octubre del propio año 1915, debuto en el Teatro Principal, otra notable compañía: la del Teatro

de la Comedia, de Madrid, a cuyo frente venía la espléndida belleza de Mercedes Pérez de Vargas.

En ella figuraban artistas de primera categoría, como Juan Antonio Bonafé, que aunque nacido en América, era un verdadero prestigio de la escena española; Conchita Robles, actriz de relevantes condiciones, que contaba en nuestra ciudad con grandes simpatías, pues nos había visitado formando parte de la compañía de Carmen Cobeña, Adela Carbone, distinguidísima actriz; Zorrilla, Azquerino, Riquelme, notabilísimos actores todos.

El debut lo hizo con *Rosas de otoño*, de Benavente, obra de la predilección de tantas actrices. La interpretación fue de las mejores que aquí se habían dado a la hermosísima producción del fecundo dramaturgo. Tanto la Pérez de Vargas, como Conchita Robles, como Bonafé, como González, otro notable actor, todos estuvieron admirables, causando gratísima impresión. La segunda noche se puso en escena la comedia de Caillivet y Flers, *Primerose*. A la tercera noche correspondió el estreno de una de las más admirables obras de Benavente: *El collar de estrellas*. El éxito de esta obra fue clamoroso. Éxito de público y de crítica. La presentación fue sencillamente maravillosa.

Siguieron a *El collar de estrellas*, que se repitió, *La escruela de las Princesas*, también de Benavente, *La loca aventura*, estreno, deliciosa comedia de los señores Flers y Caillivet, arreglada a nuestra escena por Cadenas y Gutiérrez Roig, obra de corte moderno que satisfizo grandemente al público por lo bien hecha, y por lo graciosa, fina y picaresca. Esta fue la mejor noche de la Pérez Vargas, y contribuyeron al gran éxito obtenido, las señoras Cortés y Martínez, Conchita Robles, Bonafé, González y Romea. *La Prensa* dijo de esta magnífica obra, acusadora de dos comediógrafos insignes, conocedores perfectos de la técnica teatral; «Puede que alguien la tache por ser un poquito subida de color; pero con esto de los «colores» en el teatro sucede lo que con el mundo «traidor», según dice la copla: dependen del cristal con que se miren». A *La loca aventura* siguieron, *El tren rápido*, de Paso y Abati; *El orgullo de Albacete*, gran éxito de Bonafé; *Madame Pepita*, de Martínez Sierra, que fue otro triunfo; *La buena voluntad*, de nuestro ilustre paisano Antonio Domínguez, que fue estrenada en Madrid con franco éxito y muy elogiada por la crítica, y otras.

Con la hermosa comedia de Benavente, *Lo cursi*, y el diálogo del mismo genial dramaturgo, *Abuela y nieta*, celebró

la bella actriz su fiesta de honor. Fue una noche inolvidable. Fiesta brillantísima. Lleno el Teatro. Mercedes Pérez de Vargas vistió esa noche riquísimos trajes, y su labor fue admirable, triunfando como mujer de soberana belleza y como actriz de exquisitos modales y de magnífica escuela. Fue ovacionada y obsequiada con numerosos objetos.

Despidióse esta compañía la noche del 24 de octubre, con la comedia dramática de Sardou, *Dora la espía*, obteniendo un gran triunfo la primera actriz y el notable actor señor González, uno de los mejores de aquel inolvidable conjunto.

Fue una temporada de gratísimo recuerdo. La figura de Mercedes Pérez de Vargas, otra de las grandes actrices benaventinas, era realmente de relieve inusitado: figura prócer que llenaba la escena y derramaba el encanto de su soberana belleza sobre los espectadores. De irreprochable escuela era también Bonafé, y encantadora la Robles. La obra de la temporada fue (ya lo dijimos), *El collar de estrellas*.

Hubo mucho de bueno en plazo tan corto.

CARLOTA PLÁ

Seguidamente otra buena compañía dramática apareció por nuestros escenarios en 1915, «posándose» en el modesto Salón Novedades, que ya tenía «categoría» desde que fue «ungido» por el arte soberano de Tallaví, de Italia Vitaliani y de Matilde Moreno.

Era esta nueva compañía, la cómico-dramática de Carlota Plá, buenísima actriz, tan estudiosa y tan bien situada. Figuraba como primer actor Casto Gabaloyes. En el repertorio predominaban los melodramas, las obras policiacas y del Gran Guiñol. No obstante, el debut lo hizo esta compañía con la bella comedia de Martínez Sierra, *Primavera en otoño*, unida al gracioso juguete de Vital Aza, *Francfort*. La segunda noche se verificó el estreno del melodrama de Arniches, *La sobrina del cura*, en unión del juguete *El nieto*, de Germán Corral, siguiendo *La dicha ajena*, de los Quintero; *Mi papá*, de Paso y Abati; el estreno del drama en cuatro actos, *El calvario de una madre*, de Germán Corral; el drama policiaco, también estreno, en seis actos, *Las máscaras negras*, de Augusto Fochs Arbós; *La malquerida*, que fue un éxito brillante para la compañía; *Lluvia de hijos*; *La dama de las Camelias*, con magnífica entrada, y en la que hacía una creación la Plá, siendo ovacionada; *Tierra baja*; *Mancha que limpia*, *La alondra y el milano o el muchacho*

de París, obra de gran espectáculo, también de Fochs Arbós, en siete actos; *Puebla de las mujeres*; *Los semidioses*, que fue otro de los grandes éxitos de esta temporada; etc. Un repertorio para todos los gustos.

La compañía se despidió la noche del 5 de diciembre, con *La mujer adúltera*, drama que no habíamos visto antes, ni hemos vuelto a ver después, y cuyos «antecedentes» desconocemos...

CAPITULO XLII

LA GRAN SOPRANO AMELIA GALLI-CURSI

Otro acontecimiento artístico extraordinario fue la actuación en nuestro Teatro Principal en 1915, de la gran soprano italiana Amelia Galli-Cursi, de las más eminentes cantantes contemporáneas.

Contratada para dar algunos conciertos durante nuestras tradicionales fiestas de Mayo, en unión del notable Cuarteto Renacimiento, tuvieron éstos lugar las noches del 1.º y 8 del citado mes. El Cuarteto Renacimiento, contratado también para estas grandes solemnidades de arte, estaba integrado por el primer violín Eduardo Tolnia, segundo, José Recasens, viola Luis Sánchez y violoncello Antonio Planas.

El abono fue numeroso.

La gran cantante italiana iba de aquí para Buenos Aires, contratada por la empresa del Teatro Colón, de la capital argentina, para cantar algunas óperas en unión de Caruso y Titta Rufo.

El lleno en ambos conciertos fue completo, y el éxito de estas inolvidables fiestas del más quintaesenciado arte, fue de los más extraordinarios que aquí hemos presenciado. Clamorosas ovaciones premiaban el final de cada número, tanto de la célebre cantante, como del admirable Cuarteto Renacimiento.

Los periódicos reseñaron así el gran acontecimiento:

La Prensa: «No es posible, en el corto espacio que nos ofrece esta hoja dominical, dar forma a una impresión tan

intensa de arte incomparable como la que hemos recibido anoche en verdadero éxtasis, escuchando la voz milagrosa, llena de maravilla, de Amelia Galli-Cursi. Tampoco podemos conformarnos con decirlo así y terminar con ello la revista del admirable concierto que anoche nos ofreció la Junta del Fomento Artístico.

Hemos de ocuparnos mañana, con toda extensión y el entusiasmo que merece y ha logrado despertar en el público, de esa noche inolvidable en que la eminentísima Galli-Cursi y el soberbio Cuarteto Renacimiento, convirtieron en un palacio de encanto la sala de nuestro Teatro Principal.»

Diario de Tenerife: «Venía la señora Galli-Cursi, precedida de gran fama, conquistada en los grandes teatros europeos, y conocíamos los calurosos y entusiastas elogios que de sus méritos ha hecho recientemente la prensa de Madrid con motivo de su labor en el Teatro Real. Ibamos bien prevenidos, pero aún así nuestra sorpresa no tuvo límites, ni palabras encontramos con que expresar nuestra admiración.

Sabemos que las comparaciones son odiosas; pero no pudimos menos de recordar tiempos ya lejanos —a los que nos creímos por un momento transportados— en que admirábamos y aplaudíamos a artistas como la Ortolani y Adelina Patti.

Desde el primer número, la hermosa aria del segundo acto de *I Puritani*, de Bellini, cantada de una manera admirable, la señora Galli-Cursi se hizo dueña del público. Y en todas las demás piezas, especialmente en *La perle du Bresil*, de David; *Flauto mágico*, de Mozart y en la Gran Aria de *Lakmé*, de Delibes, los aplausos y los bravos y las ovaciones se sucedían con calor creciente. Hubo momento en que el público puesto en pie, aclamaba con delirio a la artista, mientras una lluvia de flores caía a sus pies. A estas demostraciones correspondió la artista cantando tres números fuera de programa y acompañándose ella misma, que fueron otros nuevos triunfos, sobre todo en una canción francesa que nos parece que se titulaba *La risa*, y que, empleando una frase diremos que fue «el disloque».

¿Había motivo para tanto?

No somos inteligentes, pero sin vacilar contestamos: Evidentemente, sí.

La señora Galli-Cursi no es solo la soprano ligera de los trinos, gorgoros, escalas y picados maravillosos, sino que es además una magistral intérprete —y muy rara en su género— en los largos y andantes, que dice con una corrección irreprochable y una suprema elegancia.»

Acompañaba a la insigne cantante el concertista Domingo Bosch.

El entusiasmo del público en el segundo concierto rayó en delirio. Al finalizar, la escena quedó cubierta de flores y la sala invadida de palomas que en explosión de júbilo saludaban a la exquisita artista.

La señora Galli-Cursi fue agasajadísima y festejada en nuestra tierra, que agradeció las horas de supremo deleite que la eminente artista le hizo gozar. Quiso conocer los *Cantos Canarios*, de Pówer, y en una fiesta celebrada en su honor en el Hotel Quisisana, los ejecutó la Banda Municipal, pues se los habían elogiado en Madrid.

EL EMINENTE TENOR PALET

Otro acontecimiento artístico de igual categoría, o quizá de categoría superior, fue la actuación, también en nuestro Teatro, en 1916, del eminente tenor español, José Palet, al que acompañaba la también notabilísima cantante señorita Agostinelli y el gran pianista y compositor, Federico Longás. Estos conciertos fueron organizados con el mayor de los éxitos, por la prestigiosa sociedad Fomento Artístico, que integraban varios entusiastas del divino arte, celebrándose el primero la noche del 10 de abril, y su recuerdo es imperecedero para cuantos asistieron esa noche al coliseo. Aquella actuación constituyó un orgullo y una infinita satisfacción para la inolvidable sociedad patrocinadora de los mismos.

Oigamos al sesudo y veterano *Diario de Tenerife*, en su reseña de la memorable fiesta:

«Nunca, ni cuando oímos la Sinfónica, ni aún —dicho sea sin términos de comparación, que no hay por qué hacerlos— cuando escuchamos a la señora Galli-Cursi, recordamos haber visto a este público tan poseído de entusiasmo como el que desbordó anoche traducido en aplausos formidables, atronadores, repetidos a cada momento.

El tenor Palet, el exquisito y admirable cantante electrizó al público, que fue suyo desde el primer número del programa, con que empezaron para él los aplausos y las exclamaciones de positiva admiración.

Si el triunfo que anoche alcanzó en el hermoso coliseo municipal tan notable cantante, le sirviera en su vida artística de ejecutoria, sería una de las más grandes y honrosas que aquí se han otorgado. Pero como nosotros no hacemos reputaciones,

solo le podrá servir como uno de sus más hermosos recuerdos cuando al término de su carrera —que deseamos sea larga y fecunda en satisfacciones— desfilen por su imaginación, como en cinematógrafo, los teatros y los públicos ante los cuales fue soberano y conquistó con las exquisiteces de su voz el alma de una muchedumbre; que tan grande homenaje le rindió anoche.

.....

Compartió el éxito de la velada, que tan agradable resultó y tan grata memoria nos dejara, con el insigne Palet, la hermosa notable soprano señorita Agostinelli, que hizo gala de su irreprochable escuela y del gran talento que posee como cantante.

.....

El señor Longás, un joven, casi un niño, hizo derroche de ejecución primorosa, de gusto exquisito, de absoluto dominio del instrumento, en los números a su cargo, habiendo demostrado que es un consumado maestro.

.....

En resumen, la fiesta de anoche, de puro arte, fue un clamoroso éxito para los artistas, una grata satisfacción espiritual para el público, y un láuro más que ha conquistado la Junta del Fomento artístico, a quienes felicitamos cordialmente.»

El día 12 celebróse el segundo concierto. Otro éxito inolvidable. Es el «raconto» de *Los Hugonotes*, Palet hizo nuevamente desbordar el entusiasmo de los espectadores. Oigamos otra vez al *Diario*:

«Otra noche de puras emociones; ráfagas que han pasado aleteando suavemente en nuestros oídos para un recuerdo nada más y para sentir después la nostalgia del deseo.

¿Cuándo tendremos la dicha de asistir a nuevas fiestas en las que el Arte sea exaltado en la forma que lo ha sido en las dos noches que nos preparó la Sociedad Fomento Artístico?».

La Angostinelli, admirable, con plenitud de facultades, inspiradísima, entusiasmando al público que la aclamaba delirantemente, sobre todo en el «raconto» de *Cavallería* y ei de *La Boheme*.

Palet... Palet hecho un coloso, escalando las cimas inaccesibles, produciendo el escalofrío de lo sublime.

Longás, el joven concertista dominando el piano como un perfecto maestro, con un brillante porvenir y la gloria en perspectiva.

MATILDE MARTÍN Y NÉSTOR DE LA TORRE

Aún hubo un tercer concierto, extraordinario, a petición de los abonados, la noche del 22, pero con una novedad. La Agostinelli tuvo que embarcar para Gibraltar, desde cuyo puerto había de marchar a Buenos Aires, contratada por la empresa del Gran Teatro Colón, y la novedad de este tercer concierto fue la participación en él, de Matilde Martín, pensionada a la sazón por el Ayuntamiento de esta capital. También tomó parte en esta fiesta Néstor de la Torre, que estuvo admirable, luciendo de nuevo sus magníficas condiciones, que conservaba. La joven cantante tinerfeña fue muy aplaudida.

FEDERICO LONGÁS Y LOS «CANTOS CANARIOS»

Longás, hecho un virtuoso del piano, entusiasmó al público en la admirable ejecución de los *Cantos Canarias*, de Pówer, a los que dió la más exacta interpretación a pesar del poco tiempo que tuvo para estudiar tan difícil y magistral partitura.

Palet estuvo esa noche, como en las anteriores, hecho un cantante extraordinario, dejando al público con un deseo grande de volver a oírlo...

Su recuerdo quedó flotando en nuestro ambiente, y su nombre unido fue al de otros artistas eminentes que hicieron como Palet, en nuestro Teatro Principal, brillantes jornadas del más intenso y puro arte.

UNA ACTUACIÓN LÍRICA DE LOS AFICIONADOS

En una fiesta patriótica organizada por la agrupación Caricato y celebrada en el Teatro municipal de esta capital la noche del 9 de febrero de 1922, se puso en escena, admirablemente representada y cantada, la bellísima e inmortal ópera del maestro Mascagni, *Cavallería Rusticana*. Se puso esta

hermosa obra a iniciativa de Matilde Martín, la notable cantante tinerfeña, y fue dirigida por el maestro Sabina, siendo profesora concertadora la distinguida señora Emma Martínez de la Torre. El decorado corrió a cargo del pintor escenógrafo López Ruiz.

Antes de comenzar la representación pronunció un magnífico discurso el notable literato y orador don Domingo Cabrera Cruz.

El reparto de *Cavallería* fue el siguiente:

Santuzza, Matilde Martín. Lola, Pura L. Carvajal. Lucía, Pilar Martín. Turiddu, Jorge Sansón. Alfio, Virgilio Díaz Llanos.

CAPITULO XLIII

COMPAÑÍAS DRAMÁTICAS

CARLOTA PLÁ

Una buena compañía, que nos visitó en 1918, fue la de la primera actriz Carlota Plá, en la que figuraban notables artistas como Miguel Ibáñez, Carlota Ibáñez Pla, Ramón Carbonell, Amparo Martí, Amparo Plasencia, Amelia Latorre, Marina Puig, José Raez, Francisco Martí Ibáñez y José Martí Mateu.

El debut lo hizo la noche del 14 de febrero, con la magnífica adaptación al teatro, de la maravillosa novela de Pérez Galdós, *Marianela*, llevada a cabo por los hermanos Alvarez Quintero, en homenaje al glorioso patriarca de las letras nacionales. Esta adaptación había sido estrenada por Margarita Xirgú, en el Teatro de la Princesa, de Madrid, en 1916. El lleno en nuestro Teatro fue completo y el éxito personal de la Plá, en la interpretación de la protagonista, fue de los más grandes de su vida de actriz. La señorita Ibáñez Plá y los señores Ibáñez y Carbonell, cooperaron brillantemente al éxito extraordinario de la magna producción galdosiana.

La segunda noche se puso en escena, el drama de J. Andrés de la Prada, titulado *Rosas de Pasión*. Era la primera obra del joven escritor, hijo de esta capital. No desagradó, a pesar de los naturales defectos que toda obra de principiante lleva consigo, demostrando su autor excelentes condiciones de dramaturgo.

Fueron varios los estrenos que esta compañía dió a conocer, de los más ilustres comediógrafos. Los citaremos por el orden en que se hicieron:

El verdugo de Sevilla, de García Alvarez y Muñoz Seca, éxito extraordinario de risa, de los mayores, llenándose el Teatro en forma de desbordamiento. Ibáñez estuvo magistral en el protagonista, siendo ovacionado en unión de los demás intérpretes.

El príncipe Juanón, obra con la que quiso demostrar Muñoz Seca, que también tenía excepcionales condiciones para el teatro serio, quien tantas veces supo hacernos reír. Otro triunfo de la Plá y de Ibáñez, Raez y Martí Mateu.

El mal que nos hacen admirable obra de Benavente, comedia dramática, que otorga a su ilustre autor uno de los mayores galardones de su gloriosa carrera literaria. La señora Plá hizo de la protagonista una creación, siendo ovacionada, lo mismo que los demás felices intérpretes de la hermosa obra benaventina.

Como hormigas, preciosa comedia de Linares Rivas, que gustó mucho a nuestro público, que supo siempre apreciar las grandes dotes de ese otro maestro del moderno teatro español, autor de tantas bellas comedias. Se estrenó esa misma noche, el sainete de Muñoz Seca *El sueño de Valdicia*, que hizo reír mucho.

El crimen de todos, drama de Federico Oliver, muy celebrado por la crítica, por la alta finalidad que lo inspira. Gustó y fue un éxito para la compañía.

El Rayo, de Muñoz Seca y López Nuñez. Graciosísima comedia que hizo las delicias del público.

Los cuatro Robinsones, comedia de Muñoz Seca y García Alvarez, gran éxito del Teatro de la Comedia, de Madrid, y gran éxito de risa.

Así se escribe la historia, comedia de los Quintero, de sencillo argumento, bien escrita, chistosa.

El último bravo, comedia de García Alvarez y Muñoz Seca.

La propia estimación, hermosa comedia de Benavente, puesta en el beneficio de Ibáñez. Otra bellísima obra, pregonera del talento inconfundible de su autor. Fue un gran triunfo para el beneficiado, que puso también esa noche, la zarzuela *El pobre Valbuena*.

Campo de armiño, comedia dramática de Benavente. Éxito extraordinario. Genial creación del maestro. De ella decía *La Prensa*:

«Como obra puramente teatral es quizás la más perfecta

y ponderada de las producidas por Benavente en estos últimos tiempos. Como obra dramática también. Precisa y sobria de recursos, profunda y delicada de argumento, acabada de factura, *Campo de armiño* es un modelo de comedia y una de las más ejemplares de la manera de su autor».

El valiente capitán, graciosa comedia de los señores Fernández Lepina y González del Toro.

El palacio de la marquesa, comedia adaptada por los señores Lepina y Tedeschi.

Las fraguas, comedia dramática de J. Andrés de la Prada. Beneficio del notable y joven primer actor Ramón Carbonell. Lleno rebosante. Obra de tendencia parecida a la de *La Garra*, de Linares Rivas, estrenada con anterioridad a ésta. Decía *La Prensa*: «*Las Fraguas* es una comedia dramática de sólido argumento y bellas escenas, pero en la cual aparece patente la mano de un comediógrafo novel. Esta inexperiencia quita a la obra fuerza y desenvoltura. Su anatema contra la sociedad y su forma de entender la reparación y la justicia, es digno y levantado, pero muy frontero a recursos teatrales ya abandonados por su tendencia afectista».

La frescura de Lafuente, de Muñoz Seca y García Álvarez. Exito de risa.

La señora Plá eligió para su beneficio, *La dama de las Camelias*, en la que realizó un admirable trabajo. También desempeñó la señora Plá, entre otras obras de prueba, *La malquerida*, *Mancha que limpia* y *Malvaloca*, tres obras tan dispares y en las que demostró la notable actriz sus grandes condiciones para el teatro, ocupando por derecho propio el puesto de primera actriz.

También dió a conocer a nuestro público esta compañía otra bella comedia de Linares Rivas, *Fantasma*, de gran éxito, y *La ciudad alegre y confiada*, de Benavente, obra que fue apasionadamente comentada y discutida, creyéndose ver en ella alusiones determinadas en orden a la agitada política de aquel momento nacional en que fue escrita.

LUIS DE LLANO

Luis de Llano, el excelente primer actor, nos visitó en febrero de 1919, al frente de una buena compañía cómico-dramática, en la que figuraba como primera actriz, María Banquer, joven y bella artista. Otros componentes de esta compañía, que merecen ser citados, eran Dolores Estrada, Almudena Me-

dina, Julio Villareal, Víctor Pastor (viejo amigo de Tenerife) y Pascual Sánchez Bort, notable actor cómico.

Esta compañía era realmente buena, de las mejores que por aquí desfilaron en aquellos años en que eran muchas las que merecían, en justicia, ese calificativo. El debut verificóse la noche del 19 de febrero, con la comedia de Paul Gavault y Roberto Charvoy, arreglada al castellano por Vital Aza. *El matrimonio interino*, que fue presentada con todo lujo y bien desempeñada. El lleno fue completo. A la noche siguiente fue estrenada la comedia de Felipe Sassone, *La señorita está loca*, siguiéndole el estreno de *Pipiola*, primorosa comedia de los hermanos Quintero.

La noche del 22, se puso el drama *El Cardenal*, de Parker, traducido por Linares Rivas y Reparaz, que obtuvo un éxito grande, y cuyo magistral trabajo de Luis Llano, fue celebrado, como lo fue también el realizado en *Tierra baja*, puesta a continuación de *El Cardenal*.

El 24 se estrenó la comedia dramática en cuatro actos, de G. Berr y L. Vernauil, traducida por Enrique Thuillier, *Mister Beverley*, que fue un fracaso completo. El 25 estrnóse la astracanada de López Montenegro y Ramón Peña, *La Concha*, que fue todo lo contrario: un franco éxito de risa. Siguiéron otras obras conocidas, alguna de Benavente y el estreno, la noche del 28, de *En cuerpo y alma*, hermosa comedia de Linares Rivas. En 1.º de marzo se estrenó otra de las buenas comedias de los hermanos Alvarez Quintero, *Don Juan, buena persona*, que constituyó un gran éxito para sus autores y un triunfo rotundo para sus intérpretes. Otro estreno fue el de la tragicomedia de Arniches, *¡Que viene mi marido!*, con el mayor de los éxitos.

La Banquer celebró su beneficio con la conocida comedia de Paul Gavault, *La Chocolaterita*, que proporcionó un gran triunfo a la distinguida y delicada actriz.

La noche del 10 de marzo, efectuóse el estreno de *Cobardías*, de Linares Rivas, reputada como la mejor obra de este ilustre comediógrafo, y una de las mejores del teatro moderno español. El público llenó el Teatro, y el éxito fue el que correspondía al mérito de la obra y al nombre de su ilustre autor.

Con *De mala raza*, de Echegaray, celebró su fiesta de honor el señor Llano, obteniendo un gran triunfo. Eran otros los gustos, otro el derrotero de las gentes, pero siempre tenía sus devociones este teatro en el público, y la predilección por actrices y actores, pues era campo amplio, donde espigaron sus mayores triunfos. El 14 se estrenó la comedia de Benavente

Los cachorros, en el beneficio de la notable actriz Dolores Estrada. Otros estrenos fueron: *La casa de los pájaros*, drama en cuatro actos, de Fernández del Villar, con mediano éxito; *A campo traviesa*, comedia de Sassone, para beneficio de Villarreal, que fue muy aplaudida; *El palacio de la marquesa*, adaptación de Tedeschi y Lepina, estrenada por esta compañía en Lara; *Un drama de Calderón*, astracanada en dos actos, de Muñoz Seca.

Otras obras que puso esta compañía, fueron *Así se escribe la historia*, de los Quintero, puesta en unión del gracioso juguete de Abati, *Jesús, María y José*, que era nuevo en nuestra ciudad y mantuvo la hilaridad del público, y *Los Galeotos*, para beneficio del notable actor cómico Sánchez Bort, obra de las mejores de los Quintero, galardonada con el Premio de la Academia, en 1908.

LOS AUTORES DEL PAÍS

La noche del 19 de marzo, dió a conocer esta compañía, la obra del escritor tinerfeño Domingo Cabrera Cruz, *El abismo*, en dos actos, premiado en el Certamen de la Juventud Republicana, en 1915. Esta obra fue presentada con todos los detalles, pintando las decoraciones López Ruiz. Drama intenso y lacerante, según la calificación de «Tarascón», en *La Prensa*. El lleno fue completo y el autor llamado a escena varias veces. Hubo, con motivo de este estreno, polémicas, discusiones en la prensa, apasionados comentarios, que no restaron mérito ninguno a la obra ni al éxito obtenido.

En homenaje a Linares Rivas, y como despedida de la compañía, se representaron la noche del 21, dos hermosas comedias del ilustre dramaturgo: *En cuerpo y alma* y *Cobardías*. La compañía marchó a La Laguna, regresando a los pocos días y estrenando la noche del 28 de marzo, la comedia en dos actos, de Diego Crosa, *Senderos*, que fue un franco éxito para el popular escritor y poeta festivo, por lo bien dialogada y por el asunto, demostrando pleno conocimiento de la técnica teatral. Los artistas hicieron una excursión por las islas, y a su regreso actuaron nuevamente en nuestra ciudad, pues nos tenían reservada una segunda temporada artística tan importante como la primera, y en la que también rindieron tributo de justicia a los escritores del país, manifestados como pocas veces en calidad y en cantidad. Fue esa una etapa que debemos recordar porque en ella el arte nuestro, nuestro teatro insular,

la literatura isleña, adquirió categoría, y fue promesa, y fue también realidad

De regreso de esa excursión, la compañía llegó a nuestra ciudad y debutó el 13 de mayo, estrenando *La Calumniada*, de los Quintero, que fue muy elogiada; siguiéndole *¿Tienen razón las mujeres?*, de Pablo Parellada, obra festiva que fue del agrado del público. El 15 se estrenó *El gran tacaño*, divertida comedia de Abati y Paso, que hizo las delicias de los concurrentes. El 16, por primera vez, *La casa de la Troya*, tan admirable la comedia como la novela, llevada al teatro por Linares Rivas, y cuyo estreno fue un éxito ruidoso. La Banquer idealizó el personaje de Carmiña, la adorable. El decorado fue pintado por López Ruiz. Siguió *El Místico*, bien hecho, si no recordamos a Morano, Borrás y Tallaví. En las noches siguientes se hicieron *Felipe Derblay*, de Ohnet, y *La aventura del coche*, comedia en tres actos, de Lepina y Tedeschi, que era estreno, y *Los dominós blancos*, también comedia en tres actos, de don Ramón de Navarrete, de corte antiguo, «muy siglo XIX, muy graciosa, y asimismo estreno en nuestra ciudad.

La noche del 21 de mayo, fue noche memorable para el teatro regional: se estrenó el drama rural de claro ambiente isleño, *Arroró*, de Ildefonso Maffiotte, al que la crítica y el público consagraron sus más cálidos elogios, reconociendo en la nueva producción del excelente escritor, una obra de categoría, que más que promesa era una auténtica realidad, precursora de empresas de más altos vuelos, plasmado en esta de ahora, plenamente lograda, todo el talento de su autor.

«Con su primera obra acaba de realizar Ildefonso Maffiotte una labor de capacidad personal, y a la vez de estímulo para todos aquellos que por el desacierto y la inconsistencia escénica de sus ensayos en el arte dramático, hayan podido decidirse a un silencio permanente. Roma no se gana en un día. El ejemplo de Maffiotte, que está a sus puertas, puede animar a los desilusionados que aún se hallan lejos, pero que pueden llegar. ¡Y nunca es tarde, si la dicha es buena!

.....

¿Y qué importa que no sea una obra de estricta significación regional, como así creemos nosotros? Con ser obra teatral y a la vez obra artística y de buena cepa literaria, va es bastante. Maffiotte ha logrado esto y puede estar satisfecho. No se preocupe por si ha conseguido o no hacer un drama regional. Lo que hacía falta era demostrar que en Canarias, entre su juventud intelectual, hay inteligencias capaces de llegar

algún día a continuar el ciclo de Galdós, el canario, y Guimerá, el tinerfeño.»

Esto dijo *La Prensa* con el seudónimo de «Odyseo», que cubría la personalidad literaria del poeta Luis Rodríguez Figueroa.

Arrorró se repitió con cálido entusiasmo, la noche del 24.

La compañía dió fin a su brillante temporada poniendo en sus últimas noches *En cuerpo y alma*, de Linares Rivas, y *Pipiola*, de los Quintero, con que remató también su labor admirable la bella y exquisita actriz María Banquer, tan estudiosa y tan enamorada de su arte.

La compañía de Luis Llano había estrenado también, en La Laguna, en el Teatro Leal, la noche del 31 de mayo, un drama en tres actos, de Manuel Verdugo, titulado *Lo que estaba escrito. La Prensa*, al comentar este estreno dijo: «La obra es algo audaz, lacerante y fría, como esas elucubraciones atormentadoras de Oscar Wilde. La impresión causada en el público fue de sorpresa y de inquietud. Se hallaba ante un problema nuevo, atrevido y crudo, que en literatura sólo hemos tolerado en *Los Maias*, del maravilloso Eca de Queiroz.»

Lo que estaba escrito estrenóse con todos los honores en nuestro Teatro Principal, por la compañía del gran poeta Francisco Villaespesa, en 1921, que quiso así honrar a nuestro ilustre poeta y sellar una vieja y sincera amistad. En el capítulo dedicado a Villaespesa, nos ocupamos de este estreno de Verdugo.

LUIS ECHAIDE

En 8 de enero de 1920 hizo una nueva temporada teatral en nuestra ciudad, la compañía dramática de Luis Echaide, en la que figuraba la primera actriz señorita Lía Emo, debutando con la hermosa comedia de Linares Rivas *La fuerza del mal* y teniendo la más cordial acogida.

Esta compañía estrenó en esta nueva actuación, las obras que a continuación mencionamos:

Secretaria particular, chistosa comedia de Estremera y Linares Becerra; *Agua de borrajas*, de los mismos autores; *El infierno*, de Paso y Abati, gran éxito de risa; *La razón de la locura*, de Muñoz Seca; *La venganza de la Petra*, de Arniches; *Tristes amores*, delicada y bella comedia de Giuseppe Giacosa, que constituyó un gran triunfo para la Emo y Echaide; *Como*

buitres, de Linares Rivas; *Lo que tú quieras*, paso de comedia, de los hermanos Alvarez Quintero; *Doña Perfecta*, de Pérez Galdós, y ... un drama policíaco, interesante, denominado, *El hombre del antifaz o la mano que aprieta*, de los señores Lasa y Evans.

La labor de Echáide destacó brillantemente en obras como *Los semidioses*, de Oliver; *El Gran Galeoto*, de Echegaray; *El Místico*, de Rusiñol; *Juan José*, de Dicenta; *La Pasionaria*, de Cano y *El abuelo*, de Galdós.

El glorioso creador de tantas obras inmortales, el genial escritor que dió al teatro nacional obras como *El abuelo* y *La loca de la casa*, y a las letras patrias ese monumento imperecedero que son los *Episodios Nacionales*, la historia novelada del siglo XIX español, rindió su gigantesca naturaleza en 4 de este mes de enero de 1920. La compañía de Echáide quiso tributar un sentido homenaje a su memoria y puso en la noche del 12, la más hermosa comedia del maestro y de las más hermosas del teatro español: *La loca de la casa*. Esta función de homenaje tuvo la cariñosa y sentida adhesión de la ciudad, y el público, como tantas veces, cuantas se hicieron las obras del gran dramaturgo, llenó el Teatro y aplaudió las bellezas de la obra y la acertada interpretación de los artistas. En uno de los entreactos, el primer actor señor Echáide, leyó unas inspiradas cuartillas de Ildefonso Maffiotte, dedicadas a Galdós y a su inmensa labor.

Después de muchos años (solo recordamos que lo hiciera Julia Cirera, que lo estrenó en 1901), puso esta compañía en escena, el melodrama francés, en cinco actos, *El soldado de San Marcial*, escrito sobre un causa célebre, y traducido por los señores Gómez y González Llanas.

La noche del 23 de enero, se verificó el estreno, tardío por cierto en nuestra ciudad, del hermoso drama de Galdós, *Doña Perfecta*, de tan gran éxito en el teatro como en la novela. Tanto *Doña Perfecta*, como *Celia en los infiernos*, que también puso esta compañía, fueron acogidas con el entusiasmo y la devoción tradicionales en nuestro público para con las producciones del inmortal novelista y dramaturgo.

Doña Perfecta, novela, apareció por primera vez en 1876, como folletín, en la *Revista de España*. Llevada a la escena, se estrenó con éxito inmenso en el Teatro de la Comedia, la noche del 28 de enero de 1896. Galdós fue aclamado, saliendo infinidad de veces al escenario. Al final, el público, en el máximo del entusiasmo, pidió que saliera solo, siendo delirante la ovación tributada al eminente dramaturgo, gloria de España.

La compañía dramática del primer actor Luis Echáide y de la primera actriz Concepción Aranaz, estrenó en nuestro Teatro, la noche del 10 de mayo de 1904, en la función de beneficio del aplaudido primer actor y director, el cuadro psíquico-dramático *Lucha del alma*, de nuestro paisano el notable escritor don Mario Arozena y Arozena, que había obtenido el primer premio en los Juegos Florales celebrados en La Orotava, en 1901.

El señor Arozena, afortunado autor de varias obras estrenadas en anteriores temporadas, fue llamado a escena y ovacionado, en unión de los intérpretes de su obra.

En esa magnífica temporada, de las mejores celebradas en nuestra ciudad, estrenó el señor Echáide el hermoso drama de Pérez Galdós, *El Abuelo*, que constituyó un extraordinario acontecimiento, haciendo aquel notable actor una creación del recio e inmortal personaje Conde de Albrit.

Sabido es que Galdós llevó al teatro su famosa novela dialogada, a requerimiento del gran trágico italiano Novelli, que la incorporó a su repertorio. Cuando Echáide la estrenó en nuestra ciudad, acababa de estrenarla en Madrid, en el Español, la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, con el más ruidoso triunfo de aquella temporada.

CAPITULO XLIV

TRES ACTUACIONES MEMORABLES

LA COMPAÑÍA «ATENEA»

La compañía dramática Atenea, que acababa de actuar en el Teatro de la Princesa, de Madrid, dirigida por el notable primer actor Miguel Muñoz, que sostenía toda la tradición del más auténtico arte dramático español, debutó en nuestro Teatro la noche del 11 de abril de 1920. Figuraba como director artístico, el brillante escritor Ricardo Baeza, y formaban esta valiosa pléyade de artistas, Herminia Peñaranda, Marta Grau, Carmen Garrigó, Raimunde Back, Emma Alvarado, Juanita Cáceres, Cristina Ortega, Elvira Mosla y Mercedes Sampedro, y los actores Rafael Acebal, Ricardo Canales, Víctor Codina Alberto Contreras, Gonzalo Delgrás, Alfredo Gómez de la Vega, Celedonio Martínez, Fernando Venegas y Andrés Gil.

Fue la obra de presentación, que se estrenaba en nuestra ciudad, la hermosa comedia en cuatro actos, original de Oscar Wilde, *Una mujer sin importancia*, traducida a nuestro idioma por Ricardo Baeza, que cautivó a nuestro público. Antes de la representación, el ilustre literato Jacinto Grau, que venía con la compañía, dió una interesante conferencia sobre la fi-se leyeron varios trabajos en prosa y verso, por Jacinto Grau, Herminia Peñaranda y Marta Grau.

gura extraordinaria y subyugante del gran dramaturgo inglés.

«La principal característica de las comedias de Wilde —dijo Grau en su magnífica disertación— es la libertad del estilo, llevado al diálogo de tal modo, que parece desencadenar la oración. La frase viva, jugosa, intencionada, vuela de personaje a personaje, sin arrastrarse nunca en esa indolencia y desmayo que en tantas obras de ingenios preclaros se advierten de vez en vez. El modo aristofanescos de entender la comedia, ha venido a cobrar en el arte moderno una categoría suprema, ya que el arte mejor de la comedia y fuera de la comedia, es saber jugar limpiamente y sin esfuerzos con aquella desaparecida y clásica elegancia de los griegos, que supieron ser artistas del pensamiento y de la vida.

En las comedias de Wilde, la fábula, lo que llaman el asunto de la obra, es lo de menos. Es lo de menos, en todas las obras de arte.»

La Prensa consagró extensa reseña al debut. Dijo entre otras cosas:

«El verdadero arte, realzada su pureza con las galas más exquisitas, nos ha hecho ahora su visita ritual con la presentación de la admirable compañía Atenea en nuestro Teatro. Sobre construir ello un conjunto armónico y sencillo, depurando estas virtudes con inusitada brillantez y galanura, Atenea ofrece, además, el encanto nuevo de una presentación insuperable, cuanto a la propiedad, al lujo y al buen gusto.

Con su ambiente de refinada elegancia, de arte quintaesenciado y puro; con el prestigio moderno de sus mujeres ricamente ataviadas y sus actores sobrios y dúctiles, esta compañía señala una fecha memorable en los anales de nuestro coliseo.»

La compañía Atenea, que mereció por parte del público y de la prensa, la acogida debida a su importancia, actuó con ininterrumpido éxito, como pocas compañías lo tuvieron entre nosotros. Su repertorio era de jerarquía: Shakespeare, Ibsen, Maeterlinck, D'Annunzio, Oscar Wilde, Musset, Tolstoi, Bernard Shaw. Todo el grande, inconmensurable teatro europeo.

La segunda representación fue con una obra de nuestro teatro clásico-moderno: *Traidor, inconfeso y mártir*, de Zorrilla, gran éxito personal de Miguel Muñoz.

La noche del 13, fue asimismo consagrada al genio inglés: *Un marido ideal*, presentada como las dos anteriores, con el mayor lujo y con un espléndido decorado. La interpretación fue también admirable, obteniendo la señora Peñaranda, la señorita Grau, la señorita Raimunde Back y el señor Muñoz,

los más entusiastas aplausos y los más cálidos elogios de la concurrencia.

«Yo soy un vagabundo. Este siglo ha tenido dos vagabundos de las letras: Velarine y yo». Así definía su enorme personalidad literaria Oscar Wilde, cuyo teatro nos daba a conocer la compañía Atenea, en forma esplendente e inusitada.

Las presentaciones siguieron por este orden: *Leonarda*, hermosísima comedia de Bjornsson. Estreno en nuestra ciudad. El público supo saborear las bellezas de esta obra de máxima categoría, presentada, como todas, con la mayor magnificencia. *Bajo la zarpa*, famoso drama del gran dramaturgo francés, Henri Bernstein, también estreno aquí. Fue un rotundo triunfo para Muñoz. El título de esta obra en el original, es *La Griffé*. Otra obra bellísima, que contempló nuestro público extasiado. Estas funciones eran otros tantos llenos. *La importancia de llamarse Ernesto*, de Wilde, traducida por Baeza. Estreno. Agradó sobremanera a nuestro público, que hacía gala de su buen gusto y fina sensibilidad. *Espectros*, la torturadora obra del inmenso Ibsen. *En el seno de la muerte*, de Echegaray. *El mismo daño*, de Jacinto Grau, que patentizaba sus excelentes condiciones de dramaturgo. *Cobardías*, de Linares Rivas. *Una mujer sin importancia*, por segunda vez. *El abanico de Lady Windermere*, la mejor obra de Oscar Wilde, que acababa de estrenar en Madrid, María Guerrero, con el mayor de los éxitos. También traducida por Ricardo Baeza, y presentada por esta compañía con lujo irreprochable. La concurrencia fue extraordinaria, presentando el Teatro encantador aspecto. Magna la interpretación. *El Diablo*, comedia de Franz Molnar, de gran fama. *El conde Alarcos*, tragedia de Jacinto Grau. Estreno. Obra elogiadísima en los medios literarios, de enorme interés dramático. Aquí obtuvo un franco éxito. *Una mujer sin importancia*, por tercera y última vez, por la tarde, y por la noche *El Gran Galeoto*. *El abanico de Lady Windermere*, por segunda vez. *Juan Gabriel Borkman*, de Ibsen. Estreno. Con esta hermosa y celebrada obra hizo su presentación en el Teatro de la Princesa, la compañía Atenea, obteniendo un resonante éxito. *El automóvil*, comedia de Benavente, en unión del paso cómico de los Quintero, *La reja*. La noche del 29 se celebró el beneficio de Miguel Muñoz, con el famoso drama de Tamayo, *Un drama nuevo*. Rotundo y definitivo fue el triunfo de este ilustre actor, que hizo una genial creación del Yorick, el extraordinario personaje de la popularísima obra. El 1.º de mayo, *Juan José*, de Dicenta. El 2 se repitió *Bajo la zarpa*. Gran triunfo de Muñoz. Esa noche

En 3 de mayo terminó tan brillante temporada, de tan inusitada elevación cultural. Teatro de altura. Conjunto de los mejores, de actrices exquisitas y actores cultos y preparados. Herminia Pañaranda, delicadísima actriz, elegante, fina, encantadora. Marta Grau, bella, de condiciones excepcionales. Miguel Muñoz, veterano actor, de la vieja escuela, gran artista, verdadero maestro. Llena de encantos la Back. Y en general una notable compañía, una temporada como pocas y una labor insuperable.

¡Delicioso, bello y atrayente teatro el de Oscar Wilde, el atormentado y egregio escritor inglés, de quien dijo una distinguida dama, compatriota suya, que de cualquier valor que fuera la obra escrita de este artista, «no era nada junto a su obra hablada: diamantes perdidos y rosas muertas. Los diamantes tintilaban entonces con todas sus facetas y las rosas parecían salir de su boca como de un cuento de hadas»!...

La compañía Atenea, en una segunda y corta actuación, de despedida definitiva, en nuestro Teatro Principal, después de hacer una «tournée» por las islas, estrenó la noche del 18 de junio la comedia dramática en tres actos, de Ildefonso Maffiotte, *Lo que redime*. Esta nueva obra del malogrado escritor tinerfeño, tuvo el mismo éxito de sus anteriores producciones. Era el suyo teatro de categoría, de lo más serio que se hacía en nuestra literatura regional.

Jacinto Grau, glosador de éxitos, dijo:

«En toda la comedia se ve la pluma experta y ágil de un escritor que sabe su oficio, y se advierte una gran pericia en el libre juego de los personajes y de las ideas.» Valioso elogio que no por merecido era menos de agradecer.

Maffiotte fue llamado varias veces a escena y ovacionado con entusiasmo por el público. Con esta obra, de teatro regional, acierto indiscutible del inolvidable comediógrafo tinerfeño, se cerró el broche de oro de una temporada prestigiosa, que comenzó con Oscar Wilde, contó con toda la producción de este gran escritor inglés, y con obras cumbres de ese inmenso teatro norteño, como *Leonarda* y *Juan Gabriel Borkman* y con *Bajo la zarpa*, bellísima obra, joya del teatro francés, sin olvidar nuestro teatro, valorado con Tamayo, Echegaray, Dicenta, Benavente, Linares Rivas y los hermanos Álvarez Quintero.

ROSARIO PINO O EL OCASO DE UNA GRAN ACTRIZ

A fines de diciembre de 1920, llegó la compañía de la ilustre actriz Rosario Pino, anunciando su debut, con *El genio alegre*, para la noche del 1.º de enero de 1921.

Era Rosario Pino la única gran actriz, entre sus contemporáneas, que no nos había visitado. Cuando lo hizo, en el ocaso de su brillante carrera, no era ya la Rosario Pino de los grandes triunfos benaventinos, «tan sensitiva y tan dulce», como dijera Antón de Olmet; la actriz de belleza singular, de tal distinción y elegancia, que pocas lograron igualarle. Actriz de gran sencillez de recursos, que sabía proporcionar hondas emociones, en frase de Benavente, llenó una época del teatro. Y no fue solo la actriz excepcional de los grandes triunfos benaventinos, sino que lo fue también del bello y delicado teatro quinteriano. Su fuerte temperamento artístico, su sencillez y su cultura, y sobre todo su gran feminidad, la hacían inimitable en uno y otro teatro. Su nombre tenía la resonancia de los nombres consagrados por la fama. Brilló con las mismas fulguraciones que los de María Guerrero, Carmen Cobeña y Matilde Moreno. Fue una de las cuatro grandes actrices que elevaron la escena española a altura pocas veces alcanzada. Repetimos que llegó tarde a nuestra tierra. No se acordó de nosotros en pleno triunfo, o nosotros no nos acordamos de ella... Fue el recuerdo, envuelto en ramalazos geniales, de aquella exquisita actriz, que no se resignaba al eclipse total, lo que «pasó» por nuestra escena un poco antes de desaparecer de la vida, la que ya casi había desaparecido del teatro. Pero nuestro público hizo honor a ese recuerdo, a ese sobrevivirse de la gran actriz, que si no las primicias de su arte immaculado, ni las madureces de su carrera llena de triunfos, nos ofrecía con toda dignidad y concepto pleno de lo que había sido, las postrimerías de esa carrera y de ese arte, en un ocaso que era también esplendoroso...

Con Rosario Pino, y como segunda dama, venía otra artista que conocimos como primera y triunfante: Enriqueta Palma. ¡Triste sino el de estas mujeres que escalan los puestos más elevados de la escena, y luego descienden vertiginosamente o empujadas por los años o por la desgracia y la desventural

Apenas llegada a nuestra ciudad enfermó Rosario Pino, atacada de una enfermedad que en los primeros momentos revistió gravedad. Curó y pudo debutar con su compañía la no-

che del 16 de enero, con la hermosa comedia de los Quintero, *El genio alegre*. La presentación de la eminente actriz fue un acontecimiento, aclamándola al público con entusiasmo y veneración. A la noche siguiente puso en escena *Divorciémonos*, de Dumas, obra de las grandes actrices en la que Rosario Pino obtenía uno de sus mayores triunfos. El 18 estrenó la hermosa comedia de Benavente *La princesa Bebé*, creación de la Pino, que presentaba con todo lujo, y en la que estuvo magistral. Siguieron *Malvaloca*, cuya novedad era el desempeño admirable que hacía de la protagonista la gran actriz; *Lo Positivo*, de Tamayo, nuevo éxito personal de la Pino; *El mundo en un pañuelo*, de los Quintero. Estreno y labor extraordinaria de la Pino; *La noche del sábado*, la maravillosa novela escénica de Benavente, que fue un triunfo rotundo de la insigne actriz; *Rosas de otoño*, otra de las grandes creaciones de la Pino, y así otras muchas obras ya conocidas, que tuvieron la novedad de una interpretación exquisita y prócer.

El beneficio de Rosario Pino, celebrado con *Las flores*, la bella comedia quinteriana, quizá la más bella de cuantas escribieron los ilustres comediógrafos, fue motivo que nuestro público aprovechó para rendir su máximo homenaje a la eminente actriz. Se estrenó esa noche la comedia de los Quintero, *El corazón en la mano*. Al presentarse la Pino, la ovación fue ensordecedora. Luego siguieron las ovaciones, los regalos, las flores. Un homenaje en fin, digno de la gran artista, que ella agradeció emocionada.

Otros estrenos de los Quintero, en esta temporada, fueron *La Calumniada* y *La Pasionera*. En ambas realizó la Pino una labor prodigiosa.

La función de despedida se efectuó la noche del 2 de febrero. Se estrenó esa noche el intenso y hermoso drama de Benavente, *Sacrificios*, que Rosario Pino había estrenado en Madrid, en el Teatro de la Comedia, en 1902. Completaron el programa, la comedia en un acto de Antonio Casero, *El rey de la casa*, y *El chiquillo*, de los Quintero. Esta función fue un nuevo triunfo para la actriz, que tantos había conquistado, y un nuevo homenaje que nuestro público le tributaba.

Esta temporada, por la alta jerarquía de la egregia actriz por los valiosos elementos que componían su hueste, y por las obras representadas, fue digna de ser destacada y puesta en parangón con aquellas inolvidables de María Guerrero, de Carmen Cobeña y de Matilde Moreno, las grandes actrices de tan privilegiado talento que fueron insustituibles. Preferencia por las obras de Benavente y de los Quintero, de los que puso

nueve, de ellas varios estrenos. Del ilustre Benavente estrenó tres de sus más admirables creaciones. De otros autores, puso una de Dumas, *Divorciémonos*, de las más bellas del teatro francés; otra, hermosísima, de nuestro teatro del pasado siglo, *Lo Positivo*, de Tamayo, y del teatro nacional moderno, *El caudal de los hijos*, de «Parmeno». Fue lo que se dice una brillante temporada, a pesar del ocaso de la gran actriz.

La compañía marchó al interior de la isla, y a su regreso abrió de nuevo abono por cuatro funciones que dieron comienzo la noche del 13 de febrero, y que fueron: *La dama de las Camelias*, de la que hizo una portentosa creación la Pino; *Los Galeotos*, patrocinada por el Círculo de Escritores y Artistas, a beneficio de los niños pobres y en la que tomó parte el excelente aficionado señor Díez del Corral; *La verdad de la mentira*, estreno de Muñoz Seca, y *La malquerida*, con la que se despidió de nuestro público la notable compañía.

FRANCISCO VILLAESPESA

El maravilloso autor de *El alcázar de las perlas*, Francisco Villaespesa, en peregrinación de cultura y de belleza, en viaje para América, a donde llevaba las primicias de un teatro altamente poético, pleno de mágicos encantos, hizo un alto en nuestra ciudad para regalarnos algo del gran bagaje intelectual que iba a esparcir por las repúblicas americanas.

El ilustre poeta había formado una magnífica compañía que integraban la primera actriz Anita Martos, Josefina Nestosa, Amparo Victorero y Conchita Zeda, los primeros actores José Romeu, Francisco García Ortega y Manuel Alverá, Juan José Llovet, Constante Viñas y otros que no recordamos.

Selecto era el repertorio, de obras de máxima categoría.

El debut se verificó la noche del 11 de junio de 1921, con la bellísima obra de Villaespesa, *Aben-Humeya*, estrenada con éxito clamoroso en el Español, de Madrid, en 1912, y para la que había escrito tres delicados números musicales. el notable maestro Angel Barrios. La presentación de esta tragedia de belleza extraordinaria, en nuestro Teatro, fue fastuosa: con toda propiedad. Las decoraciones eran sorprendentes, y el entusiasmo de nuestro público no tuvo límites. Anita Martos estuvo a la altura de las grandes actrices, y Pepe Romeu, joven, notable actor ya, triunfó desde las primeras escenas.

La noche del 12, *El Gran Galeoto*, de Echegaray. Anita

Martos, Romeu en el *Ernesto*, y Constante Viñas en el don Julián, obtuvieron un resonante triunfo. La interpretación de esta famosa obra tan perfecta que nada dejó que desear, y el público, satisfecho, premió con todo entusiasmo la magnífica labor de los artistas.

El 13 llevóse a cabo otro estreno de Villaespesa, que igualmente causó gratísima impresión: *El halconero*, poema trágico que obtuvo ruidoso triunfo. La interpretación fue digna del mérito de la hermosa obra. Al levantarse el telón, la sorpresa que el público experimentó ante la soberbia decoración fue inenarrable, desencadenando una verdadera tempestad de aplausos, y haciendo salir a escena al exquisito autor de ella, el famoso escenógrafo Mignoni, que acompañaba a Villaespesa en su excursión a América. Fue *El halconero* otro triunfo rotundo y clamoroso para la Martos, Romeu y demás intérpretes, pues todos hicieron gala de sus grandes condiciones y del entusiasmo y cariño con que colaboraban en esta magna empresa, tan simpática y excepcional. Al finalizar todos los actos, Villaespesa, aclamado con delirante entusiasmo, recibía en la escena el homenaje fervoroso y sincero de nuestro público. El gran poeta había llegado la víspera de este estreno, por haber enfermado en Cádiz, cuando la compañía se disponía a embarcar para nuestra ciudad.

El 14, otro estreno de Villaespesa y otra obra maravillosa: *Doña María de Padilla*, drama histórico, en el que, como en todos cuantos escribiera el insigne autor, (decía *La Prensa*), «la espléndida fantasía del genial poeta borda primores de arte». Villaespesa fue nuevamente llamado a escena y aclamado.

El 15, *La leona de Castilla*, éxito de Anita Martos y Francisco García Ortega, el veterano y notable actor que debutó con esta hermosa obra de Villaespesa, que fue asimismo llamado y ovacionado con entusiasmo. El decorado, de Mignoni, también bellísimo.

El 16, nuevamente *El Gran Galeoto*, con nuevo triunfo para sus felices intérpretes, siguiéndoles *La Zagala*, de los Quintero, y *Tierra baja*, cuyo Manelich interpretó Romeu a la mayor perfección.

El 19, segunda vez, *El halconero*, el más grande éxito de esta temporada.

El 20, estreno de la maravillosa obra en que culmina toda la fantasía del gran poeta: *El alcázar de las perlas*. Fue esta obra la definitiva consagración de Villaespesa. Su estreno en nuestra ciudad fue un verdadero acontecimiento. Fastuoso decorado de Mignoni. Aspecto del Teatro brillantísimo. Lleno

completo. La más grande expectación. Las aclamaciones a Villaespesa fueron delirantes, y a la Martos, y a Mignoni, el mago del decorado.

La noche del 21 se estrenó *Lo que estaba escrito*, drama de Verdugo, en tres actos, que ya se había estrenado en La Laguna.

Valentín de Pedro, el notable poeta que formaba parte de la hueste de Villaespesa, lo mismo que el otro celebradísimo poeta Juan José Llovet, escribió a pretexto de la producción de nuestro poeta regional: «Manuel Verdugo ha abandonado su retiro espiritual de La Laguna muchas veces, para asomarse al mundo, para confrontar en ambientes cosmopolitas y exigentes, su gran cultura y la exquisitez de su espíritu. Ha paseado su elegancia espiritual como un personaje de Jean Lorrain: porte distinguido, gustos raros y una honda vida espiritual. A su encantador oasis de La Laguna, ha llegado Villaespesa, el príncipe de la lírica castellana, y con él la reanudación de una antigua amistad: Madrid, Lisboa, Rubén Darío... Y Villaespesa rinde esta noche un homenaje al poeta-amigo, y con él a la intelectualidad de Tenerife, poniendo en escena por su compañía, el drama de Manuel Verdugo *Lo que estaba escrito*»...

Extraordinaria fue la concurrencia también esa noche, como era natural. La obra de Verdugo la había ya estrenado la compañía de Luis Llano, en La Laguna, en mayo del 19. De grandes bellezas literarias y de escabroso asunto, este drama del insigne poeta suscitó vivísimas controversias. Verdugo fue llamado a escena al final de todos los actos y ovacionado.

El 22 repitióse *El alcázar de las perlas*. Las cuatro decoraciones del gran escenógrafo Mignoni, fueron otras tantas obras de arte que el público aplaudió estrepitosamente.

El 24, a beneficio de Anita Martos, con *La Gioconda*, del inmortal Gabriel D'Annunzio, traducida por Villaespesa. Fue una verdadera solemnidad artística. Era la primera vez que se hacía esta inmensa obra en castellano, correspondiendo a nuestro público el honor de ser el primero en oírla en nuestro idioma. Anita Martos, la notable actriz, de depurada escuela clásica, de gran talento y cultura, supo escoger para su fiesta obra tan bella, interpretando admirablemente el extraordinario personaje de Sylvia Settola, a la que dió vida en la escena italiana Eleonora Duse...

Anita Martos, biznieta del gran poeta Espronceda y nieta del ilustre político y orador don Cristino Martos, obtuvo en su función de honor, un triunfo clamoroso. Leyó un precioso

soneto de Luis Rodríguez Figueroa, que le entregó con galante dedicatoria, y Romeu leyó otra poesía de Villaespesa, dedicada a la Martos, con motivo de la admirable interpretación que hacía de la Rosaura de su *Halconero*. La lectura de las poesías fueron acogidas con delirantes ovaciones, obligándose a sus autores a presentarse en escena. La Martos fue obsequiadísima. *La Gioconda* se repitió la noche del 26.

El 27 fue el beneficio de Pepe Romeu, actor de grandes aptitudes, que prometía ser de los mejores, con *El nido ajeno*, de Benavente. Romeu, que fue muy aplaudido y obsequiado, cantó la famosa conción de Pérez Freire, «Ayl Ayl Ayl» y «El sueño», de *Mañón*, de Massanet.

La noche del 27 fue obsequiado Villaespesa, con un banquete en «Pino de Oro».

El 28, función de despedida-homenaje al gran poeta español. Empezó esta extraordinaria función con una admirable, bellísima conferencia de Villaespesa, sobre las fuentes de inspiración de la poesía popular española. Hermoso discurso, digno del egregio creador de nuestro teatro poético, que fue premiado con los más entusiastas aplausos. Villaespesa, para corresponder al homenaje que le tributaba nuestro público, recitó *Las niñas grises*, *El canto de la vida* y *Alma española*, tres de sus más hermosas poesías. Púsose a continuación su tragedia *En el desierto*, en la que tomaron parte el propio autor, Ramón Gil Roldán, Manuel Verdugo y Eduardo Díez del Corral. Simpática camaradería la de estos hombres efusivos y prestigiosos, que sabían rendir pleitesía al gran poeta y sabían también rendírsela a la tierra isleña, al hacerla grata, amable y obsequiosa con sus huéspedes de honor...

Al terminar la representación de *En el desierto*, Rodríguez Figueroa y Gil Roldán, leyeron versos en honor y homenaje a Villaespesa, y Díez del Corral, leyó uno de Valentín de Pedro. El éxito fue grande. Nuestros poetas, nuestros hombres de letras, supieron honrar al eminente poeta, que conservó siempre el recuerdo de estos días, que fueron para él como oasis en su peregrinar por el mundo.

Fue esta de Villaespesa, una temporada «sui generis», única, pues nos parece difícil encontrar otra que guarde analogía con ella. Por lo que aquella «tournée» representaba, por la calidad verdaderamente elevada del organizador y alma de tal empresa, por el bagaje literario que llevaba, por el prestigio de los artistas, por la finalidad de la romántica embajada... Por las obras, que eran una oleada de belleza que se

nos metía puertas adentro... Era todo el teatro de Villaespesa, en ofrenda espléndida a América, bien servido, mágicamente presentado, perfectamente interpretado, dentro de un plan artísticamente concebido, con un derroche de poesía, con la conferencia previa, con los versos ora de Villaespesa, ora de Valentín de Pedro, ora de Juan José Llovet, que también formaba parte de esa huete excepcional.

CAPITULO XLV

CONFERENCIAS DE ZAMACOIS

Eduardo Zamacois, el ilustre novelista, captador de belleza y de emoción, nos visitó en el mes de marzo de 1922, para ofrecernos unas conferencias con proyecciones cinematográficas, que fueron un completo éxito y que pusieron una vez más de relieve las inquietudes espirituales de este caballero andante, viajero eterno, cuya parte principal de su vida la dedicó, en un deambular constante por todas las rutas, a «la alegría de andar»...

Estas admirables conferencias celebradas en nuestro Teatro Guimerá, originales, plenas de encanto y sortilegio, trasuntos de la vida de los grandes literatos, de nuestras más destacadas figuras de las letras, del arte y de la ciencia, entusiasmaron a nuestro público, que conservó indeleble recuerdo de la dulzura de aquel decir emotivo. Declamador elegante, sin dejar de ser sencillo, recitó en forma inigualada los versos de los poetas cuyas figuras asomaban a la pantalla. Nos habló del maestro Galdós, con devoción e idolatría, al aparecer en el lienzo la gran figura inmortal. Nos dijo y nos narró cosas encantadoras de la vida de estos hombres que fueron y son todo el acervo glorioso de nuestras letras y de nuestro valimiento intelectual: vidas heroicas, íntimas y anecdóticas, de Benavente, Valle-Inclán, «Azorín», Pío Baroja, Romero de Torres, los hermanos Alvarez Quintero, Carrere, (del que recitó la bellísima poesía *La musa del arroyo*, que el público acogió con un aplauso entusiasta y vehemente, por la poesía en sí

y por la manera de decirla); Dicenta, Rusiñol, Martínez Sierra, Linares Rivas, Benlliure, Vives, Villaespesa, Manuel Machado, Marquina, Felipe Trigo.

Las dos primeras conferencias fueron dedicadas a estas grandes figuras españolas, cuyas genialidades, costumbres, rasgos de carácter y de ingenio, nos dió a conocer el popular novelista, en forma amena y deliciosa, versando la tercera sobre la vida, siempre interesante, del teatro por dentro, que solo conocen los autores y los artistas. En ésta nos habló del apuntador y del público, y evocó las figuras eminentes, cumbres de nuestro mundo teatral, de Teodora Lamadrid y Matilde Díez de Vico y de Rafael Calvo, de Emilio Mario y de María Álvarez Tubau, de Borrás y de Thuillier, de Francisco Fuentes y de Díaz de Mendoza, de Matilde Moreno y de Margarita Xirgu, de Mercedes Pérez de Vargas, de Irene Alba, de Miguel Muñoz. La cuarta conferencia fue dedicada casi toda a la proyección de su novela *El Otro*.

«Nijota», tan exquisito poeta cuando nos «habla» en serio, como cuando su musa es festiva, dedicó a Zamacois, en aquellos días, en ofrenda cariñosa, esta hermosa poesía:

MAESTRO

Antes de que abandones estas islas hispanas,
tú que viniste a ellas en un viaje triunfal,
a ofrecernos magnífico, con tus charlas galanas,
las primicias de tu tesoro intelectual.

Antes de que te vayas, señor, de nuestro lado,
privándonos del goce de tu arte eminente,
a seguir por la tierra tu noble apostolado
de ínclito sembrador de la buena simiente,

un humilde poeta tinerfeño, que ha sido
en la magia inefable de tu verbo prendido,
oyendo las historias que viniste a narrar,

quiere besar tus manos, cual las del Padre bueno
que nos contaba un cuento sentimental y ameno,
en las largas veladas de invierno en el hogar.

LA ORQUESTA RUSA DE «BALALAIKAS»

En 1923, una oleada de arte popular, fuerte, vigoroso, nos llegó desde el país moscovita. La famosa orquesta rusa de «balaláikas», cuya fama era universal, dió su primer concierto, de los cuatro anunciados, la noche del 2 de mayo, en nuestro Teatro principal, y su triunfo fue clamoroso.

La Prensa, al reseñar este primer concierto, decía: «Una intensa nota de arte y de exotismo, vigorosamente definida, se nos ha ofrecido ahora, con motivo del primer concierto a cargo de la gran orquesta rusa de «balalaikas».

Los artistas se presentaban vistiendo el traje típico nacional. La «balalaika» es un popular instrumento ruso que condensa todos los sonidos armoniosos de nuestras guitarras, más los de la bandurria y mandolina.

Al frente de tan notable agrupación venía el Dr. Swerkoff, ilustre compositor, «alma vigilante y encendida de la agrupación», como decía *La Prensa*.

Acompañaban a estos artistas, la señorita Valentinova, cantante extraordinaria, y la señorita Midza, bellísima cantante inglesa. Ambas obtuvieron enorme éxito, compartido con la famosa orquesta rusa.

También tomó parte en estos conciertos, el notable tenor español Casenave, que fue asimismo aplaudidísimo.

El público quedó totalmente satisfecho de este espectáculo tan brillante, tan culto y tan bello, que realzó esplendorosamente el programa de nuestras fiestas de mayo de 1923.

UNA GRAN DANZARINA UNIVERSAL: FELINE VERBIST

La noche del 4 de julio de 1925, abrió sus puertas el Teatro Guimerá, para la exhibición de una artista maravillosa, de fama universal: la célebre bailarina de la Opera Real, de Bruselas y del Covent Garden, de Londres, Mlle. Félyne Verbist, a la que acompañaba el eminente pianista Tasso Jannopoulo. Esta notabilísima artista, que había actuado en los principales teatros de Europa, habiendo debutado en la Opera Real, a los catorce años, estaba reputada como la primera en su género. El pianista Tasso, del Queens Hall, y de los conciertos Isaye, de Bruselas, interpretando a Bach, Beethoven, Chopín, Schubert y otros inmortales, puso de relieve sus extraordinarias facultades de ejecutante maravilloso.

El debut, que como decimos, se efectuó la noche del 4 de julio, fue un acontecimiento artístico de primer orden. La impresión que produjo esta exquisita danzarina de alta escuela, superó a todo cuanto pudo imaginarse.

«Sus danzas —decía Sebastián Suárez León— tienen la gracia ondulada y armoniosa de las supremas elegancias, de las más altas bellezas plásticas. Pasa por la escena como una alada aparición de ensueño y en sus ritmos, gestos y actitudes,

una depurada expresión de todos los sentimientos y pasiones, nos va revelando con enorme fuerza descriptiva las más íntimas vibraciones de espíritu. Admirable, admirable; enojo, súplica, desdén, sollozos, risa triunfal y tragedia recóndita, toda la gama sentimental halla en Felina Verbist, la justeza irreprochable y la exquisita línea de la estatuaria: en *La Rose*, *Danse de la Soif* y *La muerte del cisne*, la artista culminaba dando a su arte plasticidades insospechadas».

El triunfo de la gran artista fue rotundo. Quedó justificada su fama, y la del eminente pianista que la acompañaba y complementaba su arte prodigioso. Los aplausos del público eran cálidos y revelaban un entusiasmo y una satisfacción sin límites.

«Baila esta mujer —decía *La Prensa*— y sus pies apenas se apoyan en el suelo, sus brazos, que avanzan, giran y retroceden siempre con movimientos suaves, con cadencia y ritmo de alas, parece que la elevan, que la transfiguran, como si un espíritu flotara, movido por armoniosa vibración».

Fueron cuatro las audiciones de esta maravillosa artista coreográfica y espléndida y sugestiva mujer. Su arte quintaesenciado, de la más perfecta y refinada elegancia, todo ritmo, belleza y color, fue para nosotros una revelación. Teníamos de ese arte sólo la referencia. Nos era conocido el nombre de una gran danzarina universal, Ana Pavlova, a quien dijo un día Sarar Bernhardt: «Usted tiene una ambición devorante y sus ojos insaciables quisieron abarcar mucho más éxito del que hay en la tierra»... Después de esas cuatro noches en que Felyne Verbist, también célebre, también artista extraordinaria y universal, nos deleitó, nos extasió con sus danzas, ya no tenía secretos para nosotros ese arte de maravilla.

En las cuatro noches inolvidables, en cuatro apariciones ante nuestro público, nos ofreció la gran artista este programa de excepcional categoría: *Vals Boston*, *La muerte del cisne*, de Saint-Sens; *Coqueterías de Colombia*, de Drigo; *Danza noruega*, de Greig; *Visión de Salomé*, de Joyce; *Fantasia española* (nuestro pasodoble *Gallito*, del maestro Lope), *Danse Moyen-Age*, de Moussorsky; *La Lettre*, de Braeckaman; *Danza india*, de Cyril Scott; *Lakame*, de Delibes; *Gavotte d'Armide*, de Gluk; *Valses*, de *Copelia*, de Delibes; *Minuet*, cantado, de D'Exaudet; *Danza india*, de Delibes; *Danza negra*, de Cyril Scott; *Minuet de la Reina*, de Paderewski; etc.

Cada danza era vestida con «toilettes» del más depurado gusto.

COMPAÑÍA DE ZARZUELA BALLESTER-SABINA

La compañía de zarzuela de Luis Ballester, en la que venía de maestro director y concertador Santiago Sabina, hizo su debut en el Teatro Guimerá, la noche del 19 de enero de 1926, con el estreno de la celebrada zarzuela de Ramos Martín y del maestro Guerrero, *Los Gavilanes*. El Teatro registró esa noche un lleno completo, y el éxito lisonjero acompañó a los notables artistas que integraban esta compañía, cuya temporada comenzaba tan brillantemente. Distinguiéronse la primera tiple Luisa Espinosa, y la tiple cómica Amparo Martí, el barítono Luis Moreno y el tenor José Fernández. Luis Ballester era un excelente actor cómico, de la mejor escuela, aplaudido todas las noches en una constante y firme labor, que demostraba su gran temperamento de artista. Otro notable actor cómico era Amadeo Llaurado: Volvía a nuestra ciudad, al frente de la compañía, Valentín González.

De la dirección y suma maestría con que dirigiera la orquesta, solo diremos que Santiago Sabina patentizó esa noche, como en sus anteriores actuaciones, sus grandes facultades, su fuerte temple de músico, competente y culto, dentro de una modestia ejemplar. Era sin duda uno de los mejores directores de compañías de aquel momento español.

La segunda noche, con *Don Quintín el amargao*, hizo su presentación el veterano actor Valentín González, que nos visitaba por tercera vez. Nuestro público conservaba del viejo amigo, un grato recuerdo. Su presencia en el escenario fue acogida con una ovación cerrada, demostrativa del gran afecto que hacía él sentía.

Fueron muchos los estrenos que nos dió a conocer esta compañía, en la temporada que historiamos, muchos y valiosos, de éxito permanente: *Los Gavilanes*, de Ramos Martín y del maestro Guerrero; *Doña Francisquita*, de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw y del maestro Vives; *La Calesera*, de Emilio González del Castillo y Luis Martínez Román y del maestro Alonso; *Sol de Sevilla*, de nuestro paisano J. A. de la Prada y del maestro Padilla, en la que debutó la notable tiple Monserrat Viladoms, que gustó mucho; *El duquesito o la Corte de Versalles*, de Luis Pascual Frutos y del maestro Vives, obra selecta, fina, muy aplaudida; *Los Papiros*, hermosa obra de los hermanos Alvarez Quintero y del maestro Luna, que como decía *La Prensa*, más que una obra lírica es una de tantas hermosas obras de los ilustres escritores, con al-

gunos pasajes musicales del inspirado autor de *Molinos de viento*; *Roma se divierte*, opereta, obra de magnífica presentación y que fue uno de los mayores éxitos de esta compañía; *Q'es grant Barselona*, revista cómico-lírica, que fue un éxito franco para Ballester; *La joven Turquía*, zarzuela en dos actos, de los Sres. González del Castillo y Palomero, y del maestro Luna; *La Bejarana*, de Ardavín y del maestro Alonso y otras. También estrenó esta compañía dos obras del maestro Sabina: *La fuente de los álamos*, poema lírico, inspirado en un cuento de Bécquer, y la ópera en un acto *Nelva*, estrenada en Apolo.

La obra de la temporada fue *Doña Francisquita*, que venía avalada por el alto prestigio musical del maestro Vives y la prestancia y talento de los autores de la letra. Su estreno en nuestro Teatro, se verificó la noche del 30 de enero, con uno de los más grandes éxitos que hemos presenciado, haciéndose seis veces en aquella temporada. *Doña Francisquita*, obra bellísima, cuyo asunto está inspirado en *La discreta enamorada*, de Lope de Vega, de máxima galanura y acabada técnica teatral, fue estrenada en Apolo, en 1923, por Mary Isaura, Cora Raga y el tenor Casenave. Ruidoso fue su estreno en Madrid, que calificóse de acontecimiento, aristocratizando sus ideas, vistiéndolas con la seda policromada de su fantasía.

Del maestro Sabina, como ya hemos dicho, se estrenaron en esta temporada, dos obras, de las que hemos de hacer mención especial, por las condiciones singulares que en sus estrenos concurren, por las obras en sí, de mérito indiscutible, y por su autor, músico competente y paisano nuestro.

La fuente de los álamos, poema lírico, con letra de Santiago Aristeo, se estrenó en nuestro Teatro, la noche del 11 de febrero, obteniendo su autor, que lo dirigía, un éxito clamoroso. El público llenó esa noche todas las dependencias del coliseo, y otorgó al notable músico, sus más entusiastas y cariñosos aplausos. De hermoso calificóse este poema, que como hemos dicho, para ser del todo bello, está inspirado en un cuento del poeta de las *Rimas*.

La noche del 18 del citado mes de febrero, se celebró el beneficio del maestro Sabina. En unión de *La fuente de los álamos*, que se repetía, se puso esa noche, por vez primera en nuestra ciudad, la ópera en un acto, *Nelva*, del notable músico, con letra de Rafael Alaria, estrenada en Apolo, por la compañía del maestro Vives, con éxito de público y con los mayores elogios de los periódicos madrileños. Con esta bella obra culmina la corta pero meritoria labor del distinguido músico tinerfeño. Su estreno en el Teatro Guimerá dió oca

sión a que nuestro público hiciera patente las más sinceras demostraciones de cariño al estudioso paisano, que tras una vida abnegada y silenciosa, consagrada por entero a la música, logró plasmar en obras meritísimas, los conocimientos adquiridos, sin prodigar ni buscar el fácil triunfo. Al montar esta obra el maestro Vives, ya daba categoría a Santiago Sabina, como compositor, y pregonaba a los cuatro vientos su indiscutible valía.

Después de una gira por las islas y el interior de la nuestra, reapareció la compañía, dándonos a conocer en esta segunda etapa, otra obra que fue también de los mayores éxitos de Madrid: *La Calesera*. Esta hermosa zarzuela, de Emilio González del Castillo y Luis Martínez Román, y música del maestro Alonso, rebasó las doscientas representaciones consecutivas, a raíz de su estreno. La representación de la populárrima zarzuela en nuestro Teatro, fue ininterrumpido éxito clamoroso, haciéndose repetir los más inspirados números. La interpretación fue impecable, como correspondía a tan notable compañía. El maestro Sabina se vió obligado a subir al escenario, recibiendo estruendosa ovación por lo bien que supo dirigir la bellísima partitura.

Doña Francisquita y *La Calesera*, fueron los dos grandes éxitos de esta inolvidable temporada.

CAPITULO XLVI

DOS MAGOS DE LA ESCENA

ALCORIZA Y RAMBAL, MAESTROS DEL TRUCO Y DE LA TAUMATURGIA

Fueron dos las compañías españolas, especializadas en el teatro de folletín y de trucos sorprendentes, que actuaron en nuestra ciudad. Las dos temporadas fueron brillantísimas, y merecen que las consignemos aquí, por el orden en que hicieron su presentación ante nuestro público, que fue así:

Compañía dramática Alcoriza. Temporada de 1922-23. Excelentes artistas. Conjunto de los mejores y más completos. La más importante compañía en su género. Lujo inusitado, obras presentadas con la mayor propiedad y bien estudiadas. La actuación de esta compañía dejó grato recuerdo en nuestra ciudad.

Melodramas norteamericanos, dramas policíacos, comedias de aventuras... Pero todo presentado con suntuosidad, con propiedad pocas veces igualada. En este género no tenía rivales Alcoriza.

El debut se hizo con *El castillo de los fantasmas o la máscara de los dientes blancos*, drama del escritor norteamericano Oscar Fulton, adaptado por Linares Becerra, de lo mejor de este género cultivado por la compañía. En esta obra se simulaba a la mayor perfección, la explosión de una mina, el derribamiento de una gruta y el incendio de un castillo, todo de efecto sorprendente. Se hizo dos veces.

Siguieron *El canciller de hierro*, del mismo Fulton, tam-

bién de gran aparato escénico, y *Un crimen de lesa majestad*, del más perfecto género policíaco.

La cuarta representación se hizo con *Malvaloca*, como un oasis en la truculencia, y para el lucimiento pleno de la notable actriz Emilia de la Vega y del notable primer actor Emilio Valentí, que obtuvieron un gran triunfo.

A la bella obra quinteriana siguió *La venganza del ajusticiado*, de Fulton, melodrama de enorme interés en el que se presenciaba nada menos que el incendio, naufragio y hundimiento de un buque en alta mar, salvándose los náufragos..., y también el paso por la escena, a toda velocidad, de un tren de tamaño natural, todo esto maravillosamente realizado.

Teatro fuerte, espeluznante, arbitrario, pero representado con tal arte y con tal propiedad y gusto artístico, que hizo que el público se «reconciliara» con este género y llenara el coliseo todas las noches. Por encima de la escasez de mérito de las obras, por encima de los argumentos melodramáticos y desconcertantes, triunfaba la espléndida presentación y el buen gusto de la más depurada e ingeniosa tramoya. Los sorprendentes trucos, los admirables efectos, la preciosa escenografía, triunfaron plenamente. Las obras de este género que más destacaron en esta singular temporada, fueron:

Los envenenadores, drama policíaco de Oracio Socias y Tunga Loa; *La reina madre o el país de las bombas*, emocionante obra de Oscar Klinsper, traducida por Carlos Allens-Perkins, de gran éxito; *Los misteriosos de Nueva York*, también de Oscar Fulton, puesta en varias noches por episodios, el primero *El fantasma gris*, en el que figuraba el célebre tirador de puñales «Piel de tigre», que dibujaba la silueta de una mujer tirándole los cuchillos a seis metros de distancia. Esto fue ya el colmo del truco. Alcoriza, disfrazado de «Piel de tigre», hizo tan extraordinariamente el personaje, realizó tan a lo vivo el truco de los puñales, con tan grande emoción y tal realidad, que el público ante el temor de que corriera peligro la actriz señora Vega, hizo patentes demostraciones a fin de que no continuara la peligrosa escena... Así era de perfecto el truco, así la sensación de realidad en la ficción escénica. El segundo episodio de *Los misteriosos*, se puso también en otra noche. Se titulaba *El genio del crimen*, y por último se puso el tercero, que se titulaba *El diablo negro*. Otra obra que también se puso por episodios, cada noche uno, fue *El misterio de la doble cruz*, norteamericana. En el primero, *El príncipe que vino de la luna*, figuraba entre otras cosas sorprendentes, el

nafragio de un buque, verdadero derroche de ingenio y de arte. El segundo episodio, *El crimen del teatro de la ópera*, fue un éxito personal del actor Farnós, que hizo de manera admirable un papel de loco. En el último episodio se simulaba, al final, con la mayor perfección, la erupción de un volcán.

Y no era sólo este repertorio el que ofrecía Alcoriza, considerado como verdadero artista del truco, que también representaba obras de Benavente, de los Quintero, de Linares y de Arniches, estrenando de este último, *Es mi hombre, Lo pasado o concluido o guardado*, de Linares; *La señorita Angeles*, de Muñoz Seca, para beneficio de la notabilísima actriz señora Emilia de Vega. De obras conocidas hizo, entre otras, además de *Malvaloca*, *Los semidioses*, de Federico Oliver, para beneficio de Valentí; *El amigo Teddy*, la conocida comedia de Rivoise y Bernard; *Constantino Plá*, de Fernández del Villar, etc.

Tras unos días de ausencia, reapareció la compañía e hizo una nueva temporada a base de obras cómicas modernas, nuevas para nuestro público, como *Que no lo sepa Fernanda*, de Nancey y Rioux, adaptada a nuestra escena por Enrique F. Roig y Luis de los Ríos; *Las lágrimas de la Trini*, de Arniches y Abati; *El conflicto de Mercedes*, de Muñoz Seca; *La casa de salud*, de Dicenta y Paso; *La pluma verde*, de Muñoz Seca y otras, cerrando la brillante temporada, la noche del 10 de febrero, con *El vencedor de la muerte*, drama también de Fulton, y también arreglado por Linares Becerra, obras que daban la tónica al género que tan admirablemente y con tanto gusto, arte y maestría, cultivaba el notabilísimo actor Alcoriza.

La compañía, en esta segunda actuación, tuvo la misma acogida que en su primera presentación. Mucho público, muchos aplausos y un acierto como pocas veces visto, en la elección de obras, todas de gran éxito en cuantos teatros se representaban.

TEATRO DE GRAN ESPECTÁCULO. PRESENTACIÓN MARAVILLOSA

La primera actuación teatral de 1929, la hizo Rambal con su gran compañía de espectáculos, debutando la noche del 28 de febrero, con el estreno de *Miguel Strogoff o el correo del Zar*, adaptación a la escena de la famosa novela de Julio Verne, y cuyo efecto fue sorprendente.

Enrique Rambal, notabilísimo actor, verdadero taumaturgo, había organizado una compañía para esta clase de obras, sien-

do en aquel momento la mejor de cuantas funcionaban en España. Género entretenido, de gran espectación, con efectos luminosos y magníficos decorados de Martínez Gari, Mignoni y otros conocidos escenógrafos. Con Rambal venían las primeras actrices Carolina Fernán-Gómez y Lía J. Emo. También venía formando parte de esta excepcional compañía, el primer actor Luis Echaide, que nos había visitado en 1904 y en 1920, al frente de excelentes compañías. Entre los restantes actores figuraban Constante Viñas y Alfredo Cobeña, que en anteriores temporadas habían actuado en nuestra ciudad. Venía también un director de orquesta: el maestro Canepa. La Empresa: Martínez Pena.

Rambal, la noche del debut, al finalizar el espectáculo, se vió obligado a decir algunas palabras al público para agradecer la cariñosa acogida. El público conservaba aún el grato «sabor» dejado seis años antes, por Alcoriza, el otro artífice del truco.

Los llenos se contaban por noche. Las obras, de extraordinario interés, eran montadas con inusitado lujo, con trucos sorprendentes y fastuosa presentación. Algo verdaderamente maravilloso e increíble. Las citaremos: *El Conde de Montecristo*, novela de Dumas, escenificada por Miguel Mihura y Enrique Rambal; *El carnet del diablo*, de Luis Linares Becerra, escrita en torno a una famosa novela francesa, con suntuosas y fantásticas transformaciones; *La banda plateada o el silbido fatal*, conforme a la novela de Conan Doyle, obra policíaca; la famosa leyenda en tres actos y diez cuadros, *Genoveva de Brabante*, la mejor obra de todas, la mejor interpretada y la que más gente llevó al Teatro; el melodrama de alucinación y misterio, en cuatro actos, *La muñeca trágica*, original de Carlos Allens Perkins, considerada como modelo de obras policíacas; el melodrama en siete actos y once cuadros, *París Lyon-Mediterráneo*, según la novela de igual título de Xavier de Montepin, adaptada a la escena por Linares Becerra y Javier de Burgos; *El hombre invisible* (La sombra que mata), obra emocionante, de maravillosos efectos escénicos; *Veinte mil leguas de viaje submarino*, según la novela de Julio Verne, de grandísimo interés; *El signo del zorro*, comedia dramática, de aventuras, basada en una leyenda mejicana original de Juan Bautista Bergua y Leopoldo Bejarano, con ilustraciones musicales del maestro Lapuerta; *Los envenenadores o el corredor de la muerte*, drama policíaco de folletón novelesco, basado en las aventuras de Nick Carter; el drama bíblico-religioso, en cinco jornadas, un prólogo y veintidós cuadros, de Luis Grajales

y Emilio Gómez de Miguel, *El mártir del Calvario*, sobre la vida, pasión y muerte de Jesucristo, cuyo éxito fue tan grande que hubo que ponerlo cuatro veces; *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, adaptación de la novela de Blasco Ibáñez; *Secreto mortal o los mohicanos de París*, según la célebre novela de Eugenio Sué, con la que se celebró el beneficio de Rambal, que constituyó un grande y merecido homenaje al mago del teatro novelesco, y *La Corte del Rey Sol*, de gran espectáculo, con la que se despidió de nuestro público tan interesante y notable compañía que, como decimos más arriba, contó por llenos las noches de su feliz y deslumbrante actuación.

CAPITULO XLVII

MAS COMPAÑÍAS DRAMÁTICAS

ANTONIA PLANA Y EMILIO DÍAZ

A esas compañías que mencionamos en el anterior capítulo hemos de añadir otras, magníficas también: la de comedias de Antonia Plana y Emilio Díaz, razón social que en el teatro tuvo el máximo prestigio y la máxima solvencia, y la de Francisco Villagómez, que fue también un notabilísimo primer actor. Emilio Díaz, si nuestros recuerdos no fallan, estuvo aquí, al comienzo de su carrera, con la compañía de Emilio Thuillier, la primera vez que este eminente actor nos visitó, y ya demostraba las excepcionales condiciones que le llevaron a destacarse pronto y a ocupar un puesto de privilegio en la dramática contemporánea. Antonia Plana, era asimismo, una de las más notables actrices españolas de aquel momento, y los demás componentes de esta compañía, de lo mejor que hemos visto, actrices y actores discretísimos todos.

Debutó esta compañía con la comedia de Sassone *Calla, corazón*, que era un estreno, la noche del 21 de mayo de 1924, causando excelente impresión y obteniendo un completo éxito. Antonia Plana demostró sus grandes condiciones de actriz. Su figura elegante, su manera exquisita de decir y de accionar, pregonaban lo merecido del prestigio de que gozaba, y Emilio Díaz nos dijo, desde esa su primera actuación ante nosotros, que era notabilísimo actor de que teníamos noticias, uno

de los mejores que por aquellos años pisaban los escenarios hispanos.

Fueron varias las obras estrenadas por esta compañía, recordando *El filón*, de Muñoz Seca; *Curruto de la Cruz*, de Pérez Lugin y Linares Rivas; *La casa de salud*, de Dicenta y Paso, hijos; *La venganza de don Mendo*, «caricatura» de tragedia, en cuatro jornadas y en verso, de Muñoz Seca; *El paso del camello*, comedia de Fernández del Villar; *Lecciones de buen humor*, de Benavente, bellísima comedia estrenada el mes anterior en el Español, de Madrid; *Los chatos*, de Muñoz Seca; *El virtuoso*, de Contreras Camargo; *La casa de los pájaros*, de Fernández del Villar; *Paloma la postinera*, drama de costumbres madrileñas, de Antonio Asenjo y Angel Torres del Alamo; *El celoso extremeño*, de Serrano Anguita, y *La razón de los demás*, de Pirandello, con que se despidió la compañía.

Al mérito de esta compañía y a lo agradable y selecto de su repertorio, supo corresponder nuestro público, que llenaba todas las noches el coliseo.

Después de una corta actuación en La Laguna, Orotava y Güímar, la compañía regresó a esta capital, reanudando sus funciones la noche del 22 de julio, con el estreno de la comedia dramática, de Ildefonso Maffiotte, *Sor María de la Tentación*. La asistencia de público esa noche al Teatro, fue extraordinaria, llenando con reboso todas las localidades. La banda municipal, por deferencia de la alcaldía, amenizó los entreactos. El éxito obtenido por el malogrado escritor y comediógrafo tinerfeño, valor indiscutible de nuestras letras, fue grande. Antonia Plana, Emilio Díaz, Anita Díaz Plana, Pablo Rossi, Morán, Novajas y Aguirre, supieron dar a la obra una acertada y cariñosa interpretación, contribuyendo al éxito que la nueva producción de Maffiotte tuvo, y que dignamente compartieron con el autor. *Sor María de las Tentaciones*, repitióse con igual éxito, tan clamoroso como en su estreno, la noche del 23.

A partir de esa noche, la compañía Díaz-Plana hizo una pequeña temporada en el Parque Recreativo.

FRANCISCO A. DE VILLAGÓMEZ

La compañía de Villagómez hizo su debut la noche del 31 de diciembre del mismo año de 1924, con el estreno de la obra póstuma de don Benito Pérez Galdós, *Antón Caballero*,

refundida por los hermanos Alvarez Quintero, devotos del insigne escritor que fue cima augusta e inalcanzable de la literatura nacional contemporánea.

El 1.º de enero de 1925 celebráronse dos funciones, tarde y noche: *Los de cuota*, de Pablo Parellada, y el estreno de la comedia *La octava mujer de Barba azul*, anunciada como obra francesa, y que creemos saber es hija también de la pluma festiva de Parellada.

La noche del 2 se estrenó la celebrada comedia de Fernández del Villar, *La Negra*, gran éxito de Eslava, en su estreno de Madrid. Gustó mucho a nuestro público, destacando la concienzuda labor del señor Villagómez.

El Místico, la noche del 3, proporcionó un gran triunfo al señor Carbonell, y en la del 4, con *De mala raza*, lo obtuvieron ruidoso, Carbonell y la bella actriz Guillermina Soto.

La tarde del 6, en función a beneficio del Asilo Victoria, se puso la graciosísima y conocida comedia *Robo en despojado*, de Vital Aza y Miguel Ramos Carrión; recitó poesías la primera actriz Teresa Molgosa; Carbonell recitó el monólogo de Benavente, *Cuento inmoral*, y cantó couplets Emma del Pino. Por la noche se hizo en función extraordinaria, *El ardido*, de Muñoz Seca, que fue también un gran éxito en Madrid.

Con motivo de cumplirse el cuarto aniversario de la muerte de Galdós y en homenaje a su memoria, se puso en escena la noche del 7, la hermosa comedia del maestro, *La loca de la casa*, que interpretaron admirablemente las dos principales figuras de la compañía, Teresa Molgosa y Francisco A. de Villagómez.

En su múltiple labor quiso también esta compañía rendir homenaje a otros escritores canarios y puso la noche del 8 la bella comedia de los ilustres hermanos Millares Cubas, *Compañerito* y el drama de Domingo Cabrera («Carlos Cruz») *El Abismo*, que había estrenado en nuestro Teatro, en 1919, la compañía de Luis Llano y María Banquer, habiéndose representado en diversos teatros de América, con franco éxito de crítica. Ambas obras fueron recibidas por el público con el mayor interés y oídas con verdadero deleite. Con la admiración de siempre saboreó la bella comedia de los hermanos Millares, que satisfizo plenamente. El drama de Domingo Cabrera tuvo también, como la noche de su estreno, los máximos honores.

Estrenó también esta compañía la comedia en cuatro actos, original de Alfred Sutro, traducida del inglés por Alejandro P. Maristany, *Las murallas de Jericó*, de interesante argumento;

el bello poema de los hermanos Quintero, *Cancionera*, que gustó mucho, y la divertida comedia en tres actos, de Luceño y Reparaz, *La doncella de mi mujer*, que fue un gran éxito de risa; *La mala ley*, de Linares Rivas, que se hizo con la segunda representación de *Compañerito*, representándose en las sucesivas noches obras consagradas por el éxito como *El caudal de los hijos*, de López Pinillos; *La otra honra*, de Benavente, *Un drama de Calderón*, de Muñoz Seca y Pérez Fernández; *Los hijos artificiales*, de Abati y Reparaz; *Militares y paisanos*, de Mario, y otras.

El beneficio del actor Carbonell se hizo con el famoso drama italiano *La muerte civil* y el entremés de los Quintero *El chiquillo*. Fue un gran éxito del discreto y estudioso actor. Este leyó la poesía *Manelich*, dedicada a Guimerá por el poeta americano Méndez Bolio, y el actor cómico Pérez Soriano recito el monólogo *Un drama en cinco minutos*.

En homenaje al insigne dramaturgo y poeta, don Angel Guimerá, se puso en escena la noche del 19, *Tierra baja*, obteniendo Villagómez el mayor triunfo de la temporada. Fue ruidosamente ovacionado por la enorme concurrencia que llenaba totalmente el Teatro. El actor Galeano leyó esa noche un notable trabajo de Ildefonso Maffiotte, en honor a Guimerá. Se completó esa función con el entremés de los hermanos Quintero, *Secreto de confesión*.

Se despidió la compañía el 12 de febrero, con *Antón Caballero*, a beneficio del Manicomio provincial.

Supo esta buena compañía, integrada por tan excelentes artistas, exaltar los valores de nuestra tierra. Y en su aclético repertorio, variado y ameno, hubo una exquisita selección: bellas comedias españolas; el mejor drama de Guimerá, el mejor drama de Rusiñol, el mejor drama de Galdós. el mejor drama de Echegaray; sin olvidar aquellos graciosos juguetes «muy siglo XIX, de Vital Aza y Ramos Carrión.

Una buena temporada, en fin.

CAPITULO XLVIII

LAS FIESTAS DE MAYO Y NUESTROS GRANDES CANTANTES

LA PIANISTA MARÍA RODRIGO Y EL TENOR ROSICH

Para los tradicionales conciertos de mayo de 1924, fue contratada la gran cantante española Ofelia Nieto. La acompañaron en esta excursión por Canarias, la admirable concertista de piano y compositora, María Rodrigo, y el notabilísimo tenor Juan Rosich.

OFELIA NIETO

Fue un verdadero acierto, que a nuestro público agradó sobremedera, la designación de la famosa tiple para actuar en nuestra ciudad, en las fiestas de aquel año. Ofelia Nieto, en unión de su hermana, la otra cantante también famosa, Angeles Oteín, pasó sus años de niña en Santa Cruz de la Palma, donde su padre era notario, y allí las dos hermanas, con otras niñas, cantaban zarzuelitas en reuniones del Club. Discípula del que había sido gran tenor, Simonetti, y ya abiertamente dedicada al teatro, debutó con *Maruxa*, en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, aún no cumplidos los quince años, obteniendo un franco éxito. Después ya, su carrera artística fue una serie de triunfos resonantes, catalogándose, tanto a Ofelia como a Angeles, entre las más eminentes cantantes españolas contemporáneas. Una de las grandes ejecutorias artísticas de

Ofelia fue el haber sido elegida dos años después de estos conciertos en nuestra ciudad, en 1926, por el célebre maestro Toscanini, para hacer en la Scala, de Milán, la reposición de la ópera de Weber, *Der Freischüt*.

Los conciertos fueron cuatro y se celebraron el 27 y 29 de abril, y 1.º y 3 de mayo.

El triunfo fue completo para la gran soprano, y lo compartieron victoriosamente, la exquisita pianista María Rodrigo y el tenor Rosich, en el apogeo de sus cualidades artísticas.

ANGELES OTEIN

Para los conciertos de mayo de 1925, la figura designada fue Angeles Otein, la otra gran cantante, hermana de Ofelia, soprano ligera del Teatro Real, de Madrid.

Acompañaban a esta extraordinaria artista en su también memorable visita a nuestra ciudad en los festeros días primaverales, el magnífico tenor Ricardo C. de Lara y el gran concertista de piano Federico Longás. Los conciertos fueron también cuatro: las noches del 1, 3, 5 y 7 de mayo. El éxito alcanzado por la famosa tiple española en las cuatro noches en que afirmó ante nuestro público el bien ganado prestigio de que gozaba en el mundo del arte lírico, fue grande, siendo aclamada con delirante entusiasmo, como lo había sido su hermana, la otra gran cantante, el pasado año.

El tenor Lara, de bien timbrada voz, de perfecta escuela, cantó con gusto irreprochable, y mereció también los aplausos que el público le tributara, lo mismo que Longás, el gran pianista, que volvía a visitarnos, para deleitarnos de nuevo con sus admirables audiciones.

Al tenor Lara, debió el público tenerfeño conocer preciosas canciones, oídas siempre con gusto, como *La de ojos azules* (Princesita), *Un viejo amor*, *A la orilla de un palmar* y otras de parecido mérito e igual popularidad.

MIGUEL FLETA

Otro de los grandes acontecimientos líricos que tuvieron por marco el escenario de nuestro Teatro Guimerá, fue la actuación en él, de Miguel Fleta, el gran tenor español.

Había entre nosotros grandes deseos de oír al eminente divo, que era la figura de mayor relieve del arte lírico nacional, y uno de los primeros tenores del mundo.

Los conciertos de mayo de 1928, coincidentes con nuestras tradicionales fiestas, se celebraron con algún retraso, pero tuvieron un realce inusitado. Fleta, el insuperable tenor, el insigne cantante de fama justamente cimentada, «llenó» esa página de arte correspondiente a 1928, una de las más brillantes de la historia de nuestra ciudad, de las más brillantes y memorables. Desde los grandes conciertos de Aramburo, el coloso, hasta los de Palet, otra cumbre, no había aplaudido nuestro público tenores de esa categoría, como no los volvió a aplaudir desde Palet hasta Fleta, en estos que mencionamos, y los de Hipólito Lázaro en 1929, que mencionaremos después.

Ante enorme concurrencia que llenaba plenamente el coliseo, la noche del 29 de junio dió Fleta su primer concierto. La expectación era inmensa por la fama extraordinaria de que gozaba el gran tenor. Junto con Fleta hizo igualmente su presentación, la notable soprano argentina Marta de la Vega, cantante de la mejor escuela, de porte gentil y maneras aristocráticas, de gran belleza y distinción, que causó impresión gratísima y fue heroína también de esas tres noches inolvidables, compartiendo con Fleta las entusiastas y justas ovaciones. Acompañaba a estos ilustres artistas el también eminente pianista y compositor Anglada, reputado como extraordinario ejecutante.

Al aparecer Fleta en el escenario, el público le tributó una ruidosa salva de aplausos, que el artista agradeció conmovido.

El segundo concierto verificóse la noche del 1.º de julio, y el tercero y último, la noche del 4, que fue apoteósico. Fue la gran noche de Fleta.

En el primer concierto, Fleta no satisfizo. Digámoslo, porque fue así. Decepcionó, pues no estaba en «vena». Alegó estar enfermo. Desencantó. Artista mimado, como todos los grandes artistas, tenía sus «cosas», que muchos públicos no le dejaban pasar.

En el segundo, poseedor de todas sus maravillosas facultades, demostró, magnífico, el gran cantante que era. Lo mismo en la media voz, que en las notas agudas, hizo prodigios de arte soberano, entusiasmando al público, que quedó satisfecho y perdonó al exquisito tenor los pequeños «pecados» de su primera audición... En «La donna e mobile», de *Rigoletto*, estuvo esa noche inconmensurable, como en la noche del último concierto, cantando «Che gelida manina», de *La Boheme*, la ovación alcanzada fue apoteósica, describiéndose seis veces la cortina sin terminar la ovación... Y así en la «Romanza de la flor», de *Carmen*, de Bizet; y en «Una furtiva lágrima», de

L'Elisir d'amore, de Donizetti; y en «E lucevant le stelle» (Adiós a la vida), de *Tosca*, de Puccini; y en el «Spirto gentile», de *La Favorita*, de Donizetti; y en «Mappari tuit'amour», de *Marta*, de Flotow; y en *Mignon*, de Thomas; y en *Pagliacci*, de Leoncavallo; y en *Elegie*, de Massenet; y en *Los Gavilanes*, de Guerrero; y en las populares canciones *Mi vieja*, del mismo maestro y *La de ojos azules* (Princesita), de Padilla; y en las *Granadinas*, de Barrera; y en las jotas de *El trust de los tenorios*, de Serrano y de *El guitarrico*, de Pérez Soriano. Esa noche, la última, lució esplendorosamente, magníficamente, todas sus portentosas condiciones. Esa noche fue el Fleta de la justa y merecida fama.

«... *La Boheme* fue algo así como un desbordamiento en el que Fleta quería dar al público de Santa Cruz toda la enorme potencialidad de su garganta», decía *La Tarde*, y añadía: «Era así como el público quería que cantase, por lo menos en la noche de su despedida».

La Tarde hizo un resumen de los tres conciertos, que nosotros sintetizamos así: En el primero, Fleta «cumplió...» En el segundo volvió por sus fueros y arrancó ovaciones mercedísimas... En el tercero fue cuando se pudieron apreciar las portentosas facultades...

Marta de la Vega, en los tres conciertos estuvo sencillamente magistral. Lo mismo en la *Canción de solvej*, de Grieg; que en «Vissi d'arte», de *Tosca*; que en *Mefistófeles*, de Boito; que en *Lakmé*, de Leo Delibes; que en *Vidalita*, de Williams; que en *Nimphes et Sylvaines*, de Beauberg; que en *L'invitation au voyage*, de Duparc; que en «Casta diva», de *Norma*, la notable soprano argentina cantó con tal perfección, delicadeza y sentimiento, que las ovaciones, las tres noches, fueron incesantes y entusiastas.

Muchos aplausos y elogios mereció también del público y de la prensa, el pianista Anglada, notabilísimo músico, que acompañó a los dos grandes cantantes, poniendo a prueba sus relevantes dotes de consumado maestro.

Al terminar el concierto, la noche de despedida, el público se estacionó en la calle en espera de los artistas que, al salir, fueron ovacionados.

Repitámoslo: Desde Aramburo tendióse un puente a Palet, de Palet a Fleta y Lázaro, los dos pilares del arte lírico nacional contemporáneo. Ellos fueron los más grandes en la escala de grandes tenores que en el apogeo de sus facultades, cantaron en nuestro Teatro.

HIPÓLITO LÁZARO

En mayo de 1930, siguiendo la tradición de las grandes fiestas líricas celebradas en nuestra ciudad, (la Sinfónica, Palet, la Galli-Cursi, el Cuarteto Renacimiento, Rubistein, el Trío Costa-Casaux-Terán, Manén, el Cuarteto Budapest, Ofelia Nieto, Angeles Oteín, Fleta), cantó en nuestro Teatro Guimerá. el eminente tenor Hipólito Lázaro. Después de Fleta se imponía la visita de Lázaro, como de haber venido primero Lázaro se imponía la visita de Fleta, pues nuestro público estaba ávido de oír a los famosos cantantes españoles, de fama universal. La empresa Baudet, como a Fleta el año anterior, contrató a Hipólito Lázaro para los conciertos de este año, coincidentes con las fiestas de mayo, contratando asimismo a la notable tiple Pilar Duaming, que gustó extraordinariamente por su hermoso timbre de voz y su gran sensibilidad artística.

Fueron dos los conciertos del eminente tenor. En los dos el lleno del Guimerá fue de los que forman época, y las ovaciones y el entusiasmo del público, lo que se dice delirantes. El primero se celebró la noche del 4 de mayo y fue un triunfo apoteósico para el extraordinario cantante, compartido dignamente con la gran tiple que le acompañaba, cantando fuera de programa otras romanzas y canciones subrayadas por los más vehementes aplausos.

Los números del primer concierto fueron: «O Paradiso», de *La Africana*; «Improviso», de *Andrea Chenier*; «M'appari», de *Martha*; «Spirto gentile», de *Favorita*; «Sogno», de *Manón*; «La donna e mobile», de *Rigoletto*. El segundo concierto fue otro ruidoso triunfo para el gran tenor y para la eminente tiple. El programa selectísimo: «Salve dimora casta e pura», de *Fausto*; «Che gelida manina», de *Bohème*; romanzas de *Ugonotti* y *Carmen*; «Una furtiva lágrima», de *Elixir d'amore* y «E lucevan le stelle», de *Tosca*. Grandes ovaciones clamorosas. Lázaro electrizó al público que, entusiasmado, le pidió que cantase el aria del primer acto de *Aida*, que dijo en forma irrefutable, arrancando nuevas ovaciones.

Ante el entusiasmo de los espectadores, cantó fuera de programa y acompañándose al piano, el *Ay, Ay, Ay*, famosa canción del compositor chileno Pérez Freire, muerto poco después en Madrid.

La tiple señora Duaming gustó extraordinariamente, por su hermosa voz y su gran sentimiento. Artista de altos vuelos, fue también ovacionada con entusiasmo.

Hipólito Lázaro había cantado en 1926, en Alejandría, la ópera *El pequeño Marat*, de Mascagni, con que comenzó la temporada de ópera. En 1929, mereció asimismo el honor de ser elegido por el propio Mascagni, entre todos los tenores del mundo, para cantar su ópera *Isabeau*, en el Gran Teatro de la Scala, de Milán. La cantó también el mismo año, en el milésimo anfiteatro de Verona, ante un público de 20.000 personas, que lo aclamaron delirantemente, haciéndole repetir la casi totalidad de los números de la citada ópera.

CAPITULO XLIX

MIMÍ AGUGLIA

En 1925, actuó en nuestro Teatro, la magnífica compañía dramática de la eminente actriz italiana Mimí Aguglia, formada con artistas españoles.

Mimí Aguglia, italiana, habíase formado el propósito de conocer diversos idiomas para trabajar en el idioma del país que visitara, aprendiendo a la perfección el español, inglés y el francés. Como primera actriz de la compañía siciliana, había actuado en Barcelona, en 1907. Formó después una compañía bajo la dirección de su esposo, el señor Ferrauí, adaptada a esa modalidad y poniendo en el idioma respectivo las obras italianas de su repertorio y de su predilección.

El debut en nuestro Teatro lo hizo la noche del 15 de diciembre, con la hermosa obra de Darío Nicodemi, *La enemiga*, adaptada a nuestra escena por Eduardo Marquina. La impresión fue inmejorable, elogiadísimo el conjunto y la presentación esmerada, destacando la gran actriz, cuyo triunfo personal fue definitivo. La segunda representación se hizo con otra comedia de Nicodemi, *Retazo*, constituyendo otro triunfo ruidoso de la Aguglia y del primer actor Gómez de la Vega. En tercera función estrenóse el drama en tres actos, de Alexandre Bissón, *La mujer X*, siguiéndole el estreno de la graciosa comedia de P. de Croisset, traducida por el esposo de la actriz, *Una yanki en París*.

En *La Malquerida*, de Benavente, el triunfo de la Aguglia fue clamoroso. Decía *La Prensa*: «La fuerza emotiva del dra-

ma cobra en Mimí Aguglia características verdaderamente insuperables de realismo y crueldad. Hay que tener presente que por su factura esencialmente española y aún regional, *La Malquerida* es de las obras del repertorio de la gran trágica que más dificultades de interpretación le ofrecen y, sin embargo, es también de las que más motivo de lucimiento le dan, por su fondo crudo y amargo, de poder dramático verdaderamente asombroso, tan en armonía con el especial temperamento de la actriz». También fue un triunfo para el notable actor Gómez de la Vega, y para la dama joven Elvira Morla.

A continuación de *La Malquerida*, la señora Aguglia interpretó de manera magistral. *La dama de las Camelias*, otra de «sus» grandes obras, y la alta comedia de Pierre Wolf, *Los muñecos*, traducida por Batlle, que era nueva en nuestra ciudad. Obra excelente y muy del agrado del público, la labor en ella de la señora Aguglia, fue admirable.

Otro gran triunfo de la eminente actriz se lo proporcionó *Marianela*, la bellísima obra del inmortal Galdós. Decía *La Prensa*: «más que comprender a Marianela, la adivina en la concepción sublime del maestro, y busca en el fondo del alma, tales registros de ternura y honda angustia para expresar los sufrimientos de la delicada criatura imaginada por Galdós, que aún la misma Marianela, en la realidad, acaso no pudiera, sin ser un prodigio de expresión, decir como ella sus propias torturas y sus propios pensamientos». Las ovaciones esa noche inolvidable, fueron atronadoras. Y si la labor de la Aguglia fue la digna de su inmenso talento, no se quedó a la zaga el gran actor Gómez de la Vega, siendo la suya calificada de formidable.

Signieron a la hermosa producción galdosiana, *Seis personajes en busca de autor*, la famosa comedia de Pirandello, traducida por A. Vilaregut, estrenada en nuestro Teatro, la noche del 23 de diciembre; *Mamá es así*, comedia de Luis Gabaldón y Gutiérrez Roig, recitando esa noche la Aguglia, el *Canto a Roma*, de Villaspesa; *La hija de Jorio*, la maravillosa obra de Gabriel D'Annunzio y *Fedora*, de Sardou.

La noche del 29, se celebró el beneficio de Mimí Aguglia, con *Zazá*, de Pierre Bertou y Ch. Simón, otra de las obras de repertorio de todas las grandes actrices, y que estrenó en nuestra ciudad, en el Parque Recreativo en 1913, Margarita Xirgú. Fue un gran acierto de la insigne trágica hacer en su función de honor esta celebradísima obra, que le proporcionó un clamoroso triunfo. La noche del 30, se estrenó una divertida comedia, en tres actos, *Vaya una santita*, original de Vicente Fe-

rraú, esposo de la señora Aguglia, que tuvo lisonjero éxito. El autor, director de la compañía, fue llamado a escena y muy aplaudido.

El 31 se repitió, por la tarde, *Seis personajes en busca de autor*, y por la noche la comedia de Roberto Bracco, *Infiel*, que se anunció como estreno y no lo era, pues había sido estrenada en nuestro Teatro, en 1906, por Morano.

Leamos el juicio que a *La Prensa* mereció la obra de Pirandello, en su estreno en nuestra ciudad, por Mimí Aguglia: «Lo que quiso hacer y decir Pirandello al forjar su «comedia por hacer», nadie lo ha podido saber aún, pues si muchos han tratado de explicárselo pocos son los que han coincidido en la explicación y las que se dieron han sido suficientemente diversas y contradictorias para arrojar sobre la obra el velo de desconcierto e incomprensión que hoy pesa sobre ella, llevando los más necios prejuicios al espectador que por primera vez asiste a su representación.

Anoche la sorpresa mayor fue la de los que fueron al Teatro Guimerá con la certeza plena de que iban a ver algo desconcertante, incomprensible, vago, y se encontraron con una obra hasta sencilla, si se quiere, simplista de expresión y forma, y humana, muy humana, en su fondo lleno de vida, de esta misma vida compleja y extraña de cada uno de nosotros».

Pirandello contaba que *Seis personajes*, la había escrito en quince días, pero su argumento lo pensó más de cinco años.

De la Aguglia, en *La hija de Jorio*, decía *La Prensa*: «Imponderable es el único adjetivo que cuadra, si hemos de referirnos a la labor de Mimí Aguglia en *La hija de Jorio*. Soberbias creaciones hemos visto a la excelente actriz, pero pocas tan completas como la que hace del papel de Mila de Codra, en la Maravillosa obra d'anunziana».

Esta compañía actuó en nuestro Teatro, hasta el 3 de enero de 1926, estrenando la noche del 1.º, la comedia de Somerset Maugan, *El Círculo*, que adaptó a la escena española, Ricardo Baeza. La despedida la hizo, la noche del 3, con el cuento trágico, en dos actos y tres cuadros, de L. N. Parker y W. Jacob, *La mano de mico*, que fue también anunciado como estreno y tampoco lo era, pues había sido estrenado en el Teatro principal, en 1920, por la compañía Atenea, de tan grato recuerdo. En unión de *La mano de mico*, se hizo el juguete cómico, en un acto, del director, señor Ferrau, *¡Cinco minutos más!*.

La Aguglia, como es natural, dió preferencia al teatro ita-

liano, pero hizo honor al nuestro poniendo en escena dos hermosas obras: *La Malquerida* y *Marianela*.

Temporada de recia calidad, memorable, por el prestigio de la gran actriz y por su repertorio europeo.

MARÍA PALOU Y FELIPE SASSONE

Otra buena compañía era la de María Palou y Felipe Sassone, que hizo su debut en nuestro Teatro, la noche del 3 de abril de 1926, con la obra de Sassone, *Calla, corazón*.

El público sacó gratisima impresión del debut, pues se trataba realmente de una excelente compañía.

Interesantes fueron los estrenos de esta magnífica temporada. Recordemos algunos:

La condesa María, de Juan Ignacio Luca de Tena, cuyo estreno en Madrid era muy reciente, gustando mucho aquí. Antes de la representación, el señor Sassone dio una conferencia interesantísima sobre «La moral en el teatro», tema desarrollado admirablemente por el notable comediógrafo; *Pipiola*, de los Quintero, obra escrita para la Palou, y que fue un resonante triunfo de la encantadora actriz; *Volver a vivir*, drama de Sassone, siendo muy aplaudido el autor, que fue llamado a escena; *El corazón ciego*, de Martínez Sierra; *El Chanchullo*, de Muñoz Seca, de gran éxito; *La señorita está loca*, comedia de Sassone.

La noche del 12 de abril dió una nueva conferencia Sassone, sobre «La intensidad de lo inocente».

Siguieron el estreno de *La entretenida*, de Sassone, en que hizo su autor el protagonista; *Las canas de don Juan*, comedia de Juan Ignacio Luca de Tena; *La noche en el alma*, novela escénica de Sassone, puesta en el beneficio de la Palou, que constituyó un verdadero homenaje a la notable actriz. La Palou y Sassone recitaron poesías al final de la función.

La noche del 23, el Círculo de Bellas Artes ofrendó un homenaje a María Palou y a Felipe Sassone, tomando parte los poetas Manuel Verdugo, Luis Rodríguez Figueroa, Ramón Gil Roldán y José Manuel Guimerá, que leyeron poesías. A la mayor brillantez de esta fiesta cooperó el sexteto, que ejecutó selectos números. También recitaron versos la Palou y Sassone. La compañía hizo la bella comedia de los Quintero, *El amor que pasa*.

El beneficio de Sassone celebróse con su última obra *Hidalgo Hermanos y Compañía*. Otro estreno fue el de *Qué hom-*

bre tan simpático, de Arniches, Paso y Estremera, los tres afortunados creadores de tantas graciosísimas comedias.

La noche del 14 de abril puso esta compañía en escena, la hermosa comedia de Galdós, *La de San Quintín*, que no se hacía en nuestra ciudad desde la actuación de Carmen Cobeña, en 1908. Esa noche, antes de dar comienzo la representación, Felipe Sassone dió una magistral conferencia sobre el glorioso dramaturgo y novelista, que fue subrayada por los aplausos del público, que llenaba el Teatro.

En homenaje a los marinos del crucero argentino «Buenos Aires», se celebró la noche del 29, una función extraordinaria, poniéndose en escena la obra de Sassone, *A campo traviesa*. La banda municipal tocó los *Cantos Canarios*, y María Palou recitó varias poesías. Los marinos fueron saludados con los himnos argentino y español.

Esta compañía hizo una larga jira por las islas, debutando de nuevo la noche del 23 de junio, teniendo la misma cariñosa acogida, que en su primera actuación. Esa noche nos dió a conocer la celebrada comedia de Fernández Ardavín, *Rosa de Madrid*, que tuvo extraordinario éxito, realizando María Palou un exquisito trabajo que el público aplaudió con entusiasmo.

Otros estrenos interesantes de esta nueva etapa, fueron: la comedia de Darío Nicodemi, *La Maestrilla*, versión castellana de Fernández Lepina y Tedeschi; *La Duquesita*, de Alfredo Testoni, estrenada en Madrid con afortunado éxito, y *Cristalina*, de los hermanos Alvarez Quintero, extraordinario éxito del Español, de Madrid.

Después de esta actuación marchó la compañía a La Orotava, donde hizo una pequeña temporada.

Artistas notables de esta compañía eran Pilar Jiménez, Marina Puig, Herminia Más, Manuel Luna, Tino Rodríguez, Teófilo Palou, Máximo Fernández y José Ruez.

María Palou fue artista que aquí conquistó grandes simpatías. Fina, de gran delicadeza, culta y encantadora, dejó grato recuerdo entre nosotros. Era una recitadora admirable. En *Amores y amoríos*, en *Malvaloca*, en *Pipiola*, obtenía los mayores triunfos. Era otra de las intérpretes excepcionales de las obras quinterianas.



En el interregno de las dos temporadas de María Palou, hizo su aparición en nuestro Teatro Guimerá, el famoso hu-

morista «Ramper». No había una razón para que este artista «sui generis», conocido y admirado de todos los públicos españoles, no hubiera actuado años antes en nuestra ciudad. Acompañaba al notable «caricato» en su excursión por Canarias, la bellísima tiple Cándida Suárez, que conocimos en la inolvidable temporada del invierno de 1908, formando parte de aquella gran compañía de zarzuela que dirigía Valentín González. Artista exquisita, mujer de belleza subyugante, cantante de altos vuelos, se hallaba en el apogeo de sus extraordinarias facultades. A la tiple de ayer que empezaba con bríos su carrera, había reemplazado la tiple de hoy, perfectamente lograda. Perfectamente lograda como cantante y como mujer...

La temporada de «Ramper» y Cándida Suárez, fue corta pero magnífica. Debutaron la noche del 5 de mayo de 1926, y dieron su última función la noche del 14 del mismo mes. En esas pocas noches pudo nuestro público apreciar el arte inigualado del gran humorista, conocer «su secreto», reír en forma jocunda y estrepitosa. Su triunfo fue completo. La actuación de Cándida Suárez fue también brillantísima. Deleitó al público con sus recitales de canto, y los más entusiastas y cariñosos aplausos la acompañaron todas las noches.

LA COMPAÑÍA ARGENTINA RIVERA-DE ROSAS.
PIRANDELLO, D'ANNUZIO, UNAMUNO Y STVINDBERG

De paso para Buenos Aires, hizo «un alto en el camino», para ofrecernos los primores de un teatro joven y vigoroso, en febrero de 1927, la notable compañía argentina Rivera-De Rosas, que acababa de realizar una brillante turné por Europa. Enrique de Rosas, director y primer actor, era sin duda, la más prestigiosa figura del teatro argentino. El debut se efectuó la noche del 2 de febrero, con la hermosísima obra del ilustre don Miguel de Unamuno, *Todo un hombre*, escenificada por Julic de Hoyos, que Enrique de Rosas había hecho el año anterior en Italia. El éxito de esta admirable obra fue digno del alto prestigio de su autor. La concurrencia supo hacer honor a la obra y a la firma insigne que la avalaba, y llenó el coliseo como en las noches más solemnes.

Desde la primera representación quedó corroborada la alta valía De Rosas y de la primera actriz Matilde Rivera. Artistas de mérito indiscutible llevaban como exponente de sus grandes condiciones escénicas y de su cultura, un repertorio

de obras admirables, seleccionadas, que los públicos acogían con entusiasmo.

Enrique de Rosas, artista de máxima flexibilidad, lo mismo triunfaba en el más dramático de los papeles, como en los más cómicos. Temperamento verdadero de artista, para él no existían secretos en el teatro.

Todo un hombre, la hermosa producción del insigne profesor y pensador, fue estrenada por Rosas, en Milán, en el Teatro Manzoni, en el año anterior, en su gran jira por Europa. Fueron unánimes los elogios de la prensa italiana, que afirmaba que era la primera obra que había producido el teatro español en su última década. La traducción al italiano era de Beccari, y la había pedido Pirandello al traductor, para estrenarla en Roma, con su compañía. De Unamuno conocía nuestro público, *La Esfinge*, que había hecho Carmen Cobeña en 1909.

La noche del 3, se estrenó el «vodevil», en tres actos, del escritor argentino Enrique García Velloso, titulado *Eclipse de sol*, obra de fina gracia, que agradó mucho y en la que realizó un admirable trabajo, interpretando un personaje cómico, Enrique de Rosas.

En honor del ministro de Justicia, don Galo Ponte, que se hallaba en nuestra ciudad, se puso la noche del 4, la comedia en tres actos, de José González del Castillo y José Mazzanti, *La mala reputación*. Asistió esa noche al coliseo, la banda municipal.

La noche del 5, otro estreno del teatro argentino: *Mienten los hombres*, hermosa comedia de Miguel H. Escuder, y el propósito *Buenos Aires*, de Enrique Mario. *Mienten los hombres* se repitió y esa noche el fin de fiestas fue «el pericón argentino», que bailaron todos los artistas, ataviados con el trape típico de su país. Fue una bella estampa, de extraordinario colorido, que entusiasmó a la concurrencia.

El 6, *Los mirasoles*, de J. Sánchez Gardel, obra también argentina.

El 7, estreno del intenso y emocionante drama de Florencio Sánchez, *Barranca abajo*, considerada como una de las mejores obras del teatro suramericano, y en la que el trabajo que realizaba Rosas, era digno de los más eminentes actores.

El 8, estreno de la obra del escritor italiano Luis Chiarelli, versión castellana de Fernández Lepina y Tedeschi, *La máscara y el rostro*, de las más celebradas del repertorio de esta compañía. Esta obra la definía así *La Prensa*:

«Obra avanzada de uno de los teatros más avanzados de

la Europa latina, *La máscara y el rostro* tiene algo de esas producciones «pirandelianas» aún no del todo admitidas y toleradas en nuestra patria.

Es el teatro de Chiarelli, un teatro de contrastes, y sus obras, llenas de realismo, son verdaderas estampas grotescas por donde la vida moderna, la sociedad actual, muestran sus aspectos más humorísticos y amargos y revelan sus más irónicas enseñanzas».

Eran teatros nuevos, aún no conocidos por nosotros, con nuevas técnicas y nuevas inquietudes, que nos hacían ver que por el mundo había algo más que lo poco que se nos había ofrecido hasta aquel momento.

El 9, otro estreno argentino: *Mi otro yo*, de Miguel H. Escuder.

El 10, estreno de la tragedia, en tres actos, del gran escritor sueco Augusto Strindberg, *El Padre*, una de las más extraordinarias creaciones de Enrique de Rosas.

Otro teatro, el sueco, para nosotros desconocido, nos lo daba a conocer esta compañía, con la obra más representativa de ese teatro desgarrador e implacable, como todo el teatro norteamericano. Esta obra, trágicamente hermosa, dolorosamente humana, causó tremenda impresión al público. Decía *La Prensa*:

El Padre, la tragedia en tres actos, estrenada anoche, en nuestro Teatro, constituye una producción, acaso la más recia y sangrienta del sangriento y recio teatro sueco. Basada en un asunto de extrema crueldad, y, al mismo tiempo, de un verismo doloroso y amargo, hace desfilar por la escena tipos admirables que, aunque observados con esa misoginia tan característica en el gran dramaturgo y periodista sueco, no son ni más ni menos que almas humanas, almas extrañas en ropajes escénicos aún más extraños que ellas mismas».

Estas obras acrecentaban el prestigio de estos notables artistas.

El 11, se estrenó otro «vodevil» de Enrique García Velloso, en cuatro actos, titulado *El tango en París*, con canciones, bailes y «pericón».

El 12, a beneficio de Rosas, función extraordinaria con el gran drama de Florencio Sánchez, *Los muertos*, obra que nos dió a conocer en 1914, el malogrado Tallaví, y el diálogo *La paz en casa*, de Joaquín Vedia, desempeñado por Matilde Rivera y Enrique de Rosas.

El 13, el estreno de la comedia en tres actos, de Alberto Novión, *En un burro... tres baturros*.

El 14, beneficio de Matilde Rivera, con la comedia ar-

gentina, *La propia obra*, de César Iglesias Paz. Un gran triunfo para la notable actriz.

Y el 15, despedida, con la tragedia en tres actos, de M. Cione, *Arlequin*, con la que hizo su presentación esta compañía en los teatros de Italia, en su reciente excursión.

CAPITULO L

OTRAS GRANDES ACTRICES

Fueron estos años de constante desfile por nuestra ciudad, de notables compañías, las mejores de aquellos días, que llevaban a cabo brillantísimas temporadas y, al marcharse, lo hacían con el propósito de volver... Hacía tiempo que las islas «contaban» en los negocios teatrales, y nuestros teatros eran solicitados por las más importantes empresas y por los más ilustres comediantes. La pequeña villa de mitad del pasado siglo, que no podía soportar una función cada noche en las reducidas temporadas teatrales, era ya «toda una ciudad» con público suficiente para llenar el Teatro cuantas veces fuera menester, y así veía pasar por su principal escenario, en el corto espacio de tres meses, ¡a María Guerrero, a Francisco Morano, a Lola Membrives!...

LOLA MEMBRIVES

Días después de la segunda actuación de Morano, el 8 de febrero de 1928, debutó en el Teatro Guimerá, la ilustre actriz dramática Lola Membrives, al frente de su compañía, quizá la más completa de las tres que hemos citado. Lola Membrives, nacida en la República Argentina, artista lírica en sus primeros tiempos, en unión de su esposo el barítono Reforzo, dedicada a la comedia, bien pronto destacó como actriz dramática eminente, figurando por derecho propio al lado de las grandes actrices españolas.

Venían con la Membrives notabilísimos artistas, diciendo *La Tarde*: «Todos son primeros actores. Todas son primeras figuras. No hay un contraste desagradable. No hay valles que hagan montes. Una medida común hilvana las figuras. Pero, sobre todo, figuras propias para la alta comedia». Las actrices eran Amparo Astort, Luisa G. Muñoz Sampederro, Elena Cozar, Africa P. Bernabé, Marta de la Paz, Angeles Ballesteros, Emilia Alvarez, Irene Escuer, Carmen Alonso de los Ríos y Matilde Rodríguez. Como primer actor venía el veterano Luis de Llano, ya conocido, siendo los restantes actores José Marco Davó, Agustín Povedano, Enrique Suárez, Luis Rosés, José Rendueles, Francisco Carrasco, Manuel Aragonés, José M.^o Rupert, Manuel Soto y Juan P. Romeu.

El debut lo hizo esta compañía con *El mal que nos hacen*, de Benavente, cuya interpretación dejó afirmado lo admirable del conjunto y la valía de sus componentes. *La Tarde*, en su primera crítica dijo: «*El mal que nos hacen*. Teatro intelectual. La plástica, el interés escénico: Lola Membrives. Una imagen: La Membrives es el hilo. Benavente: la cometa. La obra estuvo en el espectador a base de plasticismos». Segunda noche: *Rosa de Madrid*, de Ardavín, con nuevo éxito para sus intérpretes, y con este comentario de *La Tarde*: «A la juventud española se la debe pedir mucho. Y Fernández Ardavín nos entrega simplemente una comedia en verso, exaltadora de casticismos y chulaperías de barrio. El resto, la acción de la obra, es una anécdota vulgar de amor y de celos». La noche del 10, tercera representación: *La mariposa que voló sobre el mar*, de Benavente. Estreno. Lleno completo del Teatro, gustando extraordinariamente la obra, que enjuiciaba *La Tarde* así: «En esta producción Benavente ha llegado a un plano exquisito de depuración, de superación. Tres actos de delicadeza ejemplar en la escena, una comedia de la hora, del momento, penetrado su gran fondo de época». Triunfo rotundo de la Muñoz Sampederro y de los actores Povedano y Soto. A continuación: *Barro pecador*, de los Quintero. También estreno. *Cancionera*, ya conocida, escrita para Lola Membrives y estrenada por ella en Lara. Con motivo del estreno de esta obra en Madrid, se le hizo a la Membrives un homenaje de admiración por el enorme éxito alcanzado. *La ermita, la fuente y el río*, de Marquina, en verso, y *El duque de El*, comedia romántica, de los Quintero, y ambas estrenos en nuestra ciudad. Otro estreno fue el de la comedia de Paul Gerald y N. Spityen, versión castellana de Carlos Batlle, *Si yo quisiera...* Hizo también Lola Membrives, *El ardid*, de Muñoz Seca; *Mancha que limpia*, de Eche-

garay y *La Malquerida*, de Benavente, cuya interpretación fue magistral. Comentario de *La Tarde*: «Viejo drama en el teatro joven y vigoroso de Benavente. Teatro de ayer y de hoy. Y también de mañana. O lo que es igual, de todos los tiempos. Y su *Malquerida* —jirón de alma en la eternidad no fijada del tiempo— será invulnerable al teatro de nuevas generaciones, como *El Abuelo*, de Galdós; *Una mujer sin importancia*, de Oscar Wilde; *El doctor Frégoli o la comedia de la felicidad*, de Evreinof y Noziere, por ejemplo, sin olvidar la producción de Ibsen, de Pirandello... Otro estreno fue *El hijo de Polichinela*, de Benavente, bella comedia que la Membrives había estrenado en Madrid y en Buenos Aires.

Para su beneficio puso la ilustre actriz, la hermosa comedia de los hermanos Alvarez Quintero, *Malvaloca*. Sentía preferencia por este teatro y por estos autores, como la sentía por Benavente. Como fin de fiesta la beneficiada cantó delicadas canciones argentinas, recuerdos de la patria, que el público saboreó con entusiasmo. El lleno esa noche fue de los grandes.

Con motivo del centenario del nacimiento del glorioso Ibsen, la compañía de Lola Membrives rindió un homenaje a su memoria y puso en escena la noche del 25 de febrero, *La dama del mar*, versión castellana de Cristóbal Castro y Luis Gabaldón, obra que, no obstante las bellezas que contiene, no «entró» en nuestro público. Y aun hubo otros estrenos, que fueron: *¡Bendita seas!*, magnífica comedia de costumbres argentinas, de Alberto Novión; *Fruto bendito*, en verso, de Marquina, que no satisfizo, y *Doctor Death, de 3 a 5*, de Azorin, en un acto. De esta última dijo *La Prensa*: «El *Doctor Death, de 3 a 5*, no es, en verdad, una obra teatral. Es solo un esbozo sintético, una escena rápida, fuertemente emotiva y que deja honda huella en el ánimo del espectador. El monólogo de la enferma, mejor dicho, el diálogo que sostiene consigo misma, ante la puerta cerrada de la consulta, y los momentos de inquietud, de angustia, de dolor que para ella se van sucediendo, forma todo el centro y el nervio de la obra, llegando al público directamente, en choques rudos, de violencia casi escalofriante». Y añadía: «Puede no gustar la obra de Azorin con otra interpretación. Hecha por la Membrives no cabe ni aplaudir. Sentir y callar solamente». Después de estos estrenos, hizo la gran actriz, *Puebla de las mujeres*, de los Quintero, y *El condado de Mairena*, de Muñoz Seca, obra con la que se despidió de nuestro público la noche del 28 de febrero.

CATALINA BÁRCENA Y GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

A finales de 1928, otra buena compañía hizo acto de presencia en nuestra ciudad.

Nos referimos a la de Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra, el ilustre literato y comediógrafo, que procedía de Buenos Aires.

El debut verificóse la noche del 2 de diciembre, con la hermosa obra de Martínez Sierra, *Corazón ciego*. Al finalizar el tercer acto, el autor salió al escenario y dijo así: «Yo, señores, al retornar con los míos a la patria, después de tres años de peregrinación ininterrumpida por tierras de Sudamérica, he pensado en estas bellísimas islas; y tanto he pensado en ellas, que aquí nos tenéis dispuestos a ofreceros toda nuestra modestia, nacida de lo más hondo de nuestro corazón».

Fue un éxito la obra y la compañía, y la labor de la Bárcena tan genial, que difícilmente podía ser superada. De esta eminente actriz dijo Marquina: «Hoy es la más joven de nuestras grandes actrices y la más grande de las jóvenes. Tiene una divina voz de ave, de niña y de luz».

De primer actor venía Manuel Collado, excelente artista. Las actrices eran Rafaela Satorres, Milagros Leal, Luz Alvarez, Mariana Larrabeiti, Concepción Fernández, María Luisa Arias, Pilar Casteig, Honorina Fernández y Rosario García Ortega. La lista de actores la nutrían Luis García Ortega, Francisco Hernández, Vicente Plasencia, Julian Pérez Avila, Edmundo Berbero, José Pidal, Fernando de Toledo, Luis Manrique y José Alburquerque.

El repertorio era magnífico, dándonos a conocer diversas obras, de las que citaremos las siguientes:

Pigmalión, la celebrada comedia, en cuatro actos, de Bernard Shaw, traducida por Julio Broutá, que fue un gran triunfo para la Bárcena. Esta hermosísima obra llevaba 3.000 representaciones en Europa y América.

Angela María, comedia de Arniches y Abati. Con esta comedia se hizo un fin de fiesta con cuadros mejicanos que resultó agradabilísimo, cantándose varios números musicales de Mario Talavera y Alfonso Esparza Oteo, con versos de José Elizondo y otros.

Tambor y Cascabel, de los hermanos Alvarez Quintero.

La fábula oriental *El pavo real*, hermosa obra en verso, de Marquina.

El señor Adrián el primo, de Arniches, con la «conferen-

cia» de Martínez Sierra, *Solo para señoras*, dicha con primor por Catalina Bárcena.

La noche del 6 se hizo la bellísima comedia de Martínez Sierra, *Canción de cuna* y el cuadro popular salmantino, en un acto, también de este ilustre escritor, *Salmantina*, con música de María Rodrigo. Martínez Sierra fue llamado a escena en ambas obras y aplaudido.

Patrocinado por el Círculo de Bellas Artes y por el Ateneo de La Laguna, se celebró la noche del 8, un homenaje al autor de tantas aplaudidas obras teatrales, que era nuestro huésped en aquellos días. En nombre de ambas entidades artísticas, hicieron el ofrecimiento en términos cariñosos y de exaltación de la recia personalidad literaria de Martínez Sierra, los señores Ramón Gil Roldán y don Pedro Pinto de la Rosa. Esa noche se estrenó la comedia *Seamos felices*, del ilustre homenajeador, cuyas primicias quiso darlas al público de esta capital, pues era obra aun no conocida en la Península. El Teatro ofrecía esa noche deslumbrador aspecto, ocupadas todas las localidades y decorado con mantones de Manila. Entre grandes aplausos, el ilustre autor de *Canción de cuna*, pronunció palabras de agradecimiento, henchidas de afecto a nuestra tierra.

La función de honor de Catalina Bárcena, verificóse la noche del 10, y fue dedicada al Ayuntamiento de esta capital, Círculo de Bellas Artes y Ateneo de La Laguna. Se hizo esa noche la magnífica comedia inglesa, en tres actos, de S. J. M. Barrie, traducida por Martínez Sierra, *Alicia sienta la cabeza*. El Teatro fue también decorado con mantones de Manila, nota siempre de buen gusto y de sorprendente afecto, que elogiaban los concurrentes. Como deferencia de la ciudad a la gran artista, asistió la banda municipal, que amenizó los intermedios. Al final, la Bárcena recitó admirablemente el monólogo de Martínez Sierra, *Toda la vida de una mujer*, que el público rubricó con una cariñosa y prolongada ovación. Terminada la función, fue invitada Catalina Bárcena a una cena en el Círculo de Bellas Artes, que fue una fiesta agradabilísima, verdadero broche de oro con el que se quiso cerrar el merecido homenaje que esa noche se tributaba a la ilustre y excepcional actriz.

La compañía se despidió la noche del 11 con la comedia de Martínez Sierra, *¡Mujer!*, que era estreno, y un fin de fiesta de canciones populares. Por la tarde se hizo el cuento escénico, en verso y en un acto, de Luis de Tapia, *Matemos al lobo* y el cuento escénico en dos actos, de Martínez Sierra, *Viaje a la isla de los animales*. La despedida fue cariñosa, emo-

cionante, teniendo que salir a escena Catalina Bárcena, infinidad de veces, aclamada con cariño. La gran actriz contó desde la primera noche con el derbordado entusiasmo de nuestro público, que a ella se entregó, como se entrega siempre a los artistas que saben hacerle sentir y saben hacerle gozar.

Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra y los artistas todos de su excelente compañía, llevaron un gratísimo recuerdo de Tenerife. «Nos mitiga la pena de irnos, el ilusionado propósito de volver a esta dulce y suave y fragante tierra de España»...

Con esas bellas palabras nos dijeron adiós, la actriz ilustre y el comediógrafo insigne, autor de tantas finas comedias, tan agradables, tan deliciosas, porque ese fue el teatro de Martínez Sierra: entrañablemente agradable, entrañablemente tierno, delicioso y conmovedor...

UNA RECITADORA GENIAL: BERTA SINGERMAN

Muchos y diversos fueron los espectáculos celebrados en nuestra ciudad a lo largo de 1928, y muchos los artistas notables que por aquí desfilaron en ese año. Compañías dramáticas de Morano y Donato Jiménez y de Lola Membrives; compañía de zarzuela, con Matilde Martín y Santiago Sabina; los conciertos de Fleta; el maestro Villa y la banda municipal de Madrid; compañías de comedias de Anita Adamuz y Catalina Bárcena; compañía de revistas de Alegría y Enhart. Pero aun quedaba otro espectáculo exquisito y atrayente. Aún faltaba otra artista de la más extremada sensibilidad: la famosa recitadora argentina, Berta Singerman, que hizo su presentación en nuestro Teatro Guimerá, la noche del 20 de diciembre, dando una segunda audición la noche del 22. Fue un digno final de año tan pródigo en buenos artistas y en espectáculos de la más alta calidad.

Esta famosa declamadora, esta espiritual mujer, sacerdotisa del más bello arte, nos regaló en esas dos noches inolvidables el tesoro de su voz, dulce y fascinante, suave e inconfundible, en un delicado recitar de versos, de exquisitos versos de esclarecidos poetas, que oíamos desgranar como música lejana y arrulladora... *Motivos del lobo*, *Marcha triunfal* y *Cuento a Margarita*, de Rubén Darío; *Las Campanas*, de Edgar A. Poe; *La danza del viento*, de López Veira; *Balada de la Primavera*, de Juan Ramón Jiménez; *Canto de la Angustia*, de Leopoldo Lugones; *Dime la copla*, de Enrique de Mesa; *Capricho*, de

Alfonsina Storni; *Eramos siete hermanas*, de Gabriel D'Annunzio (trd. de Villaespesa); *Alegría del mar*, de Carlos Sabat Ercasty; *Los maderos de San Juan* y *Nocturno*, de José Asunción Silva; *Cantares*, de Manuel Machado; *¡Quién supiera escribir!*, de Campoamor; *Canta corazón*, de Laura de Queiroz; *Relatos de tres cardenales*, de la célebre obra de Julio Dantas; *La cena de los cardenales*, traducida por Villaespesa.

Berta Singerman marchó desde aquí a Las Palmas, siguiendo luego a Lisboa, Madrid, Barcelona, París y Berlín, donde le esperaban grandes éxitos. Los obtenidos en nuestra ciudad fueron de los más clamorosos y efusivos de su triunfal carrera.

MARÍA FERNANDA LADRÓN DE GUEVARA
Y RAFAEL RIVELLES

Con la magnífica comedia de Benavente, *La otra honra*, hizo su presentación en nuestro Teatro, la compañía de María Fernanda Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles, la noche del 19 de abril de 1929. Formaban esta compañía, de verdadero primer orden, las notables actrices Adela Carbone, ya conocida de nuestro público; Elena Salvador, Lina Moreno, Patrocinio Rico, Luisa Zarzo del Pino, Margarita Gelabert, Aurora Palacios, Angeles Molina y Angeles Jiménez y los actores Ignacio Evans, de grandes condiciones; Manuel Bernardos, Alejandro Maximino, Manuel Martín Vara, Francisco Urquijo y Carlos Verger.

Al aparecer en el palco escénico la señora Ladrón de Guevara, de cuyo prestigio estábamos bien informados, el público le tributó una cariñosa salva de aplausos. La interpretación fue la que correspondía a actriz de tales méritos y a compañía tan completa, catalogada entre las mejores. El triunfo de la señora Ladrón de Guevara fue rotundo, y lo compartieron dignamente Elena Salvador y Rafael Rivelles. Como fin de fiesta los ilustres esposos representaron el diálogo de los hermanos Alvarez Quintero, *Ganas de reñir*.

Esta compañía actuó en nuestro Teatro hasta la noche del 29 de abril, en que hizo su despedida, en función de honor de Rivelles, con el drama de Echegaray, *De mala raza*. Durante las dieciocho noches de su brillante actuación, nos dió a conocer once estrenos, que fueron: la comedia norteamericana de George Milletón y Gruy Bolton, arreglada a nuestra escena por Mariano Alarcón, *El pasado de Paulina*; *Cuando empieza la vida*, de Linares Rivas; *Flores y Blanca Flor*, comedia en

verso de Fernández Ardavin; *Una ventana al interior*, comedia de López Haro, escrita para la señora Ladrón de Guevara; la comedia de Alfred Savoir, versión española de Salvador Vilaregut, *La gran duquesa y el camarero*; *Hay que vivir*, comedia de Luis de Olive y Lafuente; la comedia de Berr y Verneuil, versión española de José Juan Cadenas y Enrique D. Gutiérrez Roig, *Mi hermana Genoveva*; *Novelera*, de los hermanos Quintero; *Mi padre no es formal*, comedia de José Juan Cadenas y F. Gutiérrez, en colaboración con L. Marchand, y la comedia *El crimen de Lord Arturo*, inspirada en la célebre novela de Oscar Wilde, de Alejandro Casona. La noche del 26 se estrenó la comedia *Ramo de locura*, considerada como una de las mejores de los hermanos Álvarez Quintero, celebrándose esa noche el beneficio de María Fernanda Ladrón de Guevara. La ilustre actriz recitó además el monólogo de Martínez Sierra, *Una señora sensible*. Fue el de esa noche uno de los grandes triunfos de la Ladrón de Guevara, siendo también destacadísima la labor de la señora Rico, de Evans, notabilísimo actor, y de Rivelles. El Teatro fue decorado esa noche con espléndidos mantones de Manila, presentando mágico aspecto.

En función de homenaje a la memoria del glorioso novelista y dramaturgo don Benito Pérez Galdós, hizo esta compañía la noche del 17, la hermosa comedia *La loca de la casa*, y la noche del 25, también en función solemne, puso en escena *El nido ajeno*, de Benavente, otra de las grandes obras del teatro español contemporáneo. Esa noche, Rafael Rivelles recitó magistralmente un fragmento de *La Tizona*, de Enrique López de Alarcón, y dos bellas poesías de Gabriel y Galán.

La noche del 23, en unión de la comedia de Muñoz Seca, *El conflicto de Mercedes*, se estrenó el boceto de comedia *Benditos instantes*, de nuestro paisano Felipe P. Ravina, agradando mucho al público, que hizo presentar en escena al autor para testimoniarse su afecto. Con *Felipe Derblay* y *El Gran Galeoto*, completó su brillante temporada esta compañía, que contó también los llenos por noches, y fue de las que merecieron recordarse, por que cumplió e hizo honor al prestigio de la escena española.

PEPE ROMEU Y JULIA LAJOS

Volvió a visitarnos en 1930, al frente de una gran compañía de comedias líricas y de alta comedia, el notable actor Pepe

Romeu, debutando en el Teatro Guimerá la noche del 12 de febrero, con la celebrada comedia en tres actos, de Pierre Wolf, *Los muñecos*, arreglada a nuestra escena por Carlos Batlle, que había estrenado en nuestro Teatro, en 1925, la gran actriz Italiana Mimí Aguglia.

Con Pepe Romeu venían Julia Lajos, la exquisita primera actriz; Guadalupe Mendizábal, que tantas veces nos había visitado, dejando siempre una estela de simpatías; Paquita Torres, María Novellán, Luisa Jerez, Alicia Valery, Esther Ruiz, Julia Cominges, Lili del Río, Delfín Jerez, Francisco Ros, Pedro Rubio, Luis Sola, Emilio Barreda, Félix Briones, etc

La función del debut constituyó un franco éxito para la compañía y especialmente para Pepe Romeu, que al final, ante los insistentes aplausos se vió obligado a cantar con su magnífica voz de tenor, la canción del maestro La Calle, *Amapola*, acompañándose él mismo al piano.

Esta temporada duró aproximadamente un mes y fue brillantísima. Entre las obras estrenadas figuraba la comedia anecdótica en tres actos, en prosa y en verso, de Enrique Contreras Camargo y Leopoldo López de Saa, basada en la vida de Julián Gayarre, *La muerte del ruiseñor*. Se estrenó la noche del 14 de febrero y obtuvo un éxito grande. Pepe Romeu, encarnando la figura del célebre tenor, triunfó en toda la línea, en su calidad de actor y de cantante, entusiasmando al público al cantar las jotas navarras, acompañadas de rondallas, y las romanzas «Una furtiva lágrima», de *Elixir de amor* y Romanza de Nadir, de *Pescadores de perlas*, predilectas del que fue tenor maravilloso e insustituible, cuya figura encarnaba. Otros estrenos fueron *Pégame*, *Luciano*, de Muñoz Seca; *La tatarabuena*, de Cadenas y González del Castillo; *Atrévete*, *Susana*, del escritor húngaro Ladislao Fodor, traducida por Tomás Borrás y Andrés Révez; bellísima comedia de gran éxito en todas partes; *El proceso de Mary Dugan*, melodrama norteamericano, traducido por Fernando de la Milla, ruidoso triunfo en la Península; *Los marqueses de Matute*, comedia de costumbres madrileñas, en tres actos, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño; *Vidas cruzadas*, cinedrama, en dos actos, de Benavente; *La condesa está triste*, tragedia grotesca, de Arniches; *Pepa Doncel*, hermosa comedia de Benavente, obra de prueba y en la que lució brillantemente sus magníficas condiciones de actriz Julia Lajos, realizando también en esta obra Pepe Romeu, una labor digna de elogios; *La aventura de Irene*, comedia en tres actos, de Armont y Gerlidón, traducida por Cadenas y Gutiérrez Roig; etc.

Al final de algunas de estas obras, cantaban canciones Julia Lajos y Pepe Romeu, leyendo éste también poesías.

La noche del 6 de marzo se estrenó la comedia en tres actos, del notable escritor y comediógrafo canario, Claudio de la Torre, *Tic-Tac*, obra con etiqueta de vanguardia, que había despertado en nuestros medios culturales gran interés, pues la crítica española y francesa la habían elogiado grandemente. Su estreno en nuestro Teatro fue acogido como merecían en sí y la firma que la avalaba.

También estrenó esta compañía, la noche del 8 del mismo mes, la comedia de costumbres canarias, *Ajijides*, de Leoncio Rodríguez, obra en la que puso una vez más a prueba sus grandes condiciones de escritor, el notable periodista. Pintaron las decoraciones los señores Bonnin y López Ruiz, que fueron felicítadísimos.

«*Ajijides* —decía *La Tarde*— contiene substancia literaria y dramática. El diálogo tiene color y donaire. Hay nervio y emoción —pilares del arte teatral— en el veterano periodista y novel comediógrafo. Fue el estreno un éxito clamoroso que nos alegra».

La interpretación fue un acierto. Los artistas pusieron todo su cariño en la obra y la desempeñaron a conciencia, obteniendo el autor un éxito quizá sin precedentes en los anales del genuino teatro insular.

Esta obra de costumbres isleñas, en tres actos y magníficamente escrita, obtuvo un resonante triunfo y una perfecta interpretación, teniendo que salir a escena varias veces su afortunado autor.

Los principales personajes fueron encarnados por las más prestigiosas figuras de la compañía, realizando las actrices Guadalupe Mendizábal, Julia Lajos y Luisita Jerez, una labor destacadísima, que fue muy elogiada y aplaudida.

Leoncio Rodríguez, poco después, en 1933, estrenó asimismo en nuestro Teatro y con igual éxito que *Ajijides*, otra magnífica comedia, también de costumbres isleñas, en tres actos, titulada *Plataneras*, y cuya interpretación corrió a cargo de la notable compañía de Irene López Heredia y Mariano Asquerino.

MARCOS REDONDO Y MATILDE MARTÍN

En 1929, el 23 de noviembre, debutó en el Teatro Guimerá, la compañía lírica de Luis Calvo, de la que eran maes-

tros directores y concertadores los señores don Miguel Puri y don Antonio Cabrera, y en la que figuraba como primer actor y director, Eduardo Marcén. Otros valiosos elementos de esta gran compañía eran el barítono Marcos Redondo, las tiples Victoria Racionero y Matilde Martín, el tenor Francisco Godayol y el actor Valeriano Ruiz París. Otras tiples eran Rosita Cadenas, Pepita Botí y Carmen Llanos. Otro barítono: Matías Ferret. Otro tenor: Jorge Ponce. Otros actores: Paco Armengual, Juan Baraja y Santiago Llorca.

La obra del debut fue *Los Gavilanes*, registrando esa noche el Teatro, un lleno completo. Marcos Redondo, el eminente barítono, hizo su presentación con esta obra, ante nuestro público, obteniendo un ruidoso triunfo. También tuvo una lucida actuación en *Los Gavilanes*, nuestra paisana la notable tiple Matilde Martín.

Evidenciado quedó desde la primera noche que el público se «las había» con una de las mejores compañías de zarzuela de la época. Matilde Martín se hallaba en el apogeo de sus magníficas condiciones. El tenor Godayol era notabilísimo, y la Racionero era también una gran cantante, de justa y merecida fama.

Con *La del soto del parral* hizo su debut el tenor tinerfeño Jorge Ponce, mereciendo una acogida cariñosa y sincera de sus paisanos.

En toda esta temporada, de tan agradable recuerdo, Marcos Redondo realizó una labor extraordinaria, cantando con insuperable maestría y entusiasmo, demostrando lo justo del prestigio que gozaba. Tuvo, como todo buen artista, la predilección de nuestro público, que supo premiar esa labor con sus más efusivos aplausos.

Esta compañía hizo por primera vez en nuestra ciudad una de las más celebradas zarzuelas, estrenada por aquellos días, *La Parranda*, del poeta Fernández Ardavín y del maestro Alonso, bellísima, de música inspirada y bien escrito libreto:

Un regalo a la novia, las mozas solteras,
gozosas le quieren hacer,
y traemos la fruta, la blonda, la seda,
la loza, la flor y la miel..

Marcos Redondo, en esta obra, obtuvo uno de sus más rotundos y definitivos triunfos.

Otras zarzuelas también de éxito, nos dió a conocer esta compañía, como *La pícaro molinera*, de Torres del Alamo y

Asenjo y del maestro Luna; *Los claveles*, sainete lírico de Anselmo Carreño y Luis Fernández de Sevilla y del maestro Serrano, obra en la que destacó brillantemente Matilde Martín, como cantante y como actriz; *Los de Aragón*, de Juan José Lorente y música también del inspirado y popularísimo maestro Serrano; *El romeral*, de Muñoz San Román y maestros Acevedo y Díaz Giles; *Los flamencos*, de Federico Romero y G. Fernández Shaw y del maestro Vives, que cantaron Matilde Martín y el barítono Matías Ferret, que causó una gran impresión.

El beneficio de Matilde Martín se hizo con *El romeral* y un acto de concierto a cargo de Marcos Redondo, dedicado a la tiple tiñerfeña. El gran cantante, alumno también del maestro Tabuyo, había sido condiscípulo de nuestra paisana. Esa función constituyó para ambos artistas un triunfo de los más legítimos.

La noche del 10 de diciembre se despidió esta notable compañía de nuestro público, celebrándose esa noche el beneficio de Marcos Redondo, con la zarzuela, *El Dictador*, de Federico Romero y G. Fernández Shaw y música del maestro Millán, obra de gran valor escénico, nueva en esta capital. El eminente barítono estuvo sencillamente magistral, obteniendo uno de sus mayores éxitos. Ante los insistentes aplausos del público, Marcos Redondo cantó como despedida la cavatina de *El barbero de Sevilla* y *Mi vieja*, la famosa canción del maestro Guerrero que cantan todos los divos.

De obras conocidas hizo esta compañía *La verbena de la Paloma*, *El duo de la Africana*, *La canción del olvido*, la ópera *Marina*, que fue para Victoria Racionero y el tenor Godayol un triunfo de esos que labran una reputación; *La Revoltosa*, *Doña Francisquita*, triunfo grande de Matilde Martín; *Bohemios*, otro triunfo grande, personal, de Marcos Redondo; *Las Golondrinas*, triunfo inenarrable de Victoria Racionero, Marcos Redondo y el Maestro director Puri, que tuvo que subir al palco escénico, en medio de clamorosos aplausos.

También hizo esta compañía la antigua y celebrada opereta francesa del maestro Audrán, con letra de Alfredo Duru y Enrique Chivot, *La Mascota*, hermosa obra por la que no pasan años. Para Marcos Redondo fue otro triunfo ruidoso, como los obtenidos en cuantas obras cantó.

I N D I C E

	Págs.
PRÓLOGO, por Domingo Pérez Minick: <i>Francisco Martínez</i> <i>Viera levanta el telón de nuestro Teatro</i>	7

CAPITULO I

Albores del Teatro en Canarias. El Teatro en las Iglesias y en las plazas públicas	11
«Haviendo de haver comedias en la Fiesta de Corpus»... . .	14
Los primeros teatros	16

CAPITULO II

Comienzan las compañías de profesionales	19
«Esa maldita calle del Castillo, para nosotros los ciegos»... .	19
El Teatro de la calle del Tigre	20
Inauguración del Teatro de la calle La Marina	22

CAPITULO III

El actor Galindo, el Teatro y la Política	25
Degliello de dramas y comedias	28
¡Los artistas de «verso» cantan ópera!	30

CAPITULO IV

El público se retrae y las funciones languidecen	31
Las boleras, la moral... y la «acalorada juventud»	32

	Págs.
El empresario Mela	33
Se estrena <i>Don Juan Tenorio</i>	34
 CAPITULO V 	
Una invitación del jefe superior político	37
El Ayuntamiento acuerda construir un Teatro	39
Cesión al Municipio del exconvento de Santo Domingo	39
Comienzan las obras	40
 CAPITULO VI 	
Se inaugura el Teatro en esta capital	47
Timbre de honor para la villa	48
Lo que pensaba «Juan el Chasnero»	51
 CAPITULO VII 	
El nuevo espectáculo de las zarzuelas	53
Compañías de «Declamación, Zarzuela y Baile»	54
<i>Tenerife en 1492</i> , de don José Desiré Dugour	55
 CAPITULO VIII 	
Una famosa «sociedad dramática» del país	61
Los aficionados realizan una gran labor artística	62
Don José Suárez Guerra, gran actor aficionado. Angela Mazzini, Victorina Bridoux y José B. Lentini, artistas de gran categoría	63
 CAPITULO IX 	
Los más ruidosos éxitos de la zarzuela grande	67
Conato de incendio y entereza de los espectadores	70
Las primeras óperas: <i>Hernani</i> , la primera que se cantó en nuestro Teatro	70
 CAPITULO X 	
Propósitos y realidades de Mela	73
Buenas compañías de ópera y zarzuela	74

	Págs.
La fiebre de 1862 y negocio desastroso. Mueren Victorina Bridoux y José B. Lentini	76
 CAPITULO XI 	
Dramas, dramones y melodramas	79
Asiste el infante don Enrique	80
«Mela, hombre de especial mundología...»	81
Nuevas reformas en el Teatro y nuevos triunfos de la zarzuela	82
 CAPITULO XII 	
Un drama histórico, de autor canario	85
El género bufo y las interpelaciones del público	86
Se estrena <i>Pan y toros</i> y <i>Un drama nuevo</i>	87
Petra Cámara, famosa artista de la danza	90
 CAPITULO XIII 	
Subasta del Teatro en condiciones onerosas	93
Renacen los cuadros de aficionados	93
Las primeras compañías de ópera	94
Un célebre bajo español	95
 CAPITULO XIV 	
Un actor extraordinario: Victorino Tamayo. Cotilde Lombia y Balbina Valverde	99
Actuaciones de las sociedades locales	101
 CAPITULO XV 	
Fallecen dos destacadas figuras de nuestras letras	105
Brillante actuación de los aficionados	107
Una gran compañía de zarzuela	108
Vuelve Power a Tenerife	109
 CAPITULO XVI 	
Opera y drama	111
Brillantes fiestas de arte	114

	Págs.
«Esmeralda Cervantes»	114
Se tocan por primera vez los <i>Cantos Canarios</i>	116
 CAPITULO XVII 	
Otro año bien aprovechado	119
Homenaje a la memoria de Cervantes	121
Centenario de Calderón	121
Nuevas fiestas musicales	123
 CAPITULO XVIII 	
Conciertos de Power y Casella	125
Fallece el empresario Mela	127
Nuestras sociedades artísticas y literarias	128
Comienza a construirse «Santa Cecilia»	128
 CAPITULO XIX 	
Muere Teobaldo Power. El factor imprevisto de nuestros cálculos	131
Temporada de zarzuela de las mejores	133
Don Pedro Delgado	135
 CAPITULO XX 	
Una temporada de «alta tensión». Dolores Barreta y Carolina Méndez, tiples rivales	139
Dos beneficios apoteosicos	141
 CAPITULO XXI 	
La compañía Lambertini. «Una compañía como esta no se ve todos los días»	145
Un caso asombroso de precocidad	146
El poeta Zerolo	148
 CAPITULO XXII 	
Las dos temporadas de ópera del tenor Antón	151
Las primeras compañías de ópera	152

CAPITULO XXIII

Una buena compañía: la de Espejo	157
Vuelve Victorino Tamayo	160
Dos grandes actores: Fuentes y Perrín	161
Por primera vez <i>La vida es sueño</i>	162

CAPITULO XXIV

Artistas eminentes de fama universal. Luisa Fons y el célebre tenor Aramburo	167
María Giudice y Perelló de Segurola	169
La compañía infantil La Aurora	170

CAPITULO XXV

Dos actuaciones de Sánchez de León. Se inaugura la luz eléctrica en el Teatro	175
Buenos artistas y mejores obras	176
Jueves literarios	179

CAPITULO XXVI

Pablo López y sus cuatro temporadas. Buen actor y buenas compañías	183
Estreno de <i>La verbena de la Paloma</i>	184
Estrena seis óperas españolas	184

CAPITULO XXVII

Las tres visitas de María Guerrero: en el apogeo, en la madurez y en la decadencia. Aurora y ocaso de una actriz gloriosa	189
<i>Locura de amor</i> , el más grande de sus triunfos	192

CAPITULO XXVIII

Julia Cirera y el estreno de <i>Electra</i> , de Galdós, gran acontecimiento teatral de aquellos años	197
Otro estreno famosísimo: <i>Fedora</i> , de Sardou	198
Estreno de <i>Electra</i>	199

CAPITULO XXIX

Una buena compañía de género chico y un actor genial: José Moncayo. La tiple Luisa Bonoris	203
El estreno de <i>El Bateo</i>	205
Brindis de Salas	207

CAPITULO XXX

Otra actuación de alto valor artístico: Emilio Thuillier. <i>Otelo, Cyrano de Bergerac, Hamlet, Juan José, El nido ajeno y Las Flores</i>	211
Una fiesta memorable y una compañía infantil	219

CAPITULO XXXI

Buenas compañías de ópera. El maestro Villa y el tenor Cardinali	221
El barítono Giovannini y las sopranos María Corti y la Galán	223
El tenor Conti y la tiple ligera Mercedes Farry	224

CAPITULO XXXII

La gran actuación de Morano y Donato Jiménez	227
<i>El Místico</i> , el más famoso estreno de esta temporada	228
¡50 funciones de abono. Varias extraordinarias y 30 estrenos!	229
Actuaciones de la Banda Municipal de Música	233
Ciclo de zarzuela a cargo del Círculo de Amistad XII de Enero	233

CAPITULO XXXIII

La temporada de zarzuela. Valentín González, Cándida Suárez, Amalia Isaura. El Tenor Gandia, Ferriz, Espada, Auge del género chico. Numerosos estrenos	235
--	-----

CAPITULO XXXIV

Memorable actuación de Enrique Borrás	239
Debuta y se despide con <i>Tierra baja</i>	240
Obras de Guimerá, Rusñiol, Iglesias, Galdós, Dicenta	244

CAPITULO XXXV

Una actuación fugaz: Tina di Lorenzo	247
Una brillantísima temporada: Carmen Cobeña	249
Ruiz Tatay y Ricardo Manso, grandes actores	250
Estreno de <i>Los intereses creados</i>	251
Un estreno de Unamuno	254

CAPITULO XXXVI

Buenas compañías de zarzuela. Magníficos repertorios	255
Un estreno de «Crosita»	256

CAPITULO XXXVII

La compañía Palma - Reig. Otra buena temporada. Grandes estrenos. Cierre del Teatro por las reformas	259
--	-----

CAPITULO XXXVIII

Las reformas en el Teatro	263
Compañía de zarzuela de Gamero y Sabina	264
Otras notables compañías	266
Margarita Xirgú y Emilio Thuillier	268

CAPITULO XXXIX

Terminan las reformas en el Teatro	271
Lo inaugura la Orquesta Sinfónica de Madrid	271
Italia Vitaliani en el Salón Novedades	273
Matilde Moreno también en el Novedades	275
Un estreno de «Carlos Cruz»	277

CAPITULO XL

El Teatro abre sus puertas. La gran compañía de opereta, de Granieri	279
Tallaví también actúa en el Salón Novedades	282
Una excelente compañía lírica	287
Notables conciertos de la Banda Municipal	288

CAPITULO XLI

Buenas compañías de comedias. Rafaela Abadía y Ernesto Vilches	291
Mercedes Pérez de Vargas	292
Carlota Plá	294

CAPITULO XLII

La gran soprano Amelia Galli-Cursi	297
El eminente tenor Palet	298
Matilde Martín y Néstor de la Torre	301
Federico Longás y los <i>Cantos Canarios</i>	301
Una actuación lírica de los aficionados	301

CAPITULO XLIII

Compañías dramáticas. Carlota Plá	303
Luis de Llano	305
Los autores del país	307
Luis Echaide	309

CAPITULO XLIV

Tres actuaciones memorables. La compañía «Atenea» . . .	313
Rosario Pino o el ocaso de una gran actriz	317
Francisco Villaespesa	319

CAPITULO XLV

Conferencias de Zamacois	325
La orquesta rusa de «balalaikas»	326
Una gran danzarina universal: Feline Verbist	327
Compañía de zarzuela de Ballester-Sabina	329

CAPITULO XLVI

Dos magos de la escena. Alcoriza y Rambal, maestros del truco y de la taumaturgia	333
Teatro de gran espectáculo. Presentación maravillosa . . .	335

CAPITULO XLVII

Más compañías dramáticas. Antonio Plana y Emilio Díaz . . .	339
Francisco A. de Villagómez	340

CAPITULO XLVIII

Las fiestas de mayo y nuestros grandes cantantes. La pianista María Rodrigo y el tenor Rosich	343
Ofelia Nieto	343
Angeles Oteín	344
Miguel Fleta	344
Hipólito Lázaro	347

CAPITULO XLIX

Mimí Aguglia	349
María Palou y Felipe Sassone	352
La compañía argentina Rivera-De Rosas. Pirandello, D'Annunzio, Unamuno y Stvindberg	354

CAPITULO L

Otras grandes actrices	359
Lola Membrives	359
Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra	362
Una recitadora genial: Berta Singerman	364
María Fernanda Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles	365
Pepe Romeu y Julia Lajos	366
Marcos Redondo y Matilde Martín	368

RIFE, constituye el resumen de una larga y meticulosa tarea, el resultado de una pacienzuda labor de muchos años de trabajo, el fruto de una de las fuertes devociones de su autor: el Teatro

Sin temor a equivocarnos, afirmaríamos que solamente un hombre enamorado profundamente del arte escénico, hubiera podido dar cima a esta obra. Una obra que no dudamos en calificar de compleja, difícil y aleccionadora.

Por las páginas de este libro desfilan, en fascinante procesión, todos los géneros teatrales: la tragedia y el drama, la alta comedia y la comedia cómica, la ópera y la opereta, el «ballet» y la zarzuela, etc. Y también, las demás manifestaciones artísticas que caben en un escenario: el concierto sinfónico, el recital, la conferencia.

Al dato histórico de rigurosa exactitud, se une el estilo sencillo y expresivo de su prosa, esa innata facilidad para las crónicas periodísticas, no exenta de ironía, humorismo, ternura, dramatismo o tristeza, según las circunstancias.

Repetimos: solo un hombre profundamente enamorado del Teatro ha sido capaz de escribir este libro. Ese hombre se llama Francisco Martínez Viera.

